



GEMA BONNÍN

ARENA ROJA



Lectulandia

FAITH TIENE 12 AÑOS Y VIVE EN ASIA, EL PRIMER MUNDO.

Su objetivo es averiguar por qué su madre y las demás mujeres del vecindario se inquietan tanto cuando alguien las visita.

FAITH TIENE 14 AÑOS Y MALVIVE EN EUROPA, EL TERCER MUNDO.

Su objetivo es superar la academia de gladiadores a la que la han vendido por un crimen imperdonable.

FAITH TIENE 16 AÑOS Y SOBREVIVE... DE MOMENTO.

Ahora cuenta con un único objetivo: venganza.

Gema Bonnín

Arena roja

Arena roja - 1

ePub r1.0

Titivillus 24.04.2023

Título original: *Arena roja*
Gema Bonnín, 2016

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1

*Para mi abuela, Isabel Horrach, cuyo espíritu inquebrantable
me acompañará siempre, y para mi madre, quien representa
para mí la idea de cariño y entrega incondicionales.*

PRÓLOGO

22:19 h
26 de octubre de 2179
Shanghái, China

Una cortina de humo le impedía ver con total nitidez al individuo, pero, en cuanto apareció en la sala del club, Martina se sintió irremediablemente atraída por él.

Aquel tipo tenía una forma de moverse que intimidaba y a la vez resultaba misteriosa, una combinación de lo más seductora para una chica que, a sus veinte años y tras una larga temporada sola, ansiaba compañía. Llevaba meses viajando y la cosa no mejoraba. Esa noche había salido del albergue con la intención de divertirse y vivir un poco, relajarse... o distraerse. Pero había acabado en aquel antro oscuro. Solo ese hombre le inspiraba cierta confianza, entre otras cosas porque era occidental, igual que ella, y esa familiaridad era un alivio. No la miraría con condescendencia y recelo, a diferencia de algunos lugareños.

El hombre atravesó la bruma del local y se sentó a su lado, junto a la barra. Apenas se fijó en ella y eso no hizo más que incrementar su interés, pues se había acostumbrado a las miradas ajenas desde la adolescencia. Acto seguido, pidió un *whisky* escocés. Su voz era grave. Mientras se lo servían, Martina lo observó. La disparidad entre sus facciones duras y sus ojos claros, de un azul cristalino, le daba una apariencia bastante atractiva, pero lo que más le llamó la atención fue la melancolía que sugería su mirada; en cierto modo, traicionaba su rostro pétreo y sus movimientos seguros.

Parecía tan abatido y preocupado como ella.

—Hola —lo saludó en inglés, y él la miró de soslayo, sin apenas girar el cuello—. Me llamo Martina.

—Nestor —respondió tras una pequeña vacilación.

Ella le sonrió y contempló cómo bebía un trago de su copa. Suspiró, tratando de pensar en algún tema ingenioso que pudieran compartir... Pero no

se le ocurrió nada que valiera la pena y optó por seguir el curso habitual de todas las conversaciones entre extraños:

—¿De dónde eres?

Él hizo una mueca, como si no le gustase que una desconocida le planteara preguntas de esa índole.

—No me considero de ninguna parte en concreto —contestó finalmente—. He vivido en Rusia, Dinamarca, Alemania, Austria...

—Oh, Austria es muy hermosa.

—Es uno de los pocos lugares de Europa donde puede apreciarse el color verde en el paisaje. Tú eres de España, ¿verdad?

—Sí. ¿Se nota mucho?

—En el acento. No te conozco tanto como para saber si se nota en otros aspectos.

Ella arqueó una de sus perfiladas cejas.

—Ajá... ¿Y en qué más aspectos puede notarse?

Pero Nestor no contestó, se limitó a sonreírle irónicamente y a dar otro sorbo al vaso. Martina se ruborizó.

—¿Cuántos años tienes? —le preguntó.

—Veintisiete. Y, sin duda, tú eres más joven que yo. —La miró asentir y estudió su semblante—. ¿Cuánto más?

Martina ladeó la cabeza y reprimió una sonrisa traviesa.

—Intenta adivinarlo.

—¿Veintitrés?

—Frío.

—Veinte —declaró con seguridad.

Ella parpadeó. No había esperado que lo acertara tan pronto.

—¿Cómo lo has sabido? ¿Ha sido suerte?

—No exactamente. Calculaba que no tenías más de veintitrés ni menos de veinte. Me he ido a uno de los dos extremos. Si hubieras tenido veintidós, habrías dicho «tibio». Si hubieras tenido veintiuno, habrías dicho «caliente». Así que tenía que ser veinte.

—Vaya, debo decir que estoy impresionada. ¿Eres igual de listo para todo?

—Trato de serlo.

Justo entonces, la radio que el barman tenía puesta anunció una noticia que captó la atención de muchos: «El grupo empresarial Hydrus ha adquirido esta mañana el 60 % de las acciones de la marca textil Marnadress, lo que la convertirá en una importante partícipe en el sector de la moda. Tras esto, el

señor Malinov, dueño y presidente de la multinacional, ha logrado que su creciente y relativamente nuevo imperio se convierta en la quinta compañía con más facturación del mundo, todo un récord para una empresa con una trayectoria de poco más de tres años...».

—Es increíble —murmuró Martina.

Le fascinaba el mundo de las empresas y la economía. Le hubiera gustado mucho fundar su propia compañía o trabajar en una muy grande, demostrar de lo que era capaz. Sin embargo, por el momento le ocupaban la mente otros asuntos más urgentes.

—¿Crees que tardará mucho en convertirse en la empresa líder del mercado asiático? —inquirió su compañero con curiosidad.

A ella le sorprendió su interés, pero trató de responder con franqueza:

—Eh... A este paso, diría que no —contestó mientras se alisaba su vestido morado.

—Yo pienso que ya podría haberlo sido.

—¡Pides demasiado! —Martina se echó a reír—. Eso sería una verdadera hazaña.

—Tal vez —convino él—. De todos modos, la gente es muy impresionable.

—¿A qué te refieres?

—A que Hydrus no es una empresa tan maravillosa como se sugiere en los medios. —Su voz denotaba amargura.

—Está generando muchísimos beneficios. ¿No es eso todo lo que se puede pedir?

Nestor se encogió de hombros.

—Tú eres europea —observó—; sin duda, sabrás que todas estas compañías tienen más de un asunto turbio en nuestro querido continente. Quitémonos la venda de los ojos por un segundo, Martina, y reconozcamos lo que siempre hemos sabido: las empresas del primer mundo no mueven un dedo por nosotros y, es más, son ellas las promotoras o incluso las causantes de muchos de los problemas que ahora asolan Occidente. No creerás que Hydrus es distinta, ¿verdad?

—Supongo que éticamente se le pueden recriminar tantas cosas como a las demás empresas... Aunque no creo que eso sea algo fácil de cambiar.

—Por supuesto que no lo es. A lo mejor es imposible cambiarlo porque ya no hay solución. —Su expresión era distante.

—¿Entonces?

—No lo sé... Pero no creo que esas compañías merezcan aplausos. Aunque..., en fin, ya lo he dicho: la gente es impresionable.

Ese hombre era frágil, más de lo que aparentaba. A pesar de que no se había alterado en ningún instante y de que su voz sonaba monocorde, era obvio que algo le inquietaba.

Ahora su curiosidad se había incrementado considerablemente.

—¿A qué te dedicas, Nestor?

—No sabría decirte. Mi función es... administrativa, por así decirlo. Aspiro a algo mejor.

—¿Como a qué?

—Siempre he deseado tener éxito en los negocios.

Martina soltó una melodiosa carcajada.

—Como todos.

Él le dedicó media sonrisa.

—Pero en lo personal, me gustaría colaborar con alguna entidad que tratase de equilibrar un poco la balanza, ¿sabes? Intentar minimizar las miserias que asolan Occidente.

—Vaya, ¿de verdad te gustaría eso?

—No sé si me gustaría, pero sería lo correcto.

—Así que eres un hombre de principios.

Él profirió una seca carcajada.

—Ya quisiera yo, pero los principios requieren falta de pragmatismo y me temo que yo no tengo mucho de eso.

Ella se rio.

—Lo tendré en cuenta.

—Y dime, ¿qué haces por Shanghái?

El rostro de Martina adoptó una sombra de tristeza, de nostalgia y de impotencia. Nestor supo de inmediato que se trataba de un asunto delicado.

—No es necesario que me lo cuentes.

—No, debería compartirlo con alguien, ¿sabes? —murmuró—. Lo cierto es que es difícil sobrellevar esto sola. —En cuanto vio por su mueca que no le apetecía mezclarse en problemas ajenos, Martina se apresuró a aclarar—: No tienes por qué escucharlo.

—Si solo quieres a un oyente, me tienes a tu disposición.

Ella se removió incómoda en su asiento.

—Está bien... Voy en busca de mi hijo.

—¿Tienes un hijo?

—Sí... Con el que por entonces era mi novio, ya sabes... Locuras de la adolescencia. El caso es que me lo arrebataron y ahora trato de dar con él.

—¿Lo raptaron?

—No. Pasábamos mucha hambre y... mi pareja lo vendió sin mi consentimiento... —Sintió que se le formaba un nudo en la garganta y carraspeó—. Pensándolo mejor, no quiero hablar de ello. —El tráfico de seres humanos resultaba insólito en Asia, pero en Occidente era de lo más habitual. Demasiado habitual. Respiró hondo y se animó a formular una pregunta—: ¿Y tú qué? ¿Cómo acabaste aquí?

—Vine por la misma razón que todos: para escapar de la miseria y hacer fortuna.

—Ah, la fortuna, esa gran aliada. Cuando encuentre a mi hijo, también yo la buscaré y me instalaré en alguna ciudad de por aquí.

—Te recomiendo Hong Kong. Tiene mucha influencia occidental, hay verde por todas partes, las calles son anchas, no hay demasiada contaminación... Es un lugar bonito.

—Suená muy bien —asintió Martina—. Quizá debería dirigirme allí.

—Es posible que encuentres alguna pista sobre el paradero de tu hijo. Por ahí se mueve todo tipo de información sobre las irregularidades que se dan en el viejo continente. La controlan las mafias de allí, de Tokio y de Singapur.

—¿En serio? —Martina sacó de su bolso el móvil y apuntó el dato—. Eso me será útil. ¿Cómo es que estás al tanto?

Él se encogió de hombros.

—Uno acaba enterándose de estas cosas.

—Pues gracias por compartirlo conmigo —musitó ella, acercándose peligrosamente a él.

—No se merecen.

Solo unos centímetros de aire separaban sus labios.

Hablaron unos minutos más, debatiendo sobre las políticas que se aplicaban en Asia y que no parecían existir en América o Europa, criticando las nuevas corrientes arquitectónicas y rememorando anécdotas de su infancia. En un momento dado, Martina jugueteó con su cabello y se echó a reír.

—Nestor, ¿te parezco atractiva?

—Conoces la respuesta. ¿Hay alguien a quien no se lo parezcas?

Ella esbozó una sonrisa de satisfacción.

De pronto, dos tipos tan ebrios que apenas se movían en condiciones se enzarzaron en una pelea cerca de ellos. Martina miró a su acompañante y

sonrió.

—¿Te apetece que vayamos a un sitio más tranquilo?

Él apuró su *whisky* y se levantó.



PRIMERA PARTE

AVANZAR O SUFRIR

*Aprendí que no se puede dar marcha atrás,
que la esencia de la vida es ir hacia delante. La vida,
en realidad, es una calle de sentido único.*

AGATHA CHRISTIE

1

Las tragedias nunca ocurren por una sola razón. Siempre es una pequeña desgracia detrás de otra lo que acaba desencadenando una catástrofe.

Por supuesto, mi caso no fue diferente, pese a que sucediera todo muy deprisa.

Forceland era el nombre de una de las casi cuatrocientas mansiones y veinte edificios que conformaban aquel complejo residencial a las afueras de la gran urbe que era Hong Kong, cuyo acceso estaba restringido a unas pocas personas privilegiadas que compartían una característica: casi todos sus habitantes adultos eran mujeres. Y una gran mayoría de esas mujeres eran madres solteras de hijos ilegítimos de magnates millonarios, políticos o personalidades de cualquier parte del mundo, aunque sobre todo de Asia.

Yo nací y me crié en aquel complejo.

Goldenpark. Así se llamaba.

Además de viviendas caras y lujosas, contaba también con una clínica, un cine, un supermercado y un banco. Sin embargo, no había escuela. Los niños recibían la educación en casa y esta la supervisaban al milímetro sus progenitores.

Hasta los doce años, aquella fue la vida que conocí. A los menores de edad no nos permitían salir de Goldenpark. Nuestras madres podían hacerlo de vez en cuando; nosotros no, aunque corrían rumores de críos que habían tenido la oportunidad de hacerlo en alguna ocasión aislada.

Yo era una de ellos.

De pequeña oí hablar de esa maravillosa ciudad en muchas ocasiones y, si bien es cierto que tenía cierta curiosidad por conocerla, no se trataba de algo que me obsesionara. Pero mi madre decidió sacarme un día, cuando cumplí los diez años. Esa semana, mi padre no me visitó porque estaba de viaje de negocios, así que a ella se le ocurrió que era un buen momento para que me adentrara en la ciudad donde había nacido y me llevó a la gran metrópoli, donde pasamos el día comprando, tomando helados, asistiendo a un espectáculo en la bahía... Recuerdo lo mucho que me impactaron los

inmensos rascacielos, grandes como montañas, resplandecientes como diamantes, con algunas naves y aeromóviles flotando entre unos y otros.

Fue una gran tarde, aunque mi madre me hizo prometer que no le hablaría de la experiencia a nadie. Me dijo que sería nuestro secreto, y yo estaba encantada de compartirlo con ella.

Un día estaba con mi mejor amigo, Samuel, cuando me hizo una pregunta que para mí era más o menos familiar, pues ya me la había formulado antes:

—¿Crees que nuestros padres nos quieren?

Yo no contesté enseguida. No sabía muy bien cuál era la respuesta. Nuestros progenitores acudían a visitarnos de vez en cuando a Goldenpark, aunque no tan a menudo como a nosotros nos hubiera gustado.

—No lo sé. Espero que sí. —Aunque ni siquiera yo lograba creérmelo.

—Pues yo creo que no. Se avergüenzan de nosotros. Nos tienen aquí encerrados... Hay mucho mundo más allá de esto, ¿sabes? Y está lleno de gente y de cosas increíbles... Ellos viven allí día tras día y, fíjate, nosotros estamos aquí. Nadie sabe que existimos.

El pesimismo de Samuel era tan característico en él como podían serlo sus ojos oscuros y ligeramente rasgados o su pelo pajizo. Era perspicaz, reflexivo, pero detestaba la acción. A pesar de lo consciente que era de los problemas que había en el mundo, Samuel se limitaba a enumerarlos y nunca se planteaba cómo erradicarlos.

—Sí lo saben —declaré con convicción.

—Bueno, saben que existe un lugar donde los maridos infieles pueden esconder los frutos de esa infidelidad, pero eso es todo. No saben cuántos somos ni cómo nos llamamos... Nada. Seguro que muchas de sus mujeres tampoco lo saben.

—Igual lo sospechan...

Samuel bufó con desdén.

—A saber. Si sospechan algo, será del marido de las demás, pero del suyo propio créeme que no. O no quieren ni pararse a pensarlo.

Me deshice la coleta y dejé que la brisa me acariciara la melena. Estábamos en el parque central, rodeados de columpios, árboles, toboganes... Nos acomodamos bajo la sombra de un pino. Desde nuestra posición, atisbábamos la muralla lisa y blanca que cercaba todo el complejo.

—¿Sabes qué? —soltó de pronto Samuel—. La televisión está censurada.

—¿Qué significa eso?

—Vamos, Faith, con doce años deberías saberlo. Yo a tu edad ya lo sabía.

—¿Y eso cuándo fue? ¿Hace siete meses?

—Siete meses dan para mucho.

Solté una carcajada sarcástica.

—Lo que quiero decir —prosiguió— es que por la tele solo vemos lo que nuestros padres quieren que veamos. En cada casa hay unas restricciones concretas, pero creo que nos ocultan las mismas cosas, más o menos.

—¿Por ejemplo?

—Anuncios de las universidades.

—Universidades... Me suena esa palabra.

—¿Ves? A eso me refiero. Una universidad es un sitio donde uno puede estudiar lo que quiera para trabajar en lo que le dé la real gana.

Abrí los ojos y lo miré con súbito interés. A mí siempre me habían dicho que no tenía que preocuparme por nada, que acabarían escogiendo un empleo por mí; uno en el que pudiera desenvolverse con comodidad. Y a casi todos mis vecinos les pasaba lo mismo. No creí que hubiera mucha gente capaz de decidir su propio futuro de manera tan libre. Hasta donde yo sabía, a todos los niños se los educaba con un sistema de docencia general hasta los catorce años. Una vez alcanzada esa edad, se les hacía una prueba de aptitud que duraba casi dos días, mediante la cual un conjunto de expertos decidía qué oficio era el adecuado para cada estudiante. Basándose en toda una suerte de aptitudes como la resistencia, la agilidad mental, la memoria, las habilidades físicas, el carisma y un largo etcétera, un jurado daba un veredicto que determinaría a qué tendría que dedicarse profesionalmente. Y desde los catorce, una vez conocida la sentencia, se le proporcionaba una educación enfocada a aquello para lo que valía.

A mí me habían contado que, en el pasado, las personas decidían qué estudiar y en qué trabajar basándose en algo llamado vocación. Podían escoger a qué dedicar su vida con independencia de sus aptitudes para ese trabajo. Que semejante cosa siguiera ocurriendo en el presente me resultó del todo inverosímil.

—¿Y acuden muchas personas?

—Cientos, quizá miles. En Asia es necesario ser muy rico para hacerlo. Y en Europa..., bueno, allí no sé muy bien cómo funciona, pero sé que hay muchas universidades.

Me lo quedé mirando un segundo, dubitativa.

—¿Cómo es posible que sepas eso?

—Porque leo.

—Yo también leo.

—Bah, pero tú lees novelas de aventuras y de amor; eso no te enseña nada. Yo leo enciclopedias.

—Suenas aburrido.

Bufó con desdén.

—Pero es más productivo, créeme.

Me quedé callada. Me daba la sensación de que Samuel estaba más arisco de lo habitual. O sea, muy arisco. Le notaba tenso, antipático; obviamente, no estaba de buen humor, pero me pregunté si habría algo más. Tal vez me considerase tonta y le aburriera hablar conmigo.

Pensé en lo que acababa de decirme.

Yo no leía en exceso, pero era cierto que en mi estantería la mayoría de los libros que podían encontrarse eran de acción, fantasía y esas cosas. Aunque tenía dos ejemplares impresos sobre arte, llenos de fotografías y gráficos. Me gustaba tocar el papel, olerlo... Era algo que, debido a su formato electrónico, no podía hacer con los demás.

Me tumbé de espaldas sobre la hierba y observé el cielo gris y el contorno verde del pino que nos protegía. Las nubes eran blancas y se mecían en el firmamento. Algunas resultaban difíciles de distinguir, pues su tonalidad se mezclaba con el matiz plomizo del cielo... Antes, este había sido de un azul límpido. O eso decían. En alguna ocasión yo había tenido la oportunidad de ver un cielo así, totalmente azul. Ocurría muy pocas veces al año, pero, si las condiciones meteorológicas lo permitían, era posible apreciar esa tonalidad. A mí me costaba creer que, en el pasado, el cielo hubiera sido azul casi todos los días. Tuvo que ser muy hermoso. Ahora iba del blanco al gris o, como mucho, a un azul apagado.

—No te creo —musité al cabo de unos minutos.

—¿Qué? —dijo Samuel, que se había recostado a mi lado.

—Que no te creo. No me trago que la televisión esté controlada ni que las universidades estén al alcance de cualquiera...

—Yo no he dicho eso. Están al alcance de cualquiera con dinero.

—Nosotros tenemos dinero.

—Técnicamente lo tienen nuestros padres, no nosotros. Además, las personas con acceso a esos sitios no tienen nada que esconder.

Fue entonces cuando empecé a comprender qué era lo que estaba insinuando. Sentía cierta rabia hacia su padre, al que apenas veía. Bueno, en realidad sí que lo veía a menudo: por la tele. Era un político y, al parecer, uno muy bueno, de esos a los que la gente admiraba y escuchaba. Esa impresión

daba cuando salía en el canal de noticias... Aunque, si era cierto que la tele pasaba por un filtro, tal vez la idea que yo tenía de él fuera errónea.

Iba a retomar el tema cuando una sombra nos cubrió casi por completo. Nos incorporamos y vimos a Tommy Dean y a sus matones frente a nosotros. Eran dos años mayor que yo, pero jamás me habían intimidado. Samuel, en cambio, se tensaba cada vez que se cruzaba con ellos.

—Eh, rubiales, ¿ya estás ligando con esta otra vez? —dijo Tommy en un tono irritante.

—Cállate, Dean —repliqué yo—. Nadie se ríe nunca con tus estúpidos comentarios, ¿por qué sigues haciéndolos?

Un rictus de ira le demudó la cara.

—Algún día te daré una bofetada, enana, y dejarás de vacilarme.

Me puse en pie.

—¿Necesitas la ayuda de tus dos gorilas para enfrentarte a mí?

Él hizo un ademán con la mano para indicarles que no se movieran.

—Yo no pego a las chicas, pero el día que haga una excepción no vas a saber ni cómo te llamas. En cambio, al pringado ese de ahí... —Miró a Samuel con mucha rabia—. Con este no tengo ningún reparo.

—¿Necesitas recurrir a la fuerza para esconder tu falta de cerebro, Dean? —contestó Samuel para disimular su nerviosismo.

—No vayas de listo conmigo, Harkness. Tu cerebritito no podrá salvarte.

Acto seguido, se le echó encima. Samuel se había incorporado hacía escasos segundos y, de pronto, volvía a estar en el suelo, esta vez envuelto en una maraña de arañazos y puños. Yo no entendía por qué Tommy le tenía tanta manía: Samuel caía bien a todo el mundo, nadie se metía con él... Pero quizás ese fuera el problema.

No pensaba quedarme mirando cómo le daba una paliza. Mi naturaleza me incitaba a inmiscuirme y a defenderle, aunque era consciente de que podía salir muy mal parada. No es que yo fuera violenta, pero sí que tenía cierta predisposición para pelearme si la situación lo requería. Avancé un par de pasos para detener a Tommy, pero uno de sus amigos me agarró del brazo con fuerza.

—¡Suéltame, asqueroso! —le ordené.

—No te metas. Esto no es asunto tuyo.

Era absurdo seguir discutiendo con él mientras a mi mejor amigo le estaban poniendo la cara morada, así que le escupí en los ojos y me soltó. El otro matón quiso bloquearme el paso: le di un puntapié en la entrepierna y cayó de rodillas sobre el césped. Entonces me tiré a la espalda de Tommy y le

rodeé el cuello con los brazos para asfixiarle, no hasta el punto de que perdiera la consciencia, pero sí hasta que le molestara lo suficiente como para que dejase de golpear a Samuel.

De improviso, Tommy se echó atrás de tal forma que quedé atrapada entre su espalda y la hierba. Estaba haciendo fuerza contra mí, pero yo resistía y boqueaba tratando de atrapar el oxígeno que había a mi alrededor. Notaba los pulmones ardiendo, pero aún podía aguantar... Aunque no por mucho tiempo.

Y en ese momento, una voz madura hizo que nos detuviéramos:

—¿Qué está pasando aquí? Quitá de ahí.

Pude respirar de nuevo, pues Tommy ya no estaba sobre mí. Un chico joven lo había cogido por el pescuezo. Se trataba de Teseo Morton. Yo solo lo conocía porque mi madre y él habían intercambiado unas palabras en contadas ocasiones. Desde hacía unos años, solía pasar un par de semanas de verano en Goldenpark para visitar a su hermana y a su sobrino, que vivían enfrente de mi casa. Ahora tendría unos diecisiete años y a mí siempre me había resultado misterioso, con aquellos ojos de un verde oscuro que su pelo negro parecía aclarar en contraste. Su sobrino Casio estaba a su lado. Era algo más joven que yo.

Me tendió la mano para ayudarme a ponerme en pie. Después, me echó un vistazo tan breve como un destello y se dirigió a Tommy:

—¿Te parece normal abusar así de una chica que encima es más pequeña que tú?

—No soy tan pequeña —solté. Pero Teseo me ignoró.

—Ha sido en defensa propia —se justificó Tommy mientras se revolvía el pelo, ahora lleno de hojas y ramitas.

—Aun así. Dejaos de peleas, y mucho menos en público. Si tenéis ganas de bronca, os vais a algún rincón donde no llaméis la atención de los demás, ¿queda claro? De lo contrario, alteraréis a todo el mundo. En este parque hay más niños aparte de vosotros.

Todos permanecemos en silencio. Me sorprendía que su reprimenda hubiera consistido en recomendar que nos pegáramos en otra parte en vez de dejar de hacerlo, como solían exigir los adultos. Sin duda, Teseo sabía de buena tinta que, por mucho que nos lo ordenasen o pidieran, las rencillas entre nosotros no iban a desaparecer.

—Bien. Vamos, Casio —masculló, poniéndole una mano en el hombro a su sobrino.

Su serenidad era enervante. Se giraron para marcharse, pero entonces unas palabras nacieron en mi garganta y brotaron de mis labios sin que pudiera

detenerlas:

—Si tan poco te importa que nos peguemos, ¿por qué has venido?

Teseo se detuvo y se giró lentamente hacia mí.

—Me he sentido obligado a hacerlo. Algunos intentamos disfrutar de una tarde agradable, pero con vosotros aquí armando jaleo es imposible.

Y se marchó. Nos quedamos los tres solos. Sí, los matones de Tommy hacía rato que nos habían dejado y él, en cuanto se dio cuenta, se largó corriendo, no sin antes lanzarnos una mirada de desprecio a ambos.

Observé a Samuel. Le sangraba la nariz y tenía los mechones rubios llenos de matojos y tierra.

—Estás hecho un desastre —le dije, y se encogió de hombros.

Volvimos a sentarnos y retomamos la discusión anterior. Para mi gusto, fue demasiado rápido, pues habría querido charlar con él acerca de lo ocurrido. Pero Samuel estaba esforzándose por olvidarlo. Al cabo de un rato en silencio, me susurró:

—Te agradezco que saltases en mi defensa, Faith. —Su tono transmitía disculpa, arrepentimiento. La antesala de un reproche—: Pero no vuelvas a hacerlo.

—¿Te ha molestado? —exclamé, contrariada.

—Sí.

—¿Por qué?

—¡Porque no necesito que una niña me proteja! —declaró, un poco sulfurado. Yo casi me asusté—. Esto son cosas que un hombre debe afrontar solo. Ninguna mujer debería estar de por medio.

Me quedé muda unos segundos, con los labios entreabiertos en una mueca de desconcierto.

—Tú eres idiota, ¿no? Ni tú eres un hombre ni yo una mujer. Apenas somos adolescentes. ¿Y qué importa que yo sea una chica?

—Me ridiculizas.

—¿Y qué esperas, que me quede quieta? Siempre hemos sido íntimos...

—Pero las cosas cambian, Faith.

—¿Por qué? —pregunté, y me sorprendió descubrir que mi voz sonaba quebrada.

—Porque sí, porque al crecer todo cambia. —Suspiró. Parecía realmente agobiado—. Mira, resulta que... tengo novia.

Mi corazón se detuvo. Estaba segura de que no había oído bien.

—¿Qué?

—Ya me has oído.

Sí, claro que le había oído. Tenía novia. Y aquella revelación me fastidió, pero lo pasé por alto. Todos sus compañeros y chavales de su edad habían comenzado a interesarse por las chicas hacía unos meses y, según las propias palabras de Samuel, tener pareja no era algo que debiera empezar a preocuparles aún. En alguna ocasión que ahora parecía quedar muy lejos, él mismo lo había calificado de *moda*. ¡Una moda! ¿Cómo podía estar de moda fingir sentir algo por una persona? Ahora resultaba que Samuel también había caído en aquel influjo. Y yo que lo consideraba más espabilado que la mayoría... No obstante, era decisión suya y poco podía hacer yo.

Pero seguía pareciéndome ridículo.

—Está bien —dije muy despacio—. Tienes novia, ¿y qué?

Desvió la mirada y apretó los dientes.

—Que a ella... —tragó saliva— a ella le molesta que esté contigo.

—¿Qué?

—Sí. También le molesta que sea un *blandengue* —explicó con retintín—. Esas fueron sus palabras.

Debía de ser la típica cría que había buscado novio solo porque era lo que habían hecho las demás, porque tener pareja les hacía sentir mayores y porque ella no quería ser menos que sus amigas. Como un idiota, Samuel se había dejado atrapar por una estúpida que ni siquiera apreciaba lo que tenía.

—A mí no me pareces un blandengue —murmuré en voz muy baja.

—El caso es que... me voy a casa —anunció él—. Pronto habrá toque de queda.

Y sin volver la vista, echó a andar.

Cuando llegué a mi calle, ya estaba oscureciendo y no había casi nadie. Todos los niños teníamos la obligación de estar en casa a las ocho. Faltaban siete minutos. Observé Forceland cuando estaba a escasos metros de la entrada. Era una bonita mansión de estilo clásico, con columnas corintias de color blanco y jardines con arbustos en forma de animal. La de delante era parecida y en el arco de la puerta se apreciaba el nombre: Nova Trevi. Allí vivía la señora Petra Morton, hermana mayor de Teseo. Por eso no me sorprendió verlo sentado en la acera de enfrente.

Como si hubiera leído mis pensamientos, alzó la cabeza y me miró. Sonrió. Aquella tarde en el parque había sido una excepción, porque casi siempre me sonreía cordialmente.

En mitad de la calle, vacilé. No me apetecía entrar en casa y que mi madre detectara mi pésimo estado de ánimo antes de someterme al tercer grado, así que me acerqué a él.

—Mira a quién tenemos aquí —dijo—. La princesa guerrera.

—¿Puedo sentarme contigo? —pregunté, omitiendo su comentario.

—Claro.

Me acomodé a su izquierda. Permanecimos largo rato en silencio. Teseo estaba muy concentrado observando la nada. Yo lo escruté a él. Su expresión sugería afabilidad, pero en sus ojos había algo sombrío. Su mirada era dura y penetrante.

Entonces hizo una mueca de tristeza que me llamó la atención.

—¿Qué pasa?

Él no pronunció palabra. Aguardé unos instantes, creída de que necesitaba tiempo para formular una contestación, para sincerarse... Pero la respuesta no llegó.

—¿Alguna vez has salido de aquí? —inquirió cuando estaba a punto de levantarme para irme, ya segura de que no querría hablar.

—¿De dónde?

—De Goldenpark.

Negué con la cabeza, recordando una vieja promesa.

—No.

—Así que nunca has visto un cielo estrellado.

—Claro que sí. Desde aquí se ven algunas estrellas.

—No más de tres o cuatro, y no todas las noches —replicó.

—¿Y cuántas quieres que se vean?

—Lo normal es que haya cientos.

Me eché a reír.

—No es verdad. En algunas películas sí que aparecen cielos con muchísimas estrellas, pero eso está hecho por ordenador. No es real.

—Una vez lo fue. Y en algunos puntos del planeta aún puede apreciarse.

—¿En cuáles?

Se encogió de hombros.

—No sé. El Congo, Chile, Noruega, Alaska...

—¿Has estado en todos esos sitios?

—Sí.

—¡Hala! ¿Por qué viajas tanto?

—Porque sí.

—Eso no es una respuesta.

—Yo no vivo aquí, Faith... Es Faith, ¿no?

—Sí.

—Pues eso, Faith, yo no vivo aquí. No estoy autorizado a hablar de según qué cosas.

Asentí, comprendiendo. Estaba acostumbrada a que los pocos visitantes que nos honraban con su presencia dieran esa explicación para excusar su silencio, pero aquel día, tras la charla con Samuel, eso me pareció más exasperante que nunca. Sin embargo, haber pensado en Samuel hizo que me concentrara en otros asuntos. Teseo lo notó.

—¿Y esa cara?

—Es por Samuel... El chico rubio con el que estaba hoy. Ahora resulta que tiene novia y que a ella no le gusta porque paso demasiado tiempo con él. O algo así.

—¿Que tiene novia? —Aquello pareció hacerle gracia—. ¿No sois algo jóvenes para andar complicándoos la vida de esa forma?

—Y yo qué sé —respondí de mal humor—. Yo paso de estas cosas, pero me preocupa que nuestra amistad se fastidie por culpa de... Bueno, no sé ni quién es.

—Vaya. Bueno, ¿sabes?, si ese chico tiene algo de cerebro, la mandará a hacer puñetas.

—¿Por qué iba a hacer eso?

—Porque tú eres una amistad que vale la pena cuidar. He visto cómo te lanzabas contra ese chico... Toby.

—Tommy —lo corregí.

—Como sea. Lo has hecho por ayudarlo y, al fin y al cabo, eres una niña. No es que te menosprecie, pero podrían haberte hecho mucho daño.

—Ya, pero no me importa. No me da miedo pelearme. A muchas de mis amigas les ha dado ahora por ir de compras, pero a mí eso me aburre.

Él esbozó una media sonrisa.

—¿Sabes? Estoy seguro de que algún día esos chicos pasarán de pelearse contigo a pelearse por ti.

—¿Por qué crees eso?

—Es una corazonada. Pero ya verás como tengo razón.

—Espero que no. No soportaría tener a tanto idiota detrás de mí.

Teseo soltó una breve carcajada y no dijo nada. Por un momento, pareció perderse en sus recuerdos. Y entonces en el cielo se proyectó un reloj digital que marcaba las 20:00 h y una voz robótica anunció la hora de irse a casa. El toque de queda.

—En fin, Faith, ha sido un rato agradable. Me gustaría hablar contigo más a menudo —comentó mientras ambos nos poníamos en pie.

—Sí, a mí también. Adiós —murmuré.

—Nos vemos.

Le di la espalda y me dirigí a casa. Cuando estuve en la puerta y hube metido el código para que se abriera, me volví hacia él para echarle un último vistazo, pero ya había desaparecido.

Entré en Forceland y atravesé el jardín surcado de fuentes, flores, estatuas de mármol y arbustos con su propia morfología. En el interior me acogió el frescor del aire acondicionado. El servicio ya se había ido y ahora solo estaríamos mi madre y yo... O eso pensaba, porque cuando pasé al salón me encontré no solo a mi madre, sino también a tres de sus amigas. Todas vestían con elegancia y eran guapísimas. Me quedé deslumbrada con su distinción y su porte, a los que ya tendría que estar acostumbrada. Parecían de la realeza.

—Oh —murmuró mi madre—, ya está aquí la niña. Bueno, queridas, ha sido un placer compartir la tarde con vosotras.

—Igualmente, Martina —respondieron ellas mientras se incorporaban con la gracia de un cisne.

—Espero que se repita pronto —dijo una.

Las demás asintieron y fueron abandonando el salón, no sin antes despedirse de mí con una encantadora sonrisa que me esforcé en devolver.

Mi madre las condujo hasta la salida y desde allí las despidió con entusiasmo.

—¡Hasta pronto! —Y acto seguido cerró la puerta y me miró—. ¡Faith! Tú ropa... ¿Por qué está tan sucia?

Casi se me había olvidado mi aspecto zarrapastroso, y es que ni mi madre ni ninguna de sus amigas habían mostrado el menor indicio de sorpresa o escándalo. Eran mujeres con un perfecto autocontrol, habituadas a rehuir los contratiempos. Ahora, en cambio, mi madre me miraba con aire inquisitivo. Clavé la vista en mis *shorts* y mi camiseta de tirantes. Ya no había ni rastro del blanco impoluto; ahora, ambas prendas ofrecían un aspecto verdoso y marrón.

—He estado jugando en el parque.

—¿Y a qué demonios jugabas? ¿A ver quién se revuelca durante más tiempo por el suelo?

No entendía por qué le fastidiaba tanto que me ensuciase la ropa si, total, no la lavaba ella. En ese momento reparé en una bolsa de la compra que había en una silla junto a la pared. La marca me indicó que se trataba de productos

de belleza. Eso no era infrecuente: seguro que la industria cosmética le debía gran parte de su fortuna a mi madre. Bueno, vale, estoy exagerando, pero es cierto que lo que más compraba eran cosméticos, cremas rejuvenecedoras y cosas por el estilo. Aunque ella ya era muy, muy guapa. Siempre lo había sido... No obstante, se esmeraba por no dejar de serlo.

Ella no era la única que mostraba una preocupación desmedida por su físico. La madre de Samuel también se pasaba horas frente al espejo, pensando en cómo mejorar. Y muchas conocidas de mi edad también empezaban a interesarse por todas esas cosas.

—¿Por qué sois todas tan guapas? —pregunté de pronto—. ¿Y por qué os importa tanto?

Mi madre frunció el ceño.

—¿Cómo?

—Sois muy guapas y cada día parece que lo seáis más. En el supermercado hay una sección de belleza enorme, más grande que ninguna otra, y sé que hay un servicio de tratamientos a domicilio que os hacen varias sesiones al mes. ¿Por qué?

No era la primera vez que le salía con esas, aunque sí la primera en el último par de años. La novedad esta vez fue que tuve la sensación de que iba a obtener las respuestas que buscaba.

—Cariño... —Exhaló un largo suspiro—. Ven, vamos a mi habitación.

Subimos las escaleras curvas hacia el segundo piso. Los elaborados detalles de la lámpara de araña que colgaba en el recibidor se apreciaban mucho más desde allí. Era preciosa y brillante. En alguna ocasión fantaseé con que se caía encima de mi institutriz.

—Cariño, ve a tu habitación, ponte el pijama y ven a verme, ¿de acuerdo?

Asentí y me fui a mi cuarto. Para mí, ese era el lugar donde mejor me sentía, más que en ningún otro. Mi cama, bastante grande, era de un brillante color violeta que contrastaba con las paredes blancas y azules y, delante, resplandecía una pantalla holográfica. Tenía un escritorio con un ordenador táctil, un armario empotrado y una estantería repleta de libros, tanto electrónicos como tradicionales, aunque de estos últimos había menos. Y una consola de realidad virtual, por supuesto.

Me puse el pijama y acudí directa al dormitorio de mi madre.

Era mucho más grande que el mío. El suelo era de doble altura, su armario medía tres veces más, las paredes eran blancas con algunas florituras granates y lo más impresionante de todo era su tocador: tenía una decena de cajones y compartimentos extraños y estaba lleno de productos de belleza. El espejo era

electrónico, así que podías introducir un programa de maquillaje o peinado y en su superficie se proyectaba la imagen reflejada, pero con la opción que hubieras escogido, como si de verdad te hubieses aplicado el cambio.

Mi madre también se había preparado para dormir. Llevaba un camisón *beige* que se ajustaba en el busto y una bata dorada de satén con sus iniciales bordadas sobre el corazón. Su cabellera negra le caía en suaves ondas sobre los hombros y la espalda. Sus ojos oscuros eran grandes y expresivos, enmarcados por unas pestañas sedosas y negras; tenía una nariz menuda, ligeramente respingona, y unos labios carnosos. Una de las cosas más llamativas de su físico, al menos para mí, era la marca de nacimiento de su antebrazo: una mancha más oscura que el resto de la piel, rodeada por unas motas, como causadas por un pincel goteante. Decía que la había tenido siempre, al igual que otros parientes suyos, porque tendía a heredarse. No obstante, ese no había sido mi caso.

Con un gesto, me indicó que me sentara en el taburete frente al tocador y cogió un cepillo con el que empezó a peinarme.

—Faith, ¿qué crees que siente tu padre por mí?

Yo pensé en mi padre. Se llamaba Percival Canavan y era una importante figura del mundo de las farmacéuticas y el avance tecnológico. Su abuelo fue un americano que llegó a China con una de las dos grandes oleadas de inmigración que hubo a principios de los años veinte. Apenas sabía más de él.

Las pocas veces que pasaba por casa, me daba un beso en la frente, me preguntaba cualquier trivialidad y se iba con mi madre al dormitorio tras indicar que no quería que lo molestaran.

—No sé. Cuando viene, pasa más tiempo contigo que conmigo y luego, cuando sale de la habitación, se lo ve de mejor humor. Supongo que te aprecia.

Su rostro se ensombreció. Bajó la vista y contempló mi pelo; lo acariciaba con suavidad y delicadeza.

—La verdad es que, si tu padre me aprecia, es porque soy hermosa. El día que deje de serlo, todo cambiará.

Fruncí el ceño.

—No entiendo lo que dices.

—Faith, ya eres mayor. Mientras has sido niña, he querido que vivieras ajena a todo y que fueras feliz, pero pronto te convertirás en una adolescente y deberás entender cómo funciona el mundo.

—¿Y cómo funciona?

—Lo primero que debes saber es que para las mujeres no funciona igual que para los hombres. Este es un mundo hecho por y para ellos. Nosotras luchamos por nuestra supervivencia cada segundo que pasa.

—Los hombres también —objeté.

—Pero no en el mismo sentido. Como este es un mundo de hombres, y lo ha sido siempre aunque la sociedad se esfuerce en creer lo contrario, la mujer tiene como objetivo principal obtener el favor de un hombre. Y hay una cosa que solo nosotras podemos darles y que desean. —Me miró y yo me quedé callada, aguardando a que prosiguiera—. ¿Entiendes por dónde voy?

Empezaba a vislumbrarlo, pero no estaba demasiado segura. Hablaba del sexo masculino con un resentimiento y una amargura alarmantes que yo no atinaba a comprender.

Ante mi silencio, continuó:

—Los hombres buscan el placer, cariño. Y la mayoría solo lo encuentra en nosotras por las relaciones sexuales.

Mi institutriz había empezado a hablarme de eso hacía unos cuantos meses. Yo todavía desconocía por completo la naturaleza de aquello. Comprendía que el objetivo era tener hijos, pero ¿qué había más allá de eso?

La cara, ahora enrojecida, me ardía por la vergüenza. No era el mejor tema de conversación con una madre, pero tampoco quería evitarlo. Si hablar de ello iba a ayudarme a entender algunas cosas, estaba dispuesta a pasar por el aro.

—¿Y eso es lo que le das tú?

—Así es. Él quiere compartir eso conmigo porque me encuentra atractiva. El día que deje de serlo... ¿Ves todo lo que nos rodea? La casa, la piscina, tu ropa, la educación, tus juguetes... Todo eso es posible porque nos lo da él. Porque yo, a cambio, le ofrezco mi compañía.

Ahora lo entendía. No pude evitar acordarme de algo que me había explicado Samuel hacía solo una semana: la prostitución. Me dijo que existían mujeres que ofrecían su cuerpo a hombres a cambio de dinero, como si lo alquilaran por unas horas. Primero a uno, después a otro. Con eso se ganaban la vida. Asumía que las que tenían ese oficio lo hacían porque querían. Pero ahora empezaba a dudarlo. Quizás algunas sí que estuvieran a gusto con aquello, pero no todas. ¿Por qué estaba pensando en algo así? Mi madre no tenía nada que ver con eso... ¿O sí?

—Por eso te cuidas tanto... Para seguir gustándole.

—Eso es. Mis amigas hacen lo mismo. Y las madres de tus compañeros también.

—¿Y qué pasa con Jarek?

Jarek era un hombre que vivía en Goldenpark. Solo.

—Él... Él mantiene el mismo tipo de relación con su pareja, cariño, pero funciona de forma un poco distinta. Son dos hombres. Y, como ya he dicho, entre hombres las cosas son distintas.

¿Lo eran?

Permanecimos en silencio un momento.

—¿Mamá?

—Dime.

—Si papá es capaz de quitarnos todo lo que nos ha dado solo porque tú puedes dejar de gustarle algún día, es que no nos quiere, ¿no?

Mi madre suspiró pesadamente.

—Es complicado, cariño.

—¿Mamá? —volví a inquirir.

—¿Sí?

—¿Lo que estás haciendo es... es digno? ¿Está bien?

No me atreví a especificar y permití que el silencio lo hiciera por mí. Ella lo comprendió y dejó de peinarme. En el espejo vi reflejado su rostro, que se tornó pálido. Me miró como si estuviera viendo a una extraña. Su mano tembló y, por un momento, pensé que iba a darme una bofetada, pero su reacción fue muy distinta.

Agachó la cabeza y perdió la postura erguida de la que siempre hacía gala. Durante unos segundos, solo oí su respiración pausada.

—Espero que sí, cariño —dijo con un hilo de voz—. Espero que sí.

2

A la mañana siguiente, el tañido del timbre me despertó, devolviéndome a mi tediosa y confusa realidad. Me sentía cansada, sin ganas de hacer cosas — algo muy raro en mí—, así que permanecí enterrada bajo las sábanas durante unos minutos.

Hubieran sido horas de no ser porque Yae, la mujer que servía en nuestra casa, llamó a la puerta de mi cuarto con los nudillos y entró diciendo que mi madre exigía mi presencia en el salón.

—Dile que estoy durmiendo —le pedí con voz entre suplicante e irritada.

Ella entornó sus ojos rasgados.

—Ya le he sugerido que cabía la posibilidad de que estuvieras durmiendo y me ha dicho que, en tal caso, te despierte.

Solté un bufido exasperado y me puse en pie, apartando las sábanas. Observé a Yae, que me miró con el principio de una sonrisa asomando por sus finos labios escarlata. Por toda respuesta, yo le saqué la lengua. Teníamos bastante confianza. Era bastante mayor que yo; debía de sacarme unos diez años. Llevaba sirviendo en mi casa desde que era una adolescente. No solo trabajaba para nosotras, sino también en otras dos residencias que, naturalmente, se encontraban en Goldenpark y en aquella misma zona.

Así era como lo habían pactado los amantes de la mayoría de mujeres. Ellos mismos contrataron una empresa de limpieza y mantenimiento que, aparte de eficiente, también era discreta, y luego decidieron cómo trabajarían, sus horarios, qué personal, a qué sitios iría, etcétera. Yo todavía no era del todo consciente, pero con la perspectiva del tiempo me daría cuenta de que aquello era un paraíso para cualquiera que tuviese una amante o una doble vida.

Yae se arremetió un mechón suelto dentro de una ridícula cofia y me apremió para que me vistiera deprisa.

—Vamos, Faith, te interesa bajar pronto. Tienes visita.

Frené en seco y la miré con el ceño fruncido.

—¿De quién?

Ella se encogió de hombros.

—Es un niño de tu edad.

Samuel. Sí, tenía que ser él, que había venido a disculparse por la tensa conversación del día anterior. La recordaba con absoluta claridad y no se me olvidaría en mucho, mucho tiempo. Una de mis características más llamativas es que siempre he tenido una memoria impecable... Por suerte o por desgracia, claro está.

Acabé de arreglarme rápidamente y bajé las escaleras blancas y anchas a toda prisa. No había nadie en el recibidor, de modo que me apresuré hacia el salón. Allí, entre estanterías con decoraciones minimalistas, la pantalla plana de la tele, los muebles de estilo victoriano y los sillones nórdicos, se hallaban mi madre, otra mujer y... Tommy.

¡Tommy! ¿El mismo Tommy que la tarde anterior había estado a punto de matarme? Bueno, quizá eso fuera decir demasiado, pero... Tommy.

—Oh, aquí está —dijo mi madre, incorporándose nada más verme—. Faith, cariño, la señora Dean me ha contado que ayer tuviste una pelea con su hijo; que llegasteis a las manos, incluso.

Creo que mi expresión de desconcierto y asco fue de lo más elocuente, porque mi madre me lanzó una de sus miradas reprobatorias que hacían que se te cortase la respiración de golpe. Yo me esforcé en relajar los músculos de la cara.

—Sí, pero no es la primera vez —murmuré yo, acercándome.

Tommy estaba colorado, supuse que de ira.

—Pues eso no puede volver a repetirse, muchachos —afirmó la señora Dean. Era una mujer alta, de labios finos y pómulos sobresalientes. Joven.

—¿Qué fue lo que ocurrió? —preguntó mi madre.

—Lo que ocurrió y sigue ocurriendo es que Tommy es un idiota integral —declaré yo sin morderme la lengua. Era la verdad.

La cara de espanto que puso la mujer fue tan exagerada que se asemejó a una caricatura. Mi madre me crucificó con la mirada y yo bajé la vista, amedrentada.

—Pues más tonta eres tú —contraatacó Tommy.

—Cállate —le solté yo.

—¡Niños! —vociferó la señora Dean—. Parecéis críos de cinco años. Tanto la señora Gómez como yo creemos que esto es algo que debéis resolver entre vosotros. Habléis de lo que habléis, os ponemos dos condiciones: la primera, que no os toquéis ni un pelo; la segunda, que esta charla que vais a tener os sirva para hacer las paces y no volver a pelearos. ¿Verdad, Martina?

Mi madre asintió con decisión.

—Así es. Os iréis ahora mismo a la biblioteca y lo aclararéis allí como adultos.

—Pero... —protestamos los dos.

—Pero nada.

Tanto Tommy como yo nos esforzamos en disimular la rabia y obedecer. Solo habría que fingir durante un rato y luego salir como si todo estuviera arreglado. Fácil.

Nos condujeron hacia la biblioteca, que era una pequeña estancia llena de volúmenes y dispositivos Micro USB con libros electrónicos en el interior. Una vez dentro, nuestras madres nos despidieron desde la puerta. Fue la mía quien habló:

—Comportaos y, cuando hayáis arreglado las cosas, venid a buscarnos. Estaremos en el salón tomando un aperitivo.

Nosotros asentimos y esperamos a que se fueran. Una vez a solas, yo me crucé de brazos y lo miré con una ceja alzada.

—¿Y bien?

—¿Y bien qué? No pensarás hacer lo que dicen, ¿verdad?

—Pues no entra en mis planes, pero está claro que no podemos salir de aquí en cinco minutos. Habrá que esperar para que se traguen la bola.

—Yo paso —masculló, e hizo ademán de dirigirse hacia la puerta.

—Para. ¿No te das cuenta de que hay que hacer un poco de paripé? Es más, yo sí que tengo algo que decirte.

—A ver. —Se cruzó de brazos y alzó el mentón en señal desafiante.

—Eres un inmaduro. Y un gallina —solté, y él se acercó peligrosamente a mí—. Necesitas dar miedo para conseguir un poco de respeto, ¿no? ¿Es que no tienes otra manera de demostrar lo que vales? Si es que vales algo, claro.

—Lamento no ser tan listillo como tu amiguito —farfulló con frustración.

—¿Por eso le tienes manía?

—No.

Ladeé la cabeza, algo perpleja. Me sorprendía que Tommy mostrara esa faceta tan pasiva y dócil. Apenas me había insultado...

—En tal caso, ¿por qué?

—¿Y a ti qué te importa, enana? —Sus ojos brillaron por la ira. Ese volvía a ser el Tommy que yo conocía.

—Pues me importa porque siempre estás molestándole. Es mi amigo, ¿sabes?

—Sí, sí, tu amigo... —murmuró con retintín.

Su tono me desconcertó.

—¿Qué has querido decir?

—Que a ti te gusta y por eso lo defiendes tanto.

—Pues no, no me gusta. Además, él tiene novia.

Algo en su expresión cambió. No advertí exactamente qué, pero algo...

—¿El pringado ese tiene novia?

—Sí —mascullé.

—Seguro que es una fracasada que no ha tenido más remedio que quedarse con lo que nadie quería.

—¡¿Pero quieres dejarlo ya?! En serio, Tommy, das pena con esta actitud. Siempre metiéndote con los demás y despreciándolos, como si pudieras decidir quién merece la pena y quién no. Pues ¿sabes una cosa? Al menos Samuel tiene amigos que lo quieren y alguien especial que se interesa por él. ¡A este paso, tú nunca tendrás nada de...!

Y entonces me besó. Me dejó con la palabra en la boca, pero me besó. Fue muy breve, apenas una toma de contacto, un roce... Pero fue mi primer beso. Sentí un leve mareo cuando se separó de mí. Él enrojeció repentinamente y desvió la mirada. Parecía incluso más incómodo que yo.

—¡Ah! Pero ¿de qué vas? —balbucí—. ¿Ha sido para molestarme?

—No, idiota, no ha sido para molestarte —respondió él casi en un susurro. Luego se mordió el labio y adoptó una postura rígida—. Estoy cansado de esta tontería. Me marchó.

En esta ocasión, no intenté detenerle.

Cuando llegué al salón unos minutos después, tanto Tommy como su madre se habían ido. No me había atrevido a seguirle porque estaba demasiado desconcertada.

Mi madre se hallaba sentada de espaldas a la puerta con una copa de zumo de naranja en la mano. Sobre la mesita auxiliar que había al lado de los sofás, distinguí una bandeja de plata con unas tazas de té, una jarra de sidra y pastas.

Me acerqué a ella, escruté su rostro un segundo y me senté a su lado.

—¿Ya se han ido?

—Sí. Ahora mírame, Faith. —Sus ojos denotaban ternura, pero la rigidez de sus hombros indicaba que estaba disgustada, que aquel le parecía un asunto serio. Empecé a morderme la uña del pulgar—. ¿Qué te he dicho siempre sobre el comportamiento?

Yo desvié la mirada, algo avergonzada.

—Que haga lo que haga, lo más importante es ser bondadoso con los demás.

—Exacto. Ser buena persona es lo único de lo que, con toda seguridad, jamás te arrepentirás. Es lo único que hará que te sientas en paz contigo misma y con el resto del mundo. Y eso es primordial.

Puse los ojos en blanco. Me sabía aquella cantinela de memoria.

—Yaaa —murmuré, arrastrando la sílaba.

—No, «ya» no. Quiero que lo tengas claro. —Exhaló un suspiro y de pronto me dio la impresión de que estaba cansada—. Lo que has hecho no te convierte en alguien malo, cariño; son riñas de jóvenes y lo hiciste para protegerte a ti y a tu amigo, de acuerdo. Pero procura no ser tan violenta. No es el camino, ¿vale? Hay otras formas de solucionar las cosas.

No era la primera vez que me echaba aquel sermón. Sin embargo, por más veces que me lo hubiera repetido, yo no era consciente de lo que quería decir. Creía que lo entendía, pero ahora sé que no era así.

—Vale.

—Hala, vete a jugar.

Fruncí el ceño.

—¿No te interesa saber si lo hemos arreglado? Tommy y yo, quiero decir.

Pero no respondió. Continuó con la vista clavada al frente y la copa en la mano. Entonces reparé en el dispositivo holográfico que había sobre la mesa del centro y que solía estar en la repisa de la chimenea. Lo habían usado. En mi casa había cámaras de seguridad por todas partes y la biblioteca no era una excepción.

Y en ese momento me percaté de su expresión divertida. ¿Estaba tratando de contener la risa o solo me lo parecía?

—Lo has visto —adiviné.

Ella dejó escapar la lacónica carcajada que había estado reteniendo.

—Ambas lo hemos visto. Ahora entendemos lo que pasa. Los niños no suelen meterse con niñas a no ser que les gusten. Es una ley casi tan antigua como... yo qué sé, las pirámides de Egipto.

—Ayer casi me asfixia... ¿y hoy me besa? Si los chicos se vuelven así de imbéciles cuando se enamoran, prefiero no gustarle a nadie nunca.

Mi madre se volvió y me sonrió con cierta amargura.

—Haces bien. De todas formas, no me parece que haya sido un acto tan terrible, cariño. Pero me da pena ese pobre chico.

—¿Y eso por qué? —exclamé, irritada.

—Porque su conducta es producto de la actitud que su padre tiene hacia él.

—¿Qué?

—Eso no excusa su comportamiento, claro, pero... Tú tienes suerte. Tu padre nunca te ha puesto una mano encima.

Entonces comprendí. El padre de Tommy le pegaba y lo hacía con frecuencia. Por eso era tan violento. Yo lo era por naturaleza, aunque solo adoptaba esa actitud cuando tenía que defenderme. Sin embargo, me molestó eso de que yo tenía suerte. Mi padre también me había hecho daño en alguna ocasión, aunque sin necesidad de tocarme.

—Es verdad que no lo ha hecho —coincidí—, ni siquiera para darme una caricia.

Mi madre torció las comisuras de los labios.

—Hija, tu padre es alguien reservado y afectuoso a su manera.

—Mamá, ya sé que papá no me quiere. No hace falta que lo defiendas.

Las palabras brotaron de mis labios sin que pudiera detenerlas. ¿Era eso lo que de verdad pensaba? Sí, sí que lo era, aunque yo siempre me aferraba a la esperanza de estar equivocada; en esta ocasión, no obstante, mi lado más pesimista me impidió hacer tal cosa. Esa era la realidad, y creo que siempre lo había sabido por más que ahora estuviese empezando a asumirlo. Cuando era pequeña, solía esperar a mi padre durante horas después de que dijera que por la tarde se pasaría a hacernos una visita. Nunca concretaba la hora y, por si acaso, yo no me movía de casa. Aguardaba su llegada durante mucho rato, sentada en la escalera con mi juguete favorito para enseñárselo.

A veces ni siquiera se presentaba y, cuando lo hacía, no me dedicaba más que unos segundos. Poco a poco, aprendí a no esperar nada de él, a no buscar su aprobación en todo momento. Y, sin embargo, muy a mi pesar, de vez en cuando me descubría haciéndolo.

—Faith, tu padre te quiere. Lo mío es diferente, pero tú eres su hija. Te quiere.

Permanecí callada. No me parecía productivo discutir aquella cuestión, pero deseaba que mi madre estuviera en lo cierto.

La conversación tenía pinta de haberse acabado y ella se levantó para sentarse al piano blanco que había al fondo de la estancia, en una parte más elevada, junto a las ventanas. La música inició su particular danza por mis oídos, embargándome el corazón. Me gustaba el piano y las melodías que producía. Solía asociar su sonido con mi madre. Yo había intentado aprender, pero no se me daba bien; carecía de la sensibilidad artística necesaria, y no es

que no me gustara o que no fuera capaz de aprenderme las notas, los movimientos y los acordes, sino que el resultado final estaba falto de... ¿pasión?, ¿devoción? No sabría decirlo, pero lo que estaba claro era que mis resultados no estaban a la altura de los de ella, a pesar de que se había animado a aprender cuando era relativamente mayor. Pero eso no me molestaba: yo adoraba el arte porque era incapaz de reproducirlo.

Cuando la música se extinguió en el aire, ella se giró sobre la banqueta y me miró fijamente. Se puso en pie con su elegancia habitual y dijo:

—Ahora quiero explicar algo que debí aclarar ayer, cuando hablamos por la noche. —Oh, no. No me apetecía en absoluto retomar aquella conversación—. Te conté lo que te conté porque a estas alturas ibas a acabar enterándote de un modo u otro y me interesa que lo entiendas.

»Yo nací en un país arruinado, donde las posibilidades de salir adelante para una mujer son limitadas. Vine a Hong Kong y aquí me di cuenta de que podía tener una vida feliz. Llegaste tú, y eso me colmó de alegría. He intentado que jamás te faltara de nada y creo que lo he conseguido. —Entrelazó las manos en el regazo, meditabunda—. Yo a tu edad no había ido al cine jamás, por ejemplo, ya que no podíamos permitirnoslo. No tuve demasiados juguetes ni una buena educación... Pero tú sí. Por eso no me arrepiento de nada de lo que he hecho. Mira a tu alrededor. —Obedecí y contemplé la estancia como si lo hiciera por primera vez—. Todo esto ha formado parte de tu vida desde que tienes uso de razón... ¿No es maravilloso? Pero debes saber que esto no es gratis y que si te lo he dado es porque quiero que hagas con tu vida algo más notable que lo que he hecho yo con la mía.

Asentí despacio, sin estar segura de haber comprendido bien. Ella me sonrió y me dio un efusivo abrazo. Yo hundí la nariz en su cabello suelto y suave, dejando que me embriagara el olor a coco que desprendía. En momentos como ese me sentía a salvo.

—Te quiero mucho, Faith —susurró a mi oído.

—Yo también a ti, mamá —respondí con un nudo en la garganta.

Casi a la par, sonó el timbre y ella dio un respingo. Se puso en pie y se abrochó bien la bata de satén color salmón que solía vestir en las mañanas de domingo. Luego se dirigió al recibidor conmigo detrás, aunque Yae se nos adelantó y abrió la puerta.

Mi padre.

No comprendía por qué no había entrado con su propia llave. O introduciendo la clave en la pantalla que había fuera, junto a la puerta, o registrando el código ocular de su retina en el escáner que se hallaba junto a

esa misma pantalla. En fin, había muchas formas de entrar y él tenía acceso a todas... Pero ahora le daba por tocar el timbre.

—¿Contenta? —inquirió en cuanto vio a Martina.

Ella le ofreció la más radiante de sus sonrisas.

—Mucho mejor así, cariño. No creí que tuvieras en cuenta lo que te dije la última vez.

Mi padre avanzó hacia el interior y nosotras caminamos junto a él.

—No entiendo qué más te da que entre por mi cuenta. Es mi casa.

—Lo sé, pero no me gusta que me pillen desprevenida. El otro día estuviste a punto de pillarme en plena sesión de belleza. Es algo que no puedes interrumpir si después quieres que se aprecie la magia —replicó con un tono musical aunque comedido.

—Comprendo —musitó él. Luego se dirigió hacia mí—. ¿Cómo estás, Faith?

Yo me encogí de hombros.

—Ayer me peleé con un niño.

—¿Te pegó?

—Yo también le pegué.

—Ah, bueno. Mira que eres rara... No conozco a ninguna cría de tu edad que se meta en tantos problemas.

Yo no dije nada y me limité a observarlo: cabello rubio, ojos grises, tez pálida, alto, de rasgos afilados y labio superior casi inexistente... No nos parecíamos en nada. El único rasgo físico que compartíamos era una pequeña marca de nacimiento de color claro que nos surcaba un par de centímetros en la parte izquierda de la clavícula. Era inquietantemente parecida, pero por lo demás todo resultaba opuesto.

—Estamos solucionándolo —terció mi madre, tratando de zanjar el tema—. ¿Y bien? ¿Quieres que vayamos arriba?

—Sí, solo tengo un par de horas.

Sin siquiera mirarme, ambos se perdieron en lo alto de las escaleras y yo me quedé allí sola, sin saber qué hacer.

Me pasé la mañana en casa y las películas fueron mi única compañía: me decanté por el cine clásico de mi madre y vi *Piratas del Caribe: La maldición de la Perla Negra* y una de dibujos animados llamada *La ruta hacia El Dorado*, que relataba las aventuras de dos estafadores españoles que acababan en Sudamérica en busca de una ciudad mítica donde, se decía, el oro era la

materia más abundante. Mi madre era española y esa película siempre le había resultado entrañable y divertida.

Yo no me podía creer que España hubiera sido un imperio muchos siglos atrás. Por lo que había estudiado con mi institutriz, tanto Europa como América eran ya los restos de lo que un día fue la civilización occidental. Las costumbres y la cultura de antaño se habían trasladado ahora a Asia, tierra de prosperidad, pero era increíble que el mundo alguna vez hubiera sido tan distinto a lo que yo conocía.

Aunque nada es eterno.

De pronto, sonó el teléfono. Me levanté y pulsé el botón para descolgar. No dije nada. Una voz femenina que me era desconocida inundó el salón:

—¿Está ahí el señor Canavan?

Yo me quedé petrificada. Jamás habían llamado a mi casa preguntando por mi padre. Jamás.

—¿De parte de quién?

Oí un suspiro al otro lado de la línea.

—Eres una niña —murmuró la misteriosa mujer. Sonaba decepcionada, furiosa y aliviada al mismo tiempo, algo muy raro.

—Sí.

—Bien.

Y colgó.

No había pasado ni un minuto cuando oí la risa de mi madre proveniente del recibidor. Salí del salón para verla. Mi padre estaba con ella, aferrándola por la parte baja de la cintura.

—Como siempre, ha sido un placer, Martina.

—El placer ha sido mutuo —apuntó ella con los párpados bajos y los labios entreabiertos.

Mi padre la besó en la boca. En momentos así, cuando vislumbraba su pasión, me preguntaba hasta qué punto estaría enamorado de ella... o lo habría estado. Si es que existía algo de amor en su relación, claro. Después, él me lanzó una mirada amigable y se marchó.

Ella se abrochó bien la bata de satén y me miró mientras se atusaba el cabello.

—¿Qué has estado haciendo? —inquirió con amabilidad.

—No mucho. —Me encogí de hombros—. Ver pelis.

—Ah, un día deberíamos hacer una maratón de cine juntas, ¿no crees?

Sonreí, distraída. Pensaba en la extraña llamada que había recibido escasos minutos atrás. ¿Debía contárselo? Sí. Después de todo, aquello la

atañía a ella...

—Mamá... Hace un rato ha llamado una mujer preguntando por papá.

Nunca olvidaré el cambio de expresión que sufrió su rostro en aquel instante. Palideció y, por unos segundos, fue como si las comisuras de los labios le pesaran.

—¿Una mujer? —musitó.

—Sí. Mayor. Algo mayor que tú, creo. No sé... Le pregunté quién era, pero no me respondió.

Guardó silencio unos instantes. Noté cómo sus facciones se relajaban.

—Comprendo. Bueno, quizá no sea nada. Gracias, Faith.

Por la tarde, tirada en mi cama, tecleaba perezosamente sobre el alfabeto lila de mi ordenador portátil. No sabía qué hacer: todo me aburría, todo era tedioso, el aire de mi casa parecía estar contaminado. ¡Era verano! ¿Por qué estaba encerrada en mi habitación?

Me puse en pie, adecenté un poco mi aspecto y avisé a Yae de que estaría fuera un par de horas, que seguramente iría al centro de ocio.

Caminé durante veinte minutos por la enorme urbanización que era Goldenpark hasta llegar al centro, donde se encontraban el hospital, el supermercado, el cine y demás. Había un edificio con toda clase de juegos infantiles: recreativos, una bolera, un tablero de ajedrez gigante, una sala de ilusión virtual, una pantalla enorme donde podíamos ver la tele o jugar a la videoconsola, etc.

Cuando entré, me di cuenta de que todo el mundo estaba congregado alrededor de dicha pantalla. En su mayoría eran adolescentes de entre doce y dieciséis años. Por allí cerca, entre los sofás y las mesas para dibujar, había algunas niñas jugando a maquillarse. No me atraía nada aquel panorama. Mi atención se vio atrapada por lo que fuera que estaban emitiendo por el televisor en tres dimensiones.

Parecía un combate. Dos jóvenes peleaban con espadas y dagas. Vestían de una forma muy teatral, y la arena donde estaba teniendo lugar el encuentro era de lo más peculiar: se metamorfoseaba a su antojo. En un momento podían tener arena bajo sus pies y, al siguiente, nada más que agua o fango, lo que tornaba el combate más interesante todavía.

Al principio supuse que se trataba de algún videojuego, pero no tardé en darme cuenta de que me equivocaba, de que aquello era real. Entonces supe qué estaba contemplando.

—Es lucha clásica —dijo una voz a mis espaldas, leyéndome el pensamiento. Me giré. Era Samuel—. Perdona por lo de ayer, estaba un poco nervioso...

—No pasa nada. No es culpa tuya si una chica te ha comido el coco. Tengo entendido que eso es normal.

—Vamos, no seas injusta. Las personas crecemos, maduramos y empezamos a tener inquietudes nuevas. No está mal tener a alguien a quien poder darle tu cariño, ¿sabes?

Yo lo miré, incrédula.

—Me estás vacilando —sentencié, como si no hubiera más explicación que esa.

—No. Ya verás: dentro de unos años, tú también querrás estar con alguien.

—¿Unos años? Samuel, que solo me sacas unos meses.

—Pero estas cosas comienzan a llegar ya. Lo irás viendo.

Opté por morderme la lengua. Me parecía del todo absurdo que él y los demás empezaran a interesarse tan pronto por esa clase de cosas. A mí no me hacían ninguna falta. ¿Sería una consecuencia de lo que veían en sus casas? Cada vez que uno de nosotros veía a nuestros padres juntos, siempre hacían lo mismo: besarse, abrazarse, pasar tiempo a solas... Normal. Después de todo, su relación tendía a ser muy superficial. Pero ¿tanto nos influía aquello?

—Va a ganar Temérito —comentó Samuel—. Tiene mucha más destreza que Alail.

—¿Y qué gana?

—Más de dos millones de dólares por victoria, creo. Quizá más.

—Guau. ¿Y el perdedor no se lleva nada?

Samuel me miró frunciendo el entrecejo.

—Faith, es un combate a muerte.

Parpadeé. La lucha clásica era una modalidad deportiva ilegal en Asia y algunos lugares de Oceanía, pero que se practicaba libremente en el resto del mundo. Dos personas, conocidas como gladiadores en honor a los guerreros de la Antigua Roma, combatían en un estadio o circo con espadas, lanzas, flechas y todo lo que tuvieran hasta derrotar a su contrincante. Pero por *derrotar* yo me figuraba que hablaban de dejar inconsciente, como mucho. Sabía que la gente moría en aquel deporte, pero no que fuera un requisito del mismo.

—Oh. Es que mi madre odia la lucha clásica. Nunca hablamos de ella y... Bueno, pensaba que eso de que eran combates a muerte era un rumor.

—Lo que pasa es que es más común que los enfrentamientos sean a primera sangre, pero no es ningún rumor, y mucho menos en el Torneo Crush.

El Torneo Crush era una competición que se celebraba cada cinco años en la que los mejores gladiadores del mundo luchaban entre sí hasta que solo quedaba uno. No es que los descalificaran, sino que sencillamente morían. La idea me parecía muy cruel, pero si los dos se metían en la arena era porque estaban dispuestos a luchar y a asumir las consecuencias que aquello pudiera acarrear... Por decisión propia..., ¿no?

Temérito era un combatiente hábil, no tan corpulento como su adversario, pero sí más astuto y rápido. Manejaba la espada con mucha destreza. Le sangraba la sien, también el labio. Todo parecía ser favorable para él, pero al final resultó no ser rival para la fuerza y la experiencia de su oponente.

Perdió. Lo vi morir en directo mientras Alail se alzaba con la victoria. La mitad de los chicos que había a mi alrededor estalló en vítores. La otra se enrabietó o reprimió las ganas de gritar.

—Bah —bufó Samuel—. Yo te digo que este no llega a la final, por muy enorme que sea.

—Te ha fallado tu sexto sentido, ¿eh? —le piqué, todavía un poco perturbada por haber visto morir a alguien. Aun así, cuanta menos atención prestara a aquel detalle, menos importante parecería.

—No es eso. Es que en este deporte no hay sexto sentido que valga. Al no haber reglas ni condiciones, es imposible tener una idea clara de cuál va a ser el resultado. Además, yo creo que está todo amañado.

—¿Por qué lo dices?

—Porque este torneo lo siguen millones y millones de personas en todo el mundo. La gente es morbosa y le encanta mirarlo, de modo que hay más espectadores de los que podríamos imaginar. ¿Sabes cuánta pasta mueve eso? Entre publicidad, patrocinadores, apuestas...

—Vale, vale, lo pillo. Pero, independientemente de tu maravillosa explicación, creo que eres propenso a buscar conspiraciones donde no las hay.

—Pues yo te digo que no. Para nosotros, el mundo es lo que nos enseñan por los medios, pero la realidad es muy diferente.

Yo iba a protestar, pero entonces una chica se acercó a nosotros y, sin reparar en mí, se enganchó al cuello de Samuel cual chimpancé. La reconocí. Era Kristalis DeFlang, la hija de la mejor amiga de mi madre. Solo me llevaba un año y siempre me había parecido bastante desagradable. Le dio un beso en los labios y después reparó en mí.

—Ah, hola, Faith —saludó, forzando una sonrisa. Su forma de hablar era seca.

Yo la miré con recelo. Ella le había prohibido a Samuel pasar tiempo conmigo... ¿y ahora venía en plan amiguita inocente?

—Hola —respondí escuetamente.

Tenía el pelo ondulado y de un rubio oscuro. Su rostro era exótico, con los ojos rasgados de color aguamarina que había heredado de su padre y los labios carnosos de su madre.

—Sam y yo habíamos quedado para ir al cine.

—Y a mí qué me cuentas —repliqué en tono mordaz.

Kristalis entrecerró los ojos y le susurró algo al oído a Samuel. Él asintió y me dedicó una mirada de disculpa.

—Hasta luego, Faith —murmuró antes de irse.

Yo no daba crédito. Kristalis aún seguía allí y di por supuesto que quería hablarme.

—¿Y bien? —espeté.

—Me preocupa que pases tanto tiempo con Samuel.

—¡Qué casualidad!, a mí me pasa lo mismo contigo.

—Ya, pero yo soy su novia.

—Y yo, su amiga. ¿Dónde está el problema?

—Puede que para ti él solo sea un amigo, pero es muy raro que un chico se interese por una chica mona simplemente porque sí. —Se cruzó de brazos—. Si te aguanta con tu mal carácter, es solo porque le atraes.

Me sorprendió que Kristalis alabara mi físico por más que compaginara el elogio con una crítica a mi personalidad.

—¡Llevamos años siendo amigos y eso nunca ha supuesto un problema!

—Empezará a serlo. Entiende que él ahora tiene una vida al margen de ti. —Alzó la barbilla con frialdad—. Dale su espacio.

Pero ¿qué demonios me estaba diciendo? Tuve la sensación de que una llamarada de fuego me ascendía por la garganta.

—Por mí puedes quedártelo las veinticuatro horas del día.

Le di la espalda y me fui tan deprisa que no tuvo tiempo de rebatirme.

3

Al entrar en casa, me acerqué a Yae, que estaba atusándose el cabello frente al espejo del recibidor, y le pregunté por mi madre.

—Está en el jardín tomando el sol.

—Ah, vale. Gracias —respondí de mal humor.

—Faith —me llamó Yae, reteniéndome suavemente por el hombro. Su rostro denotaba incomodidad—. Sobre la llamada de esta mañana... En fin, quizá no debería ser yo quien te diga esto, pero...

—Suéltalo ya —exigí, irritada.

Ella se irguió y tragó saliva.

—¿No tienes ni idea de quién era la mujer que ha llamado?

Me encogí de hombros. Tampoco es que hubiera reflexionado al respecto. Di por sentado que no tenía que ver conmigo y lo aparté de mis pensamientos.

—Era la esposa de tu padre —soltó Yae en voz baja.

Yo me quedé inmóvil. No era ningún secreto que él estaba casado... Pero, por algún motivo, tener evidencias de eso me descolocó más de lo esperado. Por primera vez me pregunté si, al igual que en mi casa estábamos al tanto de la doble vida de mi padre, en la suya lo estarían también. Algo tenían que sospechar, ¿no?

Parecía que no.

—¿Era un secreto para ella?

Yae asintió.

—No es bueno que la mujer del jefe se entere de la existencia de la querida de su marido. No sé si me entiendes —comentó, y yo parpadeé sin saber qué contestar—. Hay hombres que no se molestan en ocultarles su otra vida por la sencilla razón de que a ellas no les importa lo suficiente como para querer hacer algo al respecto. Pero los que tratan de ocultarlo... Bueno, lo hacen porque hay algo que temer, ¿comprendes?

—Sí. La señora Canavan no quiere compartir —resumí.

—Más o menos. Debes andarte con ojo, pequeña. Ahora me iré a cumplir con mi turno de tarde. No le digas nada de esto a tu madre, ¿vale?

—Vale. —Me sonrió y se encaminó hacia la puerta principal. Entonces caí en algo y la llamé—: ¿Por qué me lo has contado?

Ella ladeó ligeramente la cabeza.

—Creí que debías saberlo. Necesitas estar preparada para lo que vaya a ocurrir.

En ese momento, no me paré a pensar en que, del mismo modo que Yae estaba al tanto de todo en mi hogar, ocurría lo mismo en las otras mansiones donde trabajaba.

Recorrí los pasillos de mi casa hasta llegar al jardín lateral. Allí estaba la piscina, los arbustos con forma de delfín, las hamacas y... mi madre. Un sombrero de ala blanca le proporcionaba una suave sombra en el rostro. Su cuerpo estaba tostándose al sol. Solo lucía la parte baja del biquini, que ya era decir. A veces me la encontraba completamente desnuda. Tenía los ojos cerrados, aunque no transmitía la serenidad habitual. Parecía tensa.

No me apetecía importunarla, pero necesitaba hablar con ella.

—Mamá —la llamé cuando me situé a su lado—, tengo que hablar contigo.

Ella abrió un ojo.

—¿Sobre qué, cariño?

—Chicos.

Acto seguido, se incorporó con los ojos ahora totalmente abiertos.

—¡Faith! —exclamó entre sorprendida y divertida—. No creía que este día llegara tan pronto.

—¿Qué día?

—¡El día de la charla!

—¿Qué charla? —No entendía nada.

—Siéntate —me pidió, señalando la tumbona que estaba junto a ella—. A ver, cuéntame.

Mientras ella se ponía crema protectora y la otra pieza del biquini, yo le relaté los últimos acontecimientos con Samuel: lo de que ya no quería que pasáramos tanto tiempo juntos, que ahora su novia reclamaba demasiado su atención, que ella tenía miedo de que yo fuera a gustarle... Todo.

Cuando acabé, me miró con una sonrisa condescendiente.

—Cielo, cosas como esta te vas a encontrar a millones. Las mujeres competimos entre nosotras constantemente. Además, míralo por el lado bueno: si tu primera competidora es Kristalis, estarás mejor preparada que nadie. Esa chica va a ser guapísima, un auténtico peligro. Sabrá cómo manejar a los hombres.

Ni ella ni yo éramos conscientes de cuánta verdad encerraban sus palabras.

—Mamá, Kristalis es estúpida —declaré yo, como si eso echara por tierra todo lo que acababa de decirme.

—Pero su madre me cae fenomenal, así que tendréis que hacer un esfuerzo por llevaros bien. Además, ¡os parecéis mucho! Cuando queréis, sois igual de antipáticas. Nada que ver con nosotras, desde luego. No sé a quién habréis salido.

—Yo no soy antipática.

—A veces lo eres un poco, cariño —apuntó ella condescendentemente.

—Bah, el caso es que me molesta mucho que Kristalis acapare toda la atención de Samuel. Quiero decir, yo llevo años siendo su mejor amiga, pasando tiempo con él, sacándole de líos...

—Y metiéndole en ellos.

—La cuestión es que llevamos muchos años siendo amigos. ¿Por qué ahora Kristalis tiene derecho a más? ¡Si nunca le había hecho caso!

—Ay... Faith —dijo con un suspiro—, estas cosas ocurren porque estáis empezando a desarrollaros. Samuel siempre había sido un muchacho desgarbado y raro, pero ahora su cuerpo está cambiando... a mejor. Y Kristalis lo ha notado. —Se encogió de hombros. Era evidente que esa clase de problemas no le parecían graves—. Así son las cosas —añadió, y yo apreté los dientes—. Lo que tú debes hacer es ser buena amiga, tener paciencia y estar para Samuel cuando le rompan su corazoncito. Pero no seas tonta y empieza a buscar más amigos... Solo por si acaso.

—¿Y cuánto va a durar eso? Lo de Samuel y Kristalis, quiero decir.

—Quién sabe... Pero vas a tener que acostumbrarte. A partir de los doce o trece años, empezamos a ser conscientes de las verdaderas diferencias entre hombres y mujeres. La relación entre nosotros cambia porque intervienen otros factores. —Diferencias, diferencias... Últimamente no hacíamos más que hablar de esas diferencias que yo no conseguía ver—. Con todo lo que ello implica, por supuesto...

La miré con desconfianza.

—Si te refieres al factor amoroso y todo eso, ya lo hablamos anoche, ¿recuerdas?

Uf. No me gustaba el rumbo que estaba tomando aquello; lo consideraba algo ajeno a mí, un tema que en nada me atañía. Al ver mi expresión, mamá se rio.

—Faith, no tienes que poner esa cara de espanto. Es natural que dos personas quieran compartir esa clase de experiencias. Algún día también te tocará a ti.

—¡Mamá! —exclamé yo, notando cómo me ardían las mejillas.

—¿Qué? Es la pura verdad. Venga, tengamos la charla. —Aquello no sonaba nada bien—. Tu institutriz ya te ha explicado cómo funciona todo, ¿verdad? Bueno, pues lo más importante es que, cuando llegue el momento, haya respeto mutuo y...

—No —la corté, entre horrorizada y asqueada—. No me apetece tener esta conversación.

—¡Pero es necesario que lo hablemos!

—Otro día, por favor.

Ella puso los ojos en blanco y se recostó en la tumbona.

—De acuerdo —aceptó a regañadientes—. Pero antes de cumplir los trece no te libras.

—¡Apenas hace dos semanas que cumplí doce!

—Pues mira si tenemos tiempo.

Solté un bufido mientras me levantaba.

—Adiós, mamá.

—Hasta luego, cielo.

Y me marché de allí a paso ligero, cavilando sobre con qué actividad podría amenizar la tarde y sin saber que aquella charla quedaría pendiente para siempre.

Varios asuntos atenazaron mi mente durante el resto del día: la llamada de la señora Canavan, la relación de Samuel y Kristalis, el Torneo Crush... Esto último me intrigaba. Mi madre detestaba la lucha clásica; había oído decírselo decenas de veces. Pero a mí me parecía un tema interesante. Navegué por Internet durante unas horas para indagar más. Algunas páginas me denegaron el acceso, pero conseguí entrar en otras y averigüé que aquel deporte había renacido en México unos dos mil años después de la existencia de los gladiadores originales, allá por el 2107, que fue cuando se creó el Torneo Crush. Desde entonces, se celebraba cada cinco años y cada edición era similar en cuanto a condiciones: se presentaban candidatos experimentados provenientes de todo el mundo; en total, se seleccionaba a ciento veintiocho gladiadores y luego, en verano, se celebraban varios combates por semana hasta que solo quedaban dos luchadores. No se admitían armas de fuego en la

arena, pero, si alguien lograba colar una en los controles de seguridad previos al enfrentamiento, tendría derecho a usarla. Ah, y el combate era a muerte.

No eran reglas muy alentadoras. ¿Por qué iba a querer nadie participar en algo así? No lo comprendía. La explicación más aceptada decía que aquellos hombres procedían de los suburbios de Europa y América, y que sus condiciones de extrema pobreza les obligaban a jugarse la vida a cambio de un posible premio —ya que la recompensa era una jugosa cuantía de dinero—, pero a mí eso no me cuadraba. Me topé un par de veces con la palabra *esclavitud*, pero no se profundizaba demasiado al respecto.

Había cientos y cientos de gladiadores. Aparte del Torneo Crush, se decía que se celebraban otros combates no regulados por todo el mundo, salvo en Asia, donde aquella práctica estaba prohibida. ¿Tantas personas había presas de la desesperación?

Aquello parecía absurdo al compararlo con las mansiones de Goldenpark y sus alrededores verdes y frondosos. Jamás me había faltado de nada y no concebía un modo de vida tan distinto al mío por más que mi madre procediera de aquellos lugares inhóspitos donde imperaba la ley del más fuerte y el gobierno se desentendía de todos. Ella jamás se explayó sobre su pasado.

Continué navegando por la red durante un par de horas más hasta que me rugió el estómago del hambre. Miré el reloj digital que se proyectaba suavemente en el techo: las seis y media. Hora de merendar.

Cerré el portátil y lo guardé en su sitio antes de encaminarme hacia la cocina. Iba a bajar por las escaleras cuando oí una voz proveniente de la sala de estar. Era mi madre y sonaba asustada. No parecía ella.

Me aproximé de puntillas a la puerta entreabierta y agucé el oído.

—De verdad, Valerie —decía—, es algo gravísimo lo que tengo que contarte.

Valerie era su mejor amiga... y la madre de Kristalis.

—¿No estarás exagerando? —Su voz llegó con un tinte robótico, señal de que estaban hablando por un intercomunicador.

—No, créeme. Ven a las cinco y hablamos.

—Está bien, iré... Pero quiero que haya un buen aperitivo como compensación.

—¿Acaso no es mi compañía compensación suficiente? —replicó mi madre con aire triste.

—Lo es, pero no me atrevo a evidenciarlo tanto como para no pedirte nada más, querida.

En otras circunstancias, mi madre se habría reído, pero esta vez no lo hizo. Se despidieron y cortaron la comunicación. Advertí que se había puesto en pie, así que me escabullí del pasillo tan rápido como pude.

Tenía la carne de gallina. Algo en su tono había hecho que me estremeciera. ¿Qué era lo que tenía que contarle a Valerie? Al principio había supuesto que hablaban de la relación de Kristalis y Samuel, que, después de todo, era el único asunto serio que había en mi vida. Pero no. La voz de mi madre sonaba de una manera mucho más inquietante; incluso le había llegado a flaquear.

Una irrefrenable curiosidad me embargó. Tenía que averiguar qué era lo que mi madre sabía, lo que tanto temor le provocaba.

Doblé la esquina y permanecí oculta mientras ella recorría el pasillo hacia sus habitaciones. Se dividían en dos zonas: la normal, que frecuentaba más y siempre estaba abierta, y la secreta. Era allí donde solía pasar horas con mi padre, un dormitorio con una enorme cama, espejos por todas partes, un baño con *jacuzzi* y un despacho cerrado. Yo solo había entrado una vez, hacía ya cuatro o cinco años. Tenía prohibido pisar aquellas estancias y en esa ocasión lo hice con el permiso de mi madre, que se sentía particularmente indulgente.

¿Por qué se iba ahora allí sola? Aquello no era normal...

Oí el susurro lejano de la puerta de cristal opaco deslizándose y supe que ya estaba dentro. Ahora podría andar a mis anchas por la casa sin que me oyera.

Bajé a la cocina, donde me preparé un vaso de cacao líquido y un sándwich. Luego me dispuse a ver la tele mientras daba buena cuenta de la improvisada merienda-cena. Pulsé la superficie táctil de la tabla rectangular que proyectaría la televisión sobre la pared y, acto seguido, unos dibujos animados surgieron frente a mí. Se veían tan nítidos que tenía la sensación de poder tocarlos. Decidí hacer *zapping*. Aquello no me interesaba. Encontré entonces un canal en el que estaban emitiendo un reportaje sobre una organización que luchaba por erradicar lo que denominaban «una afrenta contra los derechos humanos en Occidente». Su presidente, un tal Konstantinos Zelenitsas, salió hablando; se trataba de un hombre de origen griego que estaba escandalizado por las condiciones en las que se vivía en el viejo continente. Me esforcé por entender a qué se refería, pero no tuve la oportunidad de prestar mucha atención, puesto que el reportaje acabó a los dos o tres minutos. Tras un par de programas del corazón, uno de noticias y otro de concursos, llegué a un canal de naturaleza que mostraba una selva

gigante, frondosa y verde. En la esquina superior derecha se apreciaba el título del documental: *Paisajes del pasado*.

Un triángulo blanco en la parte inferior de la pantalla indicaba que aquel programa contaba con la herramienta de interacción, que consistía en dotar de más realismo a la experiencia de visualizar el contenido. Pulsé el triángulo blanco del mando y, al cabo de unos minutos, percibí la humedad, la brisa en la nuca, el olor a tierra mojada... Los que podían permitírselo acondicionaban sus casas para gozar de ese complemento. Se instalaban pequeñas corrientes de aire y orificios que emitían lo que el programa que se hubiera sintonizado juzgara adecuado y acorde a la emisión. Naturalmente, no todos los programas daban esa posibilidad, igual que no todas las casas podían optar a aquella fascinante experiencia... Pero la mía sí. Y me encantaba.

La voz del narrador, grave y monótona, me llegó con lentitud:

«Al Amazonas también se lo conocía como “el Pulmón del Mundo” debido a su extensa superficie y la cantidad de oxígeno que sus árboles emanaban. En la actualidad, esta extensión se ha visto reducida en tres cuartas partes, dando pie a la desaparición de numerosas especies...».

Y continuaba explicando que el Amazonas se había visto más afectado en los dos últimos siglos que en toda la historia de la humanidad, pero ese ejemplo era también aplicable a la Tierra en general. Las noticias mostraban de vez en cuando las protestas y actividades extravagantes de las agrupaciones ecologistas y protectoras del medio ambiente. La mayoría de ellas provenían del norte de Asia. Ahora que veía el Amazonas, que lo sentía, comprendía mejor por qué la gente luchaba por el planeta.

La imagen era impactante. Las afueras de Hong Kong, donde yo vivía, también eran verdes y hermosas, pero nada tenían que ver con aquello. El cielo era de un azul radiante, lapislázuli, y los árboles parecían estar compuestos por cristales de botellas verdes. La humedad hacía que la luz del sol se reflejara más fácilmente y emitiera destellos cegadores. No me gustaba creer que aquello había existido alguna vez y ahora apenas quedaba nada... Comenzaba a pensar que el ser humano era violento por naturaleza.

Al cabo de un rato maravillándome con la fauna de Sudamérica, el sueño empezó a vencerme. Los párpados me pesaban, así que me levanté y me fui a la cama. En cuanto dejé atrás la cocina, volví a acordarme de la conversación de mi madre y Valerie. La curiosidad me carcomía. ¿Qué debía hacer? ¿Espiarlas?

No. ¿O sí? Quizá no valiera la pena...

Pero algo tenía que hacer, porque no sería capaz de olvidar aquello sin más.

La mañana siguiente transcurrió lenta y pesadamente. Lo único que quería era esperar a que llegaran las cinco. Para hacer tiempo, me encerré en la habitación y me sumergí en un libro de aventuras sobre unos niños de mi edad que ayudaban a los mayores en la colonización de Marte, tema que había dado mucho de sí a finales del siglo anterior. Pero mi escasa concentración provocó que leyese las páginas sin saber qué me estaba contando la novela. El nerviosismo me ardía en las venas. A eso de las cuatro y media, me escondería dentro de un arcón próximo a donde mi madre y Valerie iban a reunirse. Por suerte, yo era muy menuda y entraría fácilmente, sobre todo porque su función era más bien decorativa y estaba vacío.

Cuando por fin llegó la hora, le anuncié a Yae por el interfono que iba a echarme una siesta y me puse unas zapatillas de andar por casa que apenas hacían ruido. Recuerdo que tenían forma de cabeza de león. Con un cuidado supremo, recorrí el pasillo hasta llegar a las escaleras y las bajé, procurando que Yae no me viera.

Mi madre estaba en el salón escuchando música. Me oculté en el hueco que quedaba bajo la escalera, junto a un ropero y una cajonera, y aguardé. A través de las puertas de cristal traslúcido, vi su silueta poniéndose en pie al otro lado. Se acercaba. Yo me encogí y me esforcé por mantenerme inmóvil, y entonces ella pasó de largo. Ni siquiera se fijó en el sitio donde estaba. Se encontraba tan ensimismada que apenas era consciente de lo que había a su alrededor.

Y eso que ella era una mujer muy observadora.

Me erguí y salí de mi escondite tan rápido como pude. Una vez en la sala, me oculté en el arcón, sobre el que había una revista de moda. Si me escondía en su interior, no podría volver a dejarla en su sitio... No quedaba más remedio que confiar en que mi madre no se diera cuenta del cambio.

Pasaron unos cuantos minutos.

La tensión me hizo su prisionera. Tenía miedo hasta de respirar, y mi madre no volvía. ¿Se habría cancelado la cita? ¿Estaría buscándome? No. Supuestamente, yo estaba durmiendo la siesta, una herencia española de mi madre que venía muy bien de vez en cuando. De hecho, y sobre todo en verano, era algo que hacía con frecuencia. Además, me había cerciorado de no dejar ningún cabo suelto: las persianas de mi dormitorio estaban bajadas lo

suficiente como para vislumbrar solo las siluetas de los muebles; bajo las sábanas, había colocado varios cojines para simular el bulto de mi cuerpo; había añadido una peluca negra que usaba para disfrazarme con la intención de que se asemejara a mi cabeza de espaldas a la puerta... De vez en cuando, mi madre entraba cuando dormía. Yo lo sabía porque en ocasiones me había hecho la dormida; prefería que pensara que estaba durmiendo porque así percibía con qué cariño me arropaba y notaba el frescor de un beso suyo en la frente.

Quizás ahora estuviera camino de mi habitación para hacer lo mismo...

De pronto, el timbre anunció la llegada de un invitado. Oí a Yae dando la bienvenida, a mi madre saludando a Valerie y... la puerta del salón abriéndose.

Permanecí todo lo quieta y atenta que pude, tratando de apaciguar los alocados latidos de mi corazón.

—Querida, ¿qué es eso tan importante qué tienes que mostrarme? De verdad que a veces no sé qué pasa por esa cabecita tuya. —La voz de Valerie sonaba cantarina, muy melodiosa.

—Val, no creas que te he hecho venir por nada. Me crispa que pienses así.

—Lamento interrumpir, señoras. —Era Yae—. Traigo té frío y unas pastas.

—Estupendo, gracias, querida —respondió Valerie.

Después, Yae les informó de que ya se marchaba y se despidieron.

—¿Y bien? —insistió la invitada una vez a solas con su anfitriona.

Hubo un breve silencio. Luego, el sonido de unos papeles rozando con otros.

—¿Qué es esto?

—Esto, Val, son unos documentos confidenciales acerca de un proyecto para triplicar los ingresos de la farmacéutica de nuestros *hombres*. Léelo. —Había pronunciado la palabra *hombres* con cierta aspereza.

—Operación Asclepio... A ver qué es esto. Duprolox... Suena raro.

—Tú sigue leyendo.

Durante unos instantes, nadie dijo nada. Luego, Valerie ahogó un grito que hizo que se me erizara el vello de la nuca.

—¡Estás de broma!

—No. —Mi madre sonaba angustiada—. Ya te dije que Percival vino ayer por la mañana a casa con un maletín lleno de carpetas... Se lo dejó y esto es lo que había dentro.

—¿Que se lo dejó? ¿Y no le has dicho nada?

—¿Y qué voy a decirle? Si se entera de que estoy al tanto de sus propósitos, vete a saber qué pasará. No, lo mejor es fingir que ni me di cuenta de que se lo había olvidado.

—Esto es muy serio, Martina. Es ilegal, pueden acabar en la cárcel.

—¡Es que deberían acabar en la cárcel! —Mi madre sonaba muy agitada.

—¿Y a mí para qué me lo cuentas? ¡Yo no quiero saber nada de todo esto!

—Oye, eres la amante del socio de Percival. Es como si fueran nuestros maridos. A las dos nos incumbe esto. ¿O es que acaso su firma no figura en el papel?

—Yo siempre he procurado mantenerme al margen de los asuntos de Donagan.

—Pero ¿cómo vas a ignorar esto? Hay centenares de vidas en juego, tal vez miles.

—Martina, la vida funciona así. La gente con poder hace cosas malas para seguir teniéndolo. Y es gracias a eso por lo que tú vives en una mansión y yo, en otra.

—Pues me niego a permitir algo de este calibre. Una cosa es que Canavan engañe a su mujer o soborne a algún político y otra es jugar así con vidas inocentes, ¡y solo para aumentar su capital! No estoy dispuesta a quedarme de brazos cruzados.

—Piensa en tu hija, Martina.

—Este asunto va más allá de ella y también de mí. Esto está por encima de cualquiera. Y no creas que no lo he pensado. Es por todas las niñas como ella y por todas las madres por las que creo que esto no se puede permitir, ¿entiendes?

Se produjo una pausa. Después, oí a Valerie suspirar con resignación.

—O sea, que no vas a ignorarlo.

—Por supuesto que no. Y tú tampoco deberías hacerlo.

—Martina..., lo siento mucho, pero mi bienestar y el de mi hija son lo más importante para mí.

Mi madre soltó un bufido.

—Bueno, no te mojes si no quieres. Pero creía que éramos amigas, que estarías de mi parte.

—¡No mezcles la amistad en esto! —La voz de Valerie temblaba violentamente—. Lo siento.

De repente, la puerta se abrió con violencia; capté un ruido de cristales rotos y un chasquido como de armas cargándose. Me atravesó un espasmo que me sacudió entera, pero logré mantener la compostura. ¿Qué demonios

estaba pasando ahí fuera? Algo malo. Algo muy malo. Me sudaban las palmas de las manos.

Los pasos de un hombre me llegaron a los oídos. Eran unos andares tan familiares que los habría reconocido en cualquier parte: Percival Canavan. Mi padre.

—Tenías razón, Donagan, esta zorra planeaba algo contra mí —dijo con una frialdad inquietante.

—Ya te lo advertí.

—06, saca a la niña del arcón.

¿La niña del arcón?

Dios. Esa era yo.

No me dio tiempo a pensar nada más porque la tapa se abrió y una mano enguantada me agarró del pelo y tiró hacia arriba, arrancándome un gemido de dolor. Una vez en el suelo, me obligué a mirar la escena.

Mi madre estaba tan pálida como el mármol y rodeada de cinco hombres vestidos con un uniforme negro muy simple. Dos de ellos iban armados. Mi padre y su socio, Donagan Cox, me miraban con una mezcla de condescendencia e irritación.

—Faith —musitó ella con una nota de pánico. Luego miró a mi padre—. Tienes acceso a las cámaras de mi casa, ¿no? Solo eso explicaría todo esto.

—Bueno, eso y que tu amiga te ha vendido —respondió Cox con un aire... ¿divertido?—. Valerie sabía lo que iba a pasar desde el principio, pero era preferible que todo siguiera su curso. Eres una gran actriz, mi amor.

—¿Qué? —farfulló mi madre, mirando a Valerie.

—Martina... —empezó ella, visiblemente incómoda—. Yo no quería que esto pasara. Ayer, cuando llamaste, estábamos juntos y él oyó toda la conversación. Descolgué pensando que me hablarías de alguna trivialidad y ya se sabe, estaba el altavoz conectado, él a mi lado... No pude hacer nada.

—Martina —intervino Percival—, has cometido el error de creer que eres más lista que yo. Y aunque eres astuta, no sabes nada de la vida. Vigilo esta casa desde hace años. Hay cámaras y micrófonos diminutos por todas partes. Nunca me he fiado de ti, como me figuraba que sabías.

El rostro de mi madre se contorsionó en una mueca de odio.

—Eres un miserable, Percival.

—No vamos a permitir que tus ansias de fingir que tienes unos principios ajenos a una mujer de tu rango se carguen nuestros planes —declaró Cox.

Ella alzó el mentón como reuniendo todo su valor.

—¿Y qué vais a hacer?

—¿No es obvio?

Entonces, uno de los hombres uniformados y armado con una pistola la aferró por el brazo y la colocó junto a él. Puso el cañón de la pistola pegado a su sien. Yo noté cómo mi corazón se encogía de puro terror. Quise correr hacia mi madre, pero también a mí me retenían.

—¡Mamá! —grité con la voz quebrada y los ojos anegados de lágrimas.

Ella respiraba con dificultad y sus ojos empezaban a humedecerse, pero no llegó a derramar una sola lágrima.

—Faith, Faith, te quiero, no dejes que nadie te trate como si no valieses nada. Lucha por la vida que te mereces. —Fui vagamente consciente de cómo mi padre y Cox hacían un leve gesto de asentimiento al hombre que la sujetaba. Mi madre seguía hablando—: Te convertirás en una mujer increíble y...

El ruido seco de la pistola disparándose taladró mis oídos, aunque no tan profundamente como la bala taladró el cerebro de mi madre.

A cámara lenta, la vi desplomarse en el suelo, inerte, con la cabeza y el rostro ensangrentados y los ojos abiertos de par en par. Estaba muerta.

Mi mundo se desmoronó en aquel instante. Por un segundo, no existió más que mi dolor, un dolor que me estalló en el pecho y lo arrasó todo a su paso. Prendió fuego en mí.

Grité, pero apenas fui consciente de mi propia voz. Las lágrimas bañaron mi rostro, aunque casi no las notaba. El dolor y la desolación me tenían paralizada.

Acababan de quitarme a mi madre. La habían arrancado de mi lado. Ya nunca más volvería a verla sonreír, nunca volvería a decir mi nombre ni a reñirme o aconsejarme.

El dolor y el miedo me habían hecho suya.

—Bueno, ya está. Ahora le toca a la tuya —dijo mi padre.

—¿Cómo? —murmuró Valerie, que tenía los ojos mojados y el rostro encendido. Sonaba asustada.

—Que te toca a ti, querida —contestó Donagan—. También tú estás al corriente de nuestros futuros proyectos y eso nos pone en peligro a ambos.

—Pero tú sabes que puedes confiar en mí, que no hay nada que desee más. —Valerie sollozaba con tanta fuerza que apenas se la entendía.

Cox extrajo su propia pistola del interior de su chaqueta. Actuaba con tanta naturalidad, con tanta desgana... ¿Es que acaso carecía de conciencia? Clavó su mirada marrón en la mujer y le colocó el cañón de la pistola en la

frente. Ella cerró los ojos con fuerza y empezó a rezar y a suplicarle, todo al mismo tiempo. Temblaba violentamente.

—Vamos, no te pongas así —dijo él con arrogancia—. Es por trabajo, nena. Nada más que eso. Créeme, me sabe mal perderte.

Y disparó.

Desvié la vista antes de que su cuerpo cayera al suelo. Luego, mi padre se me acercó y me obligó a alzarla.

—¿Qué hacemos con ella? —inquirió el tipo que había estado reteniéndome.

—Sé de buena tinta que desconoce la naturaleza de los documentos que nos han llevado a esto —respondió Canavan—. De lo contrario, no la habríamos encontrado aquí espiando, ¿verdad?

Yo aparté la cara. Me daba asco tenerle tan cerca.

—¿Entonces? —preguntó su socio.

—Entonces... No lo sé. Después de todo, es mi hija.

—Eso no lo sabes. Siempre has sospechado que no lo es.

¿Qué estaban insinuando? Me encontraba demasiado aturdida como para pararme a pensar en ello. Volví a mirar el cuerpo de mi madre, tendido en el suelo, muerto. Su bello rostro era como una máscara sin nada debajo.

Ella ya no estaba allí.

Junto al dolor surgió una nueva emoción, algo que jamás había sentido de verdad hasta ese momento: odio, un odio tan intenso como justificado. Creí que iba a volverme loca... y probablemente lo estuviera durante unos segundos.

—Mátala, Percival. Te quitarás un peso de encima.

—¿Matarla? Ella no supone una amenaza para mí, Donagan. Y no quiero que su muerte pese sobre mi conciencia. Ya tendré suficientes remordimientos por una temporada.

—Uno acaba acostumbrándose.

Mi padre esbozó una sonrisa y, por un instante, me pareció que miraba a su socio con desprecio.

—No vendrá en busca de venganza, si es eso lo que te preocupa —observó—. Es una niña, y lo máximo a lo que puede aspirar a convertirse es en una mujer. No hará nada.

¿Que no haría nada? Eso era lo que él creía. Bullía de rabia, pero me obligué a permanecer en silencio. En mi fuero interno juré venganza y me prometí (y también a mi madre) que no descansaría hasta ver cumplida una promesa: tanto mi padre como su amigo pagarían por lo que habían hecho.

Yo se lo haría pagar.

4

Me desperté en una habitación blanca y sin ventanas, sobre un colchón duro y con olor a lejía. ¿Dónde estaba? ¿Qué había pasado?

Los recuerdos me asaltaron y sentí una punzada de dolor en el pecho. Mi madre estaba muerta. La habían asesinado. Mi padre, influido por su socio, la había matado.

Si bien no era él quien había apretado el gatillo, sí que era el responsable de su muerte. Él era el único con el poder para evitarlo, porque, aunque su secuaz se hubiera negado a llevar a cabo semejante vileza, habría contratado a otro que estuviera dispuesto a hacerlo.

Sorprendentemente, habían decidido no eliminarme a mí también. Poco después, Cox me golpeó la cabeza con la culata de su pistola y perdí el conocimiento.

Tragué saliva para suavizar el nudo que me atenazaba la garganta; sabía que solo me sentiría mejor derramando algunas lágrimas, pero no quería llorar. Mi vida pendía de un hilo. De momento, habían decidido no matarme, aunque eso podría cambiar en cuestión de minutos. Y esa certeza hizo que se me disparase un instinto de supervivencia que me agudizó los sentidos.

Acto seguido, me levanté y, al doblar el codo, reparé en que tenía una gasa sujeta con cinta adhesiva en el punto de flexión del brazo. Me habían sacado sangre. Aquel descubrimiento me puso los pelos de punta, pero traté de no darle demasiadas vueltas para no perder los nervios.

Me alisé el camisón que me habían puesto junto con unos calcetines que me llegaban hasta la rodilla. No tenía zapatillas. Después fui hacia la pesada puerta metalizada que tenía una rejilla en lo alto, por la que se filtraba la luz del exterior. Salté para intentar ver lo que había al otro lado, pero era demasiado baja y apenas vislumbré nada. Ni siquiera tenía picaporte. Golpeé con fuerza la superficie de metal.

—¡Dejadme salir de aquí! —exigí.

Proferí un grito tan fuerte y agudo que noté la vibración de las cuerdas vocales. Volví a vociferar, reclamando una explicación, una salida o la

presencia de alguien contra quien pudiera proyectar mi ira. Pero nada. Me di la vuelta y apreté los puños con fuerza, temblando de rabia. ¿Acaso pensaban dejarme tirada allí?

Me giré de nuevo, dispuesta a armar todo el escándalo posible, y la puerta se abrió. La silueta de mi padre se alzó ante mí más alta e imponente que nunca y me miró con sus fríos ojos pétreos.

—No te me acerques —le espeté.

—No voy a matarte. Al fin y al cabo, solo eres una niña y yo no soy un monstruo.

—Sí que lo eres —siseé, y puso los ojos en blanco.

—Eres demasiado joven para comprender mis motivos... Pero créeme, mi comportamiento es justificable. —No contesté: sus palabras se convertían en cenizas en mis oídos. Él tomó aire, como disponiéndose a hablar durante largo rato; cerró la puerta tras de sí, sellándola con una tarjeta que se guardó en un bolsillo interior de la americana, y se sentó en la cama—. Tu madre era un encanto, Faith... O eso me pareció. Me volvía loco hasta tal punto que mis sentimientos hacia ella estuvieron a punto de acabar con mi matrimonio en más de una ocasión. —Hizo una pausa—. Yo no quería que esto terminara así, pero la cosa se complicó cuando se metió donde nadie la había llamado. Siempre fue demasiado inquisitiva y escéptica: no se conformaba con lo que tenía o con las explicaciones que le daban. Y las cosas se torcieron.

—Tú podrías haberlas enderezado —mascullé entre lágrimas—. No voy a perdonarte lo que has hecho, y me da igual si eres mi padre: te odio.

Él movió una mano en señal de indiferencia.

—Eso venía a decirte: no soy tu padre. Si lo fuera, probablemente me resultaría muy complicado deshacerme de ti, pero esto nos facilita las cosas a ambos.

Tardé unos segundos en reaccionar.

—¿Cómo que no eres mi padre?

—Llevas inconsciente desde ayer por la tarde. En estas horas me ha dado tiempo a averiguar algo muy interesante: no eres mi hija biológica. —Sus labios se curvaron en una sonrisa amarga, casi dolida. ¿De verdad le importaba tanto aquello? ¿Estaba decepcionado?—. Tu madre era la furcia que yo siempre sospeché. Se quedó preñada de otro y me convenció de que yo era el padre.

Apreté la mandíbula y sonreí con incredulidad. Lo que me estaba contando era descabellado y una parte de mí se resistía a creerlo, aunque significase que yo no tenía nada que ver con aquel hombre desalmado. Mi

vida ya se había desmoronado bastante, no podía soportar la idea de que todavía fuera a derrumbarse más.

—No... ¿Y qué hay de esto? —inquirí, bajándome el cuello del camisón y mostrándole la marca de nacimiento sobre mi clavícula, la misma que tenía él.

—Eso, pequeña, se llama cirugía estética prenatal. Es algo costoso, desde luego, pero tu madre debió de conseguir el dinero de alguna forma que desconozco. Pagó a un médico especializado en eso y tú eres el resultado.

Escruté su rostro, estupefacta, en busca de algo que me revelara que mentía.

—No me lo creo —musité.

—Créetelo, es la verdad. —Hubo unos segundos de silencio—. Ahora —dijo, sacando una pila de ropa doblada de debajo de la cama— vístete, tenemos que irnos.

Se incorporó con la intención de marcharse. Se iba. ¡Acababa de destrozarme la vida y pretendía largarse como si nada! No pude dominarme y me abalancé sobre él, ciega de rabia. Lo hice con tanta fuerza y lo pillé tan desprevenido que se cayó al suelo. Le arañé, le golpeé, le mordí y le insulté. Me sumí en una vorágine de violencia y desesperación. Vagamente noté cómo se ponía en pie y me tiraba del pelo hacia arriba; después me asestó un golpe en la mejilla derecha con el dorso de la mano. La piel me quemaba, la carne me palpitaba por el dolor.

Y de pronto volvía a estar en el suelo, con los ojos llorosos y la cara herida.

—No vuelvas a comportarte así, niña. No olvides cuál es tu rango y cuál es el mío. Tú solo eres la hija de una fulana y yo, un hombre rico y poderoso. Puedo hacer de tu vida un infierno.

—Ya lo has hecho —escupí yo.

Él me dedicó la más frívola de sus sonrisas.

—No sabes de lo que hablas. Dentro de un año, esto te parecerá el cielo. —Admito que su amenaza consiguió el efecto que buscaba: me atemorizó. Entonces, Canavan se llevó la mano a la oreja y empezó a hablar—: Es muy violenta, será mejor que la durmamos para el viaje... ¿Cómo? ¿Quién? No, no tenía ni idea. Me da igual, esto es un espacio privado, sacadla de aquí. Bien. —Y cortó la comunicación antes de volverse hacia mí de nuevo—. ¿Tú sabías algo acerca de la psicóloga de tu madre? —inquirió con una ceja alzada.

Fruncí el ceño. ¿Mi madre tenía una psicóloga? Eso era nuevo, aunque bien pensado no era raro que mi madre quisiera contar con alguien con quien

desahogarse. Aun así, me sorprendió que hubiera una mujer por ahí conocedora de intimidades suyas que yo desconocía.

—Ya veo que no —dedujo por mi expresión—. En fin, vístete y espera a que vengan a buscarte.

Acto seguido, se marchó y volví a quedarme sola.

Contemplé la ropa que había sobre la cama y me negué a ponérmela. No iba a obedecer a Canavan. Él no era nadie, solo el objetivo de mi venganza. Me había revelado que no teníamos sangre en común y eso me aliviaba. Seguía siendo confuso, pero me aliviaba.

No era mi padre ni un hombre respetable o alguien a quien quisiera complacer: para mí, se trataba exclusivamente del asesino de mi madre, y eso era lo único que me importaba.

Así que permanecí sentada en la cama, tensa y con el corazón latiéndome deprisa, esperando. Al cabo de unas horas, me tumbé y dormité sobre el colchón duro, cerrando los ojos para dejarme atrapar por el sueño y que este hiciera desaparecer mis recuerdos y pensamientos por unas horas. Pero no me dormí. El tiempo transcurría muy, muy lentamente y por desgracia tuve muchas horas para reflexionar.

Pensé en mi madre, en su sonrisa, en su forma de caminar y en todas las palabras dulces que me había dedicado las veces que yo me encontraba decaída. Recordé aquella ocasión en que se fue a una fiesta por la noche y se puso un vestido de gala con un escote muy pronunciado en forma de uve. Era púrpura con motivos plateados, y se maquilló el rostro con tonalidades similares. Estaba tan guapa que yo quise ser como ella, así que esperé a que se fuera para adentrarme en su habitación y explorar los cajones de su tocador en busca de productos de belleza y maquillaje con los que acabé decorándome el rostro, aunque no quedé ni la mitad de impresionante que ella; de hecho, fue un desastre, pero me divertí mucho fingiendo ser mayor. Mi madre me encontró tumbada en el sofá, mirando la tele y con la cara toda pintarrajeada. Yo creí que me reñiría, pero ocurrió todo lo contrario: me llevó arriba, me lavó el rostro y me maquilló cuidadosamente y con esmero. No me pintó mucho porque, según me dijo, una niña no debía preocuparse por estar bonita ni nada por el estilo. Esa noche nos hicimos fotos y nos bañamos en la piscina, entre las luces de las escasas estrellas, la luna y los focos del jardín. Permanecimos en el agua hasta el amanecer y dormimos toda la mañana.

Era un recuerdo tan preciado... Me destrozaba pensar que aquellas imágenes solo existían ahora en mi cabeza, dado que ella ya no estaba para poder compartirlas.

Luego pensé en Samuel y me pregunté si volvería a verlo o si me echaría de menos. Probablemente no, porque ahora estaba muy ocupado con Krista... Un momento. ¡Kristalis! ¿Qué sería de ella? Su madre había sufrido el mismo destino que la mía, a pesar de que ella hubiera podido evitarlo... De hecho, sobre su madre pesaba parte de la culpa de que la mía estuviera muerta.

Ahora detestaba a Kristalis todavía más que antes. Ya había comprobado que su padre era bastante más cruel que el mío, por más que me costara admitirlo. En los ojos de Cox había visto maldad; en los de mi padre, solo debilidad disfrazada de valentía con tintes de locura. Era mezquino, sí, pero no por naturaleza; sencillamente, se había convencido a sí mismo de que todo cuanto hacía estaba justificado.

Me daba igual, no me importaban sus motivos ni sus circunstancias; lo que había hecho no merecía perdón alguno. Y encima, tras haber asesinado a mi madre, tras haber destrozado mi vida, iba a regresar a su casa como si nada.

Mi madre ya no estaba conmigo y jamás volvería a estarlo.

Ella estaba muerta y yo, sola.

Me dolía tanto el pecho que me costaba respirar. Aquel espacio me agobiaba; tenía la sensación de estar encadenada, atrapada.

Al cabo de un rato, se abrió la puerta y entró un hombre vestido de un blanco impoluto. En la mano izquierda llevaba un vaso de agua. No, no era agua; cuando se acercó, vi que era un líquido transparente y algo burbujeante. La otra mano se cerraba en torno a un embudo. Un escalofrío me recorrió la espalda e instintivamente retrocedí sobre la cama.

—No voy a beber eso —declaré con más seguridad de la que sentía.

—Oh, sí que lo harás —replicó él con tono monocorde. Luego me escrutó y enarcó una ceja—. Abre la boca y bebe —dijo, ofreciéndome el vaso.

—No —respondí con un susurro apenas audible.

De pronto, en un movimiento veloz, me agarró del cuello y me acercó a él.

—Podemos hacerlo por las buenas o por las malas, tú eliges.

No respondí porque estaba demasiado ocupada tratando de obtener oxígeno. Cuando aflojó su mano sobre mi garganta y volvió a darme el vaso, lo cogí con la mano temblorosa y miré a los ojos al hombre. Un fuego empezó a crepitar en mi interior y me incendió la sangre. Nadie me daba órdenes y, por supuesto, no pensaba aceptarlas. Mi voluntad era mía, y la mera idea de permitir que alguien me la anulara así era indignante. Sabía que iba a acabar bebiendo, pero no iba a ponérselo nada fácil.

Le tiré el contenido del vaso a la cara y luego lo lancé contra el suelo, haciéndolo pedazos.

El tipo pareció irritarse profundamente y, de improvviso, me asestó un bofetón justo en el sitio donde Canavan me había golpeado antes. Me dolió tanto que se me saltaron las lágrimas. Volví a sentir la mano de mi opresor en la garganta, esta vez con más fuerza y rabia. El líquido que había intentado darme me mojaba las mejillas al gotear de su rostro. Ahora que ya no le era útil, había tirado el embudo al suelo.

Sacó una jeringuilla de la parte trasera su pantalón blanco y puso la aguja sobre mi brazo, apretó el émbolo y noté el pinchazo. En cuestión de segundos, una oscuridad negra me envolvió pesadamente.

Abrí los ojos y lo primero que vi fue un escritorio con un ordenador junto a unas ventanas muy pequeñas y redondeadas. Por los cristales solo se distinguían algunas nubes, así que supuse que estaba en uno de los muchos rascacielos de Hong Kong. Me incorporé y noté raros los oídos, como si tuviera dos tapones dentro. Era incomodísimo, pero no tenía ni idea de cómo librarme de la sensación. Asumí que desaparecería sola.

Para hacerme una idea aproximada de mi ubicación, me asomé por una de las ventanas, situadas en fila en la pared, y lo que vi me quitó el aliento. No, no lo que vi. Lo que *no* vi.

No había ni rascacielos ni calles. No estaba en una ciudad. Lo único que había eran nubes, la inmensidad del cielo y una enorme extensión de tierra vista desde mucha, mucha altura. Supe reconocer dónde me encontraba porque lo había visto en las películas: era un avión, y aquella era la primera vez que pisaba uno. La impresión que me produjo saber que estaba volando a miles de kilómetros de altura hizo que entreabriera los labios y me fallaran las piernas. ¿Adónde me llevaban? Ignoraba cuántas horas había pasado durmiendo... Ahora mismo podía estar en cualquier parte de Asia o incluso del resto del mundo.

—¿Faith?

Sobresaltada por oír mi nombre, grité y me giré antes de enarcar las cejas. Unos ojos aguamarina me miraban con una pregunta impresa en ellos.

—Kristalis —musité.

Tenía sentido que estuviera allí. Fuera lo que fuera que Canavan quería hacer conmigo, su socio quería hacerlo también con su hija. Debía de haber estado acostada en la pequeña cama que había al otro lado del compartimento.

Porque, en efecto, aquello era un compartimento. Seguro que estábamos en un *jet* privado.

—¿Qué está pasando? —inquirió con aspecto temeroso.

La mirada le brillaba, y me imaginé lo extraño que debía de parecerle todo, porque seguramente nadie le había explicado lo ocurrido. Tal vez ni siquiera supiera que su madre estaba muerta y, cuando esa idea pasó por mi mente, sentí algo parecido a la compasión, pero entonces me acordé de que su madre había traicionado a la mía y la misericordia se enfrió en mis venas.

—Déjame, DeFlang —mascullé de mal humor.

—¿Que te deje? ¿Eres tonta o qué? Sea lo que sea lo que pasa, estamos juntas en esto. —Su tono manifestaba una nota tirante que me indicó que había estado llorando.

No respondí. Me acerqué al ordenador que había sobre el escritorio y lo encendí. Era un portátil de última generación y no tardó nada en estar operativo. El teclado era táctil y solo unas finas ranuras separaban unas letras de otras. La pantalla era finísima y tenía la opción de visualizarla en tres dimensiones, aunque yo lo único que quería era entrar en mi correo electrónico.

—¿No vas a intentar salir de aquí? —preguntó mi compañera con desdén. Su aspecto angelical y simétrico estaba en absoluta discordia con sus desquiciantes aires de superioridad.

—Cállate un momento, ¿quieres?

Ella resopló, visiblemente molesta, y se sentó en su cama a esperar.

Yo me metí en mi correo electrónico y aguardé. Por supuesto, no tenía ninguna novedad en la bandeja de entrada y tampoco sabía muy bien qué mensaje enviar o a quién, porque ¿qué iban a poder hacer mis vecinos de Goldenpark para ayudarme? Finalmente, me decanté por contactar con Samuel. Después de todo, él era mi amigo y la única persona en quien podía confiar.

Cuando terminé de redactar el *e-mail*, pulsé la opción correspondiente para mandarlo y esperé. Me daba error; no se envió. No tardé en comprender que el correo había sido modificado para no poder enviar ni recibir nada. Claro, Canavan no era estúpido; se había asegurado de inutilizar todos los programas y aplicaciones que pudieran ponernos en contacto con el exterior... Por tanto, ¿para qué había allí un ordenador?

«Maldita sea», pensé.

—¿No funciona? —quiso saber Kristalis.

Yo suspiré y permanecí callada. Me acordé de mi madre, de su supuesta psicóloga y de la cantidad de información que esta podría darme si lograra contactar con ella. Aun así, ni siquiera sabía su nombre.

Fruncí el ceño y me esforcé en pensar algo que hacer que me resultase útil. Quizá pudiera rastrear los contactos en las redes sociales de mi madre... Lo probé, pero el acceso a esas páginas estaba restringido. Al borde ya de la desesperación, una última idea acudió a mi mente: ¿y si entraba en el correo electrónico de mi madre? No sabía su contraseña, aunque sí su dirección...

Introduje su *e-mail* y llegó el momento de la contraseña.

Cuando yo creé mis propias cuentas y mis contraseñas, ella me ayudó a hacerlo y en alguna ocasión me contó qué técnicas usaba a la hora de elegir una. Tenía que intentarlo.

Primero probé con nombres y apellidos suyos, míos y de nuestros conocidos. Después, con fechas de todo tipo, hasta acabar metiendo palabras en español, la lengua materna de mi madre y que yo hablaba a la perfección. Pero nada de eso dio frutos.

Desesperada, pensé en cosas que le gustaban: canciones, películas, músicos, cantantes, actores, etc., mas nada surtió efecto. Hasta que se me ocurrió pensar en su libro favorito y en la cantidad de veces que la había visto leyéndolo. Se trataba de una novela clásica que tenía más de trescientos años y cuya autora fue una mujer inglesa llamada Jane... No recordaba su apellido y tampoco el título de la obra en cuestión.

Me mordí la uña del dedo pulgar distraídamente mientras mi cerebro trabajaba a toda velocidad.

Hice una rápida búsqueda por Internet hasta encontrar los datos que necesitaba y que esclarecieron mi memoria: la autora no era otra que Jane Austen y la novela a la que me refería, *La abadía de Northanger*. Tenía que ser eso, tenía que serlo...

Introduje Northanger como contraseña y no funcionó, por lo que supuse que habría combinado aquel nombre con una secuencia numérica. Era lo más lógico viniendo de ella y, en efecto, esta vez sí dio resultado: Northanger80.

Como mi año de nacimiento, el 2180.

Por fin. Sentí tal alivio que quise gritar. Tuve que tragar saliva y parpadear un par de veces para contener las lágrimas. Luego sonreí, azorada por la sensación de victoria. Me sentía orgullosa por conocer tan bien a mi madre, por comprender su forma de pensar.

—¿Buenas noticias? —preguntó Kristalis—. ¿Sabes ya por qué estamos aquí?

Puse los ojos en blanco.

—A ver si te enteras —mascullé—: yo soy muy consciente de por qué estamos aquí, eres tú la que no tiene ni idea. Y ahora cállate y déjame trabajar.

—¿Qué? ¿Lo sabes? ¿Y por qué narices no me lo cuentas?

—Porque no me importa lo más mínimo tu situación, ¿vale? Ayudarte no entra en mis planes.

Kristalis bufó, incrédula.

—Venga ya, Faith. No es ninguna novedad que seas borde, pero sé que no eres mala persona —insistió, aunque yo no dije nada—. ¿Estás resentida por lo de Samuel?

—No —respondí con vehemencia—. Por mí puedes casarte con él si te da la gana.

—Pero ¿qué dices? Solo somos novios.

—Bah. Ni siquiera os gustáis.

—Él me parece guapo y yo le parezco guapa; claro que nos gustamos. Venga, Faith, dime qué está pasando, por favor...

Entonces advertí que estaba realmente nerviosa y preocupada, y que me estaba pidiendo, casi suplicando, ayuda. Yo estaba enfadada con ella por ser hija de su madre, que había traicionado a la mía, pero en el fondo sabía que eso no era culpa de Kristalis.

—Vale, te lo diré —accedí, y justo entonces fui consciente de lo difícil que sería darle la noticia. Sus ojos claros me miraban expectantes—. A ver... Tú sabes que nuestros padres son socios, ¿no?

—Sí, tienen una empresa de fármacos, Laboratorios C&C.

—Vale, y que por eso nuestras madres eran amigas, ¿verdad?

—Ajá.

—Pues resulta que mi madre se enteró de algo turbio sobre los negocios de nuestros padres y se lo contó a la tuya para ver qué podían hacer al respecto, y quedaron en mi casa para hablarlo...

—En serio, Faith, ¿quieres ir al grano?

Me crucé de brazos, irritada. Y lo solté de golpe:

—Total, que nuestros padres se enteraron de esa reunión y de lo que iban a discutir, entraron a la fuerza en mi casa y las mataron a las dos.

Durante unos segundos, no aprecié ningún cambio en el semblante de Kristalis. Luego, tras lo que pareció una eternidad, despegó los labios para decir:

—¿Cómo?

Me dio rabia que se mostrase tan confusa. Me dio rabia porque su madre hubiera podido evitar lo sucedido.

—Eso, Kristalis, ¡que están muertas! Nuestros padres las mataron. Yo lo vi. ¡Les pegaron un tiro en la cabeza y las mataron! —declaré iracunda, alzando la voz más de lo que pretendía.

Su mirada se volvió vidriosa, como las cristalerías rotas de una iglesia bajo los rayos del sol. Detestaba su comportamiento, tan vulnerable e inocente. ¿Creía que tenía un problema? Yo sí que lo tenía: habría de vivir para siempre con el recuerdo de la bala incrustándose en el cráneo de mi madre, de la herida abierta en su sien. Kristalis lo superaría más fácilmente, estaba convencida. Lo peor era que su madre era en parte responsable de todo. No dejaba de repetirme aquello. De haber sido más valiente, Valerie podría haberle confesado a mi madre lo que su amante y su socio pensaban hacerle, pero fue una estúpida y al final corrió el mismo destino que la mujer a la que había traicionado.

—No... no te creo, no puede ser.

—¡Pues créeme porque es la pura verdad! Las asesinaron a las dos; están muertas y no volveremos a verlas, como tampoco volveremos a Goldenpark. Acéptalo ya.

Mis palabras fueron como un mordisco para ella, que estaba temblando. Desvió la mirada hacia el suelo y se abrazó a sí misma. Tenía la cabeza gacha y no le veía la cara, pero por la convulsión de sus hombros supe que estaba sollozando.

Yo no dejaba de ver en ella a la mujer que había vendido a mi madre y a la hija de quien había maquinado toda la operación. Y a pesar de la furia que aquella certeza desataba en mi interior, no me atreví a confesárselo. No quise decirle que su madre era culpable de lo sucedido porque, en el fondo, no deseaba causar más dolor del que ya había entre ambas. Era suficiente.

De pronto, Kristalis me miró.

—Estúpida —escupió con voz ahogada—. ¡Tu madre era una idiota! ¿Por qué tuvo que decirle nada a la mía? Si hubiera cerrado la boca, nada de esto hubiera pasado. Si la mataron, se lo buscó por cotilla y...

No tuvo oportunidad de seguir con su retahíla de insultos porque, en menos de dos segundos, me lancé sobre ella con la palma abierta y le di el bofetón más fuerte del que fui capaz. El dolor de su piel activó su mala sangre y enseguida reaccionó devolviéndome el golpe.

Y así, súbitamente, nos vimos envueltas en un remolino de arañazos, mordiscos y golpes que nos propinamos la una a la otra en un afán de mitigar

la pena y olvidar el miedo que sentíamos. Pero aquel enfrentamiento yo ya lo tenía ganado, pues había participado en muchas más peleas y, además, mi motivación era más fuerte que la suya: había insultado a mi madre, cosa que odiaba que hicieran hasta cuando aún vivía.

Tal como esperaba, vencí. Ella estaba en el suelo y yo me encontraba sobre su cintura, a horcajadas, bloqueándole los brazos junto a su propio cuerpo, entre su costado y mis rodillas.

Las palabras que pronuncié a continuación salieron de mi boca sin permiso, incontenibles:

—Tu madre sabía lo que iba a pasar desde la noche anterior. Cox le dijo que fuera a mi casa como si no pasara nada para luego interrumpirlas y matar a la mía. Ella obedeció en lugar de avisarla y, al final, la mataron también, cómo no. La que se lo buscó fue ella, a pesar de que podría haber hecho algo para remediarlo, ¿y sabes por qué? Porque era una cobarde que prefería hacerse la tonta antes que actuar según su conciencia, tal como hacía mi madre... Así que no te atrevas a insultarla, niñata de mierda. —Me puse en pie y la dejé libre—. Y no vuelvas a intentar nada contra mí porque te juro que la próxima vez no seré tan buena y te golpearé hasta que te desmayes.

Ella no dijo nada. Se limpió la sangre del labio y se fue a su cama a llorar.

Yo me senté de nuevo en la silla del escritorio y seguí trabajando con el ordenador, dispuesta a averiguar todos los secretos de mi madre.

Por fin estaba dentro de su correo electrónico. Ansiaba respuestas, pero algo me detuvo. La presencia de ese ordenador ahí... ¿Para qué nos lo daban? ¿Y si Canavan tenía acceso a la pantalla del portátil y veía lo que hacía?

Decidí correr el riesgo. Al fin y al cabo, había pocas cosas que pudieran hacerme ya.

Fui revisando sus contactos y me di cuenta de que los conocía a todos. Hubo alguno que no me sonaba, pero el asunto de sus *e-mails* intercambiados no sugería que se tratara de la psicóloga... hasta que encontré unos cuantos correos de una tal Salma Hanlou.

Tras leer dos *e-mails*, supe que era ella. Allí estaba todo. Había documentos acerca de los progresos que había presentado mi madre, temas que preocupaban a la psicóloga, recomendaciones, consejos... Pero no encontré lo que serían las sesiones en sí. Solo había un documento en el que se relataba todo lo que habían hablado en uno de sus encuentros.

Así que empecé a leer con avidez, ignorando los sollozos de Kristalis, que me parecían cada vez más y más lejanos. Poco a poco, fui sumergiéndome en la vida secreta de mi madre, la que solo había compartido con una mujer que

le inspiró confianza desde el primer momento y que le había prometido que la información que compartieran sería absolutamente confidencial.

5

Salma Hanlou era una buena doctora. Comprensiva, muy profesional y, sobre todo, discreta. Martina creía estar haciendo lo correcto al acudir a ella. No había tomado la decisión de pedirle cita a la ligera; pasó muchas semanas reflexionando sobre hasta qué punto necesitaba ayuda externa, hasta que asumió que no se trataba de un capricho, sino de un requisito indispensable para no enloquecer.

Tenía demasiados remordimientos, recuerdos inquietantes, ideas perturbadoras... No le gustaba en lo que se había convertido: la amante de un magnate de Hong Kong. Le disgustaba pensar que había traicionado sus orígenes, que se había convertido en todo lo que una vez aseguró detestar. En más de una ocasión, se le había pasado por la cabeza volver al lugar al que pertenecía, la vieja Europa; a España, concretamente.

Pero había una cosa, una sola cosa, que lograba retenerla allí, tragándose su orgullo y sufriendo la compañía de un hombre que no miraba más allá de su asombroso y trabajado físico: Faith.

La pequeña había cumplido dos años recientemente. Era tan preciosa... Un instinto de protección crecía en su interior cuando pensaba en la niña. Pero cuando ella no estaba, cuando Martina se quedaba sola con sus pensamientos, estos retumbaban en cada recoveco de su mente con más fuerza que nunca. Estaba recibiendo una vida de lujos mientras las personas con las que se había criado continuaban atrapadas en la miseria europea. No, el viejo continente, tan hermoso y frágil, ya no era lo que fue. Martina temía olvidarse de su tierra. Ahora, a su nuevo hogar lo caracterizaban los focos de las fiestas, los destellos de las joyas y el deslumbramiento de la tecnología. Su armario estaba siempre a rebosar de ropa cara y zapatos nuevos; su tocador guardaba perfumes de ediciones limitadas y aromas exóticos, así como maquillaje de la más alta gama.

¿Y a cambio de qué había obtenido todo eso? De rendirse a un hombre que solo buscaba en ella una compañera con la que desahogarse, con quien

pasar noches de pasión que habían quedado obsoletas en su matrimonio, un matrimonio vacío del que no pensaba desprenderse.

—¿Y bien, Martina? —empezó Salma, sentada en su silla roja reclinable con un moderno portátil sobre su regazo para apuntar todo lo que considerase conveniente—. Esta es nuestra tercera sesión; creo que ya tenemos suficiente confianza. —A petición de su clienta, ambas se habían dedicado a charlar sobre temas triviales durante las citas anteriores. Martina quería sentirse cómoda, y para eso necesitaba conocer más a fondo a quien iba a ser su confidente. En efecto, ya había podido comprobar que Salma era inteligente y, pese a llevarle unos cuantos años, con un perpetuo aire juvenil—. ¿Martina? Todavía no sé quién es. Hemos hablado de política, de religión, de cine, de música y de un sinfín de cosas más. Si se siente preparada, dígame su nombre completo, su estado civil, dónde nació... Ya sabe, esas cosas.

Martina suspiró y se recolocó un mechón de pelo tras la oreja. Estaba nerviosa, pero también impaciente por poder compartir con alguien sus preocupaciones.

—Bueno..., me llamo Martina Gómez Jordan. Nací en Barcelona, España, el 29 de abril de 2159...

—Europea —recalcó Salma con interés renovado—. Es el continente más hermoso de la Tierra; supongo que sabe de lo que hablo.

Claro que lo sabía. Había tanto que ver en Europa... Su abuela solía decir que en las calles y los monumentos de las ciudades europeas se reflejaba la esencia de la naturaleza humana. Era un curioso pensamiento.

—Tal vez lo fuera en su momento, pero ahora hay tanta miseria que resulta difícil ver la belleza —replicó.

—¿Hasta cuándo vivió allí?

—Hasta hace algo más de tres años.

—¿Vino a Asia en busca de fortuna?

Martina desvió la mirada y se mordió los labios.

—En realidad, vine en busca de mi hijo.

—¿Tiene hijos? —La psicóloga titubeó—. Parece muy joven. ¿Cuántos?

Aquella sí que era una pregunta complicada.

—Dos, pero... al primero me lo arrebataron. Lo vendieron. Yo había estado trabajando todo el día en el taller y cuando volví...

—Tranquila —la interrumpió Salma con suavidad al ver que se alteraba—. Entonces, trabajaba en un taller... ¿De qué?

—De costurera.

—Ajá. —Apuntó algo en su portátil—. ¿Y quién lo vendió?

—Su padre.

Salma arqueó las cejas.

—¿Por qué?

—Por dinero, claro. La situación era muy complicada... Es difícil que alguien de aquí lo comprenda. Éramos muy pobres.

—Tengo entendido que allí no todo el mundo lo es. ¿No conocían a nadie que pudiera ayudarles económicamente?

—No, veré, no es tan sencillo. En España, un 50 % de la población es pobre, un 30 % malvive, aunque puede mantenerse sin pasar demasiadas penurias, y el resto lo conforman los ricos. Que aquí en Asia no serían ricos, no sé si me explico...

—Se explica.

—Bien, pues esas tres clases sociales están muy separadas. La cosa va por barrios y, a veces, por ciudades. Por ejemplo, Málaga es una ciudad rica, lo mismo que Palma de Mallorca. Madrid no lo es y Barcelona, mucho menos. Las islas Canarias están prácticamente desiertas, en Galicia encontramos un poco de todo, y así.

—Comprendo. Entonces, no había nada que pudieran hacer para salir del apuro que les provocó la sorpresa de su embarazo, me atrevería a decir... Porque no lo buscaron, ¿verdad?

—No.

—Hábleme de tu hijo, Martina.

—Nació el 25 de noviembre de 2178, en Barcelona... Tenía unos ojos muy singulares, de un color ambarino similar a la miel. Se llamaba Henry... Como mi abuelo.

—¿Su abuelo era español?

—Él sí, pero su padre era inglés.

La psicóloga continuaba tecleando en el ordenador.

—¿La enseñó él a hablar inglés antes de venir?

—En Europa casi todo el mundo se defiende en inglés, aunque mejoré al venir a Asia.

—Y tanto, lo habla a la perfección. Apenas se nota su acento —comentó con una sonrisa—. Bien, de manera que decidió abandonarlo todo para buscar a Henry.

Martina tragó saliva. Le costaba rememorar aquellos días y le resultaba violento oír ese nombre en boca de otra persona.

—Sí. Empecé por Europa. Conseguí viajar haciendo autostop y tirando de mis ahorros... Antes de partir, vendí todas mis pertenencias.

—¿Incluyendo la casa?

—Eso no... No podía hacerle eso a mis padres. Yo no vivía con Aarón...

—Aarón es el padre de su hijo —dedujo, y tecleó de nuevo en cuanto percibió su gesto de asentimiento—. Continúe: viajó por toda Europa en busca de su hijo. ¿Qué averiguó?

—Nada. Alguien que parecía saber de lo que hablaba me dijo que casi todas las sedes de las mafias que traficaban con humanos estaban en Asia y que serían la única fuente de información útil. Poco después, pude viajar a Shanghái y aproveché con la idea de empezar una nueva búsqueda por el continente, empezando en esa ciudad.

—¿Puede situarlo cronológicamente?

Martina no necesitó hacer memoria:

—Llegué a Shanghái a finales de octubre. Iba a cumplirse un año del nacimiento de mi hijo.

—¿Cómo se sentía?

—Angustiada... Había perdido toda esperanza.

—¿Qué le hizo recuperarla?

Martina suspiró, abrumada por los recuerdos.

—Alguien me dijo que era importante tener fe.

—La noto rara... —Salma frunció el entrecejo—. ¿Qué ocurrió en Shanghái?

—Prefiero no hablar de ello —murmuró—. Obtuve una nueva pista que me llevó a Hong Kong y allí conocí a Percival Canavan, que es el padre de mi hija, con la que vivo ahora.

Salma abrió mucho los ojos.

—¿Es usted su amante?

—Sí. Imagino que no hará falta que le diga que esto es confidencial.

—Por supuesto, Martina, no debe preocuparse. De modo que él las mantiene a usted y a su hija... Déjame adivinarlo: ¿en Goldenpark?

—Sí.

—Interesante... Y, dígame, ¿por qué cree que necesita un psicólogo?

—Porque no me siento contenta conmigo misma —explicó, ruborizándose—. Cuando vivía en España, detestaba saber que en Asia había gente rica ahogándose en sus lujos cuando a mi alrededor las cosas estaban tan mal. Me parecían unos egoístas y los detestaba por ello. Y ahora me miro al espejo y quiero romperlo. Vivo en una mansión, tengo todo lo que quiero y más... Soy aquello que antes odiaba.

—Tengo entendido que todo lo que sucede en Goldenpark está controlado. No podría mandar dinero a España por más que quisiera.

Ante aquella declaración, Martina carraspeó y desvió la mirada. Estaba ocultando algo, pero Salma decidió que ya indagaría más adelante.

—Sí, sé que es difícil... En cualquier caso, ¿no me siento bien con lo que estoy haciendo! —afirmó, disgustada—. Casi todas las noches comparto mi cama con un hombre solo porque sé que él me lo pagará manteniéndome cierta calidad de vida, y eso hace que me sienta... —Las palabras se le atragantaron.

A diferencia de su paciente, Salma continuaba templada, impassible como un autómatas.

—¿Y por qué lo permite?

—Por mi hija. Porque ella está gozando de cosas que yo jamás hubiera podido darle de otra manera. No puedo privarle de eso si sé que soy capaz de conseguírselo. Tal vez la esté malcriando, pero..., maldita sea, la vida ya es bastante dolorosa de por sí. ¿No cree que es bueno que en la infancia uno sea todo lo feliz que pueda? Ya llegará el momento de sufrir cuando se haga mayor. Pero si puedo retrasar el instante en que se dará de bruces con la vida, ¿por qué no hacerlo?

La psicóloga ladeó la cabeza.

—Quizá porque el golpe será más fuerte —respondió—. Martina, yo no soy madre y, dadas las penurias que tuvo que pasar en su infancia, comprendo que quiera criar así a su hija, pero tal vez debería ir cambiando eso a medida que crezca para que valore lo afortunada que es, ¿me entiende? Poco a poco. —Suspiró—. Pero ya dedicaremos otra sesión a ese tema. Volvamos a lo que nos ocupa: usted. No tiene por qué sentirse mal consigo misma. Sus motivos son loables y, si cree que el sacrificio merece la pena..., entonces es una decisión que ha tomado conscientemente.

Pero Martina miró al techo y parpadeó para contener las lágrimas.

—Hay algo que no le he contado.

—¿De qué se trata? —inquirió Salma, nada sorprendida.

—Canavan no es el padre biológico de mi hija. Le engañé porque estaba asustada y preocupada por el futuro. En él y en su interés por mí vi una salida fácil y la aproveché.

Esta vez sí, la psicóloga estaba perpleja.

—¿Quién es su padre?

—No lo sé... Fue cosa de una noche.

Salma tecleó con más insistencia y siguió haciéndolo en silencio durante unos cuantos segundos.

—Esa mentira... ¿le pesa?

—Sí.

—¿Y qué hay de Henry? ¿No descubrió nada más sobre él?

—Tras mi llegada a China, continué buscándole durante casi un mes sin ningún resultado. Cuando me enteré de que estaba embarazada, lo aparqué todo porque perdí la esperanza. Había pasado un año desde el nacimiento de mi hijo. Dudaba que fuera a reconocerlo aunque volviese a verlo y me sedujo la idea de enmendar con el nuevo bebé el error que cometí con el primero. Sentía que era una oportunidad para hacerlo mejor, para demostrarme que no era tan mala madre como parecía. —Se echó a llorar—. Justo cuando perdí la esperanza de encontrar a mi hijo, tuve la posibilidad de empezar de cero... y abandoné a Henry. Es algo que jamás podré perdonarme.

—¿Cree que lo hubiera encontrado de haber continuado buscándole?

—En el momento en que decidí parar, no. Estaba segura de que no volvería a verlo. Pero ahora empiezo a preguntarme qué habría pasado si hubiera seguido. Pienso que a lo mejor me detuve cuando más cerca estaba de dar con él. Y esa idea me destroza. Me destroza pensar que él está solo por ahí, sin nadie que lo quiera, necesitando una madre.

—De modo que no ha contemplado la posibilidad de que..., bueno, de que esté muerto...

—No. Estoy segura de que no. Pagaron bastante por él. Apuesto a que les preocupa su bienestar y, de momento, es un niño muy pequeño, pero me aterra pensar en el motivo por el que lo compraron.

—No le faltan razones, pero déjeme decirle que su caso es muy complejo. Por lo que me ha contado, no creo que obrase mal. Hizo lo que era mejor para usted y su hija —respondió Salma, y ella asintió, limpiándose la máscara de pestañas que las lágrimas le habían desparramado por las mejillas—. A propósito, ¿piensa contarle todo esto a su hija?

—No lo sé. No lo he decidido todavía.

Salma hizo un gesto de asentimiento y miró el reloj que se proyectaba en la pared.

—Creo que hay que dejarlo aquí... Me gustaría que viniese otro día para seguir tratando este asunto.

Martina asintió levemente.

—Vendré la semana que viene, pero me gustaría que hiciera una cosa. —Por un momento, titubeó—. Por favor, mándeme sus anotaciones a mi correo.

Me apetece mucho leerlas.

—No es algo que suela hacer... Pero de acuerdo, le mandaré mis apuntes iniciales, ya que las siguientes sesiones siempre las grabo —contestó Salma, reclinándose en su asiento—. Al fin y al cabo, es usted una paciente excepcional.

—Ojalá no lo fuera.

—Ojalá no —coincidió la psicóloga, y ambas se pusieron en pie.

6

Así que esa era la verdad. La historia de mi madre.

Había dado a luz a un niño que pronto le arrebataron. Desesperada por dar con él, viajó por medio mundo hasta que tropezó con Canavan y encontró una rápida solución para sacar adelante su nuevo embarazo, que había sido fruto de una noche de desenfreno.

Por tanto, Canavan decía la verdad. Yo no era su hija. No es que lo hubiera dudado, pero tener pruebas de ello resultaba un alivio.

Sin embargo, empezaba a sentir mucha curiosidad por saber más de mí misma y de mis orígenes. ¿Quién era mi verdadero padre? Probablemente no daría con él jamás por mucho que lo intentase. Tendría su propia familia, a saber en qué país. Yo no conocía ningún dato sobre él, salvo que estuvo en Shanghái en octubre de 2179. Pues vaya.

Me dejé caer sobre el respaldo de la silla y permanecí en una postura reflexiva durante un rato, sin saber qué hacer o qué pensar. Volví a rememorar la imagen de mi madre desplomándose en el suelo, carente de vida. La idea de que nunca más podría verla, de que ya no volvería a darme sus consejos o a compartir conmigo sus ideas, me estremecía. Los arrebatos de ira que me habían poseído al pensar en sus asesinos empezaban a menguar, a ser menos frecuentes. Ahora sentía frío, un frío que me helaba el corazón.

—¿Has descubierto algo? Pareces triste —musitó Kristalis. Yo no respondí, esperando que ella interpretara mi silencio como una señal para dejar a un lado la conversación. Pero no fue así—: Escucha... Siento mucho todo lo que ha pasado —balbució con tono apagado y los ojos y mejillas arrasados por las lágrimas—. Sé que no siempre me he portado bien contigo, pero ahora debemos ayudarnos la una a la otra.

Yo la miré sin más, y debió de ser una mirada gélida, porque ella empalideció y desvió la vista al suelo. De repente, el sonido de una puerta deslizándose captó mi atención y fijé mis ojos en el hombre que acababa de entrar.

Tenía el pelo oscuro engominado y una expresión pétrea. Dos profundas arrugas en la frente le conferían un aspecto algo envejecido.

—Faith Gómez y Kristalis DeFlang —dijo con desgana—. Imagino que sabéis por qué estáis aquí.

Me crucé de brazos.

—Sería una buena pista saber qué significa *aquí*. Esto es un avión. La ubicación cambia de un momento a otro.

El hombre esbozó una sonrisa desdeñosa y me miró con condescendencia.

—Llamadme Gamma.

—¿Gamma? —repitió Kristalis—. Eso no es un nombre.

—Por supuesto que no lo es. Esto es todo lo que necesitáis saber sobre mí: trabajo para vuestros padres y estamos aquí para llevar a cabo su voluntad.

—¿Y cuál es? —inquirí.

—Bueno —empezó, tomando asiento en uno de los sofás de cuero blanco que había junto a la puerta—, vuestras madres se vieron involucradas en algo que no era de su incumbencia y, por tanto, las han borrado del mapa.

Tanto Kristalis como yo nos envaramos por cómo hablaba de nuestra desgracia: sin emoción alguna, como si fuera la voz de un robot o... como si no fuera la primera vez que pronunciaba semejantes palabras. ¿Acaso era algo rutinario para él ocuparse de la descendencia de aquellos a los que sus padres borraban del mapa?

—La cuestión es que ya no tenéis cabida en sus vidas. No os quieren, y algo tenemos que hacer con vosotras, ¿lo entendéis? —prosiguió, y ambas nos quedamos calladas—. Así que vamos a venderos.

El silencio se volvió ensordecedor hasta que Kristalis alzó la voz:

—¿Por qué nos explica todo esto?

—Son órdenes expresas del señor Canavan —respondió él con indiferencia—. No es un monstruo y considera justo que sepáis cuál será vuestro destino.

A mí se me escapó una risotada seca.

—Que no es un monstruo, dice. ¿Cuánto tiempo lleva usted haciéndole la pelota?

El semblante de Gamma se contrajo en una mueca de irritación.

—Parece que no el suficiente, dado que sigo encargándome de temas tan banales como el porvenir de dos mocosas que me traen sin cuidado.

—¿Y cuál es ese porvenir? —preguntó Kristalis, entre ansiosa y asustada.

—Al parecer, unos mandatarios de Hydrus han hecho un trato con el señor Canavan y el señor Cox. Ellos serán vuestros dueños ahora.

Yo abrí los ojos, incrédula.

—¿Nos van a vender a Hydrus? La compra de seres humanos está prohibida en Asia.

—No estamos en Asia, bonita. En nada llegaremos a Suiza.

Suiza. Eso estaba en Europa. Dios, qué lejos estaba de casa. Aunque, pensándolo bien, yo ya no tenía casa. Fue entonces cuando oí a Kristalis decir algo inteligente por primera vez... o eso pensé:

—Pero Hydrus es una empresa asiática y mundialmente reconocida. Su reputación no puede permitirse el lujo de cometer ilegalidades como esta. Atenta contra los derechos humanos.

—Hay que ver lo ingenua que es la gente. Muchachas, a vuestros hogares solo llegaba la información que el gobierno creía estimable. Y eso no era una característica única de Goldenpark. Esa, pequeñas, es una de las desventajas del primer mundo. No tenéis ni idea de lo que pasa más allá. Creéis que el dolor y el sufrimiento acaban cuando apagáis el televisor o cerráis los portátiles, pero no.

—¿Y qué es lo que pasa *más allá*? —murmuré con escepticismo.

—Hydrus, como muchas multinacionales, también comete delitos e ignora los derechos humanos. Eso es lo que pasa. Por no mencionar que el concepto «derechos humanos» no tiene la menor relevancia en Occidente. Hay leyes que protegen prácticas como la esclavitud... Y vosotras seréis de su propiedad. —Se incorporó e hizo amago de ir a marcharse, pero yo lo llamé:

—¿Qué hay del ordenador? ¿Por qué está aquí?

Hubo una pausa antes de que él se dignara a contestar.

—Porque tiene una cámara incorporada y la imagen que aparece en el monitor se proyecta en el ordenador de tu padre. Ha visto todo lo que has hecho en él.

Cerré los ojos y sentí un leve mareo. Esa idea ya se me había pasado por la cabeza, pero no le había prestado suficiente atención. No me había parado a pensar cuánto estaba en juego y si había valido la pena correr el riesgo con tal de obtener las respuestas que había hallado... Pero entonces me dije que sí. Eso me había acercado más a mi madre y, de todas formas, Percival Canavan ya no tenía interés en mí, iba a desaparecer de su vida. Y, por mucha información que le hubiera dado, ya no podía hacer nada para herirme.

—Era una trampa —musité. A continuación, fue mi orgullo quién habló —: Y muy cutre. Espero que se haya entretenido viendo cómo pasaba de nivel en el comeocos.

—Él no esperaba encontrar nada de provecho y desconozco si finalmente ha sido así o no. No es de mi incumbencia, pero a juzgar por tu expresión diría que ha averiguado algo importante.

Me temblaban las manos.

—Largo —mascullé—. No quiero verlo más.

—Se nota que eres hija de tu padre —bufó él con retintín.

Contuve la risa. Aquel hombre no sabía nada de mí. En cuanto se fue, me dejé caer en el lecho donde me había despertado ese día y me quedé temblando un buen rato. Kristalis me miraba con preocupación, sin atreverse a hacer nada, pero sin mostrarse indiferente tampoco.

—Faith —dijo finalmente.

—Qué —gruñí.

Se acercó con cautela y se sentó a mi lado.

—Estamos juntas en esto. Debemos estarlo.

Yo la miré, dubitativa. No quería nada de eso; tener que colaborar con ella, pensar en lo que iba a ser de mi vida, arreglármelas para soportar el futuro al que me estuviera dirigiendo... Todo aquello me superaba.

Aunque seguro que Kristalis se sentía igual.

—Está bien —accedí—. Pero que sepas que es por necesidad. Sigues sin caermelo bien.

Asintió y se fue a su cama, donde se tumbó, dispuesta a perseguir el sueño o a dejar que él la atrapara primero. Sin embargo, sé que ninguna de las dos logramos descansar.

En mi mente se agolpaban pensamientos terribles. En primer lugar, me preocupaba lo que iba a ser de mí. No podía creer que Hydrus fuera a convertirnos en esclavas... Porque ese era el rango correspondiente a aquellos humanos que se vendían y compraban como si fueran objetos.

Hydrus tenía esclavos...

¿Con qué propósito? No atinaba a comprenderlo. Y otro aspecto que me inquietaba era que Canavan supiera cosas del pasado de mi madre. ¿Qué pensaba hacer al respecto? ¿O tan solo pretendía saciar su curiosidad por conocer a la mujer a la que había asesinado? Sí, algo me decía que era eso. No tomaría represalias contra la señorita Hanlou, de eso estaba segura. Total, ¿qué le aportaría? Nada. Probablemente su lado más cínico era el que le incitaba a querer conocer mejor a Martina por ser el responsable de su muerte.

Todo aquello resultaba confuso, doloroso y devastador. No podía más. Las últimas horas habían sido las más difíciles de mi vida. Yo nunca había tenido que afrontar responsabilidades o problemas más allá de los que

podieran darse con mis amigos y vecinos de la urbanización. Ahora me veía sumida en un cúmulo de complicaciones con las que sería difícil lidiar hasta para alguien acostumbrado a ello.

Me notaba el cabello y la piel sucios, los párpados caídos, la garganta seca y tenía hambre. Empezaba a percatarme del dolor que los golpes de Kristalis me habían ocasionado. Solo quería perder la consciencia e irme de allí. Ir a ninguna parte. Dejar de pensar. Dejar de sentir.

Cuando abrí los ojos, el avión se estaba acercando a Berna. Era consciente de dónde estaba, de lo que hacía Kristalis y del ambiente que me envolvía, pero al mismo tiempo el recuerdo de los recientes acontecimientos me asaltó como un sueño, impidiendo que me centrara en lo demás. Ahora me sentía despejada.

—Ya estamos llegando —murmuró mi compañera.

—Eso parece.

El aterrizaje se llevó a cabo sin contratiempos. Fue una sensación muy extraña y, por un momento, tuve miedo de que aquella enorme máquina se estrellara contra el suelo, pero se posó suavemente sobre él. Al menos, a mí me pareció muy suave para la velocidad a la que iba.

Gamma vino a buscarnos y nos indicó que lo siguiéramos. También nos amenazó, mostrándonos la culata de una pistola que llevaba en la parte interna de su chaqueta, y afirmó que, si intentábamos escapar, no dudaría en usarla.

Eso logró intimidarnos lo suficiente como para no hacer nada que pudiera parecerle alarmante. Por unos instantes, mientras caminábamos, me planteé intentar huir, costase lo que costase. El destino que me esperaba no podía ser mejor que la muerte y yo solo sentía dolor, tristeza y desesperación. Quería deshacerme de todo ello y ¿qué mejor forma que muriendo? Pero recapacité cuando las últimas palabras de mi madre resonaron con fuerza en mi cabeza: «Lucha por la vida que te mereces».

Luchar.

Eso era lo que debía hacer. Al margen de las dificultades o de la soledad, tenía que intentar sobrevivir. Y quizás, en el futuro..., ¿ser feliz? La idea resultaba extraña, distante. Pero se lo debía a mi madre, que había sacrificado su vida por lograrlo. Durante doce años se había resignado a ser la amante de Canavan, y todo por mí. ¿Cómo iba a tirar eso por la borda? No podía permitir que fuera en vano.

Después de meternos en un coche negro con cristales tintados que nos paseó por media ciudad, llegamos a un gran edificio con forma de cohete.

No obstante, a pesar del lujo que destilaba la edificación, no pude quitarme de la cabeza lo que vi por algunas calles. Al principio, me sorprendió descubrir que allí había edificios tan imponentes como en Hong Kong, si bien no tan sofisticados; rascacielos tan altos que apenas se atisbaba el cielo. Pero eso no fue lo que más me impactó. Fue la miseria: suciedad, personas de todas las razas y edades con prendas raídas y viejas, con expresiones que transmitían necesidad y amargura... Esa precariedad no me era nueva, pues los telediaros ya la habían mostrado en más de una ocasión, pero ahora, sin pantallas de por medio, sentí que era real. Lo sentí en mis huesos, en mi piel, y un escalofrío me sacudió.

Suspiré y seguí a nuestro captor al interior del edificio, donde había una cantidad considerable de hombres trajeados y de aspecto serio y solemne. Permanecían apostados en puntos estratégicos de cada sala, alerta y observadores.

Entramos en un ascensor que recorrió cuarenta y dos plantas. Cuando salimos, aparecimos en una sala gigante, redonda y con cristales en lugar de paredes. Las vistas eran magníficas, pero no me entretuve con ellas, pues algo atrajo mi atención. No, algo no. *Alguien*.

—Teseo —susurré, estupefacta.

Dios, parecía que hubiera sido ayer cuando charlamos bajo la bóveda celeste de Goldenpark. Pero ya habían pasado unos días. Ahora lo tenía frente a mí de nuevo... ¿Qué significaba eso?

Tenía que estar soñando. Me alegré de verlo, pero ese júbilo se desvaneció en cuanto me figuré lo que significaba su presencia allí. Él me miró un instante, pero lo hizo como si no me conociera. Estaba rodeado por otros hombres ataviados con el mismo traje que él: uno de color negro con el logo de Hydrus en azul sobre el corazón. El símbolo de la empresa era una H formada por puntos y rayas. Algunos, en lugar de una hache, llevaban una S.

Uno de los pormenores que advertí, y de los que más me sorprendieron, fue que Teseo parecía el líder del grupo.

Gamma se acercó a él tras ordenar con un gesto de la mano que dos de aquellos hombres se situaran detrás de nosotras.

—Aquí están —dijo.

Teseo tomó aire y asintió.

—¿Estáis heridas? —nos preguntó al ver las magulladuras de nuestros rostros.

Kristalis iba a responder, pero yo me adelanté:

—¿Acaso te importa?

—Tienen un par de golpes y arañazos —intervino Gamma—. Se han pegado en el avión, pero no es nada que no vaya a sanar con facilidad.

—Muy bien —dijo Teseo, sin inmutarse—. El señor Malinov está conforme.

Uno de los compañeros de Teseo abrió dos maletines que había sobre una mesa plateada que se sostenía en el aire mediante un sistema de suspensión.

—Ochocientos mil y quinientos mil —apuntó Teseo.

Gamma frunció el ceño.

—Eso no es lo acordado. Los señores Canavan y Donagan Cox deseaban un millón por cada una, dado que van a ser explotadas en un ámbito tan rentable como lo es la prostitución de lujo. Eso fue lo que me explicaron.

Se me paró el corazón. Kristalis ahogó un grito.

Teseo se tensó y le ordenó a uno de su grupo que nos acercase a ellos, apartándonos del enviado de mi padre..., bueno, de Canavan.

—Sin duda, la señorita DeFlang nos reportará beneficios, pues confiamos en que se convierta en una hermosa joven. No obstante, el señor Malinov ha decretado otro uso para la señorita Gómez: el de gladiadora. La hemos visto peleando en su celda, en el avión...

—¿Lo habéis visto? —cortó Gamma.

—Así es: la cámara web proyectaba las imágenes en un monitor del despacho del señor Malinov. Fue él quien solicitó a su jefe disponer de acceso al ordenador.

—¿Y por qué haría tal cosa?

—Le gusta saber qué es lo que está comprando —repuso Teseo fríamente—. En cambio, detesta que se le cuestione. Así que no vuelva a formular una pregunta de esa índole.

Gamma asintió. Parecía irritado por el hecho de que lo estuviera amonestando un chico tan joven. Después de todo, Teseo solo tenía... ¿diecisiete años? Pero se desenvolvía con naturalidad en aquel entorno, como si le hubieran educado para ello.

Educado para ello... ¿Como lo que pretendían hacer conmigo, formarme para ser... gladiadora? Me querían para luchar contra otros. Para matarlos. O para morir.

—Señor Morton —dijo Gamma, dirigiéndose de nuevo a Teseo—, no puedo regresar con otra cosa que no sea lo que mi jefe espera.

—Uno de los secretarios del señor Malinov se encargará de informar a sus superiores de lo ocurrido. Usted mismo tendrá la oportunidad de explicarlo también: dígame, sencillamente, que la comisión de Asuntos Paralelos de Hydrus estima que Faith Gómez nos reportará más beneficios como luchadora que como mujer de compañía... Aunque es solo una estimación que puede quedar en eso y nada más debido a los riesgos a los que se expondrá desde el momento en que empiece a combatir. Eso supone que no podemos arriesgarnos a pagarle más que la cantidad ya especificada. ¿Ha quedado claro?

—Cristalino —respondió Gamma, apretando la mandíbula.

—Bien, pues firme esos papeles, coja los maletines y váyase.

Gamma obedeció y, tras dirigir un último vistazo a Teseo, se marchó. Entonces, él nos miró fijamente a ambas.

—Yo te conozco —musitó Kristalis, entre atónita y enfadada.

—No —replicó él con tranquilidad—, no me conoces en absoluto. De lo contrario, no te habría sorprendido encontrarme aquí. Que esta no sea la primera vez que nos vemos no significa nada.

Kristalis enmudeció y retrocedió un paso. Yo me sentía engañada, defraudada. Teseo había conseguido inspirarme simpatía, incluso cierta camaradería. Siempre lo había tomado por una buena persona... ¿Cómo podía estar haciendo esto?

—Bien, ahora pasaréis a hablar conmigo a solas, ¿de acuerdo? Mi compañero os dirá cuándo tenéis que pasar.

El chico que señaló era un joven no mucho más mayor que Teseo. Quizá le sacara uno o dos años, pero su actitud era relajada y agradable. En cierto modo, infundía tranquilidad. Nos sentó en un sofá negro y se agachó para que nuestras miradas estuvieran a la misma altura.

—A continuación, el señor Morton os hará entrevistas personales para anotar todo lo que sea importante sobre vosotras. Os contará un poco lo que vais a hacer a partir de ahora y luego pasaréis a esa sala de allí para que os marquen.

—¿Que nos marquen? —repitió Kristalis.

—Sí. Os harán un tatuaje oficial que indique que sois propiedad de Hydrus.

Me mordí el labio. No me apetecía nada que me tatuaran... Enseguida me sentí estúpida por el hecho de que aquella fuera mi mayor preocupación y eso dio paso al temor por otras cosas, las que habían estado atormentándome desde que entré en la sala.

—Bien, señorita DeFlang, tú eres la primera.

Con palpable inseguridad, Kristalis se levantó y se encaminó hacia la puerta por la que un minuto y medio antes había entrado Teseo. Después, el chico me dedicó una sonrisa cálida y se fue a charlar con uno de los otros hombres que, deduje, eran guardias o escoltas.

Pasaron unos veinte minutos hasta que Kristalis salió del despacho de Teseo. Él la había acompañado hasta la puerta y desde el umbral me hizo un gesto a mí para que entrara. Me levanté y obedecí. Al pasar a su lado, noté su olor: una colonia que me resultó familiar. La última vez que la olí estábamos en mi calle, frente a Forceland.

La habitación era sencilla, con un amplio ventanal, una única mesa gris, un ordenador y un reloj-calendario digital. Era el mediodía del 12 de agosto. Me senté en una silla blanca acolchada que había frente al escritorio y Teseo se acomodó en su sitio.

—Faith —dijo. La forma en que pronunció mi nombre me resultó extrañamente dulce—. Lamento mucho todo esto.

—Lo lamentas —repetí con calma.

—Sí.

—¿Por qué trabajas para ellos? Te creía alguien decente, aunque supongo que me equivoqué. No te conozco en absoluto.

—Faith, yo solo acudo a Goldenpark unas cuantas semanas al año. El resto del tiempo tengo una vida más allá de esos muros. Es obvio que no me conoces.

—Y esa vida es esta —murmuré, y se instaló un silencio que decidí romper—. No te entiendo. Nos han vendido y tú nos has comprado. Nos has puesto precio y encima, según tu criterio o el de tus jefes, yo valgo menos que... que la mayoría de casas que hay en Goldenpark, seguro.

Él bajó la vista y suspiró.

—Sé que no debe de ser fácil, Faith, pero debes asumir que ahora esta es tu realidad. Yo estoy trabajando. Estoy vinculado a Hydrus desde siempre...

—Por un instante, pareció sumergirse en las aguas de su memoria, pero pronto regresó—. Es complicado. No tengo por qué darte explicaciones.

—No —coincidí—. Está claro que no.

—Sé que no va a hacer que cambies de actitud, pero deberías saber que, dentro de lo malo, es una suerte que fuera Hydrus quien se decidiera a adquiriros. Con respecto al trato que se les da a los esclavos, es la mejor empresa posible. En la mayoría, ni siquiera les permiten conservar su nombre

y apellidos, pero a vosotras sí. Tendréis privacidad, tiempo libre y cierta dignidad. No es algo que puedan decir los esclavos de Callianz, por ejemplo.

—Tienes razón: eso no ha hecho que cambie de actitud. Adelante, haz tu trabajo —espeté en tono mordaz—. ¿Qué quieres saber?

Mis palabras eran afiladas como cuchillas, pero eso no lo detuvo:

—Todo. El señor Malinov es muy escrupuloso y quiere un informe completo.

—Muy bien, pues dispara.

—¿Debilidades?

—Alto ahí, ¿no vas a empezar con una pregunta normal? Como mi fecha de nacimiento o algo así.

—Todo eso ya lo sabemos, Faith. Queremos ahondar en tu psicología. ¿Debilidades? —insistió.

—No tengo.

—En serio, tienes que cooperar. —Se cruzó de brazos, frustrado.

—No quiero.

—Debes hacerlo. Por última vez, dime cuáles son tus debilidades, tus defectos...

—Vale... Mi mayor defecto es que no me gusta cooperar con personas como tú.

Teseo se dejó caer sobre el respaldo del asiento mientras se masajeaba el puente de la nariz con los ojos cerrados.

—Faith, te juro que no quiero enemistarme contigo. Yo estoy haciendo mi trabajo y... —Apretó la mandíbula y relajó los músculos—. Olvídalo. No voy a obligarte a nada.

Enarqué las cejas.

—¿En serio?

—En serio —asintió, y lo estudié con desconfianza. No me creía nada—. No soy mala persona, Faith.

Mi reacción instintiva fue bufar, pero Teseo parecía realmente afectado. En sus ojos vi la huella de la resignación. Entonces supe que él no había buscado esa situación, que se había visto empujado a ella y no encontraba la salida. Yo me sentía igual. La diferencia era que estábamos en niveles distintos. Él no era propiedad de nadie.

Me hubiera gustado decirle que lo sabía, que le creía, pero no pude. Tampoco me pareció lo correcto. Si tenía algún tipo de remordimiento, le estaba bien empleado.

Sonrió con tristeza.

—Voy a contarte lo que va a pasar a partir de ahora —dijo, recomponiéndose. Carraspeó levemente—. Quieren que seas una gladiadora. Sabes lo que es, ¿no?

—Sí, lo sé: seres humanos que luchan a muerte en un recinto circular alterado tecnológicamente y controlado por un ordenador que se encarga de añadirle emoción al combate. He visto muchos —mentí.

Teseo apretó la mandíbula. Por algún motivo, no pareció hacerle gracia que ya estuviera al tanto.

—Vale, algo sabes. Hemos observado que tienes predisposición para la pelea y eso ha gustado mucho en el departamento de Asuntos Paralelos.

«Asuntos Paralelos —rezongué para mis adentros—, vaya forma de suavizar las cosas».

—No sabía que Hydrus tuviera tantos temas ilegales entre manos.

—¿Cómo crees que fue amasando su fortuna hasta convertirse en lo que es hoy en Asia? Una fundación muy influyente, con cadenas televisivas, centros comerciales, marcas de ropa, una compañía aérea... En fin, ya sabes lo que es. Y he aquí su lado oscuro: Hydrus trafica con armas y personas en toda Europa y América. Pero esa información apenas llega al primer mundo y, si llega, pasa inadvertida porque tendemos a ignorar lo que no podemos o no queremos solucionar. Por no mencionar que ocurren cosas que en Asia serían una atrocidad y aquí son legales.

¿Y por qué los gobiernos no estaban enterados de lo que pasaba más allá de Asia?, me dije. O, de estarlo, ¿por qué no hacían nada? ¿Qué lo hacía a uno una mala persona? ¿Su propia naturaleza? No podía ser. Pero no quería ahondar en eso porque me perturbaba, y esa necesidad de escapar de los problemas, de las incógnitas sin resolver, no hizo más que confirmar lo que acababa de decir Teseo: que todos tendemos a huir de lo que no nos gusta o no podemos cambiar. Preferimos desviar la vista y convencernos de que no existe nada más que lo que vemos. Y eso ocurría en Oriente como tiempo atrás había sucedido en Occidente.

«Ojos que no ven, corazón que no siente».

—Entiendo —musité.

—La cuestión es que tú ahora eres de su propiedad. No es una condena eterna, Faith, hay formas de ganarse la libertad. Acabarás enterándote.

—Dime cómo.

—No sé cómo, exactamente. Tienen que darse circunstancias muy particulares... Solo sé que ha habido casos de personas de nuestra propiedad

que han adquirido su libertad. Por eso he dicho que tarde o temprano averiguarás la forma y, cuando lo hagas, dímelo y veré qué se puede hacer.

—¿Haces esto con todos los esclavos?

—No. Pero tú no eres una más.

—Y eso que antes has dicho...

—Sé lo que he dicho. Tenía que dar esa impresión delante de mis compañeros, pero las cosas no son tan sencillas. Tú y yo nos conocemos de antes, sé cómo era tu vida antes de que esto pasara...

—Vamos, que te sientes culpable.

Él se mantuvo impertérrito.

—Debes prepararte para el futuro, Faith.

Asentí.

—¿Y cuándo va a ser mi primer combate?

—No, no. Necesitas un entrenamiento previo. Antes de federarte, irás a la escuela de gladiadores de Menorca, en las islas Baleares. Allí te enseñarán a explotar tus puntos fuertes y a ser una gladiadora capaz de enfrentarte a la mayoría de combatientes de lucha clásica. Después empezarás a luchar profesionalmente.

—¿Y cuántos meses dura ese entrenamiento? —me atreví a preguntar.

—Generalmente, unos cuarenta y ocho.

Abrí los ojos como platos.

—¿Cómo? Eso son como tres años y medio.

—Cuatro.

—Lo que sea. Parece mucho.

—¿Y no lo prefieres?

Aquella insinuación me desconcertó por lo cierta que era.

—Eh..., supongo que sí. —Suspiré. Mi problema era que no esperaba estar bajo su poder tanto tiempo. Aún no había asumido que yo era una propiedad privada y que lo sería hasta... ¿cuándo? No tenía respuesta y, si la tenía, prefería no pensar en ella—. ¿Y quién vendrá a buscarme cuando haya terminado?

—Designarán a uno de nuestros trabajadores para que lidere tu equipo. No viajarás sola; seréis un grupo de entre tres y cinco, más o menos, que recorrerá los estadios de cada país en busca de la gloria a la que todo gladiador aspira... En fin, es un discurso que oirás mucho. Y en Hydrus funcionamos así. Por divisiones, por grupos... Por equipos.

—¿Y qué pasa con Kristalis?

Teseo frunció el ceño y desvió la vista.

—Ella participa en otra modalidad, Faith.

—Ya, la van a usar como si fuera un trozo de carne para satisfacer las necesidades físicas del ricachón de turno.

La dureza de mis palabras le sobresaltó. Quizás había creído ver en mí una inocencia que no tenía... o que me habían arrebatado de un día para otro.

—Sé que no es plato de buen gusto, pero la prostitución da mucho dinero. Además, tú ibas a correr la misma suerte que ella hasta que Malinov intervino y dictaminó lo que quería para ti.

—Vaya, me siento halagada —bufé con ironía.

—Deberías. Malinov no suele intervenir por nadie.

—Hablas como si ser gladiadora fuera un destino mejor.

—Si hubieses podido elegir, ¿con qué alternativa te hubieses quedado? ¿Esta o la de Kristalis?

Respiré hondo. No tenía la más remota idea. Ambas perspectivas eran horribles a su manera.

—No lo sé —admití.

Él me dirigió una mirada comprensiva.

—Lo que te ha tocado vivir es muy difícil, pero de momento no tienes que preocuparte, solo aceptarlo. De aquí a unos años empezará lo complicado de verdad, pero nos aseguraremos de que estés preparada. Al fin y al cabo, nos has costado quinientos mil dólares. Malinov no querrá que sea en vano. — Hizo una pausa y clavó la vista en mí—. Y yo tampoco.

Cuando salí, Kristalis ya no estaba. Ni siquiera había podido despedirme de ella. Y solo entonces me di cuenta de que lo habría hecho. Habría querido decirle adiós por más que nuestra relación no fuera de amistad. Pero en aquel lugar, en aquella tierra extraña, era lo más parecido que tenía a una amiga.

Y no volvería a verla en mucho tiempo.

No pregunté por ella, sino que permanecí callada a la espera de que me dijeran qué hacer. Un hombre me condujo hasta una habitación contigua y me dejó dentro. La sala era de un blanco impoluto y tenía una camilla y, junto a esta, una máquina también blanca cuya función desconocía. Un olor a desinfectante y a antiséptico me inundó las fosas nasales.

—Tumbate en la camilla —me ordenó una voz femenina de un matiz inquietante.

Me giré y vi a una mujer a mi derecha que anotaba unas cuantas cosas en el ordenador de su escritorio. Era joven, con cejas y labios muy finos y unas gafas sobre su nariz respingona. Probablemente eran gafas electrónicas, dado que quienes padecían miopía o cualquier otra dolencia ocular solucionaban el problema con una sencilla operación, independientemente de su edad. Aunque tal vez en Occidente las cosas fueran distintas en ese sentido.

Me sonrió de un modo que puso los pelos de punta. El cristal de sus gafas era, tal y como había deducido, electrónico, y acerté a distinguir unos dígitos sobre ellos que aquella mujer leía con interés. Cuando acabó, presionó el lateral de la montura y los cristales se tornaron totalmente transparentes, normales.

—Tú eres Faith Gómez, ¿verdad? Doce años, 156 cm, cuarenta y dos kilos de peso y... futura gladiadora, por lo que veo.

—Supongo —mascullé.

—Bien, ponte en la camilla, de espaldas.

—¿Para qué?

Mi reticencia no le agradó y, en vez de responder, me amenazó:

—Podría obligarte, ¿sabes?

Yo me removí, incómoda, y obedecí. Acto seguido, ella se situó a la derecha de la camilla, donde empezó a jugar con los mandos de la extraña máquina.

—Voy a hacerte la marca de Hydrus para que quede constancia de que les perteneces.

Tragué saliva y me dije que una marca solo era eso... No significaba nada para mí. Yo decidía hasta qué punto era relevante. Me tumbé bocabajo tras quitarme la ropa y quedarme solo con una muda interior. Por el rabillo del ojo vi cómo la doctora —suponiendo que lo fuera— sostenía una especie de lápiz de cristal con un rayo de luz rojo en el interior.

—No te va a doler —anunció mientras me pasaba una toallita por la espalda, justo entre los omoplatos.

En cuanto noté la delicadeza con que me tocaba, supe que mentía: aquello no iba a ser precisamente agradable. Percibí una quemazón allí donde la punta del lápiz se posaba. Tensé los músculos y aguanté. No quería mostrar debilidad.

Dejó el lápiz en una cesta bajo la camilla y cogió otra cosa que no alcancé a distinguir.

—¿Ya está? —pregunté.

—Oh, no. Falta lo más importante.

Me giré un poco y vi cómo cogía una pieza semiesférica que estaba adherida a la máquina mediante un tubo. Me la colocó en la espalda, allá donde había hecho las marcas previas, y la noté tibia. La habían usado con Kristalis por última vez.

La doctora presionó un botón verde y de repente no pude pensar, solo dejarme arrastrar por un dolor intenso. Ahogué una exclamación. Fue poco más de un segundo, pero me quedé medio aturdida. El dolor continuaba, aunque con menos intensidad. Se me aceleró la respiración y empezaron a sudarme la frente y las manos.

—Durará unos minutos.

Cuando mi mente se acostumbró al tormento, distinguí con más claridad la sensación; era como si cientos de agujas me penetraran incesantemente medio centímetro de la piel. El dolor quedó en un segundo plano cuando vi que la puerta se abría y aparecía Teseo con gesto serio.

—¿Cómo va? —preguntó.

—Como les va a todos —respondió mi torturadora, y creí oírle un deje burlón.

—Váyase —ordenó Teseo—. Yo acabaré por usted.

La mujer se puso en pie y, antes de marcharse, le dirigió una desafiante mirada. Él ni se inmutó; se acercó a mí y ocupó el sitio de la doctora mientras se ponía un guante de látex blanco en una mano.

Yo estaba ardiendo. No solo por el dolor, sino porque Teseo estaba a menos de un metro de mí y yo apenas iba vestida. Me moría de la vergüenza. Desterré aquellas ideas de mi cabeza y me centré en lo importante:

—No lo hagas —le pedí—. No me acabes el tatuaje. Si participas en esto, no podré perdonártelo jamás.

—No sabía que pudiera fastidiarla más todavía.

No respondí. Era cierto que me enfurecía que él formase parte de todo aquel mundo perverso y cruel, pero no estaba furiosa. Confusa, dolida..., no furiosa. El sentimiento era muy débil porque una traición solo puede cometerla alguien que ha estado a tu lado previamente. No era el caso de Teseo, por mucho que a mí me pareciera que sí.

—Estoy aquí para amenizar un poco esto. Sé que duele.

—¿Acaso tú también estás marcado?

Tardó unos segundos en responder:

—No, pero he visto a mucha gente padeciendo lo que tú ahora. Reconozco el sufrimiento en cuanto lo veo.

—Y parece que te da igual. No sé qué haces aquí, Teseo. No nos conocíamos demasiado, aunque me caías bien.

—Pero, como has dicho, no nos conocíamos demasiado —concluyó él. Luego paró la máquina y me la quitó—. Esto ya está.

Hice ademán de ponerme en pie, pero Teseo me detuvo. Volví a adoptar la posición que había tenido hasta el momento y dejé que hiciera lo que tuviera que hacer. Al poco, sentí la presión de las yemas de sus dedos donde tenía mi nuevo tatuaje. La marca.

—¿Te duele? —preguntó.

—Sí —respondí de mala gana.

Lo cierto es que no me molestaba tanto, pero quería que se sintiese mal. De todas formas, intuía que el dolor se había mitigado por otro tipo de sensaciones que no podía explicar, pero que provenían del contacto de su piel contra la mía. De inmediato, aquel pensamiento me pareció estúpido. Él solo era un chico y a mí lo único que me interesaba era conseguir mi libertad.

Entonces no lo comprendía, pero fue aquel día, con Teseo, cuando descubrí que el cuerpo tiene un lenguaje propio que la mente no controla.

Me estremecí cuando me tocó y él debió de notarlo, pero se comportó como si nada. Luego me aplicó una fría pomada sobre la parte que notaba

ligeramente inflamada.

—Esto te aliviará.

—Gr... gracias —musité.

—No tienes que dármelas.

Él seguía masajeándome la espalda allí donde la máquina había hecho su labor. Sus manos cubrían bastante superficie de mi piel y la incomodidad que sentía llegó a su punto máximo cuando noté su dedo corazón en la parte alta del costado, peligrosamente cerca de mi incipiente pecho desnudo. Sabía a ciencia cierta que sus pensamientos no iban más allá de hacer su trabajo con suavidad, pero no pude evitar ruborizarme.

—Vale ya —dije—, estoy bien.

—De acuerdo. —Él se incorporó con aire imperturbable. ¿Por qué no estaba alterado como yo? Qué injusto—. Ahora descansarás en un hotel y, por la mañana, tu nuevo jefe irá a buscarte. Te llevará a la escuela.

—¿Está muy lejos?

—Bastante —afirmó, y echó a andar hacia la puerta.

—Teseo —lo llamé entonces—, ¿volveremos a vernos?

Se dio la vuelta, serio, y se limitó a escrutar-me con esos intensos ojos verdes.

Normal. Al fin y al cabo, ¿qué pregunta era esa? Me arrepentía de habérsela hecho, pero se había abierto paso hasta mis labios sin que pudiera detenerla.

—Iré a verte esta noche al hotel para asegurarme de que está todo en orden —contestó finalmente—. Después de eso, no lo sé.

Y se marchó.

La habitación que me habían asignado no estaba del todo mal... Salvo por los dos escoltas que pasarían toda la noche vigilando la puerta, claro.

No podía escapar, era del todo inviable. La ventana se hallaba a unos trescientos metros de altura y no había ni enredaderas ni nada que pudiera servir-me de ayuda para descender. Esto no era una película, por desgracia.

Me dejé caer en la cama y observé la ropa que habían dejado allí: una camiseta de tirantes de color negro y unas mallas del mismo color junto con unas deportivas oscuras. Todo negro, igual que mi estado de ánimo.

Fui al aseo y descubrí que tenía una bañera, una enorme. No tardé ni un minuto en despojarme de toda la ropa y llenarla de agua caliente con sales y jabones que encontré en el armario auxiliar. Necesitaba relajarme. Lo necesitaba. Entonces, mis ojos se detuvieron en el espejo y contemplé mi rostro. Me quité la camiseta y contemplé el reflejo de mi espalda en el cristal.

Hasta el momento no había podido ver mi tatuaje, pero ahora que lo hacía me sentía extraña. Como si la imagen que estaba examinando no me perteneciera, como si esa del espejo fuera otra persona.

La marca no era la hache que yo me esperaba, el logo de Hydrus, sino un símbolo totalmente diferente. Más bien, parecía una ese. Una ese con dos puntos gruesos en el centro de cada curvatura y de los que se desprendía una línea gruesa que iba estrechándose a medida que crecía. Como dos triángulos curvos coronados por dos puntos más pequeños.



La observé con frustración. Creer en su significado era lo que le daba poder para hacerme sentir una esclava, así que traté de no darle importancia. Desvié la mirada y la posé sobre mi clavícula, allí donde una línea blanca y regular surcaba mi piel. Canavan tenía una igual y yo siempre creí que la había heredado de él, pero ahora esa marca representaba algo de mucho más valor: el esfuerzo que mi madre había hecho por mí durante toda su vida, empezando por pagar la cirugía prenatal y mentir, y regalar su tiempo al hombre que años después la asesinaría.

Llené mis pulmones de aire y cerré los ojos unos segundos.

Mientras el agua iba llenando la bañera, puse la televisión —sí, había televisión en el aseo—, y de inmediato esta se proyectó en la pared. Los controles solo servían para activarla o desactivarla, el resto de funciones obedecían solo a la voz.

—Película —dije.

—¿Qué tipo de película desea? —respondió una voz de mujer automatizada.

Pensé en algún título. Quería ver alguna que perteneciera a la colección de clásicos de mi madre. Tenía la sensación de que de ese modo lograría conocerla más, estar más cerca de ella.

—*Moulin Rouge* —me decanté.

—Seleccionando.

Me metí en la bañera y noté cómo el agua caliente reparaba mis músculos y me acogía con afecto. Me sentí bien al instante. Unos segundos después, ya estaba viendo aquella película de principios del siglo XXI. A mi madre le encantaba, se sabía todas las canciones y siempre acababa llorando.

Debo decir que, al empezar a verla por primera vez, se me instaló un nudo en la garganta, pero no me permití el lujo de derramar más lágrimas. No quería hacerlo, aunque estuvo a punto de ocurrir cuando alguien llamó a la puerta. Me aclaré el champú del pelo a toda prisa, salí, me sequé, me puse una bata, me enjuagué los ojos y abrí.

Teseo.

Lo había olvidado. Me dijo que vendría al hotel y allí estaba, trajeado y con la mirada expectante.

—¿Todo bien? —preguntó, enarcando una ceja.

Pero a mí solo se me ocurrió pensar que era la segunda vez que nos veíamos ese día y, de nuevo, yo estaba en paños menores. Me ruboricé. No tardé mucho en adoptar una postura rígida y en sentir cómo el enfado me subía desde el estómago hasta la garganta.

—No —solté—. Quiero regresar a Hong Kong y vivir sin ser esclava de nadie.

—Esclava... Nunca me ha gustado esa palabra.

—¿Y cuál emplearías tú? —me indigné.

—Empleada forzosa —dijo tras meditarlo un instante.

Le dirigí una mirada furibunda.

—¿Me estás vacilando?

—Claro que no —afirmó muy serio, y yo inspiré con fuerza.

—¿Algo más?

Él tragó saliva.

—Me gustaría pasar para que habláramos.

—No hay nada de qué hablar, Teseo. Si no vas a ayudarme a recuperar mi libertad, puedes irte.

Mi actitud resultaba bastante absurda si teníamos en cuenta que yo le había pedido tácitamente que viniera. Él no tardó en recordármelo:

—Has sido tú la que quería...

—Ya, pero he cambiado de idea.

Teseo me apartó y entró de todos modos.

—Quiero saber algunas cosas sobre ti.

—Pues yo no quiero contarte nada —mascullé mientras cerraba la puerta.

Cuando me situé frente a él, me observó de arriba abajo con curiosidad.

—Te estabas dando un baño caliente. —No era una pregunta—. ¿Ves? Esa es una de las cosas que no podrías hacer si hubieras corrido la misma suerte que Kristalis.

—¿Cómo? —Fruncí el ceño.

—El agua caliente reblandece la piel y hace que pierda antes su atractivo. Dentro de un par de años, la prioridad de Kristalis será mantener su cuerpo lo más bello posible.

—Tenemos doce años, no creo que el agua caliente nos afecte ahora...

—No se corren riesgos. Lo comentaba para que te des cuenta de que lo que te ha tocado es horrible, pero podría ser...

—¿Peor? —completé yo, y no respondió. Ni siquiera él se creía sus palabras—. Cuando empecemos a trabajar, habrá una diferencia clave entre nosotras: ella no morirá.

—¿Y das por sentado que tú sí?

—La lucha clásica no cuenta con demasiadas mujeres victoriosas en su historia, según creo. No tengo por qué ser la excepción.

—Eso nunca se sabe. —Me observó unos segundos que se me hicieron eternos. Sus ojos eran algo intimidantes, pero yo no aparté la vista. Estaba furiosa—. Ve a vestirme —indicó—, yo estaré aquí esperándote.

Me mordí la lengua y me encerré en el baño dando un portazo. Odiaba la forma en que me hablaba, de un modo paternal y condescendiente. Empecé a vestirme de mala gana tras haber vaciado la bañera. Me puse un pijama algo ancho que había en el armario, me desenredé el pelo y salí a la habitación.

—¿De qué quieres hablar?

Teseo me miró.

—De lo que te pasó. De cómo has acabado aquí. Sabemos algunas cosas, pero me gustaría oírtelo contar a ti.

Me senté sobre la cama, a su lado y con las piernas cruzadas. Empecé a jugar con los dedos.

—Mi padre nos traicionó. Él está haciendo algo que será bueno para su empresa, pero malo para los demás, no sé el qué. Mi madre lo descubrió y ellos la... —hice una pausa— liquidaron por eso.

—¿Ellos?

—Mi padre y su socio, el padre de Kristalis.

—Tengo entendido que Canavan no es tu padre.

—¿Cómo lo sabes? —exclamé, atónita.

—Porque estaba presente cuando negoció con nosotros sobre tu venta. Le preguntamos qué le impulsaba a deshacerse de ti y nos contestó que no eras hija suya.

—Menudo... —me enfurecí.

—Ese hombre no vale nada, Faith. Deberías sentirte aliviada por no compartir sus genes.

—Pues me parece que tú estás a las órdenes de alguien peor.

—Malinov no es el hombre desalmado que parece, ¿sabes? Él aprovecha las malas situaciones, mas no las provoca.

—¿Tú lo conoces?

Su rostro se ensombreció un poco.

—Creo que uno nunca llega a conocerlo del todo. En fin —concluyó, poniéndose en pie—, ya no nos veremos. Espero que tengas un buen viaje mañana.

—Espera —lo detuve, siguiéndole hasta la puerta—, dime adónde vamos. No conozco nada de ese sitio que mencionaste antes.

—Está bien: vas a una isla española que está ya casi desierta, bastante grande y con buen clima. Hydrus compró una parte hace unos años para instalar allí la Escuela de Gladiadores, así como algunas fábricas.

—Oh. ¿Y cómo es esa escuela?

Él caviló antes de responder:

—Lo único que necesitas saber es que estarás a salvo y no te faltará de nada. Aprovechalo. Y ahora, buenas noches, Faith.

Y, tras una leve pausa dubitativa, se marchó, dejándome acompañada solo por mi desamparo.

El viaje en avión no me habría parecido tan largo si no hubiera estado completamente sola. En la cabina donde me encerraron había una cama, un asiento y un escritorio con un ordenador. Como la vez anterior, este estaba modificado para no poder enviar ni recibir nada.

Así que entré en el correo de mi madre y repasé el *e-mail* de nuevo. Había algo sobre lo que había reflexionado poco, pero que merecía más atención: yo tenía un hermano por ahí... si es que aún vivía. Y mi madre renunció a buscarlo por cuidarme a mí. Seguro que aquella decisión le pesó durante toda su vida.

Me pregunté si, ahora que estaba muerta, habría encontrado la paz. Y me dije que no. Recordé su expresión cuando la asesinaron, sus ojos abiertos. En ellos no había más que un vacío enorme y apagado. No, no había encontrado la paz porque había fallecido sabiendo que abandonó a su primer hijo y que ahora dejaba a su hija frente a esos hombres.

Aquella idea me torturaba. Mi madre no había sido feliz jamás. Ella, la mujer más valiente y cariñosa que había conocido, nunca había tenido la oportunidad de ser feliz. Y, sin embargo, siempre tuvo una sonrisa para mí.

Me acordé del juramento que me hice el día en que la mataron: prometí que vengaría su muerte. Aún estaba dispuesta a hacerlo, y no solo por rencor o por ejercer mi propia justicia, sino por los demás... Cuando la oí hablar con Valerie, la madre de Kristalis, dijo que el proyecto que esos dos tenían entre manos pondría en peligro muchas vidas, y por eso mismo mi madre se había alarmado tanto. Habitualmente, ella hacía la vista gorda frente a los chanchullos de Canavan, pero aquello debía de ser algo tan relevante e ineludible que no pudo callárselo y estuvo dispuesta a intervenir.

Había muerto por esa causa. ¿Cómo iba a dejar que su valentía se perdiera en el olvido? ¿Que sus intenciones de hacer algo bueno quedasen relegadas a la nada? En cierto modo, sentía que yo debía continuar con todo, desenmascarar a Canavan y a Cox y ejecutar mi venganza. Mataría dos pájaros de un tiro.

Aunque no tenía ni idea de cómo.

En primer lugar, ¿qué era aquello a lo que me estaba enfrentando? Una compañía farmacéutica que pretendía hacer algo ilegal... ¿De qué podía tratarse? ¿Qué consecuencias conllevaría el desenmascararles? ¿Tendría que aprender algo especial para ser capaz de tratar ese tema en condiciones?

Desconocía las respuestas, pero confiaba en ir obteniéndolas con el tiempo. Necesitaría armarme de paciencia y aprender lo necesario para hacer las cosas bien.

Un movimiento brusco del avión hizo que todos aquellos pensamientos pasasen a un segundo plano. Me asomé por uno de los ventanucos que había y divisé una pista de aterrizaje. Ya estábamos llegando; percibía cómo la nave descendía lentamente.

En nada tocamos tierra y los mismos hombres que habían estado escoltándome me condujeron al exterior. Bajamos por unas escaleras y vi un todoterreno negro frente a nosotros. ¡Con ruedas! Aquello sí que era rudimentario, teniendo en cuenta que casi todos los coches que había visto en mi vida se movían por un sistema de suspensión aéreo. Junto al él había un hombre con una chaqueta vaquera, camiseta blanca y pantalones oscuros. Tenía la piel bronceada, los ojos marrones y el pelo rapado al cero.

—Aquí la tienes, Keron —le dijeron cuando nos acercamos—. Faith Gómez.

—¿Es su auténtico nombre? —inquirió él.

—Sí, no lo han modificado.

Aquello me hizo pensar en lo que había dicho Teseo sobre que nos dejarían conservar nuestros nombres. Comprendí que no era una norma

aplicable para todos.

Los dos tipos trajeados que habían estado vigilándome le entregaron al tal Keron un par de dispositivos informáticos que debía de contener mis datos.

—La cuidaremos bien. Podéis iros —aseguró él. A continuación, me miró —. Estás un poco flaca, ¿no?

Por un momento, me inquietó ver que mis dos escoltas se alejaban de vuelta al avión. Miré a mi interlocutor.

—Estoy como quiero —respondí, apartándome el cabello de la cara. Allí soplabla mucho el viento.

Keron esbozó una media sonrisa.

—Sube al coche. Nos vamos a casa.

—Yo no tengo casa —refunfuñé mientras me subía al todoterreno.

—Ahora sí.

Se colocó en el asiento frente al volante y arrancó. Tenía muchas dudas agolpándose en mi cabeza, pero no me decanté por ninguna en especial para iniciar una conversación.

—¿Tienes ganas de empezar? —me preguntó él.

—¿Cómo?

—Espero que no estés tan sorda como parece. Eso no te beneficiaría.

Me crucé de brazos, debatiéndome sobre si contestar.

—No quiero empezar. Solo quiero volver a casa.

—Has dicho que no tenías.

Miré el paisaje a través del cristal y parpadeé un par de veces para retener una lágrima que amenazaba con escapar.

—Y no tengo.

—¿Entonces?

—Soy una esclava. Y eso está mal, no debería...

—Gómez, cuanto antes asumas que la vida es injusta, cruel, vil y rastrera, antes saldrás adelante. No pienses en cómo deberían ser las cosas, sino en cómo son. Te irá mejor.

Tragué saliva y reflexioné sobre sus palabras. Quizá tuviera razón; iba a hacerme falta empezar a olvidarme de los lamentos. Necesitaba labrarme un buen futuro, y eso no sería posible hasta que no pasase página y me centrara en ello.

—¿Es difícil ser gladiador? —me obligué a preguntar.

—Bueno, eso depende de muchos factores. Para una cría como tú, será difícil. La mayoría de tus adversarios serán chicos que te superarán

físicamente. Pero en un combate no solo cuenta la fuerza, ni mucho menos, así que nunca se sabe. Aunque necesitarías un milagro para destacar.

—Eso sí que es sinceridad —murmuré, algo intimidada.

—Te cuento lo que hay.

Me entretuve mirando el paisaje. En la isla apenas había montañas. De hecho, creo que durante todo el trayecto solo vi una en la lejanía.

Pasaron unos minutos y el coche se detuvo.

—Ya hemos llegado —anunció Keron.

La escuela de gladiadores era bastante más grande de lo que me esperaba. Como presentación, y sobre la entrada principal, había un cartel que rezaba: ESCUELA DE GLADIADORES DE HYDRUS: CAPUA.

—*Capua* es el nombre de la escuela —me aclaró Keron al reparar en lo que estaba mirando.

—¿Qué significa?

—Nada en particular. —Se encogió de hombros—. Un guiño a los orígenes.

La estructura de la escuela era cuadrada y bastante moderna, aunque no tanto como la sucursal que Hydrus tenía en Suiza. Al pensar en ella, me acordé de Teseo por segunda vez y su recuerdo se expandió por mi mente. Me dolió saber que no volvería a verlo. Él era uno de los pocos vínculos con mi anterior vida en Goldenpark que me quedaban.

«Basta —me regañé—. Deja de pensar en el pasado».

Seguí a Keron por el interior de Capua. Los techos eran anchos; los pasillos, largos y la luz resultaba algo tenue para mi gusto. Como si hubiera leído mis pensamientos, Keron dijo:

—Pronto te acostumbrarás a esta semioscuridad, no te preocupes.

Por el camino, eché un vistazo a algunos de los aspirantes a gladiador. Todos eran chicos y su forma de observarme resultaba inquietante, como si nunca hubieran visto una niña o como si mi mera presencia les inspirase animadversión. Aunque, claro, también hubo excepciones; otros me sonrieron.

Llegamos a un despacho bastante luminoso, a diferencia del resto de las instalaciones. En él había una mujer que ocultaba su pelo con un velo. Era muy joven..., quizá solo tuviera diez años más que yo. Su piel era de color canela y sus ojos, verdes como dos manzanas. Su rostro hubiese sido exóticamente hermoso de no ser por una cicatriz que le surcaba la mejilla izquierda, desde el pómulos hasta la comisura del labio.

Había mucho cansancio en su mirada.

—¿Es ella? —preguntó con un extraño acento.

—Sí.

—Es guapa. ¿Por qué no la ha querido Casanova?

—La señorita Casanova no llegó a verla. Fue Malinov quien decretó que ella debía ser gladiadora.

La mujer arqueó las cejas.

—¿Malinov en persona?

—Bueno, eso dicen, aunque ya sabes...

Ella volvió a fijarse en mí y se me acercó.

—Encantada de conocerte, Faith; soy Asma Bij Alar, directora en funciones hasta que vuelva el señor McBride. —Me alargó la mano y se la estreché, no sin cierta tensión—. Sentémonos.

Nos acomodamos en unos pequeños sillones de cuero. No había reparado en ellos hasta que Asma los señaló con un amplio movimiento del brazo.

—A partir de ahora, este será tu hogar. Keron es quien se encarga de la mayoría de los entrenamientos, pero yo también te adiestraré. En la escuela solo tenemos a cinco chicas, contándote a ti.

Sabía que éramos pocas, pero no me imaginé que no llegásemos a la decena.

—¿Y cuántos chicos hay?

Keron y Asma compartieron una breve mirada.

—Cerca de trescientos.

Abrí la boca. Aquello era una locura.

—Este es un mundo de hombres, Faith —explicó Asma con amabilidad—. Los patrocinadores de los combates, los oponentes, el público... Muchos se muestran reacios a permitir que las mujeres participen en la lucha clásica. Hydrus es una empresa que apoya la igualdad.

«Oh, así que apoyan la igualdad entre esclavos, pero no nuestros derechos como personas», pensé amargamente. Parecía un mal chiste.

Pronto constaté que aquella era la cancioncilla que todos los empleados reproducían como loros para que los medios tuvieran la impresión de que, en efecto, Hydrus era la más benevolente y digna de todas las multinacionales.

—Somos cinco —recalqué muy lentamente, haciendo notar que lo de la igualdad era un concepto que aún quedaba lejos.

—Se empieza poco a poco —replicó Keron con sarcasmo.

Suspiré. Asma extrajo algo de su bolsillo. Una tarjeta.

—Toma, esta es la llave de tu celda. Es un dormitorio, pero los llamamos así. Una cama, una mesa y un armario.

—Generalmente no la necesitarás —añadió Keron, observando la llave—. Bastará con que pongas tu dedo índice en el panel de reconocimiento que habrá junto a tu puerta. Eso la abrirá.

—Ahora Keron te acompañará a tu celda —me explicó Asma, y los tres nos pusimos en pie—. A media tarde mandaremos a alguno de tus compañeros para que te muestre las instalaciones. ¿Alguna pregunta?

Tenía muchas. Decenas.

—No —mentí.

Que tuviera preguntas no significaba que quisiera saber la respuesta. Por ahora, claro.

Salimos del despacho y, un par de ascensores y pasillos más tarde, estuvimos frente a mi celda.

—Prueba el reconocimiento táctil —me alentó.

Me pregunté cómo demonios habían conseguido mis huellas dactilares, pero últimamente estaban ocurriendo tantas cosas insólitas en mi vida que una más no supuso ninguna diferencia.

Presioné el dedo índice contra el panel que había junto a la puerta de aluminio. Sonó un pitido y esta se abrió hacia arriba. Aquella era la habitación más austera que había visto en mi vida.

—Bien —dijo Keron mientras entraba—. Como ves, hay lo que te dijo Asma.

—No tiene ventanas —observé en voz baja.

—No, pero tiene esto.

Pulsó un botón que había en un teclado de la mesa. De inmediato, sobre la superficie de la pared contraria a la puerta, se proyectó una ventana. Era tan real... Parecía que hubiera estado allí siempre; además, la luz entraba a raudales, como si de verdad los rayos del sol proviniesen del exterior. Keron pulsó más botones y la sensación climática que se veía al otro lado de la ventana falsa, así como el paisaje, fue cambiando: tormenta, nieve, un paraje con flores, una ciudad, una playa, noche, día, tarde... Estaba fascinada. No porque nunca hubiera visto una *tecwindow*, como se las conocía popularmente, sino porque era sorprendente que los esclavos tuviéramos la oportunidad de gozar de algo así.

—¿Podemos elegir cualquier imagen? —pregunté.

—Sí, si tienes las coordenadas del sitio que quieres visualizar. Si solo tienes un nombre, la precisión no es la misma. —Recolocó las manos en el teclado—. ¿Qué quieres que se simule al otro lado?

Tomé aire.

—Goldenpark, Hong Kong.

Al instante, brotó mi hogar tras la ventana. Mi urbanización. Una calle que no era la mía, aunque sí la que tomaba todos los días para ir al parque. Sonreí. De haberse tratado de cualquier otra localización, habría dispuesto de un amplio abanico de imágenes tomadas desde distintos lugares y en diferentes ángulos, pero Goldenpark no era un sitio cualquiera. Nadie tenía acceso a lo que acontecía en su interior, de ahí que los ordenadores solo contaran con una única imagen estática.

Aun así, con eso me bastaba.

—Niña —dijo Keron—, tienes que dejar de vivir en el pasado.

—No pretendo estancarme en el pasado —respondí yo, todavía sin apartar la vista de la ventana—. Solo quiero recordar que tengo uno.

8

El golpe de unos nudillos contra mi puerta fue lo que me rescató abruptamente del sueño en el que había empezado a sumirme. Enseguida lo lamenté, pues en mi pecho tenía una sensación familiar y reconfortante, la misma que solía asaltarme cuando dormía en Forceland sabiendo que mi madre se hallaba al otro lado del pasillo.

Pero esa sensación se disipó y recordé que me encontraba en un dormitorio que no era el mío, bajo la vigilancia de unas personas que no conocía.

—Eh —exclamó una voz masculina al otro lado de la puerta—, ¿estás ahí?

Me incorporé y me precipité a abrir. Entonces me topé con unos cálidos ojos dorados.

—Hola —dijo—, me llamo Tram Fuster. La señorita Bij Alar me ha dicho que eres nueva y que te enseñe todo esto.

El chico era algo mayor que yo, aunque su pelo rizado le confería un aspecto infantil que me resultó un poco entrañable.

—Sí... Me llamo Faith.

Sonrió y me hizo un gesto para que lo siguiera. En cuanto ambos nos encontramos caminando, preguntó:

—¿Es tu nombre de verdad o uno nuevo?

—Eh..., es el de toda la vida.

—Vaya, una chica con suerte.

—¿Tú no te llamas Tram?

—Sí, sí, me llamo así, pero ese nombre no lo decidieron mis padres; me lo puso Keron cuando me reclutó. Algunos de los que estamos aquí tenemos la identidad que ellos nos han dado.

—¿Y cuál es tu verdadero nombre?

—No lo recuerdo. Cuando vine aquí, tenía unos cuatro años.

—Vaya... Debes de pelear muy bien —comenté, observándolo con curiosidad, y él se encogió de hombros con una sonrisa.

Recorrimos las instalaciones mientras me contaba algunas anécdotas. A mí me interesaban, pero no logré prestarle toda la atención que hubiera querido porque estaba demasiado ocupada analizando mi nuevo hogar. Atravesamos las dependencias de los aspirantes, los baños compartidos, el gimnasio, el comedor, el auditorio, las aulas de descanso, las salas de entrenamiento, los rines para las luchas cuerpo a cuerpo, los arsenales con el armamento, las salas de práctica... Había un sinfín de estancias distintas, la mayoría dedicadas a perfeccionar nuestra destreza como asesinos. Esa era la realidad. Yo era consciente de que en unos años saldría de allí lista para enfrentarme al mundo real y que, en el mejor de los casos, sería responsable de la muerte de bastantes personas. Porque no pensaba dejarme vencer. Eso era algo que tuve claro desde el momento en que pisé la escuela.

Sorprendentemente, aquellas aulas donde iba a pasar la mayor parte de las horas del día estaban muy bien iluminadas y algunas incluso tenían el techo transparente. La penumbra solo se apreciaba en los pasillos que comunicaban unos departamentos con otros.

Mientras paseaba por toda la escuela junto a Tram, mis compañeros me dirigieron varias miradas suspicaces y críticas que no me pasaron inadvertidas. La única chica a la que había visto en toda la tarde tendría unos ocho años, así que no me animé a decirle nada. Tampoco necesitaba amigos.

Por supuesto, ansiaba mi libertad, pero de momento sería imposible obtenerla. Solo había una cosa que podía hacer: prepararme lo mejor posible. Si iba a ser una gladiadora, tenía que ser la mejor. Morir en combate era un lujo que no podía permitirme; necesitaba regresar a Hong Kong para despejar las incógnitas sobre el asesinato de mi madre y los negocios sucios de Canavan.

—Ahora iremos a la sala común a conocer a algunos de tus compañeros. Estoy seguro de que entrenarás con ellos, tienen más o menos tu edad.

Cerca del comedor había un pasillo amplio con varias puertas a ambos lados. Tram me llevó hasta la penúltima de la derecha y la abrió. Dentro había cinco personas, cuatro chicos y una chica algo mayor que yo. Tram me los presentó: se llamaban Cliff, Ismael, Elka, Macian y Kendal, la chica. Exceptuando a Ismael, yo era la más joven del grupo. Todos aparentaban ser buenos amigos.

Y yo ni siquiera atinaba a imaginarme lo importantes que llegarían a ser para mí.

—Chicos, esta es Faith, la nueva.

—¡Genial! —exclamó Kendal—. Por fin alguien que entenderá por qué me quejo de que me obliguen a luchar cuando estoy en esos días del mes.

—Por favor —la cortó Tram—, ya sabemos que sigues cabreada por lo de esta mañana, pero ya pasó, ¿vale? No martirices a la pobre con tus dramas.

Kendal se echó a reír.

—Ella también los tendrá. Doble drama, ya verás.

Yo reprimí una sonrisa. Sabía a lo que se refería Kendal, aunque a mí aún no me había venido la menstruación. Me alegré de que hubiera una chica con la que poder contar si algún día me sentía sola, pese a que no me imaginaba intimando con nadie.

Nos sentamos con ellos.

—Bueno —empezó Elka, y me taladró con la mirada—, ¿cómo has acabado aquí, Faith?

—Es una historia complicada —respondí—. No quiero hablar de ello, pero... digamos que me he quedado huérfana hace nada.

—Como muchos aquí —apuntó Kendal—. ¿Y de dónde eres? Tu acento no me suena.

Por supuesto, todos hablábamos en inglés. Fuera de donde fueras, todo el mundo manejaba esa lengua.

—Soy de Hong Kong.

Fruncí el ceño al captar su sorpresa.

—¿Hongkonesa? ¿Del primer mundo? —inquirió Macian como si no hubiera oído bien.

—¡Vaya! —soltó Elka, atónito—. Eso es una pasada. Es muy raro que los críos de allí vengán a parar aquí. ¿En Asia no hay organizaciones que regulan la ciudadanía y cosas así? ¿Cómo puedes desaparecer de un día para otro y que nadie te reclame?

—Perdónale —intervino Kendal—, pero se pasa la vida leyendo y estudiando y cree saberlo todo. Apuesto a que por allí las cosas no son tan maravillosas como nos hacen creer, ¿eh? De lo contrario, no habrías acabado donde estás.

Desvié la mirada, incómoda.

—Yo... no pertenecía a la población corriente de Hong Kong. Mi padre me escondía porque fui un accidente, digamos. Una hija ilegítima.

—Hala —musitó Ismael—. Qué fuerte.

—Bueno, bueno —terció Tram—, estoy seguro de que Faith lo llevará mejor si no la atosigáis.

Le dirigí una mirada agradecida y, a continuación, siguieron hablando de trivialidades solo comprensibles para ellos: cotilleos de la escuela, técnicas de combate y cosas por el estilo. Permanecí callada mientras debatían, aunque no fui la única: Cliff, otro chico que aún no había pronunciado palabra, me observaba con una mezcla de extrañeza y curiosidad. Debía de tener mi edad y me pareció guapo, pero su forma de estudiarme me resultaba inquietante. Hubo un momento en que nos sostuvimos las miradas firmemente, pero, al cabo de unos segundos que me parecieron eternos, yo acabé desviándola.

Poco después, Tram se levantó y anunció que ya era hora de concluir aquella pequeña reunión. El chaval tenía una personalidad arrolladora y unas dotes de liderazgo evidentes. Me despedí de todos y nos encaminamos hacia las dependencias.

Al final de aquel *tour* mostrativo, Tram me condujo de nuevo a mi celda. Pasé el escáner de reconocimiento dérmico de mi índice e hice ademán de entrar, pero él me detuvo tomándome por el hombro.

—Faith, has de saber una cosa —me advirtió—: No trates de escapar de aquí. La isla está casi incomunicada y además... —Su voz se apagó; no parecía que quisiera terminar la frase—. Además, tienes un chip implantado.

—¿Cómo?

—¿Tu tatuaje de la espalda? Ahí te lo han puesto. Es microscópico y se impregna en la tinta bajo la piel.

Oh. Eso no me lo habían explicado.

—¿Y eso qué significa?

—Que, si consigues escapar, te harán saltar por los aires.

El corazón me dio un vuelco. No me lo podía creer. No podía asumir que ahora estuviera ligada a Hydrus hasta ese punto. No. Y, sin embargo, era tan lógico que sabía que era cierto, y me pregunté cómo no se me había pasado por la cabeza esa posibilidad. Una llama en mi interior ardía contra esa idea y prendía el deseo de oponerme.

—¿Qué? No, habrá algún modo de desactivarlo, de anularlo o...

—No lo hay. Ya lo han intentado muchos y han fracasado.

—¿Todos aquí lo tenemos?

—Sí. Todos los esclavos.

—Y... ¿has conocido algún caso en el que...? Ya sabes, explotase.

Tram respiró hondo y me miró intensamente, pero no contestó.

—Hasta luego, Faith.

Y se fue. Me pareció noble por su parte que me pusiera al corriente cuando mis superiores no habían querido informarme. En cierto modo, eso

plantó la semilla de una idea: Hydrus era mi enemigo y el resto de esclavos, mis aliados.

No volví a salir de mi cuarto en toda la jornada.

Al día siguiente, a primera hora, me encontraba de nuevo en el despacho de Asma Bij Alar. Me había puesto uno de los uniformes que encontré en mi escueto armario, un traje negro de licra, de una sola pieza y sorprendentemente cómodo. Llevaba la melena recogida en una coleta, tal y como se me había indicado en el comunicado auditivo que había retumbado en mi celda esa mañana.

—¿Cómo estás, Faith? —me preguntó amablemente Asma.

—Bien —murmuré mientras me sentaba frente a ella.

La mujer sonrió y me tendió una bandeja pequeña con una botella de agua y dos pastillas, una roja y otra blanca.

—Ten, come —me instó—. Esto te alimentará como un desayuno.

Dudé un instante, aunque luego obedecí. En pocos minutos estuve saciada.

—Bueno, quiero hablarte de tu programa —anunció con voz solemne—. Hemos estudiado tus condiciones físicas, tus características psicológicas y hemos visionado algunos vídeos en los que apareces peleándote con otras personas.

De inmediato comprendí a qué vídeos se refería.

—¿Cómo han accedido a ellos?

—Nos los han pasado desde la dirección general de Asuntos Paralelos. Supongo que sabes lo que es.

—Más o menos.

—Es la división de Hydrus que se encarga de controlar y regir todos los temas supuestamente ilegales que se fraguan más allá de Asia.

—¿Supuestamente ilegales?

—Cada país tiene sus normas —comentó sin más—. Lo que quiero decirte con esto, Faith, es que debes estar preparada para cualquier cosa, en especial teniendo en cuenta de dónde vienes. Europa y América son continentes bastante más peligrosos y salvajes donde puede pasar de todo. No esperes ayuda de nadie, ¿de acuerdo?

—No espero ayuda de nadie —repliqué.

—Bien. Ahora hablemos de tu programa. Al ser una chica con una edad más avanzada de lo normal para empezar el adiestramiento, los métodos que

emplearemos contigo serán algo diferentes a los habituales. Trabajarás para mejorar tus habilidades combativas doce horas diarias, todos los días a excepción de los domingos, que serán para uso y disfrute de tu tiempo libre.

»Durante las horas lectivas, te adiestraremos en toda clase de técnicas que son admitidas en la lucha clásica: tiro con arco, esgrima, manejo de cuchillos, enfrentamiento cuerpo a cuerpo...

—¿Y qué hay de las armas de fuego?

Asma permaneció impertérrita.

—¿Armas de fuego? Desconoces las reglas de la lucha clásica, ¿verdad?

—No era muy dada a ver los combates cuando los emitían por televisión.

—Si no me equivoco, en Asia solo se emiten los combates del Torneo Crush... ¿Qué te parecen?

Me encogí de hombros.

—Antes, una brutalidad sin sentido que nada tenía que ver conmigo, pero ahora... no lo sé.

—Ya. Bueno, aún faltan unos años para que te toque, pero voy a contarte un poco de qué va esto, ¿de acuerdo?

Y entonces empezó a explicar en qué consistía la lucha clásica.

Los combates individuales, los que no formaban parte de ningún torneo, solían ser un regalo para los hombres más poderosos del lugar, que acudían a verlos como un mero entretenimiento y observaban desde el palco presidencial. No todas las peleas eran a muerte, sino que muchas finalizaban cuando uno de los contrincantes derramaba la primera sangre. Es decir, perdía el primero en recibir una herida. Como esto acortaba la duración del combate, solía ocurrir que el perdedor se retiraba y otro le sustituía, y así hasta que se acababa el tiempo que habían dictaminado que durase el encuentro.

Había dos tipos de combates: los que pertenecían a un torneo y los independientes, que se convocaban de una forma menos oficial. Los torneos y competiciones ofrecían un final más *especial*, pues ahí la lucha sí que era a muerte. Algunos combates individuales también lo hacían.

Y los combates a muerte eran los más importantes con diferencia. Lograban reunir a muchísima más gente que los que eran a primera sangre.

No obstante, había ocasiones en las que ambos combatientes podían librarse de morir en un enfrentamiento de mayor relevancia. Esta eventualidad se daba cuando uno de los honorados —así se denominaba a los hombres para quienes se celebraban los combates— detenía el enfrentamiento antes de que uno de los gladiadores acabara con la vida del otro.

—Lamentablemente —añadió Asma—, estas cosas ocurren una vez cada varios años, si hay suerte. A muchos les parece que eso atenta contra la esencia de este deporte. —Porque sí, lo llamaban deporte.

Siguió detallándome las reglas: como ya sabía, estaba prohibido emplear armas de fuego y siempre comprobaban qué llevaban los combatientes para que no se saltasen ninguna norma. Sin embargo, jamás se interrumpía un combate si alguno lograba entrar con un arma vetada. Podría usarla a costa de una fuerte sanción económica que tendría que pagar su lanista o mánager. Pero al menos salvaba la vida.

—¿Lanista? —repetí, confusa.

—Sí, todos los gladiadores tienen uno que se encarga de entrenarles, agenciarles combates, negociar las tarifas, apuntarlos a torneos menores, etc.

—¿Y quién será mi lanista?

—Eso aún no se sabe... Se te comunicará cuando te federes. Algunos equipos gozan de un lanista y un mánager, aunque este no puede adiestrar al gladiador ni velar por su forma física. Pero eso no es lo que importa ahora.

Asma pasó a hablarme de los estadios y recintos donde se practicaban los enfrentamientos. Muchos disponían de una estructura muy avanzada tecnológicamente, de manera que el *summa rudis*, que era algo así como el moderador del combate, pudiera dotar de más interés a la pelea cambiando el nivel del terreno, alterando el clima, quitando las luces... Adoptaba su nombre de los hombres que habían arbitrado los combates de gladiadores originales, los de la Antigua Roma. Su función ahora era bastante distinta, pero el nombre prevalecía.

—Deberás estar preparada para todo, ¿entendido? —concluyó.

—Sí.

—¿Alguna duda?

—Dos. La primera: ¿combatiré contra gente más joven que yo?

—La edad mínima para federarse son los catorce años. Así que es probable que sí. ¿Segunda pregunta?

—En el futuro, cuando empiece a combatir profesionalmente, ¿cabe la posibilidad de que me enfrente a algún compañero de esta escuela?

Ella respiró hondo.

—Sí... Aunque los lanistas de Hydrus suelen procurar que eso no ocurra con demasiada frecuencia. No te imaginas la cantidad de combates que se efectúan; es casi como el fútbol de antaño.

El fútbol de antaño. En Asia era un deporte muy popular, pero solo se practicaba allí. Yo sabía, por lo que había leído y aprendido de mi institutriz,

que hubo una época en la que el fútbol se jugaba en casi todos los continentes y gozaba de gran aceptación mundial.

Y ahora su sustituto era la lucha clásica. Para estar más avanzados, no parecía que la cosa hubiera ido a mejor.

—Ten —dijo entonces, y me entregó una consola electrónica bastante sencilla y no muy sofisticada—, ahí recibirás todos los comunicados sobre tu entrenamiento: horarios, exámenes médicos, evaluaciones, órdenes de tus instructores...

—¿Serán usted y Keron?

—No solo nosotros, pero sí.

—¿Qué me enseñará usted?

—A pensar. Los combates también se ganan con la mente.

Asentí, pero no me quedó claro qué podía aportar la mente para derrotar físicamente a alguien mucho más fornido.

—Cada seis meses te llevaremos al Complejo 55, que es un estadio reformado donde practicarás tus dotes guerreras con un androide creado para combatir. Imita casi a la perfección los movimientos de un gladiador. De este modo, iremos siguiendo tu evolución hasta que, por fin, te enfrentes de verdad a él.

—¿De verdad? ¿Es que ahora voy a luchar de mentira?

—Más o menos. Esos combates no serán a muerte.

—¿Y el último sí?

No respondió.

—El complejo se halla a unos cuantos kilómetros. Accedemos a él con el tren subterráneo de la escuela, que solo tarda unos diez minutos.

Asentí, aunque no dije nada porque estaba enfrascada en mis pensamientos: me sorprendía que nos preparasen tan bien. No lo esperaba. Era consciente de que les había costado dinero y querían recuperarlo..., pero no por ello me resultaba menos raro.

—¿Y qué voy a hacer hoy?

—En unas horas, empezarás tu entrenamiento con Keron. Lo encontrarás en la sala D22. No estarás sola y, cuanto antes te incorpores a las clases, mejor.

Tras unas palabras más, me despedí de la señorita Bij Alar, dejé la consola en mi celda y me dirigí al aula que me había indicado.

Lo que encontré allí enseguida despertó mi interés: en medio de una habitación gris de techos altos y pintura descorchada, se alzaba un *ring* y, alrededor, varios alumnos de Keron me contemplaban con curiosidad. Repasé

los rostros con la mirada y me desilusionó no encontrar a ninguno de los que había conocido el día anterior.

Yo era la única chica. Supuse que a partir de entonces aquello se convertiría en algo habitual en los círculos en los que iba a moverme. Tampoco me costaría tanto acostumbrarme, ya que en China siempre me había sentido más cómoda con niños que con niñas.

—Bueno, os presento a vuestra nueva compañera, Faith —anunció Keron—. Acércate, Faith —me dijo, y obedecí—. Ya sé que no soléis tratar con chicas, pero cuando estéis en el *ring* olvidaos de lo que es y cómo es, porque solo debéis verla de una manera: como al enemigo. Vuestra oponente. Atacadla igual que a cualquier otro gladiador. ¿Queda claro? —Todos asintieron—. Y tú, Faith —añadió, fijándose de nuevo en mí—, ve a por todas. Sube al *ring*. Veamos lo que sabes hacer.

Enmudecí y lo miré haciéndole una pregunta tácita. ¿De verdad tenía que subir? No me lo podía creer. Nunca había tenido el menor problema a la hora de enzarzarme en una pelea, pero en esta ocasión era distinto: mi contrario, fuera quien fuese, contaría con días y días de práctica a sus espaldas. Me machacaría.

Como no se retractó, obedecí y entré en el *ring*, a la espera de que Keron escogiera a mi oponente.

—Kamensky —dijo—, tú.

Genial, mascullé en mi interior: había elegido al chaval más grandote de todos. Además, tenía cara de malas pulgas: mirada agresiva, cuerpo como un tonel... No estaba gordo, sino que era robusto. Como se le ocurriera tirárseme encima, me aplastaría.

Cuando se situó ante mí, empezaron a sudarme las manos.

—Será un combate cuerpo a cuerpo hasta que yo diga basta o uno de los dos se desmaye —indicó Keron—. ¡Adelante!

Kamensky se movió hacia un lado y yo hice lo mismo hacia el lado contrario. Nuestros pasos formaban una circunferencia. Notaba docenas de ojos fijos en mi nuca, estudiándome, preparados para captar cualquier mínima señal de debilidad.

De pronto, Kamensky se impulsó y echó a correr hacia mí. Yo salté a un lado para esquivarle y casi me caí al suelo. Alcé los puños dispuesta a golpearle en cuanto se acercara. Sin embargo, se agachó y me pegó en el vientre. Menos mal que no había comido.

Me doblé sobre mí misma y luego noté un fuerte dolor en la mandíbula: Kamensky acababa de propinarme un gancho. Noté el sabor metálico de la

sangre en mi boca. Tosí y me incorporé de nuevo, mirándole a los ojos. Tenía que intentarlo... Aún no le había rozado un pelo y, aunque era consciente de que me iba a ganar, no quería ponérselo fácil. Esperé con la respiración acelerada a que volviera a por mí de nuevo.

Lo hizo.

Me encogí, pero no me retiré de su camino, sino que me lancé hacia delante y le asesté un fuerte golpe en la entrepierna con el puño. Sabía que eso dolía. Soltó una exclamación y se quedó inmóvil unos segundos, tiempo suficiente para que me colocase tras él y me enganchara a su cuello. Presioné la garganta con los brazos con la intención de asfixiarle hasta que se quedara aturdido, pero él echó un brazo hacia atrás y me agarró de la coleta con su enorme manaza. Sentí un latigazo de dolor en el cuero cabelludo, aunque no aflojé a mi presa.

Entonces, Kamensky se dejó caer de espaldas y me estrellé contra el suelo. Fue tan brusco que me quedé sin respiración y una imagen me nubló la mente: la de mi última pelea contra Tommy Dean, cuando Teseo me ayudó.

El corazón me palpitaba en los oídos y, cada vez que respiraba, mis pulmones se quejaban doloridos.

Kamensky logró zafarse de mí, se me sentó encima con las piernas a los lados, presionándome con fuerza en las costillas, y me clavó el puño en la mejilla izquierda.

El súbito dolor me mareó.

—Vale, alto ahí, Kamensky —exclamó de pronto Keron—. Creo que ya es suficiente. La pobre chica tiene que durarnos más de un día, ¿vale?

Oí risas. El grandullón se apartó y pude volver a respirar, aunque cada vez que exhalaba notaba una especie de silbido, como si mis pulmones se estuvieran quejando. Keron se me acercó y me susurró:

—Ve a la enfermería, no sea cosa que estires la pata aquí mismo.

Yo me puse en pie y salí de ahí rehuyendo las miradas del grupo. Me ardían las mejillas y un nudo me atenazaba la garganta.

Hice un esfuerzo por recordar dónde estaba la enfermería y me encaminé hacia allí. Era un lugar amplio y repleto de médicos... Bueno, supuse que eran médicos por sus batas blancas. Conté a unos doce muchachos postrados en camillas, una escena a la que acabaría por acostumbrarme.

—Hola —me saludó alegremente una mujer de unos treinta años—. Soy la doctora que va a atenderte, ¿de acuerdo?

—De acuerdo —grazné.

—Tienes un aspecto horrible —comentó con una mueca—. Siéntate y veré qué puedo hacer.

Obedecí y, al verla coger un fonendoscopio, me desabroché la cremallera que surcaba el traje desde la clavícula hasta la parte baja del vientre. Se lo colocó y me puso la membrana sobre la piel que protegía el esternón. La noté fría al tacto.

—Te han dado un buen golpe —observó.

«Y qué lo digas», pensé.

Por suerte, no tenía nada roto. Me curó la nariz sangrante y me aplicó una pomada en el pómulo, que ya estaba inflamado. Luego me recetó un medicamento que adquirí allí mismo, en la farmacia ubicada frente a la enfermería. Debía tomar dos cápsulas cada día durante una semana.

Iba absorta en eso por el pasillo hacia mi celda cuando me topé con Keron. Para entonces, ya estaba algo resentida con él. Sabía que él se limitaba a hacer su trabajo y en ningún momento me había prometido amabilidad, pero una parte de mí había confiado en su lado benévolo, en que sería algo más compasivo con la recién llegada.

—Hola, Faith.

—Hola —murmuré.

—Quiero que sepas que hoy lo has hecho mejor de lo que esperaba. Has hecho sufrir a Kamensky, cosa que pocos consiguen... Y mucho menos en su primer día.

—Genial, pero podría haberme puesto con alguien menos...

—¿Agresivo? Faith, cuando combatas de verdad, tus oponentes no tendrán piedad. Esta ha sido tu primera toma de contacto con el mundo de la lucha clásica, y he querido que reflejase la realidad lo más fielmente posible. Lo he hecho por tu bien.

Una parte de mí admitía que Keron tenía razón, que había obrado de forma correcta... Pero el dolor de la mandíbula y el pecho me gritaba lo contrario.

—Bueno, no esperará que encima le dé las gracias, ¿no? —repliqué.

—No, claro que no. Solo quiero que lo entiendas... Y ni siquiera eso. Aquí, mis decisiones son incuestionables y no tienes derecho a mostrarte molesta. —Se cruzó de brazos—. En realidad, ya hay muy pocas cosas a las que tengas derecho. Cuanto antes lo asumas, mejor.

Apreté la mandíbula con rabia, pero al instante paré porque me dolió. Sin una sola palabra más, emprendí el regreso a mi celda.

Pasé el resto del día entrenando con el grupo que había conocido esa mañana. Hicimos varios ejercicios físicos, nos enseñaron vídeos de algunos combates para analizarlos y especular sobre qué hubiera pasado de haber ocurrido esto o lo otro, practicamos con espadas y, por último, corrimos un rato al aire libre con unos zapatos especiales que añadían peso a tu cuerpo y dificultaban muchísimo los movimientos.

Naturalmente, yo iba la última. Esos condenados zapatos me hacían sentir que mis pies eran de plomo. Pero si esa gente podía hacerlo, yo también. Estaba dispuesta a mejorar en todo.

Un muchacho algo más menudo que yo se colocó a mi lado disimuladamente y me sonrió. Le sacaba un palmo. Ya había reparado en él con anterioridad y estaba segura de que era el más pequeño de la clase. Tendría nueve o diez años y la nariz sembrada de pecas. Un rostro muy dulce, sin duda..., que no me inspiró la menor ternura.

—Hola —me saludó afablemente—. Soy Randy.

—Hola, Randy —respondí con la respiración acelerada, tratando de mantener el ritmo.

—Me ha parecido alucinante lo que le has hecho a Kamensky.

Ahora sí que empezaba a caerme bien.

—No ha sido para tanto.

—Sí lo ha sido. ¡Sobre todo para ser una chica! Siempre me habían dicho que vosotras no sabíais pelear, pero oye... Entre tú y Kendal vais a echar por tierra esa teoría.

—¿Ah, sí? ¿Y quién te había dicho eso?

—Bueno... Aquí lo piensa todo el mundo. —Pareció cohibirse—. ¿De dónde eres?

—De Hong Kong. ¿Y tú?

—Creo que soy escocés. Eso me dijeron, al menos. Primero me crié en un orfanato y luego vinieron a buscarme los de Hydrus.

—¿En serio? —farfullé, casi sin aliento.

—Sí; tengo más recuerdos de este lugar que de cualquier otro, y siempre entrenando. Por eso estoy en el grupo de los mayores... Llevo ventaja a los de mi edad.

—Interesante, pero dejemos de hablar porque me está entrando flato.

Randy se echó a reír.

—Ya aprenderás a controlarlo. —Y aceleró el ritmo hasta dejarme sola otra vez.

Por suerte, llegaron las ocho de la tarde, la hora en la que las actividades concluían. A las nueve se servía la cena y para entonces ya estábamos todos muertos de hambre. Luego podíamos deambular libremente por la escuela hasta las once, cuando se daba el toque de queda.

Las jornadas de entrenamiento eran de ocho de la mañana a ocho de la tarde. Algunos aspirantes, los que mejor preparados estaban, tenían unas cuantas horas libres durante el día. Pero yo no. Lo mío eran setecientos veinte minutos de puro adiestramiento.

A las ocho y cuarto, llegué a mi habitación y me dejé caer sobre la cama. Estaba agotada y necesitaba una ducha, así que cogí una muda del armario, una toalla y me dirigí a los baños compartidos. Aquella era una de las ventajas de ser chica: nuestro baño solía estar vacío.

Me duché tranquilamente, notando el efecto reparador del agua caliente sobre mis músculos. Cerré los ojos y dejé la mente en blanco. No me sentía así de relajada desde antes del asesinato de mi madre.

Pero pronto los altavoces que resonaban por toda la escuela emitieron un comunicado mediante una voz robótica: «La cena se servirá en el comedor dentro de quince minutos».

¿Quince minutos? Se me había pasado el tiempo volando.

Salí de la ducha, me sequé, me vestí y me recogí el pelo mojado en un moño. Sabía que eso no era lo más recomendable, pero era cómodo y me negaba a tener la parte trasera de mi camisa mojada. Justo cuando me iba, vi entrar a Kendal medio desnuda.

—¿Vas a ducharte ahora?

—Sí. Soy súper rápida, nena. ¡En cinco minutos estoy lista!

—¿Qué has estado haciendo hasta ahora?

—Eh... Nada.

Pero por el color rosado que habían adquirido sus mejillas, supe que sí había estado haciendo algo que prefería mantener en secreto. No me interesaba. Puse los ojos en blanco y me encaminé al comedor.

9

La clase de la señorita Bij Alar empezó recordándonos que, a veces, los gladiadores se veían obligados a luchar contra animales salvajes que el *summa rudis* soltaba en la arena para amenizar el combate.

Así que estudiamos la anatomía de esos animales, sus costumbres y sus estrategias a la hora de atacar y defenderse. Fueron cuatro horas, y a medio día ya estaba al tanto de los métodos de caza de los guepardos y la percepción que estos tenían de su entorno. Esta vez me encontré con Tram y con Cliff en el aula. El reparto de alumnos en las clases de Asma debía de hacerse por orden alfabético, ya que los apellidos de Tram y Cliff eran Fuster y Herranz respectivamente, y el mío, Gómez.

La verdad es que el sistema de organización general resultaba algo confuso. Tenía entendido que Kamensky, el bruto con el que me había visto las caras el día anterior, había combatido en varias ocasiones con Ismael, uno de los chicos que me presentó Tram la noche de mi llegada. Todos estábamos un poco mezclados y cada mañana aparecía en nuestras consolas un horario diferente. Me dije que esa forma de adiestrarnos era la más adecuada, dado que en la lucha clásica no había ni categorías ni reglas a las que atenerse, especialmente en los torneos y campeonatos. Todo era inesperado, salvaje y repentino. Te atenías a lo que te tocaba y, al final, tratabas de afrontarlo como mejor supieras.

Como era de esperar, yo volví a recibir otra paliza cuando, en un nuevo entrenamiento con Keron y con los mismos compañeros de la vez anterior, nos pidieron que nos pusiéramos por parejas y peleáramos entre nosotros, cambiándonos con el de al lado cada tres minutos. De ese modo, todos mis compañeros tuvieron la oportunidad de atizarme.

Al acabar la jornada, me duché y fui a cenar con Kendal y Tram; allí les detallé cómo había sido el entrenamiento.

—Bueno, eres una novata, pero acabarás pillándole el tranquilo —contestó Tram.

—Sí, ya. —Me generaba cierta reticencia creer que algún día fuera a disfrutar con que me pegaran.

Di un mordisco a otro trozo del pollo que nos habían servido.

—Yo pienso —empezó Kendal con la boca llena— que las chicas tenemos ventaja durante el primer minuto de pelea.

Arqueé una ceja.

—¿Por qué?

—Porque los tíos tienden a subestimarnos y por eso contamos con el factor sorpresa. Nuestro primer golpe siempre les duele más que el resto.

Sonreí. Me gustaba que fuera tan optimista. Yo no lo era, pero tampoco pensaba permitir que eso mermara mis aspiraciones. Iba a hacer todo lo posible por ser la mejor gladiadora posible. De hecho, ya tenía un plan para empezar a serlo.

—Has olvidado otra cosa que también juega a vuestro favor —apuntó Tram.

—¿Ah, sí? Ilumíname, por favor, señor Fuster.

—Pues mira, resulta que los tíos tenemos un punto débil bastante obvio, a diferencia de las mujeres.

—¿Te refieres a las pelotas? —inquirió Kendal con expresión burlona.

—Evidentemente. Un golpe ahí puede ser muuuy doloroso.

—Sí, Kamensky lo sabe bien, ¿no, Faith? —preguntó Kendal riendo.

Yo sonreí y desvié la vista hacia la mesa donde se sentaban los maestros. Eran casi veinte; suficientes, puesto que los grupos de aspirantes se componían por un máximo de treinta personas.

Observé a Keron. Cuando adoptaba una expresión seria, como ahora, resultaba difícil sentirse cómodo a su lado. Desprendía un halo de misterio bastante inquietante.

—Eh —dije a mis compañeros—, ¿qué sabéis de Keron? ¿Cuál es su verdadero nombre?

Kendal ladeó la cabeza.

—No sabría decirte. Sabemos que el español es su lengua materna, así que sospechamos que es de España.

—También podría venir de Sudamérica —objetó Tram.

—No creo, eso está muy lejos y, al fin y al cabo, ahora estamos en España. Tiene más sentido que sea de aquí, ¿no? Faith, tú eres española, ¿qué opinas?

—Yo he vivido toda mi vida en China, no sé qué decirte... Además, con Keron solo he hablado en inglés, así que no tengo ni idea de cuál es su acento.

—Es un hombre misterioso —murmuró Kendal—. Si fuera unos años más joven, tendría cierto encanto y todo.

Nos la quedamos mirando con cierta estupefacción. Fue Tram quien rompió el silencio:

—Un día, ella llegará al entrenamiento con un bombo —se mofó.

—¡Pero qué dices! —se ofendió ella—. ¿Con catorce años?

—No he dicho que tuviera que ser hoy. Hablo de un futuro no muy lejano. —Hizo una pausa dramática y aprovechó para beber un trago de agua. Cuando volvió a mirarnos, su expresión había cambiado completamente—. Oíd, tengo algo que contaros. A los demás se lo diré hoy cuando vayamos a la sala de estar.

Kendal pareció preocupada.

—¿Pasa algo? —inquirió posando su mano sobre la de él.

—En realidad, es una buena noticia. O eso creo. —Sonrió, aunque sin demasiada alegría—. Ya me he federado. Hice la prueba a mediodía.

Kendal y yo tardamos en reaccionar. Así que Tram había hecho la prueba final... Recordé las palabras de Asma: en algún momento, tendría que ir al Complejo 55 para enfrentarme al androide al que, según me enteré después, todos llamaban *Roger*. Tram ya habría luchado antes contra el robot, pero esta prueba suponía tu último examen y el robot iba a matar. En las evaluaciones semestrales, *Roger* solo te lo ponía difícil hasta que lograbas vencerle. Después, los técnicos lo reparaban y volvía a estar listo para el siguiente combate.

—¿Y no nos lo has contado antes? —estalló Kendal—. ¡Ten amigos para esto! —Le echó un vistazo furibundo, aunque poco después renunció a su enfado por la curiosidad—. ¿Notaste algo distinto en el androide?

—Sí, estaba mucho más agresivo. —Hizo una mueca—. No fue tan fácil como esperaba, teniendo en cuenta mis estadísticas.

—¿Por qué no nos dijiste que tenías la prueba hoy? —insistió Kendal—. Podríamos haber ido a verte.

Él se cruzó de brazos.

—¿Y si hubiera muerto? No, gracias.

—¿Muere mucha gente en esta prueba? —quise saber.

Ambos se encogieron de hombros.

—Algunos —contestó Kendal—. Pero en general solo te presentas cuando los maestros creen que puedes ganar. No suelen equivocarse. —Miró de nuevo a Tram—. ¿Y cuándo te vas?

—El mes que viene. —Como ella pareció sorprenderse, se explicó—: He pedido el tiempo extra. Además, estamos en pleno Torneo Crush. No hay combates oficiales ni nada por el estilo... ¿De qué me serviría marcharme ahora? Por otra parte, aunque me alegra que por fin vaya a poder hacer lo que llevo tanto tiempo esperando y para lo que me he preparado toda la vida, también estoy algo...

—¿Asustado? —completó Kendal con malicia para picarle.

Él la miró intensamente.

—Sí —susurró.

Ella agachó la cabeza. En los pocos días que llevaba yo allí, a Tram siempre lo había visto seguro y dispuesto a todo.

—Eres bueno, Tram —afirmé, y él sonrió en señal de agradecimiento—. Todo saldrá bien, ya verás.

Terminamos la cena y nos pusimos en pie. Tram nos invitó a ir con él a la sala de estar, donde se encontraría con los demás, pero Kendal y yo queríamos acostarnos. Mi celda estaba en una segunda planta y la suya, en la tercera, así que compartimos ascensor.

—Faith —me dijo—, ¿vienes un momento a mi celda? Quiero enseñarte algo.

Yo me removí incómoda, pero accedí y fuimos directamente al tercer piso. Su celda se hallaba casi al final del pasillo. Entramos. Comprobé sorprendida que estaba bastante decorada. Tenía una bola de cristal con una imagen panorámica de Nueva York. Era muy bonita, y también había tres carteles de la misma mujer colgados de las paredes.

—Es preciosa —comenté, señalando la bola de cristal.

—Oh, sí. Ahí nací yo, ¿sabes? Lo recuerdo perfectamente. Tenía diez años cuando me trajeron aquí.

—¿Qué pasó?

—Mis padres murieron asesinados en la calle. Creo que intentaron robarles y la cosa se complicó o algo así. No sé, era un barrio muy peligroso. Al quedarme huérfana, Hydrus me adoptó... por así decirlo.

—Vaya.

—¿Y tú? —preguntó, sentándose en la cama—. ¿Cuál es tu historia?

—Bueno... —Me dispuse a contestar que prefería no hablar de ello, pero súbitamente me di cuenta de que necesitaba decirlo en voz alta. Era una necesidad extraña... Y, además, Kendal me agradaba y me había confiado lo suyo—. Mi madre le hizo creer a un magnate de Hong Kong que yo era su

hija bastarda. Nos mantuvo durante doce años, pero un día ella interfirió en sus asuntos y, cuando lo descubrió, la asesinó y a mí me vendió a Hydrus.

Compartirlo no me alivió tanto como me esperaba, pero ya no había vuelta atrás.

—¡Qué fuerte! —Kendal estaba boquiabierta.

—Sí, muy fuerte —musité—. Pero es un secreto. Me gustaría que quedase entre nosotras.

—Por supuesto —accedió ella, llevándose la palma de la mano sobre el corazón—. Y lo siento, Faith... —Guardó silencio unos segundos—. ¿Así que ese tío no era tu padre en realidad? ¿Tu madre te lo dijo?

—No, lo averigüé yo por mi cuenta. Es complicado.

—¿Y no sabes quién es tu verdadero padre?

—No. Ni idea.

—Uhm... Debe de ser duro que tu vida cambie tanto de la noche a la mañana.

—Bueno, la tuya también cambió mucho —repliqué.

—Sí, pero no a peor. Cuando vivía en Nueva York, tenía que pelearme cada día por conseguir algo de comida. Las peleas entre bandas callejeras eran muy peligrosas. No tenía un respiro jamás y pasaba hambre. Aquí, en cambio, tengo una estabilidad que no conocía hasta que llegué. —Por más que me estuviera acostumbrando a ella, no dejaba de desconcertarme su naturalidad.

—¿Y cuando salgas? ¿No te da miedo morir en combate?

Se encogió de hombros con indiferencia.

—Si me hubiera quedado en Nueva York, probablemente ya estaría muerta. ¿Y tú qué? ¿Te da miedo morir en la arena?

Me tomé unos segundos para cavilar sobre la respuesta.

—No voy a morir en la arena —aseguré, y pareció más una promesa que un deseo.

—Vaya, admiro tu confianza. Pero no te engañes: todos moriremos en la arena. Retirarnos no es algo que esté en nuestra mano, así que un día llegará alguien más joven y fuerte y nos matará.

—Yo he oído casos de gladiadores retirados.

—Sí, pero son excepcionales y, si han dejado atrás la vida de gladiador, es porque alguien les confirió su libertad, de modo que no dependió de ellos. No nos pasará a nosotras. No debemos contar con ello.

Reflexioné sobre sus palabras, pero no dije nada al respecto. Miré de nuevo los carteles. Mostraban a una chica de unos dieciocho años, de cuerpo musculoso, pelo rubio y trenzado, ojos de un azul vivo.

—¿Quién es?

—Oh, ¡no me digas que no lo sabes! ¡Es Akinma! Una de las mejores gladiadoras del mundo y pronto, de la historia. Tiene cuatro años más que yo y ya ha ganado en treinta y siete combates, casi todos contra hombres. ¿No es una pasada?

—Sí que lo es. ¿Pertenece a Hydrus?

—No, su dueño es un lanista independiente. Un aficionado a la lucha clásica que la compró y ahora le está sacando provecho. No todos los gladiadores luchan en nombre de compañías o entidades. A ver, muchos sí —rectificó—, pero hay una gran cantidad que pelea de manera individual, sin representar a nadie... Solo a su lanista. Esos no cuentan con escuelas ni nada por el estilo, el entrenamiento es personalizado.

—¿Crees que eso es mejor?

Frunció las comisuras de los labios.

—No sé. No disponen de tantos recursos como nosotros, eso está claro.

Miré el reloj digital que se proyectaba en su pared: eran las diez menos cinco... Hora de marcharme para empezar con el plan.

El gimnasio estaba vacío. Mejor. No me apetecía que se dispersara por el colegio la noticia de que iba a empezar a entrenar por las noches. Me fui al fondo, desde donde colgaba el saco de boxeo, y empecé a practicar.

Quería ser la mejor. Tenía que serlo. La imagen de Akinma, la gladiadora a la que Kendal admiraba tanto, me había afectado para bien. Treinta y siete combates en cuatro años no eran tantos. Yo en su lugar hubiera querido ganar más, tener un mejor palmarés. Treinta y siete no equivalían ni a un combate al mes. Vale que ese año había dos meses de parón debido al Torneo Crush, pero eso no me parecía que lo justificara. Por lo que había leído aquella mañana en mi consola —sí, esta tenía acceso a la biblioteca virtual de la escuela—, lo normal en algunos hombres era acumular un total de veinte victorias anuales.

Claramente había mucho machismo en aquel *deporte*... Aunque quizás eso sería beneficioso para nosotras: cuanto menos combatiéramos, menos probabilidades de morir tendríamos. En cuanto aquella idea me pasó por la cabeza, me sentí cobarde. Y de inmediato rectifiqué ese sentimiento. Podía ser valiente, pero no estúpida. Si tenía que combatir, lo haría, aunque no me arriesgaría más de lo necesario.

Además, yo no pensaba morir. Ni siquiera me permitía contemplar esa posibilidad.

Seguí golpeando el saco con brío, notando ya los nudillos doloridos.

Pasó una hora y decidí parar, pues en cinco minutos darían el toque de queda. Salí de allí con mi botella de agua y la toalla para el sudor. Al doblar una esquina en dirección a las dependencias, choqué con un chico algo mayor que iba andando bastante rápido.

—Lo siento —murmuré.

No nos hicimos daño, pero a él se le cayó un bote de pastillas al suelo. Se lo cogí y vi la marca de la empresa farmacéutica que los fabricaba. La de Percival Canavan. Mi supuesto padre.

Me quedé en blanco hasta que él me lo arrebató de mala gana y se marchó deprisa.

Ver aquel producto de Canavan me había afectado más de lo que quisiera admitir. Además, reconocí el medicamento al instante. Eran unas pastillas para dormir. Según el color, dormías más o menos horas. Eran muy precisas e infalibles. Recuerdo una charla que tuve con mi padre una vez, cuando yo tenía siete años, en la que me explicó para qué servían y cómo las estaban promocionando. Yo me emocionaba cuando veía los anuncios de esas píldoras por la tele, orgullosa porque las había creado mi padre, porque yo supe de su existencia antes que nadie.

Aquel recuerdo ahora solo me inspiraba amargura.

Era desconcertante que todo acabase tan pronto, en especial la felicidad, efímera y solo distinguible cuando ya no la tienes. Aun hoy, el fatídico día en que todo se desmoronó sigue pareciéndome un sueño. Una pesadilla.

Me recompuse y me encaminé a mi celda.

Por suerte, al día siguiente era domingo. El bufé del desayuno estaría abierto hasta las once y yo me desperté a las nueve. Pasé veinte minutos leyendo artículos en mi consola y me levanté con ganas de aprovechar el día. Quizá fuera de nuevo al gimnasio o a las salas de tiro con arco... Me puse una camiseta de tirantes, unas mallas y unas deportivas; me recogí el pelo en una coleta y salí, preparada para trabajar.

En el comedor no había tanta gente como de costumbre. Me senté a una mesa donde Elka e Ismael charlaban con cierto nerviosismo.

—Eh, Faith, ¿qué tal? —me saludó Ismael.

—Bien, ¿y vosotros?

—Algo alterados —dijo Elka, masajeándose las sienes—. Ayer, Tram nos contó lo de su prueba y..., en fin, mi compañero de celda recibió anoche el comunicado de que su prueba sería hoy al mediodía.

—¿Y eso es un problema? —pregunté, confusa.

—Bueno..., le tengo aprecio. Compartimos habitación desde hace cuatro años. Es lo más parecido que tengo a un hermano.

—¿Te preocupa que le vaya mal?

—Sí. Es decir, es un gran gladiador, tiene talento... Pero los nervios le pueden. De no haberse tomado unas pastillas para dormir, no hubiera pegado ojo.

Supuse que su compañero era el chico con el que había tropezado la noche anterior. No se lo veía muy calmado, la verdad.

—Le irá bien, hazme caso —lo animó Ismael, que, aunque era un año más joven que yo, parecía muy maduro.

En ese momento, se unió a nosotros Kendal.

—¿Vais a ir a la prueba final de hoy? —preguntó.

—La hace John, Kendal —recalcó Elka.

—¿Y? Lo hará bien, lleva años preparándose para esto. ¿Cuántos tiene, por cierto?

—Dieciséis.

—Buf, está más que crecidito. Muchos se federan a esa edad.

—Tram tiene quince, ¿no? —intervine.

—Sí, pero él es una excepción —dijo Ismael—. Es muy bueno.

—Y ha recibido casi el mismo entrenamiento que John —apuntó Kendal—. Así que lo hará bien, ya verás.

—Supongo —musitó sin sonar muy convencido.

Ella hizo una mueca.

—Tú no me engañas, chaval; sé que en el fondo tienes miedo de que gane, se largue y te deje solo.

—Sí, bueno, estamos bastante unidos... Para mí es como de la familia.

—Bien, basta de dramatismos —replicó Kendal—. He quedado con los demás en las gradas del Complejo 55. Yo voy a ir a verlo. Si vosotros queréis quedaros, estupendo.

—No —se apresuró a exclamar Elka—. Te acompañamos.

Kendal sonrió. Apuramos lo que quedaba del desayuno y regresamos a las dependencias. Kendal y yo teníamos que ir a la habitación antes de partir, así que Ismael y Elka nos esperaron en el pasillo principal.

En el ascensor, no pude contener una pregunta que me rondaba por la cabeza:

—¿Es normal que haya pruebas finales los domingos?

—No es común, pero tampoco excepcional. Creo que va por rachas. Algunos años sí, otros no...

—Me resulta raro que nos perdiéramos la de Tram.

—Quiso mantenerlo en secreto y nadie se enteró. John, en cambio, debió de contárselo a Elka... Digo yo.

—O Elka se lo sonsacó al verlo tan nervioso.

—Sí, es lo que tiene compartir celda. ¡Menos mal que las chicas las tenemos individuales!

La verdad es que a mí no me hubiera gustado compartir dormitorio, ni siquiera con Kendal. Valoraba mucho los momentos de soledad y reflexión. Necesitaba mi espacio, un territorio propio donde poder relajarme.

Salí del ascensor y, en mi cuarto, cogí la consola y la metí en una riñonera. Luego, todos nos encaminamos a la boca del metro que nos llevaría hasta el Complejo 55. En el interior olía a cerrado y plástico, y estaríamos solos de no ser por la presencia de una chica que se hallaba al fondo, sola y con la mirada perdida en el cristal. No era una maestra, sino una aspirante a gladiadora. A pesar de que aún tenía acné juvenil, me pareció que rondaba los dieciocho o diecinueve años. Su rostro denotaba tristeza.

—¿Quién es? —le pregunté a Kendal en voz baja.

Ella siguió la dirección de mi mirada.

—Belle Lyngstad. Hace tiempo que tendría que haberse federado, pero la junta directiva considera que no está lista. No habla con nadie. Es muy rara.

Sentí algo de pena, pero me duró poco. Después de todo lo que había sufrido, mi corazón se había endurecido. Mientras el tren se ponía en movimiento, empecé a pensar en todo lo referente a las pruebas finales, las federaciones y demás, y se me ocurrió una idea confusa.

—Oye, todo este rollo de la prueba final es un poco raro, ¿no? ¿Acaso Hydrus no pierde dinero con esto? Creo que sería mejor que, por ejemplo, mandasen a Belle a pelear en un combate y apostaran a favor de su oponente. Ganaríamos seguro. Pero obligarle a hacer la prueba sin estar preparada o mantenerla aquí aprendiendo sin más debe de suponer una pérdida de dinero... importante. —Kendal me miró de un modo peculiar, como si me viera por primera vez—. ¿Qué?

—Es una idea bastante audaz por tu parte. —Cogió aire—. Te responderé: Hydrus ya hizo eso. Todo esto de las pruebas finales existe desde hace solo

unos años. Al principio, se hacía lo que has dicho, pero recibieron muchas demandas por fraude y, para salvaguardar su reputación, idearon las evaluaciones y la prueba final. Ahora nadie duda de la calidad de los gladiadores de Hydrus y tampoco de la autenticidad de sus combates. Además, la Federación de Lucha Clásica lo prefiere así.

—Ah... —Dudé unos segundos, pero allí no había nada que hacer y opté por seguir conversando—: Oye, Kendal, y ¿por qué crees que hay tan pocas gladiadoras?

—Pues porque la mayoría de las esclavas se convierten en asistentes o en putas —respondió con retintín.

El término sonó fuerte a mis oídos. Me acordé de Kristalis y de la conversación que tuve con mi madre antes de que muriera.

—¿Crees que tenemos suerte?

—No sabría decirte —respondió—. Ellas saben que vivirán hasta que la naturaleza diga «basta». Nuestras vidas son más frágiles; penden de un hilo.

—Pero tenemos más... dignidad, por así decirlo. No nos la arrebatan, no estamos a merced de nadie. Solo de nuestras habilidades como guerreras.

—Nos obligan a matar para sobrevivir. ¿Qué hay de digno en matar a otra persona? Una vez en la arena, nos comportamos como bestias. Es otra forma de arrebatarnos la dignidad.

Una parte de su argumento me convencía.

—Yo creo que la dignidad es algo que se gana a medida que creces con tus actos y decisiones.

—Tal vez tengas razón —contestó con un leve suspiro.

—Menuda charla estáis teniendo vosotras dos —comentó Elka, que parecía más relajado—. Solo os falta hablar del sentido de la vida.

—Tú calla —replicó Kendal—, que seguro que no has sido capaz de comprender ni la mitad.

—Más quisieras.

Solté una carcajada. Aquello era algo que me gustaba de Capua: sus «residentes» eran capaces de sentir alegría, pese a lidiar con un destino peligroso e incierto. Valoraban la importancia de los escasos momentos de tranquilidad, de ahí que supieran aprovecharlos.

La camaradería era perceptible. Y yo también empezaba a sentirla.

A la salida del metro, subimos unas escaleras y aparecimos en un largo pasillo de techo curvo, similar a un túnel. Unos metros más allá, llegamos a las

gradas, donde pude tomarme unos segundos para contemplar el estadio. Era rectangular y cerrado; no había ni una sola ventana ni abertura que filtrase luz natural. En la parte central, un cristal separaba al público de la arena, que se encontraba a una distancia de unos cuatro metros de las primeras gradas. Por el suelo se extendía una fina capa oscura, pero no alcanzaba a distinguir de qué era.

Pronto nos topamos con Tram, Cliff y Macian. Tras intercambiar alguna que otra banalidad, nos centramos en lo que nos preocupaba a todos:

—¿Cómo ves a John, Elka?

—No sé... Ayer estaba nervioso y esta mañana se fue de la celda antes de que me despertase.

—Le irá bien —aseguró Tram—, ya lo verás.

Faltaba una hora para que empezase el combate, así que amenizamos la espera sacando las consolas y mirando simultáneamente combates del año anterior. Comentábamos lo que nos llamaba la atención, debatíamos sobre qué tácticas hubieran sido mejores y discutíamos acerca de las ventajas y las desventajas de cada gladiador. Yo notaba la cabeza saturada de tantos golpes y movimientos, pero al mismo tiempo sentía curiosidad y me forzaba a involucrarme en todo lo que atañera a mi nueva identidad como aspirante a gladiadora.

Mis amigos ya habían alcanzado un nivel de implicación absoluto y yo no tardaría en hacerlo. Para entonces ya ansiaba ser capaz de reconocer los ataques, memorizar los métodos de defensa, escoger los atuendos adecuados para la lucha y las armas correctas en función del adversario. Deseaba aprender infinidad de cosas y, a la vez, me costaba creer que en mi cerebro hubiera espacio para todo.

—Eh, falta un minuto para que empiece —anunció Ismael, y acto seguido me senté entre él y Kendal y clavé la vista al frente.

De pronto, las luces se apagaron y todo se quedó a oscuras. La arena estaba perfectamente iluminada.

—¿Qué es eso que hay en el suelo? —le pregunté a Ismael en voz baja.

—Crílax. Es una imitación de la arena que había en los circos romanos de hace miles de años, pero han variado el color. Es un elemento principalmente decorat...

Una voz robótica lo interrumpió y retumbó por todo el estadio:

—La prueba final que dictaminará si John Baathor está listo para federarse en la modalidad de gladiador de lucha clásica va a dar comienzo.

En los laterales se abrieron unas puertas por las que entraron los combatientes: John a la derecha y *Roger*, el androide, a la izquierda. Al mismo tiempo, unas pantallas planas se desplegaron frente a nosotros, emergiendo desde el reposabrazos. La pantalla se dividió en dos partes, cada una enfocando el rostro de un contrincante.

—No me había dado cuenta de que hubiera cámaras en la arena —le susurré a Kendal.

—Son microscópicas y automáticas —murmuró ella sin apartar la vista de John—. Solo retransmiten, no interfieren para nada.

Me centré en los combatientes. El robot se asemejaba a una persona, aunque por su material se notaba que era artificial. Tenía dos puntos rojos por ojos, si bien los demás rasgos imitaban a los reales: nariz recta, boca, mentón. Carecía de pelo. Era un rostro andrógino y su expresión, hierática.

John sostenía una espada en la mano izquierda y tenía un arco y un carcaj a su espalda. Fruncía el ceño en señal de concentración.

Una segunda voz retumbó en mis tímpanos, esta vez humana:

—La junta directiva de la Escuela de Gladiadores de Hydrus quiere desearte —hubo una pausa casi imperceptible— buena suerte.

—Es el director McBride —musitó Elka a unos asientos de mí.

—Debió de llegar anoche —contestó alguien.

Sobre la arena se proyectó una cuenta atrás que disminuía junto con un pitido:

5...

4...

3...

2...

1.

Con un grito, John corrió hacia *Roger* enarbolando su espada. ¡Una espada! Era un arma tan antigua que me pareció estar viendo una película.

El androide detuvo la estocada con su propio acero. Llevaba un cinto ceñido y en él se apreciaban varios tipos de cuchillos. Ambos se separaron de nuevo y aguardaron unos segundos. Casi a la par, volvieron a impulsarse hacia delante, los filos de sus armas entrechocaron y John giró hacia un lado para apartarse de la hoja de su oponente. Los movimientos eran tan veloces que me costaba seguir el combate.

Sin perder ni un instante, John echó a correr hacia el lado opuesto de la arena mientras sacaba su arco y extraía una flecha de su carcaj. Dio media vuelta y encaró a *Roger* de nuevo, aunque ahora los separaban varios metros.

Disparó una flecha, y otra y otra. Lo hacía a toda velocidad. *Roger* desvió una con su espada y esquivó otra echándose a un lado, pero la tercera le acertó en un muslo. Se la extrajo y, cojeando, avanzó unos pasos hacia nuestro compañero.

—¡Sí! —exclamó Elka.

John aprovechó para lanzarse hacia él y asestarle un último golpe. *Roger* intentó defenderse interponiendo la espada entre ambos, pero él la golpeó con la suya tan fuertemente que la arrojó al suelo, a varios metros de su dueño. Acto seguido, le dio una patada en el abdomen al androide, que cayó de espaldas sobre el crílix, y se colocó sobre él de pie.

Alzó la espada. Su expresión era triunfal. Ya estaba hecho.

Y, cuando sus brazos iniciaron el descenso para clavar la hoja en el cuello de *Roger*, este se incorporó y, con una daga que centelleó en su mano izquierda, le rajó el vientre.

De inmediato alzó la hoja, ya ensangrentada, y la hundió en un costado. A continuación, en el otro. Y se detuvo, expectante.

Se produjeron unos segundos de quietud absoluta. La tensión era palpable. Yo tenía los puños cerrados con fuerza, Kendal me clavaba los dedos en el brazo, que había agarrado en un acto reflejo.

Por la boca de John comenzó a manar sangre a borbotones. Parecía que los ojos fueran a salirse de las cuencas. Dirigió una última mirada entre horrorizada y estupefacta al robot.

Después cayó a un lado, inerte.

—Fin del combate —anunció por megafonía el director McBride.

Se encendieron las luces.

Ninguno de nosotros sabía qué decir. Al cabo de unos instantes de silencio, observé a Elka. Estaba pálido como la cera.

—Elka... —empezó Kendal con la voz más dulce que supo adoptar.

Pero él se levantó de golpe y, sin mirarnos siquiera, se fue de allí.

De vuelta al vagón, yo no paraba de pensar. Estaba bastante afectada por lo que había visto, pero no me explicaba por qué mis compañeros se mostraban aún más impresionados que yo. Conocían a John, sí, pero ¿acaso su condición de aspirantes y todos esos años de adiestramiento no les habían curtido para afrontar esas situaciones?

—¿Esta es la primera vez que veis una prueba final que acaba así? —pregunté, tratando de que mi tono fuera amable.

—Sí.

—Tampoco es que vayamos a muchas —dijo Ismael con voz cansada—. Solo a las que caen en domingo, y a veces ni eso.

—Bueno, para mí ha sido la segunda vez —terció Macian.

—Yo también había presenciado ya uno fallido —comentó Cliff—. Hace tanto que ni me acuerdo.

—Según los porcentajes y registros del colegio, solo uno de cada diez combates acaba así —informó Tram—. Me lo contó Elka ayer cuando le dije lo mío.

Normal. Al fin y al cabo, Hydrus se jugaba mucho dinero en cada uno de nosotros. La directiva no podía presentar a la prueba final a nadie que no tuviera muchas posibilidades de vencer.

—¿Crees que lo hubieras hecho diferente si este combate lo hubieses visto antes de tu prueba? —le preguntó Kendal a Tram.

—No me hubiera dado miedo, si es eso a lo que te refieres.

—Faith —intervino Ismael de pronto—, este ha sido tu primer combate, ¿no?

—Sí.

Todos compartieron una mirada significativa. No me gustó nada.

—Hay un rumor... —empezó Macian.

—Es una tontería —lo interrumpió Tram.

—Pero deberíamos contárselo a modo de curiosidad, ¿no?

Tram alzó las manos en señal de rendición, como si se desentendiera.

—Hay un rumor que dice que, si en el primer combate que ves en la escuela sale bien parado el androide, tu futuro como gladiadora es tan negro como el campo de visión que ahora mismo tiene John.

—¡Macian!

—¿Qué? Ha sido ingenioso.

—No me asustan los rumores —repliqué yo.

Y era cierto. No me asustaban. Lo que había visto en la arena podría haberme hecho dudar, minar mi seguridad, pero su efecto fue el contrario: reforzó las ganas de esforzarme para ser la mejor.

Sabía que me esperaban unos años intensos. Y no pensaba desaprovecharlos.

El resto de la semana pasó rápido y llegó la siguiente... y otra más.

Entrenaba siempre que podía. Me levantaba a las seis de la mañana y practicaba una hora. A las siete me iba a desayunar y a las ocho empezaba las lecciones ordinarias: tiro con arco, lanzamiento de cuchillos y objetos

afilados, esgrima, luchas cuerpo a cuerpo, ejercicios físicos como equilibrio, fuerza y resistencia, etc. Sobre las dos, me tomaba una pastilla energética y seguía con mi entrenamiento.

Por las noches, de nueve y media a once, iba al gimnasio o a la piscina. A veces pasaba un rato con mis compañeros viendo o comentando los últimos combates del Torneo Crush y, por fin, me iba a dormir.

En unas pocas semanas, aprendí cosas que jamás me vi capaz de hacer. La perspectiva de lo que podría conseguir con unos años más de práctica me entusiasmaba. Obviamente, seguían dándome palizas tras las que acababa con el cuerpo magullado, pero para otoño mis peleas ya estaban más niveladas.

Y el dolor no me importaba porque me ayudaba a estar un paso más cerca de ser la clase de gladiadora que deseaba: la que no falla nunca.

7 de noviembre de 2192

Keron escogió a un grupo reducido de personas para su «clase especial», como la llamaba. Todavía no nos había explicado en qué consistía, pero reconocí el pabellón al que nos dirigíamos: era el lugar donde siempre practicábamos el tiro de lanzas e incluso de escudos y cuchillos. A mí ya me habían impartido clases de las tres modalidades, pero el pequeño grupo con el que ahora iba era nuevo; estaba compuesto por quince personas y, como de costumbre, yo era la única chica. Todas las caras me eran familiares, aunque solo me sabía el nombre de Randy Reeves, el chico joven al que conocí cuando llegué.

—¿Qué nos van a enseñar aquí? —le pregunté.

—No lo sé. —Ladeó la cabeza—. Algo diferente.

Nada más entrar, lo vimos: íbamos a hacer prácticas de tiro... con pistolas. Había quince monigotes junto a la pared, de cara a nosotros, y, a unos ocho metros de distancia, unas superficies flotantes con pistolas encima.

Fruncí el ceño.

—Ah, ¡es verdad! —dijo Randy—. Durante la estancia en Capua, es obligatorio aprender a dominar las armas de fuego.

—¿Para qué nos enseñan esto? Están prohibidas en la lucha clásica.

—Sí, pero me contaron algo hace tiempo, un amigo que ya había hecho estas prácticas, me dijo que...

—¡Colocaos en fila india! —vociferó súbitamente Keron, y todos nos apresuramos a obedecer. Permanecimos callados hasta que volvió a hablar—: Bien. A muchos ya os habrán contado de qué va esto, ya que no sois el primer grupo que lo hace y tampoco seréis el último. Hace unos años, una gladiadora de esta escuela perdió un combate por no saber emplear una de estas. El retroceso le jugó una mala pasada.

—¿Coló el arma en la arena sin saber usarla? —inquirió un muchacho que estaba dos puestos a mi izquierda.

—No, la coló su contrincante. Ella logró quitársela antes de que la usase y pasó lo que pasó. Por eso es crucial que aprendáis a manejarlas, dado que en la arena puede pasar cualquier cosa. —Las últimas dos palabras las enfatizó especialmente.

—¿Señor? —intervine—. Tengo una duda acerca de los grupos.

Tensó las comisuras de los labios.

—¿Es eso relevante para ti, Gómez?

—Me extraña que seamos tan pocos y de grupos tan variados.

—Ya sabes que no trabajamos con un orden predeterminado. Un *software* os coloca en grupos aleatorios. A este adiestramiento le dedicaréis seis semanas, tres horas semanales. Algunos de vuestros compañeros ya lo han hecho, otros lo harán. Todos los profesores estamos capacitados para impartir esta clase, así que no os preocupéis: no me estresaré —concluyó con sarcasmo—. ¿Algo más?

No me atreví a replicar y Keron cogió una pistola.

—Vais a aprender a hacerlo con tanta facilidad que será como pestañear.

Y entonces disparó.

Yo no esperaba que el sonido me perturbase, pero lo hizo. No pude evitar revivir todo lo ocurrido con mi madre, aquella última ocasión en que oí ese mismo sonido. Suspiré para tranquilizarme; las manos se me habían humedecido por el nerviosismo.

Me acerqué a un taburete y cogí el arma. Era un modelo antiguo de una 92FS. Siguiendo las indicaciones de Keron, rodeé con la mano la empuñadura y posé el dedo índice en el gatillo. Era increíble lo bien que encajaba en mi mano... Increíble y espeluznante.

Cuando Keron dio la señal para disparar, todos lo hicieron. Todos menos yo, y por una simple razón: me había quedado paralizada. Por preparada que me convenciera de que estaba, en aquel momento entendí la realidad: no me atrevía. Solo cabía esperar que Keron no se diera cuenta...

Pero enseguida me percaté de que aquella esperanza no tenía sentido, porque se puso a revisar el destino de la bala de cada uno de los aspirantes. Y en mi caso, por supuesto, no vería ningún orificio en el monigote o alrededor.

En cuanto se situó a mi lado, enarcó una ceja.

—Bueno, Gómez, es curioso que te niegues a disparar en unas prácticas de tiro... Pero da la casualidad de que no tienes derecho a negarte a nada, así que ¡venga!

Suspiré y alcé el arma hasta colocarla frente a mis ojos, apuntando al objetivo.

—¡Dispara!

Todos mis compañeros me miraban con disimulo. Yo solo podía pensar en que un arma como esa era la que me había arrebatado a mi madre. Estaba practicando para hacer lo mismo que le habían hecho a ella... Quizás, en un futuro, tuviera que matar a alguien del mismo modo que asesinaron a la persona por la que tanto había sufrido. ¿En qué iba a convertirme?

—Faith, no tenemos todo el día.

No, no teníamos todo el día. Sin duda, en mi vida iba a hacer cosas peores que disparar a un muñeco y tenía que ser capaz de superarlo para sobrevivir en el mundo en que ahora estaba atrapada, para conseguir mi libertad. No podía dejar que nada me detuviera.

Y si tienes que hacer algo, es mejor que lo hagas bien.

Apunté, cerré los ojos y... disparé.

El recuerdo de mi madre desplomándose en el suelo relampagueó en mi memoria.

Abrí los ojos.

Había acertado al muñeco entre el pecho y el hombro. Quería darle en la cabeza, pero la bala se había desviado... Sería cuestión de practicar más.

Keron hizo un leve gesto de sorpresa.

—No está mal, Gómez —dijo—. Casi se diría que tienes talento. Aprovéchalo.

26 de enero de 2193

Estaba disfrutando de unos instantes de soledad cuando mi consola vibró insistentemente. Por lo visto, debía acudir al despacho del director cuanto antes. La orden me inquietó. ¿Por qué me reclamaban allí? No había hecho nada malo. Aunque no llevaba allí demasiado tiempo, mi rendimiento era satisfactorio y mis progresos, notables. Aun así...

Tardé en llegar porque los corredores estaban repletos de gente que se dirigía a sus respectivas aulas. Cuando me vi frente a la puerta de McBride, vacilé, pero respiré hondo y presioné el botón de llamada. Casi al instante, me concedieron el paso.

Dentro, Gregorius McBride esperaba apoltronado en su sillón, con una imagen virtual proyectada frente a él. La apagó y me miró sonriente.

—Faith Gómez —dijo con voz pastosa—, me alegro de verte.

—¿Por qué? —pregunté cautelosamente.

En respuesta, desvió la vista a mi derecha, donde había un conjunto de sofás y una mesita auxiliar. Allí, sentada, había una chica de ojos rasgados. Tendría mi edad, más o menos, y su piel era extrañamente oscura para lo claro que era su cabello. Su complexión era un poco... ancha. En cierto modo, la envidié. Si yo la tuviera, probablemente no me llevaría tantos golpes como solía recibir.

Parecía cohibida. La observé fijamente. Debía de estar allí para convertirse en gladiadora. Me inspiraba cierta compasión porque se encontraba en el mismo lugar en el que había estado yo no hacía mucho tiempo.

—Esta es Hadarah Bauer. Vivía en Dubái, pero por diversos motivos ha acabado aquí. Como es una chica proveniente del primer mundo, he pensado que podrías darle algunos consejos en su primer día, ayudarle si se siente confusa y consolarla si llora..., cosa que se intuye bastante probable.

Miré a Hadarah, que supuse que era medio árabe. Su apellido parecía alemán o danés... Hasta hacía poco, yo no sabía demasiado sobre cultura europea, pero allí, en Capua, me había cruzado con gente de todo tipo y condición. Había aprendido algunas cosas muy interesantes sobre otros lugares y culturas.

La chica se estaba retorciendo las manos y me miraba con expresión de súplica. Estaba aterrorizada.

—Con todo el respeto, señor director, a mí nadie me ayudó en mi primer día.

El rostro de McBride permaneció inalterable a excepción de un párpado, que le tembló ligeramente, y aquel mero gesto me inquietó más que cualquier otro que hubiera podido hacer.

—Me han informado de que Tram Fuster te enseñó las instalaciones y te presentó a sus amigos —dijo con frialdad.

—Y así fue, pero nadie me dio ningún consejo... o secó mis lágrimas.

—¿Derramaste alguna?

—No.

Si lo había hecho, se debía a mi madre. Solo a ella quería darle mis lágrimas.

—Pues no te quejes. No precisabas de ayuda externa porque eres fuerte, pero no todo el mundo es como tú. Evidentemente, Hadarah no lo es.

—Yo no quiero ser una molestia... —se disculpó ella con un acento marcado.

—Lo eres, pero eso no es culpa tuya —la cortó él—. Todos los novatos sois una molestia al principio. En fin, Faith, quiero que le eches una mano.

—¿Durante cuánto tiempo tengo que ser su niñera?

—Solo hoy. Cuéntale todo lo que creas que debe saber.

Asentí, cansada de discutir; además, tampoco podía negarme. McBride esbozó una amplia sonrisa.

Me volví hacia Hadarah.

—Andando —dije, y salí del despacho con la nueva tras mis talones.

Cuando logró colocarse a mi altura, me miró tímidamente.

—Gracias —susurró.

No respondí. Compadecía a aquella chica, pero no quería encariñarme con ella porque sabía que lo iba a pasar mal en Capua. Si bien apenas la conocía, ya sabía qué clase de persona era. O, al menos, tenía una idea muy aproximada. Su forma de mirar las cosas transmitía inocencia; su modo de hablar, miedo e inseguridad.

—¿Por qué el director te da un trato preferente?

—¿Un trato preferente? —repitió ella.

—Sí. Por los demás no se preocupa tanto. Solo quiere que seamos unas perfectas máquinas de matar y ya está.

—Ah... Bueno, no sé. Quizá le dé pena.

Aquello tenía sentido. Tal vez McBride hubiera pensado lo mismo que yo acerca de esa chica, que no lo iba a pasar bien en Capua y que, si sobrevivía a la prueba final, probablemente perecería en su primer combate.

Entonces, ¿por qué invertir tiempo y esfuerzo en ella?

—¿Cuántos años tienes?

—Once.

—¿En serio? Pareces mayor.

—Ya, es porque estoy gorda y soy alta.

Me dio pena ver el desdén con el que hablaba de sí misma y quise decirle algo dulce, pero le haría un flaco favor mostrando amabilidad, pues eso era algo de lo que no gozaría a menudo. Cuanto antes se hiciera a la idea, mejor.

—Eso puede ser una ventaja a la hora de pelear.

—¿Tú crees?

—¿Te han dado el número de tu celda? —le respondí, ignorando su pregunta.

—Me han dicho que es la doscientos veinte.

Nos dirigimos a las dependencias y subimos a la segunda planta. Una vez frente a su puerta, le enseñé cómo se abría y cómo funcionaban los controles

del interior. Sobre su cama ya había una consola.

—Toquetéala un poco y aprende cómo funciona. En un par de horas vendré a por ti para enseñarte la escuela. Estate preparada, ¿vale?

Nos despedimos y me dirigí a la clase de la señorita Bij Alar. Aún quedaba media hora y podría escuchar parte de la lección.

Cuando entré en el aula, ella me miró de brazos cruzados, como preguntándome la razón de mi retraso. Me acerqué y le expliqué los pormenores al oído. Cuando asintió, tomé asiento al fondo del aula y me concentré en la conducta de los guepardos cuando sabían que estaban en una situación de peligro.

—Y esta es la sala común —le dije a Hadarah.

—Está vacía —observó.

—Naturalmente. Todo el mundo entrena a estas horas.

—Doce horas cada día... ¿No es un poco excesivo?

—No, claro que no. De hecho, yo entreno catorce: dos por libre. —Al oírme, abrió los ojos como platos—. No te sorprendas. ¿Sabes para qué nos estamos adiestrando? Somos aspirantes a gladiadores. Nuestra vida correrá peligro muchas veces. O pocas... Según lo que te esfuerces aquí.

—Pero...

—Y, además, eres una chica. ¿Sabes cuál es el porcentaje de victorias de una mujer contra un hombre en la lucha clásica?

—No. ¿Es muy bajo?

—En efecto, es bajo. Por eso debemos entrenar más que nadie.

—No me parece justo. Tendría que haber dos categorías de lucha clásica, una para mujeres y otra para hombres, como en todos los deportes.

Yo ya había pensado eso antes.

—La esencia de la lucha clásica es su brutalidad, su crueldad. Aquí no hay personas, hombres o mujeres, solo esclavos. Guerreros.

Hadahar bajó la cabeza y cerró los ojos con fuerza.

—No servirá de nada. Me matarán.

—Eso no lo sabes.

—Sí lo sé.

Respiré hondo para armarme de paciencia. Tenía mucho que aprender, pero yo no podía enseñárselo. Necesitaba descubrirlo por sí misma.

—Sentémonos un rato —dije, y eso hicimos—. Cuéntame cómo acabaste aquí.

Se removi6 inc6moda. Al igual que a m6, ese tema no parec6a entusiasmarle.

—Bueno... Yo viv6a con mi madre... y un d6a, de repente, muri6 —musit6 con el tono monocorde de alguien que se ha visto obligado a repetir la misma cantinela en varias ocasiones—. Los m6dicos dijeron que le hab6a dado un ictus. Algo en su cerebro fall6 y muri6.

Sent6 cierta empat6a por su historia. Mi madre tambi6n hab6a muerto de improviso, aunque en mi caso hab6a un claro culpable. En el suyo, no, y en aquel momento no supe si eso era mejor o peor.

—¿Y tu padre?

—6l... nunca se enorgulleci6 de m6, la verdad. Al no estar casado con mi madre, me consideraba una molestia. Me lo dijo m6s de una vez.

—¿Eres... bastarda?

—¿Qu6?

—Bastarda. Ya sabes, que tu padre te tuvo por accidente con la mujer equivocada.

—Ah, ya. Supongo.

—No es algo de lo que debas avergonzarte. En esta escuela, todos somos iguales: gladiadores que un d6a saldr6n de aqu6 para demostrar lo que valen. Ahora t6 tambi6n lo eres.

—Tengo miedo.

Por supuesto: todos lo ten6amos.

—Ya se te pasar6.

Hadarah enmudeci6, abatida. Ahora empezaba a darse cuenta de lo que hab6a perdido y de lo que le esperaba. Me mir6 con los ojos h6medos y brillantes.

—¿Puedo preguntarte algo? —inquiri6, y yo asent6—. Quiero saber cu6l es tu secreto... C6mo logras enfrentarte al d6a a d6a sabiendo... todo lo que sabes. No eres mucho m6s mayor que yo.

—Sencillamente, quiero vivir. Tengo una raz6n para hacerlo.

—Y... ¿qu6 raz6n es esa?

Negué con la cabeza.

—Eso no te importa. Tengo un objetivo y no parar6 hasta conseguirlo.

A veces so6aba con Canavan. Lo ve6a delante de m6 y lo 6nico que ansiaba era dispararle en la cabeza como hizo 6l con mi madre.

—¿Y si no lo consigues? ¿Y si mueres en combate? ¿Eso no te asusta?

—Me asusta —asent6 con seriedad—, pero no permito que el miedo sea m6s fuerte que mi deseo. No me planteo caer.

—Quizá deberías.

Aquello me enfadó, pero traté de mermar la ira que ascendía desde mi estómago.

—¿Por?

—Pues porque los chicos... son más violentos que nosotras, tienen más facilidad para todas estas cosas y no creo que les supongamos una preocupación muy grande. Aunque consiguiéramos hacerles algún daño, ellos nos lo devolverían con el doble de fuerza. —Tragó saliva—. Así es la naturaleza humana. Siempre ganarán. No hay nada que hacer.

Comprendí que Hadarah pensaba de ese modo porque se había criado en un contexto cultural que condicionaba sus opiniones.

—¿Crees en alguna religión? —le pregunté con un tono que intentaba sonar amable.

—Eh... —Se aclaró la garganta con un carraspeo—, más o menos. Mi padre trataba de transmitirme los valores del islam cuando estaba con él. Me cubría la cabeza con un hijab y todo porque le parecía lo adecuado. Mi madre también era musulmana, aunque no tanto... Es decir, no siempre se tapaba el pelo, solo en ocasiones especiales. Muchos la tomaban por una mala creyente. Mi abuela, mis tías... Pero a ella no le importaba. Solía decirme que podía conseguir cualquier cosa que me propusiera, pero ahora que no está... —Rompió a llorar.

Yo esperé a que se le pasara, pero, como la cosa no parecía mejorar, retomé la conversación para que se olvidara de aquel tema:

—Entonces, ¿en qué crees?

Se encogió de hombros y agachó la mirada. Sus creencias le influían demasiado. El islam era la única religión que no había sufrido la crisis de fe que las demás sí habían padecido a mediados del siglo XXI. Su poder había disminuido, pero no tanto como el de las demás. Su carácter rígido frente a doctrinas más frágiles la hacía casi indestructible.

Pero eran las personas quienes hacían que una religión tuviera unas u otras características. Ni dioses ni textos: la gente.

De hecho, después de que Europa perdiera su situación aventajada, mucha gente recurrió de nuevo a la fe, concretamente a la cristiana. Más de dos mil años de historia eran difíciles de borrar de la memoria colectiva, en especial cuando la situación era tan precaria como para que no se vislumbrara un futuro, por lo que se terminaba mirando al pasado.

Al igual que muchísimos ciudadanos occidentales, mi madre también sintió un profundo respeto por las enseñanzas cristianas, aunque nunca quiso

imponérmelas. Me las transmitió sin escudalarlas en un dios, unos santos o unos libros. Quizá porque en Asia, donde la espiritualidad había ido perdiéndose, no tenía sentido hacerlo.

«¿Qué es lo que puedes ofrecerle al mundo? —solía decir—. La mejor versión de ti misma es la bondadosa. La bondad, el respeto y el ser justa con lo que te rodea, ya sean animales, personas o plantas, es todo lo que puedes ofrecer sin que tengas que arrepentirte jamás por haberlo hecho».

Pero debía desterrar esas ideas de mi mente. Ser gladiadora era incompatible con ser cordial, respetuosa y bondadosa. Y Hadarah también necesitaría olvidarse de lo que le habían enseñado si quería sobrevivir.

—Mira, no sé qué habrás aprendido por ahí, pero lo que te voy a decir ahora es lo único que debes tener presente para que todo salga bien. —Callé un momento, asegurándome de que me prestaba atención—. Verás, es cierto que en general a los chicos se les da mejor pegarse, pelear y todas esas cosas. Pero yo no creo que sean mejores que nosotras. Solo somos diferentes. Además, en un combate hacen falta cosas más allá de la fuerza.

—¿Más cosas?

—Sí. Es verdad que es muy importante saber pelear, pero no es lo único que debe hacerse; también es fundamental planificar, idear una estrategia. Creo que la mayoría de las gladiadoras entran en combate con la moral baja porque les inquieta que su oponente sea un hombre, por no mencionar que rara vez obtienen el favor del público... Pero, si no fuera así, obtendríamos más victorias de lo que nos pensamos.

Hadah pareció reflexionar acerca de lo que acababa de contarle. Yo misma estaba sorprendida porque todas esas palabras hubieran salido en tropel de mis labios. Hasta que no me oí decir todo eso, no me di cuenta de lo importante que era creerlo de verdad. Y era cierto. Si el porcentaje de gladiadoras realmente exitosas era bajo, se debía a que había muy pocas mujeres combatiendo, no a que no fueran capaces de dar la talla.

Quizá nosotras mostrásemos más reparos a la hora de romperle la nariz a alguien porque no estábamos tan acostumbradas a las peleas, pero también éramos capaces de hacerlo.

Además, las cosas no eran tan sencillas. No podíamos dividir a la humanidad en dos y esperar que todas las personas nos ciñéramos a la definición más extendida de lo que significaba ser hombre o mujer.

La vida no es blanca o negra; hay muchos claroscuros.

Esa mañana, de camino al aula, me mentalicé de que me iban a hacer daño.

La lucha cuerpo a cuerpo era una de las cosas que más me costaban por culpa de mi constitución menuda. Tras todos aquellos meses en la escuela, había adquirido más fuerza, más agilidad y más resistencia, pero mi apariencia seguía siendo la de una niña indefensa de aspecto frágil.

Por eso aquel día fue tan especial para mí.

Justo antes de doblar la esquina para entrar en la clase pertinente, vi a Belle, la aspirante de unos dieciocho años, y a Hadarah charlando en voz baja. Habían hecho buenas migas y últimamente siempre se las veía juntas, pese a la diferencia de edad. Tal vez se debiera a que ambas eran muy introvertidas y no tenían un buen concepto de sí mismas, algo muy contraproducente en aquel mundillo. A mí no me solía importar demasiado lo que hicieran los demás, pero en el fondo esperaba que la amistad que ahora las unía les diera fuerzas para salir adelante. Las dos necesitaban una mano de la que agarrarse.

Enseguida deseché aquellas reflexiones y me concentré en lo que tenía que hacer. Me esperaba una mañana dura.

Entré en el aula, en cuyo *ring* aguardaba el director McBride. Tan pronto como el aula se llenó, bajó de allí y se cruzó de brazos.

—Bien, ahora que ya estamos todos —empezó con voz melodiosa—, hoy quiero que peleen Gómez y... Kamensky.

Le eché vistazo y constaté que él hacía lo mismo. No peleábamos desde mi primer día, pero de eso ya había pasado un tiempo y la evolución de ambos —sobre todo, la mía— era considerable, así que el resultado era impredecible... Bueno, a quién quería engañar. Estaba segura de que iba a machacarme.

O tal vez no. Fruncí el ceño. Mis expectativas eran contradictorias.

Entré en el *ring* dispuesta a averiguarlo.

La pelea comenzó en cuanto subió Kamensky. Yo ya me había enfrentado a muchos chicos y estaba acostumbrada a los puñetazos, las patadas y los golpes en general, pero él me infundía algo más de temor que el resto. Mientras esquivaba su primer gancho y trataba de propinarle algún puñetazo en el abdomen, pensé en que mi suerte podía empezar a cambiar, que ya había derrotado a otros antes y que tal vez ese fuera el único aliciente que necesitaba.

Después de un amago de puñetazo frustrado, Kamensky se me abalanzó y yo quedé atrapada debajo mientras se incorporaba y alzaba el puño. Cuando su brazo descendió abruptamente sobre mí, logré detener su trayectoria

atrapándolo con la mano. Mi muñeca crujió, pero apenas reparé en el dolor por la adrenalina. Me llevé su brazo a la boca y lo mordí con rabia, hundiéndole los dientes en la piel. Él gritó y se cubrió la herida con la otra mano, momento que aproveché para zafarme y ponerme de pie.

Ya levantándose y listo para seguir peleando, se giró hacia mí, pero, antes de darle la oportunidad de incorporarse del todo, estrellé con todas mis fuerzas el codo izquierdo contra su mandíbula y de inmediato repetí el movimiento. Sin embargo, él había agachado la cabeza, presa del dolor, y en esta ocasión le golpeé en la sien.

Kamensky se desplomó en el acto.

Hubo unos segundos de silencio en los que ni siquiera yo alcanzaba a comprender lo que acababa de pasar.

—Gómez, le has dejado *K. O.* —anunció McBride con un deje entre sorprendido y jovial.

Mis compañeros prorrumpieron en aplausos y elogios. Solo un puñado de chicos había vencido a Kamensky de manera tan indudable. ¡Estaba inconsciente, tendido en el suelo como un saco de patatas! Y era por mí, porque había sabido cómo defenderme y qué puntos atacar.

Tantas horas de entrenamiento, tanto sudor, el levantarme al amanecer cada mañana para perfeccionar mis golpes, las noches de gimnasio... Estaba obteniendo los resultados de mi desmesurado esfuerzo, y eso me convenció de que esa era la ruta a seguir.

De que, ante todo, lo principal era no parar.

1 de agosto de 2193

El calor había llegado a la isla y todos lo notamos, en especial cuando salíamos a los campos de tiro.

A mí ese clima no me molestaba, pero Randy lo detestaba. Aquel día íbamos discutiendo sobre ello de camino al pabellón de tiro al blanco; a él no se le daban muy bien las pistolas y el periodo de instrucción había acabado hacía meses, de modo que me había pedido ayuda.

—Todo eso es porque tienes sangre escocesa en las venas —iba bromeando yo—. Lo tuyo son las faldas y los vientos helados.

—No, es porque el calor nubla la mente, nos llena de pesadez. El frío activa los músculos y nos despierta —protestó él.

—Si tú lo dices...

—Lo digo. Cambiando de tema: ¿cuántas horas libres tienes esta semana?

—Tres —contesté sonriente.

—Vaya suerte, a mí me dan una de milagro.

A medida que avanzabas, empezaban a salirte en la consola lecciones en blanco, es decir, horas sin que te hubieran asignado a ninguna clase. Les pregunté a mis amigos qué significaba y me explicaron que, a partir de los trece años, más o menos, la dirección rebajaba los periodos de entrenamiento porque consideraba que no todas las lecciones eran necesarias. A ellos les pasaba desde hacía un año. A mí había empezado a sucederme un par de semanas atrás, igual que a Randy. No obstante, y aunque me sentía afortunada por estar mejorando a ojos de mis profesores, prefería no saltarme lecciones tan pronto. Solo eludía las clases de estrategia. Randy era realmente bueno en eso, tenía un don y tanto sus compañeros como sus maestros lo sabían.

Fuera como fuese, resultaba un alivio contar con algo más de tiempo libre, aunque yo seguía usándolo para entrenar y mejorar. En una ocasión llegué a disponer de cinco horas vacías. A veces, en cambio, no me daban ni una.

Doblamos una esquina y nos topamos con Kendal.

—Eh —exclamó—, qué hay. ¿Adónde vais?

—Hola, Kendal —saludé yo—. Vamos a practicar un poco con las pistolas. ¿Te vienes?

Ella hizo una mueca de disgusto.

—Detesto las armas de fuego.

—¿Qué pasa? —la piqué—, ¿te hiciste daño con el retroceso la primera vez que disparaste una?

—Pues sí. ¿Te lo puedes creer? ¡Casi me saco un ojo! Mi mote de guerra hubiera sido *Casimira* o *La Furia Ciega* o algo así.

No pude reprimir una carcajada. Estaba de muy buen humor y Kendal tendía a expresarse de una forma muy cómica.

—No es gracioso —insistió—. Matar con ellas no es nada poético. No hay honor en eso, ¿sabes? Especialmente cuando el único modo que habrá para usarlas será haciendo trampas.

—A mí tampoco me hacen gracia, pero nunca está de más saber usarlas —opinó Randy.

Kendal bufó.

—El canijo tiene razón... Está bien, iré a ver cómo os divertís y, si me dais envidia, me uniré a vosotros.

Apuramos el paso hasta el pabellón, pero algo nos frenó cuando estuvimos delante. Había bastante alboroto al otro lado de las puertas abiertas,

se había formado una aglomeración de gente en el centro. Nos acercamos. Los demás miraban absortos algo que había en el suelo.

—¿Qué es lo que pasa aquí? —le preguntó Kendal a un conocido suyo.

Pero no me dio tiempo a oír la respuesta, porque seguí avanzando hasta la primera fila de personas, apartando a mis compañeros cuidadosa y automáticamente, como si mi cuerpo se moviera solo. No sé por qué, pero algo en ese tumulto no auguraba nada bueno.

Aparté al último de mis compañeros y entonces la vi.

Una cabellera roja se desparramaba por el suelo, enmarcando el rostro sereno y carente de vida de Belle Lyngstad, con los ojos cerrados, la piel tan blanca como un bloque de mármol y un charco de sangre oscura en torno a la cara.

Junto a ella yacía Hadarah Bauer con uno de los pómulos y parte de la barbilla teñidos de escarlata. Su semblante pétreo se asemejaba al de un ángel dormido... Pero estaba muerta.

Reparé en que, a pocos centímetros de sus cuerpos, había dos pistolas: una cerca de la mano de Hadarah; la otra, al lado de los dedos de Belle.

Noté vagamente cómo Kendal y Randy se colocaban a toda prisa a mi lado.

—Así que es cierto... Se han suicidado.

Dentro de unas semanas, Belle iba a cumplir los veinte años y aquel era el límite de edad para cualquier persona que quisiera federarse. Ella nunca estuvo lista para luchar y, al final, hubieran acabado mandándola al Complejo 55 de todos modos. O al menos eso creía yo.

En cuanto a Hadarah, era posible que Belle le hubiera transmitido su desgana y su pesimismo, que la hubiera convencido de que quitarse la vida era lo mejor. Hadarah era una chiquilla influenciable y seguro que se había dejado arrastrar por los deseos de Belle. Estaba convencida de ello.

Una ira amarga me subió por la garganta.

—Seguro que se dispararon la una a la otra.

—Dicen que suicidarse en grupo es más sencillo que hacerlo en solitario —comentó Randy.

—Eso parece —susurré.

—No es tan raro —terció Kendal—. Hace dos años se suicidó otro chico... Bueno, primero intentó huir, pero le atraparon. Le castigaron y, al día siguiente, se mató. Eso sí que fue raro, porque no era un mal guerrero. Peleaba bien, pero un día se le cruzaron los cables y se ahorcó con una de las combas del gimnasio.

Me volví hacia ella, extrañada.

—No me lo habían contado.

Kendal se removi6, inc6moda.

—Aquí no se suele hablar mucho de episodios como este. Pero los hay. — Dio media vuelta y ech6 a andar.

Empecé a morderme la uña del dedo pulgar con nerviosismo. Era un vicio odioso, aunque no lo hacía sistemáticamente, solo cuando algo me perturbaba.

No había pasado ni medio minuto cuando oí la voz de la señorita Asma y los bramidos de Keron ordenando que nos dispersáramos.

Eché un último vistazo a los rostros pálidos de Belle y Hadarah, me despedí de Randy y fui tras Kendal. La encontré de camino a las salas comunes, donde los aspirantes nos reuníamos para charlar y dejar pasar el tiempo. Parecía disgustada.

—Oye —le dije—, ¿estás bien?

—No me gustan los cobardes, Faith. Nunca me han gustado, y esa tonta de Lyngstad siempre lo fue. Y la otra chica... No la conocía, pero era muy joven. Ni siquiera se dio una oportunidad.

—Estaban asustadas. —Me sorprendió oírme defenderlas. No sonaba demasiado convincente... llevaba demasiado tiempo sin defender a nadie.

—¿Asustadas? ¡Todos lo estamos, Faith! Pero en la vida hay que luchar. Hay que intentarlo siempre, pase lo que pase. ¿Sabes cuánta gente ha muerto sin que le dieran la oportunidad de vivir? Muchísima. Y ellas, que podrían haber amanecido mañana, e incluso pasado mañana, han decidido matarse hoy.

Sus palabras me conmovieron y supe que estaba de acuerdo, que coincidía con ella. Pero también entendía que una de ellas lo hubiera hecho.

—Belle iba a morir en cualquier caso —respondí—. No pasaría de este mes. Ha decidido acabar con esto en el momento que ha considerado más oportuno.

—No. No sabía si iba a morir. Uno no está seguro hasta que no ocurre. ¿No conoces esa frase de «si supiera que el mundo se acaba mañana, yo hoy aún plantaría un árbol»?

—No la había oído nunca —confesé. Me gustaba.

—Me la enseñó mi madre... La dijo su ídolo, Martin Luther King, hace más de doscientos años, pero es muy certera. No puedes condicionar tu presente por lo que crees que va a pasar en el futuro.

Hubo un momento de silencio que aprovechamos para caminar despacio por el pasillo en dirección a las dependencias.

—Yo opino lo mismo —dije finalmente—, pero Belle no era como nosotras. Y Hadarah tampoco.

—Tendrían que haberlo sido.

Detectaba cierto dolor en las palabras de Kendal. En el fondo, estoy convencida de que el fin de Belle le apenaba porque representaba una parte muy cruda de nuestra vida: que ahí solo habría muerte, ya fuera la de la gente que nos rodeaba o la propia.

—¿De verdad crees que la hubieran obligado a pelear contra *Roger*? A Belle, quiero decir.

—No lo sé. Tengo entendido que ella es..., era hija de Chaun Kor.

Clavé la vista en Kendal, escrutando su rostro en busca de algún indicio de que acabara de mentirme. Chaun Kor fue un gladiador muy bueno de los setenta. Libró más de ciento ochenta combates: todo un récord, solo superado por los más de doscientos enfrentamientos del veterano Atila Black, que murió en la arena a los treinta y dos años.

—¿De verdad? ¿Su padre era Chaun Kor?

—De verdad. En mitad de su carrera, Kor se lio con la hija de un diplomático y la dejó embarazada. Luego, Hydrus aprovechó que su familia materna no la quería y les compró a Belle, pensando que podrían sacar mucho partido de ella: su mote de lucha iba a ser Chaun Kora. Imagínate lo bien que hubiera funcionado entre la afición.

Estaba boquiabierta. Había visto un par de combates de aquel hombre y ese parentesco me resultaba increíble. Chaun Kor era despiadado, letal, bruto y peligroso. Nada que ver con Belle.

—Espera, ¿cómo sabes todo eso?

—Tram y yo nos colamos en la base de datos de la escuela hace un par de años. Con ayuda de Elka, claro. Él ideó todo el plan.

Nos metimos en el ascensor.

—¿Os pillaron?

—Vaya que si nos pillaron. Nos dejaron cinco días sin comer y, como ninguno cayó en domingo, nuestro rendimiento fue pésimo..., es decir, que nos dieron varios latigazos. Todavía tengo las cicatrices.

—Uf. ¿Fue por diversión o había algún propósito que valiera la pena?

—Queríamos averiguar cosas sobre..., bueno, sobre Malinov.

—¿Y descubristeis algo?

—Nada que mereciera la pena. Ni siquiera pudimos comprobar si su nombre de pila era Viktor, tal y como se cuenta. Yo creo que no existe. Tram decía que hay más de uno. ¿Tú qué crees?

—No sé. Nunca me he parado a pensar en él.

—Pues es tu dueño, deberías hacerlo. Segundo piso —anunció—. Nos vemos luego.

Salí del ascensor y, mientras caminaba, reflexioné sobre «Viktor» Malinov. Así lo llamaban, pero, al tratarse de alguien casi anónimo y que no se dejaba ver públicamente en ningún sitio, resultaba difícil saber cuál era su identidad real.

¿Y si era una mujer? Podría ser... Pero fuera quien fuese, ¿por qué se ocultaba?

9 de marzo de 2194

Elka, Macian, Ismael, Cliff y yo estábamos en la sala común viendo una proyección del Campeonato de las Sombras, un torneo menor de lucha clásica que tenía lugar en Argentina y que había concluido la noche anterior. Nosotros apenas habíamos podido ver los combates en directo, a pesar lo mucho que queríamos porque Tram participaba.

Y lo mejor de todo es que había ganado.

Todos sentíamos una extraña mezcla de orgullo y envidia por su causa. Nos enorgullecíamos porque era nuestro amigo y había sido adiestrado en la misma escuela. Y le envidiábamos porque le estaba yendo fenomenal y nosotros no sabíamos qué nos depararía el futuro. Algo estaba claro: era estadísticamente imposible que nos fuera igual de bien que a él. Cuando nos federásemos —cosa para lo que no faltaba demasiado—, seríamos gladiadores salidos del mismo centro de adiestramiento. ¿Qué posibilidades había de que todos triunfásemos en ese deporte?

Sí, yo también había empezado a llamarlo deporte, aunque no era un término con el que estuviera de acuerdo.

Hydrus había ganado mucho dinero por la victoria de Tram, no solo por la cuantía económica que se otorgaba como premio, sino por toda la publicidad que les generaba. Los combates de lucha clásica se emitían en televisión a diario.

—¿Te encuentras bien? —me preguntó Macian, sentándose a mi lado.

—Sí. ¿Por?

—Te estás presionando la herida con la mano.

—Oh. —Aparté la mano del brazo derecho. Aquella mañana, en clase de esgrima, Cliff me había hecho un corte. Se había disculpado sin parar, pero el error fue mío. Si me hubiera concentrado en mantener la postura del cuerpo

correctamente, no me habría hecho aquel tajo, que ahora estaba cubierto con un parche curativo—. Es que me pica un poco.

—Eso es porque el parche está haciendo efecto.

Le sonreí.

—¿Tienes ganas de irte?

—No sabría decirte. Sé que solo faltan unos días, pero no he pensado demasiado en ello.

—Ya.

Macian había superado la prueba final la semana anterior y en poco tiempo se marcharía de la escuela para empezar su carrera como profesional. Había intentado llevarlo con normalidad, como si fuera algo rutinario, pero por su alegría mal disimulada saltaba a la vista lo contentísimo que estaba de haberse federado.

Se pasó la mano por la nuca y me miró de nuevo.

—Bueno, Faith, has mejorado muchísimo. ¿Cuándo crees que te presentarán?

—Aún me faltan unos meses para cumplir los catorce, así que no sé. Quizá tarde un par de años.

—No, dos no. Eres muy buena, en serio. Tus estadísticas son de las mejores.

—Tram sí que es bueno —respondí, sonriéndole.

—Sí, siempre ha tenido una vitalidad y un optimismo muy fuertes. Eso le ha ayudado mucho.

—¿Te has fijado en cómo le clavó la espada al oponente en la final? Le engañó con sus movimientos. Parecía que iba a dañarle el costado y al final le atravesó el vientre hasta la espalda.

—¡Ya te digo...! He disfrutado con el combate... O, al menos, lo habría hecho de no haber estado temiendo por la vida de mi amigo.

Reímos con suavidad, e iba a decirle algo cuando la puerta se abrió de golpe y entró Kendal tan emocionada como si le hubieran dado la libertad.

—¡Me acaba de llegar!

—¿El qué? —preguntó Cliff con un bostezo.

—¡El comunicado! Este domingo tengo la prueba final. ¡Dios! Ya era hora, ¡creí que jamás llegaría!

Estaba tan contenta que acabó por contagiarse su entusiasmo a todos. A mí me alegraba verla así, pero al mismo tiempo sentía tristeza. Kendal iba a federarse... Se iría. Me dejaría. En el último año y medio nos habíamos hecho muy buenas amigas.

—¿Quieres que vayamos a apoyarte? —inquirió Ismael.

—¡Pues claro! Si no, ¿qué gracia tendría que os lo dijese?

Nos pasamos la siguiente media hora hablando de los planes de futuro de Macian y Kendal. Seguramente estarían en el mismo equipo. Es decir, su lanista sería el mismo, por lo que viajarían juntos, pero nunca combatirían el uno contra el otro.

A mí siempre me llamaba la atención que a mis amigos les gustase tanto especular sobre el futuro teniendo en cuenta que éramos esclavos, que nuestras vidas no las decidíamos nosotros.

A las once menos cinco, la voz metálica anunció el toque de queda. Kendal y yo subimos juntas en el ascensor.

—¿Te alegras por mí? —me preguntó.

Yo la miré y parpadeé. No me explicaba que lo dudara.

—Claro, Kendal. Somos amigas, ¿no?

—Es que te noto rara.

—Es solo que... Voy a echarte de menos.

—Lo sé. —Sonrió y agitó los dedos, aún tratando de contener su entusiasmo—. Yo también a ti. ¡Pero es una gran noticia! Por fin podré hacer lo que llevo esperando toda la vida. Después de tantas horas de entrenamiento y prácticas, podré demostrar lo que valgo.

—Veré todos tus combates. Incluso haré apuestas. Sé que las ganaré todas.

Soltó una carcajada al tiempo que el ascensor se detenía en la segunda planta.

—¡Nos vemos mañana en el Complejo 55!

Sonreímos y bajé del ascensor.

Al cabo de un rato, fui al baño para lavarme los dientes y cepillarme el pelo. Solo me lo dejaba suelto por las noches y siempre me extrañaba ver mi reflejo con ese aspecto. Siempre me recordaba a mi madre por cómo le gustaba peinarme. La echaba tanto de menos...

Oí que alguien entraba en el baño y luego capté sollozos. Me giré.

—¿Kendal? ¿Estás llorando? —Ya era raro que se encontrara allí a esas horas, pero todavía era más raro verla llorar.

—Faith... Creí que estarías durmiendo.

—¿Qué te pasa? —Me acerqué a ella rápidamente.

—Nada —murmuró enseguida—. Bueno, sí. Es que... no quiero irme.

—Kendal...

—¿Sabes qué me dijo Asma cuando vine aquí?

Negué con la cabeza. No soportaba ver a mi amiga en ese estado. Me sorprendía, teniendo en cuenta lo feliz que se había mostrado antes.

—«Aprovecha bien esta época, porque el tiempo que pases en la escuela serán los mejores años de tu vida». Y ahora que estoy a punto de irme, me doy cuenta de que tenía razón.

—Mira, Kendal... Debes estar como has estado en la sala común: feliz e impaciente. Eres una gran gladiadora. Combatirás muchas veces y ganarás, conocerás a infinidad de personas... A lo mejor hasta te topas con Akinma y acabas con su buena racha.

Kendal se limpió las lágrimas que le habían enrojecido las mejillas.

—¿De verdad crees que soy buena?

—La mejor —asentí con una sonrisa, y ella suspiró.

—Necesitaba oírlo. Gracias, Faith.



SEGUNDA PARTE

MATAR O MORIR

*La motivación es lo que te ayuda a empezar.
El hábito te mantiene firme en tu camino.*

JIM RYUN

11

Aquellos últimos meses pasaron sorprendentemente rápido. Aunque suene absurdo, ya me había habituado a la vida en la escuela de gladiadores. Y, en ocasiones, era agradable.

Terrible, ¿verdad? Pues no podía evitar sentir que tenía algo que merecía la pena. Un lugar en el que dormir, amigos con los que hablar, comida que llevarme a la boca... Mientras estuviera allí, estaría a salvo. Hydrus se aseguraría de que me convirtiera en alguien capaz de luchar contra cualquiera.

Algunas lecciones hasta tenían su encanto. Al principio, nunca se me hubiera ocurrido pensar que había tanto que aprender sobre un tema tan primario como los combates cuerpo a cuerpo. Pero lo había. No solo nos habían adiestrado en el manejo de las espadas, sino que habíamos adquirido conocimientos sobre cosas tan dispares como anatomía, psicología e incluso historia. Sí, historia. Historia enfocada a la Antigua Roma y a los gladiadores originales.

Arbelas, venator, hoplomachus, myrmillo, provocator, retiarius, secutor... Todo eso eran tipos de gladiadores, cada uno con sus características, y yo era capaz de distinguirlos y de saber cuáles tenían ventaja sobre los demás en función de las circunstancias. Podía enumerar los elementos que les hacían ser una u otra cosa, aunque no entendía muy bien la finalidad de aprender todo eso. Nosotros ya no nos regíamos por esas etiquetas y, si bien era cierto que en la lucha clásica intervenían varios factores de los combates de gladiadores originales, no me parecía necesario conocer a fondo cómo eran. Sí, era interesante y a todos nos llamaba la atención, pero yo prefería centrarme en aspectos que pudieran salvarme la vida en la arena.

Por eso me dedicaba por entero a entrenar el cuerpo y a pulir mis habilidades con el acero. Era gratificante ver cómo mejoraba día tras día. De vez en cuando, sin embargo, me embargaba una sensación de desamparo. No había pasado ni un solo minuto sin que lamentara la muerte de mi madre.

Nos pasaba a todos. En cierto modo, odiábamos Capua porque era nuestra cárcel particular, pero también sentíamos aprecio por tratarse de nuestra casa. Para algunos representaba incluso un hogar, el sitio al que siempre querrían volver, pues no se habían sentido seguros en ningún otro. No obstante, esa sensación de calma era sumamente frágil en todos los casos.

Un domingo, tras una mañana de entrenamiento intenso con los arcos y las flechas, decidí reunirme con mis amigos en la sala común. La televisión estaba encendida y sintonizaba el canal GladiatorOne.

Saludé a Elka, Ismael y Cliff. El grupo se veía cada vez más reducido, pero eso era una buena señal. Técnicamente, a Elka no le quedaba mucho para hacer la prueba final, pero la experiencia de presenciar la muerte de su compañero le había alterado tanto que no parecía que fuera a estar preparado hasta dentro de un par de años, pese al tiempo que había transcurrido desde ese combate fallido.

—Eh —me llamó Ismael—, ¿sabes quién va a combatir ahora en Nueva York? ¡Kendal!

—¿En serio? —exclamé. Me había prometido no perderme sus enfrentamientos, pero era difícil seguirlos todos por la diferencia horaria y las clases—. ¿Contra quién?

—Contra Ricky Roecker —respondió Cliff—. Me he enterado esta mañana cotilleando por las páginas de la consola.

—Sé quién es, pero no estoy muy puesta en su palmarés —comenté mientras me dejaba caer en un sofá. La sala común no era nada especial, pero a nosotros nos gustaba: máquinas de agua y café, un televisor enorme y asientos. ¿Qué más queríamos?

Había otros aspirantes esperando la emisión. Ojalá estuviera allí Kendal en vez de a punto de luchar, pensé.

—Es un tío bastante agresivo —dijo Ismael—. Fíjate, qué mirada de loco. —Me enseñó una imagen que había en la pantalla de su consola.

Era cierto, aquel tío daba miedo, con esos ojos inyectados en sangre, el pelo revuelto, las venas del cuello hinchadas... Y, aun así, no aparentaba haber salido de la adolescencia.

—Pero es muy joven, ¿no?

—En tres meses cumple los dieciséis. Lleva en el ruedo un año.

—¿Con qué ventajas cuenta Kendal? —intervino Elka.

Cliff se llevó el dedo índice a los labios con aire pensativo.

—Sus ejecuciones son rápidas y premeditadas; es bastante calculadora. En cambio, Roecker es impulsivo; más que tener una estrategia, piensa como un

animal.

—Pues no parece haberle ido nada mal con ese plan —apuntó Elka. Se había vuelto más negativo desde lo de John. Como yo apenas lo conocía de antes, no me había costado acostumbrarme, pero a los demás aún les incomodaban sus comentarios secos y desfavorables.

Mientras el presentador daba un pronóstico del combate que iba a disputarse, yo pensé en Kendal: en cuando la conocí, una de las pocas chicas de Capua y una muy osada, y en cuando superó la prueba final, derrotando a *Roger* con una veloz estocada. Luego, cuando empezó a combatir de manera profesional, le procuraron enfrentamientos bastante sencillos: combates a primera sangre, encuentros a muerte contra chicos más inexpertos... Este era su quinto combate a muerte y, además, tendría lugar en Nueva York, su ciudad. Para ella debía de tratarse de uno especial, una ocasión para lucirse. No obstante, en el anterior se vio con serias dificultades, pese a que el adversario no era mejor que ella. No sabía muy bien por qué, pero Kendal estaba empeorando... Era como si luchase con menos ganas.

La cámara enfocó las gradas repletas y deseé intensamente que el ambiente la inspirase para ganar. No se merecía salir viva sin más, sino una victoria gloriosa y llena de vítores en su ciudad natal. Todavía no se había enfrentado a Akinma y, cuando lo hiciera, debía sentirse orgullosa de sus logros.

El combate dio comienzo. Kendal salió a la arena empuñando dos gladius y con un escudo anudado a la espalda. Vestía una armadura clásica y llevaba el pelo recogido en una coleta baja. Aquel era el estilo que su lanista había escogido para ella. El espectáculo estaba garantizado. Por primera vez en bastante tiempo, sus andares irradiaban confianza.

Además de las ventajas que había dicho Cliff, Kendal contaba con otra importante: su fantástico manejo de la espada. Por lo diestra que era al usarla, estaba claro que tenía tanto fuerza para levantarla como agilidad para esgrimirla con una cierta elegancia.

Roecker clavó los pies en el suelo, tomó impulso y embistió. Era tal y como lo había descrito Cliff: un bruto sin estrategia, pero con mucha fiereza.

Súbitamente, el terreno vibró y se volvió irregular. De la arena brotaron bultos, ramas y, aquí y allá, rocas de cantos afilados. Kendal tropezó con una y se cayó de bruces. El chico no perdió el tiempo: se abalanzó sobre ella con la hoja dirigida a su espalda. En el último momento, Kendal consiguió girarse y cortó la trayectoria con su propio acero. Tenía la mano derecha muy magullada, con los nudillos llenos de heridas.

Las espadas seguían pegadas, ejerciendo fuerza la una sobre la otra. Kendal aferraba su arma con las dos manos. Roecker solo recurría a una.

La otra estaba ocupada sacándose un cuchillo del cinturón.

Fue todo tan rápido que resultó confuso: de repente, Roecker agarró el cuchillo y lo lanzó hacia abajo. A la frente de Kendal.

La traspasó.

Un plano medio nos mostró claramente cómo la hoja se incrustaba en su cráneo. Kendal se estremeció y su cuerpo se sacudió varias veces. Contemplé las convulsiones, hipnotizada por la manera en que se agitaba como una marioneta. Luego se desplomó en la arena.

Alguien apagó el televisor.

—Ya es suficiente.

Todos se volvieron hacia mí.

—Faith... —empezó Cliff con cautela.

Ahora entendía cómo se había sentido Elka el día en que su amigo murió. Noté el aguijonazo del abandono, el desgarró de otra ausencia. Aquella sensación me resultaba tan familiar que, por unos instantes, me devolvió al pasado.

Luego, el frío regresó.

—Somos gladiadores —me limité a decir—. Sabemos lo que hay.

Y me marché.

No olvidaría el nombre de Ricky Roecker. Aun así, tenía clara una cosa: lo que ocurría en la arena no era personal. No éramos más que peones en un tablero donde todos debíamos mover ficha.

A diferencia de algunos de mis compañeros, yo sí que estaba impaciente por acabar mi periodo de instrucción y convertirme en una gladiadora real. Claro que tenía miedo, pero no dejaba de pensar que, cuanto más tiempo permaneciera en la escuela, más tardaría en vengar a mi madre. Me costaba dormir sabiendo que Canavan y Cox deambulaban por ahí como si nada hubiera pasado, como si no fueran unos asesinos.

No obstante, no quería precipitarme. Necesitaba ser la mejor, y para ello era fundamental esforzarme en la escuela.

Por eso, cuando me convocaron para una evaluación virtual, procuré estar serena y concentrarme. Hasta el momento, solo me habían llamado dos veces y, en ambas ocasiones, en grupo. La tercera fue individual.

Me condujeron a la Sala de Simulaciones, una amplia estancia llena de monitores a los lados y con una cápsula ovalada de cristal en el centro. Asma Bij Alar y uno de los coordinadores me dieron algunas instrucciones mientras un grupo de tres hombres y dos mujeres observaban atentamente los gráficos que aparecían en los monitores.

Conocía el procedimiento. Me desnudé, me pusieron unas pegatinas palpitantes en los puntos clave de mi cuerpo y entré en la cápsula. Su tamaño era considerable y me permitiría hacer toda clase de movimientos.

—Ya sabes cómo va esto —dijo Asma—, ponte las gafas y haznos una señal cuando estés lista.

Asentí y cogí las gruesas gafas de simulación que colgaban de la parte superior. Una pantalla verde brotó frente a mí. Alcé el pulgar y la cápsula se cerró a mi alrededor, uniéndose por la mitad.

Activaron la gravedad artificial y empecé a flotar en el aire, aunque me mantuve en el centro, sin desviarme. Entonces me vi a mí misma en un extraño camino, lleno de árboles y rocas amorfas. Percibí la tierra bajo mis pies, el viento rozándome la piel. Era como hallarme físicamente en otro lugar, aunque con la percepción de que mi cuerpo seguía en la Sala de Simulaciones.

En la hierba que flanqueaba el sendero vi una espada hundida, de modo que la agarré. Y empezó la prueba. A una velocidad casi irreal, varias pequeñas esferas plateadas se lanzaron hacia mí para impactar contra mi cuerpo. Por acto reflejo, conseguí detener algunas con la espada, pero otras consiguieron alcanzarme y, al instante, me sacudió una descarga eléctrica.

Algo aturdida por el dolor, eché a correr y las esferas dieron paso a dos lobos de pelaje espeso, que se me abalanzaron. Uno de ellos me asestó un zarpazo que me dolió como si fuera real. Y no lo era, lo sabía, pero el dolor conseguía hacerme olvidar que aquello era una simulación.

A uno le clavé la espada en el vientre. Al segundo lo degollé, si bien no antes de que me arrancara un grito al clavarme las garras en el antebrazo izquierdo. El corazón me latía con tanta fuerza que trastabillé al continuar avanzando.

Al final del camino, me topé con un último contrincante: yo misma.

Mi Faith digital parecía muy auténtica. Era la primera vez que me encontraba con algo así. Suponía que aquella versión virtual de mí misma había recopilado datos de mis reacciones en las anteriores pruebas.

¿Qué sería más positivo? ¿Que venciera yo o que venciera esa otra versión? Asumí que yo, porque era la única que existía, quien tendría que

pisar la arena, y no me convenía que mi cuerpo se acostumbrara a la derrota.

Fue un duro enfrentamiento, porque ¿cómo sorprendes en un combate a alguien que conoce tus movimientos y tus debilidades, a alguien con tu misma forma física? Duró casi media hora y, al final, me venció. El cansancio me jugó una mala pasada y ella, con expresión hierática, hundió el filo del acero en mi costado. Mientras me oía gritar por encima del crujido de mis costillas, escruté mi rostro inmutable y me di miedo.

Luego, la hoja llegó al pulmón y mi boca se llenó de sangre y del sabor del fracaso.

De repente, volvía a estar en Capua, flotando en la cápsula. El dolor y la angustia desaparecieron, aunque no la impotencia. La decepción permanecía.

Salí aspirando hondo, todavía con el eco del ahogo.

—Bien, Faith —dijo Asma—. Hemos analizado tu actividad cerebral y las decisiones que tomabas a la hora de luchar.

—He fallado —murmuré mientras me quitaban los parches.

—Negativo; la derrota por cansancio era lo que buscábamos. La Faith virtual no estaba programada para agotarse; por lo tanto, era imposible vencerla.

Fruncí el ceño, todavía con la respiración algo agitada.

—Entonces, ¿lo he hecho bien?

El coordinador me dedicó media sonrisa.

—Muy bien, Faith.

A finales del verano de mi decimoquinto cumpleaños, ya consideraba muy productivos los tres años que había pasado en Capua. Había aprendido una gran cantidad de cosas y madurado más de lo que lo habría hecho de haberme quedado en Hong Kong.

El recuerdo de Kendal estaba muy presente en mi cabeza, aunque nunca hablaba de ella. Su muerte me ayudó a comprender lo difícil que era para una mujer triunfar en ese deporte. En secreto, había visto su último combate una docena de veces y siempre constataba que, si perdió, fue porque no era tan fuerte como su oponente.

Pero claro que no lo era. Roecker era un chico. Los dos habían recibido entrenamientos similares, pero naturalmente él tenía más masa muscular. ¿Y qué podía hacerse contra eso?

Aquella pregunta me perturbaba porque en mi fuero interno estaba convencida de que las cosas no se reducían al potencial físico ni a la

diferencia de sexos.

Una mañana, me levanté y, tras tomar la píldora energética que había llegado a reemplazar todas mis comidas, me fui al gimnasio. Allí me dediqué a practicar con el saco de boxeo y di doscientos botes a la comba. Cuando acabé, entre sofocada y rebosante de energía, me miré al enorme espejo que cubría casi toda la pared.

Me estudié como quien mira a un desconocido: no era muy alta, aunque eso contribuía a que pudiera esquivar a mis adversarios más rápido, y casi todo mi peso se componía de una masa muscular no exagerada (cosa que a una pequeña parte de mí le alegraba por estética, pero sobre todo me molestaba porque no imponía tanto a la hora de luchar). La coleta que me apartaba los mechones negros del rostro hacía que mis ojos parecieran aún más grandes y oscuros de lo habitual.

¿Qué impresión causaría a mis enemigos cuando me vieran? Seguro que no les intimidaría ni un ápice.

Había trabado cierta relación con Cliff, que en una ocasión me comparó con una muñeca de porcelana. ¿Cómo iba a beneficiarme eso como gladiadora?

No parecía que me hubiera pasado los tres últimos años matándome a entrenar.

Pensé en Tommy Dean y en la pelea que tuvimos aquel día en Goldenpark, la semana en que todo cambió. Si ahora me topase con él, no me llevaría ni cinco segundos dejarlo inconsciente. Podría enfrentarme a tres como él y la diferencia serían diez segundos más de tardanza.

Esa idea me gustaba. Me hacía creer que era capaz de derrotar a todo aquel que amenazara lo que me era preciado.

Justo entonces, la puerta se abrió y entró Cliff.

—Sabía que te encontraría aquí. —La cerró cuidadosamente y avanzó hacia mí.

—Ahora no, estoy entrenando.

—Pues como siempre —apuntó él con el inicio de una sonrisa en los labios.

Yo hice una mueca de disconformidad.

—Ya es la segunda vez esta semana que me sorprendes aquí —repliqué—. Podrías esperar a otro momento.

Me agarró por la cintura. Nuestras caras quedaron a escasos centímetros la una de la otra.

—¿A cuál? Si no estás entrenando, estás durmiendo o en la sala común... sin intimidad.

Empezó a besarme el cuello con delicadeza. Inconscientemente, llevé una mano a su nuca y enterré las yemas de los dedos en su pelo claro. Habíamos empezado a estar así hacía algo menos de un mes, aunque yo no sentía nada más que una curiosa atracción. Teníamos la misma edad, éramos serios, callados... Había cierta complicidad entre ambos. La primera vez que me besó, no lo vi venir, pero permití que lo hiciera y descubrí que era agradable.

Esa clase de afecto, ardiente y sencillo, me gustaba. No había complicaciones de ninguna clase. Cuando nos veíamos y teníamos la oportunidad, nos besábamos, nos acariciábamos. ¿Por qué no hacerlo? No me creía capaz de enamorarme de nadie, pero no por ello tenía que renunciar a ese tipo de placer.

Posó sus labios húmedos sobre los míos y presionó. Luego noté que su lengua quería abrirse paso por mi boca y se lo consentí.

La primera vez que lo vi, jamás me imaginé así con él. No me llamó la atención en absoluto. Ahora tampoco lo hacía tanto como él creía. Solo alguien me había interesado lo suficiente como para, de vez en cuando, acordarme de las preguntas que me suscitaba.

Una voz femenina reverberó a través de los altavoces:

—Cinco minutos para el desayuno. —Me sabía aquella cancioncilla de memoria.

—Vamos, no quiero llegar tarde —lo apremié, cogiéndole de la mano.

Recorrimos los pasillos pertinentes hasta el comedor de la planta baja, donde las mesas empezaban a llenarse ya de aspirantes. Nuestro sitio siempre era el mismo, una mesa de una esquina, al fondo de la enorme sala. Allí estaban ya Ismael y Elka, y ya nos habían colocado las bandejas.

—Nos hemos adelantado y hemos ido a la barra en vuestro lugar —explicó Ismael.

—Gracias —dijo Cliff mientras tomábamos asiento.

—¿Qué tenéis a primera hora? —quiso saber Elka.

—Uhm... Esgrima —respondió Ismael tras revisar su consola, y Cliff hizo un gesto de asentimiento.

—¿Y tú, Faith?

—Método —contesté mecánicamente. Siempre consultaba los horarios al levantarme.

—¿Con Asma? Uf, son lecciones muy aburridas.

Lo que nos enseñaban en Método era qué pensamientos resultaban más beneficiosos antes, durante y después de la lucha según cómo fuera nuestro oponente. La mayoría de mis compañeros opinaba que aquel era un aprendizaje más bien inútil porque las batallas se ganaban con la espada, con el arco, los cuchillos o las mazas, no con la mente. Al fin y al cabo, estaban acostumbrados a ver que la fuerza bruta era lo que vencía en la lucha clásica. Lo que pasaba por la mente de los gladiadores resultaba invisible para todos.

Sin embargo, yo valoraba mucho las clases de Método. Al principio no era así, pero con el tiempo aprendí a tener en cuenta cada uno de los aspectos de la lucha, los que incluían las armas y los que no.

Elka era otra de ellas:

—Pero son útiles —opinó—. Es importante tener a tu cerebro de tu parte.

—Mi cerebro me recuerda una y otra vez cuál es mi objetivo: matar al enemigo. Eso es todo —afirmó Cliff con convicción.

Elka se encogió de hombros.

—Tram valoraba mucho lo que la señorita Bij Alar nos enseñaba. Fíjate lo bien que le ha ido.

—La mayor virtud de Tram es su destreza con el sable curvo.

El sable curvo era el arma que empleaba con más frecuencia, y lo cierto era que hacía un uso impecable de él. Elka alzó las manos en señal de resignación, y luego nos despedimos y cada uno se fue al aula que le tocaba.

—Chicos —dijo Asma por todo saludo a la par que entraba—, hoy veremos un par de vídeos de combates... Combates en los que participan gladiadores que parecían tenerlo todo a su favor y acabaron fallando.

Hice una mueca y descubrí a más de uno torciendo el gesto o cruzándose de brazos. No nos gustaba que nos recordasen que nuestra vida estaría en manos del azar más de una vez. Yo no quería creerlo.

Asma prosiguió:

—Casi todos los gladiadores mueren en la arena tarde o temprano. Eso es algo que debéis asumir. La esperanza de vida para un gladiador es de veintitrés años, siendo generosos. En muchas ocasiones, a los veteranos los derrotan nuevas caras del mundo de la lucha clásica. ¿Qué creéis que es lo que hace que un hombre que lleva más de diez años en la arena sea derrotado por uno que acaba de llegar?

Era una buena pregunta para la que ninguno parecíamos tener respuesta. Al cabo de unos segundos pensando, una idea empezó a cobrar forma en mi mente, pero no me dio tiempo a meditarla porque Asma me iluminó antes de que pudiera hacerlo yo misma:

—Veréis, el gladiador veterano lleva muchos años peleando y deslumbrando al público con su talento. El joven lo sabe, le ha visto en innumerables ocasiones. ¿Entonces? ¿Cuál es el quid de la cuestión?

Y las palabras se abrieron paso hasta mis labios sin que yo me diera cuenta:

—Que el gladiador joven conoce perfectamente a su enemigo.

—Muy bien, Faith. Continúa.

—Los jóvenes conocen muchos aspectos de los veteranos porque los han visto combatir decenas de veces: puntos débiles, puntos fuertes, patrones que siguen, cómo reaccionan frente a según qué ataques... Todo. Y el conocimiento sobre sus adversarios les confiere ventaja porque se adelantan a sus pensamientos. Saben cómo atajarlos. En cambio, el gladiador veterano no sabe nada sobre su contrario.

—Exacto. ¿Lo habéis entendido? —inquirió, y todos asintieron.

Aquel día aprendí algo que me salvaría la vida en más de una ocasión: puesto que contaba con una memoria precisa, lo más lógico sería recurrir a ella para aprender la metodología de mis adversarios y aprovecharme de ello en la arena. Probablemente no era la única que ejercitaba aquella práctica antes de un combate, pero tampoco había tantos que lo hicieran. Como mucho, los demás miraban dos o tres enfrentamientos del adversario y tendían a ignorar los detalles. Yo vería todos los combates que pudiera y memorizaría todo. Eso sería crucial.

Asma tecleó en un dispositivo electrónico que llevaba en el brazo y, ante nosotros, se desplegó una imagen holográfica mientras las luces se atenuaban.

Vimos un par de combates y nos dedicamos a analizarlos. Uno de los vídeos mostraba algo que yo ya había visto con anterioridad y que hizo que la nostalgia me golpeará con fuerza y me dejara ligeramente aturdida.

Frente a nosotros, aparecieron las imágenes correspondientes al combate del último Torneo Crush, que se celebró cuando yo todavía estaba en Goldenpark. Lo había visto por casualidad, en una sala de recreo, con Samuel a mi lado.

Había pensado bastante en él..., más de lo que quería admitir, pues era plenamente consciente de que ya no formaba parte de mi vida y de que sería imposible recuperarle. Ahora pertenecíamos a mundos totalmente distintos.

Pero no podía evitar preguntarme qué tal estaría, si pensaría en mí, si me echaría de menos.

Cuando la señorita Bij Alar pausó el vídeo y comenzó a explicar algo sobre la actitud del público y su influencia en los combatientes, enseguida

desterré el recuerdo de mi mente.

Unos días después, estaba con mi grupo haciendo unas prácticas de tiro con jabalina cuando apareció un equipo de televisión en el pabellón.

Nuestro profesor nos miró como pidiéndonos disculpas.

—Perdonad que no os lo comentara antes, chicos, pero el canal GladiatorOne quiere hacer un reportaje sobre escuelas de gladiadores y nos han mandado a su equipo para que grabe algunas cosas durante esta semana. Vosotros seguid a lo vuestro, ¿de acuerdo?

Nos encogimos de hombros y continuamos trabajando mientras los profesionales del medio audiovisual desplegaban trípodes y colocaban las cámaras. Debían de ser seis o siete personas. Algunos de mis compañeros se mostraron emocionados por el hecho de que fueran a salir por la tele y se esforzaron por mantener la compostura. Yo seguí a mi aire.

—¿Hoy es su primer día? —le preguntó Randy al maestro, mirando de soslayo a los técnicos. En los últimos años, Randy se había desarrollado mucho. Igual que su curiosidad.

—Sí, creo que sí.

—En realidad —comentó uno de los cámaras—, llegamos el jueves, pero ayer nos dedicamos a grabar exteriores.

Por el rabillo del ojo vi cómo una mujer joven y bonita se situaba frente a la cámara. Por la forma en que se tocaba la parte superior de la camisa, supuse que llevaba un micro en el cuello de la misma, pero era tan pequeño que el ojo humano —al menos, el mío— no lo distinguía. Empezó a hablar con un perfecto acento británico acerca de nosotros, los aspirantes a gladiadores, y de lo que hacíamos allí.

Explicaba nuestra condición de esclavos con un tono que pretendía despertar compasión y pena en los telespectadores. El morbo que tenía todo aquello para la gente del primer mundo era considerable. Yo recordaba ese canal, GladiatorOne, en el que emitían reportajes, entrevistas, noticias y combates del mundo de la lucha clásica, así como películas donde se hubiera tratado esta temática, que debían de ser unas ocho o algo así. También había una serie sobre la vida de un gladiador de lucha clásica en los años veinte, cuando la cosa acababa de empezar. Se grababa en Corea del Sur y tanto los actores como el resto del equipo residían en Asia y tenían escasos conocimientos acerca del auténtico mundo de la lucha clásica, dado que, a fin de cuentas, eran actores que, tras simular que morían en un combate, se

quitaban el maquillaje y regresaban a sus camerinos a darse un baño de agua caliente con aceite y sales.

Casi nadie en Capua seguía la serie. Si veíamos algún episodio, no era con el fin de entretenernos, sino con el de encontrar incongruencias. Lo que, en cierto modo, también era otra manera de pasar el rato.

Recuerdo la primera vez que oí hablar de esa serie. Fue en casa de Samuel; su madre estaba enganchada y era una auténtica admiradora del actor protagonista. Cuando me detalló el argumento, me pareció interesante y novedoso.

Regresé rápidamente a la realidad y me concentré en lanzar. A veces me sorprendía evocando los viejos tiempos en Hong Kong, algo que no me gustaba. Deseaba dejar el pasado atrás, superarlo de verdad.

No me entusiasmaba que hubiera un equipo televisivo rondando por la escuela. Era una distracción para todos y, además, detestaba la idea de que el mundo entero conociera el entorno que ahora formaba parte de mi vida, que ahora era mi hogar. Me resultaba violento.

Me pregunté si este reportaje se emitiría en Goldenpark o, como sugirió Samuel, sería censurado. Aquello ya no me parecía una estupidez. Los residentes de Goldenpark —sobre todo, los menores de edad— eran manipulables, crecían sabiendo lo que a sus progenitores les convenía y, puesto que se trataba de una urbanización exclusiva donde las figuras pudientes o públicas escondían a sus bastardos, lo más probable era que casi ninguno de ellos le importase lo más mínimo a sus padres.

Había aprendido mucho sobre el mundo real estando en Capua. Cosas que Canavan jamás quiso contarme, como que todas las personas cuentan con una tarjeta de identificación que se registra en un censo estatal y que te otorga ciertos privilegios únicamente por ser un ciudadano del país en cuestión. En Hong Kong, concretamente, yo podría haber tenido la oportunidad de hacer mil y una cosas: ir a parques de atracciones, viajar, asistir a un colegio público y aprender con otros niños, contar con la protección social del gobierno para defenderme frente a mi padre y juzgarle por lo que me había hecho...

Pero Canavan no nos permitió hacernos esa identificación porque no le convenía. De haberla tenido, tanto el asesinato de mi madre como mi desaparición hubieran concernido a las autoridades de la ciudad.

No entendía cómo era posible que ocurriese algo así. La existencia de lugares como Goldenpark no era ningún mito, todo el mundo los conocía de oídas. Entonces, ¿por qué nadie hacía nada?

Desde que llegué a la escuela, me desquició no dar con una respuesta coherente. Esas preguntas acribillaron mi cerebro durante mis primeras semanas como esclava. Con doce años, no comprendía que esas urbanizaciones eran casi intocables porque sus dueños eran los hombres más poderosos del mundo; no sabía que el gobierno recibía dinero por parte de fundaciones como la que mi padre tenía con sus socios con el fin de conseguir lo que querían; ni siquiera sabía lo que significaba *soborno*.

Pero ahora, con quince años, mi visión del mundo era muy diferente. Lo que me estaba tocando vivir, todo lo que estaba aprendiendo, las historias que habían llegado a mis oídos de boca de mis compañeros... Estaba comenzando a vislumbrar el lado más turbio y retorcido de las cosas.

Por fin, el día dio paso a la noche. Hice mi hora extra de entrenamiento y me dirigí a las dependencias. Una vez en mi celda, me dejé caer en el camastro y cerré los ojos. En esos momentos de soledad, cuando no se oía nada y los párpados me impedían ver más allá de mi subconsciente, yo tenía la maravillosa y extraordinaria sensación de que nada en mi vida era auténtico. De que se trataba de un sueño. Casi estaba convencida de que, al abrir los ojos de nuevo, vería el techo blanco y las paredes coloreadas de mi habitación en Goldenpark.

Mi consola emitió un pitido y vibró. Todavía con los ojos cerrados, la extraje y, ahogando un bostezo, miré la pantalla.

El comunicado que vi me heló la sangre.

Faith Gómez, se te convoca para la prueba final en el Complejo 55 mañana a las 11:00 h. La Escuela de Gladiadores de Hydrus considera que ya estás preparada para federarte.

Atentamente,
Dirección

Aquella mañana, me levanté temprano. No había dormido más de cinco horas, pero ya me había acostumbrado a no descansar más de lo necesario. Además, había pasado la noche dando vueltas a la prueba y otras cuestiones, como la presencia del equipo televisivo que rondaba por la escuela a la espera de capturar escenas cotidianas para nosotros y extraordinarias para ellos, momentos de nuestra vida que enseñar al mundo como un espectáculo, como algo irreal. ¿Qué pensarían mis conocidos si me vieran ahora? ¿Y qué opinaría Canavan si descubriera en lo que me había convertido? Si era listo, se sentiría amenazado.

Y eso me había conducido a otra idea: si mi madre pudiese verme, ¿qué pensaría de mí? Ella era una persona noble y la idea de herir o perjudicar a los demás le espantaba. En unas semanas, yo me convertiría en una asesina o moriría en el intento. Fuera cual fuera el resultado de la prueba, solo había dos alternativas: muerte o muerte. Sabía que a ella no le gustaría... Y, aun así, ansiaba que pudiese verme.

Su fe cristiana siempre le indujo a pensar que había algo más allá de la muerte y yo deseaba creerlo, pero no era capaz. Jamás logré entender cómo se podía creer en algo tan intangible e improbable... Sin embargo, a ella parecía ayudarle. Quizá viviese engañada, pero ¿y si eso carecía de importancia? En medio de mi insomnio, se me pasó por la cabeza que había que priorizar lo que uno hacía cuando tenía fe, no el motivo por el que la tenía.

Me hubiera gustado debatirlo con mi madre. Ella me hubiera aportado un punto de vista distinto. Pero ya no estaba y no había ningún sitio al que pudiera ir para recordar su rostro y llevarle flores o alguna carta.

Por fin, tras varios intentos, me dormí con un nudo en la garganta.

A primera hora, bajé a la piscina e hice unos cuantos largos. De vuelta en mi celda, me puse la ropa con la que iba a luchar: deportivas, mallas y una camiseta de tirantes. Prefería las prendas cómodas que permitían una mayor flexibilidad. Una vez en el Complejo 55, quizás optara por añadir una armadura de pecho o algo parecido. Allí había un vestidor con prendas de

combate, aunque yo nunca había podido indagar en su interior porque el procedimiento de las evaluaciones semestrales era distinto al de la prueba final. Me recogí el pelo en un moño bajo y fui al comedor.

Apenas había gente. Por supuesto, los aspirantes no solían madrugar demasiado los domingos. Al fin y al cabo, dormir sin tener una hora a la que levantarse era un lujo al que pocos renunciaban. Por el contrario, a mí me resultaba agradable bajar al gimnasio cuando no había nadie. La soledad ofrecía un extraño consuelo.

¿Qué armas me convendría usar contra *Roger*?, cavilé mientras desayunaba. Y ¿debía anunciar la noticia a mis amigos? Una parte de mí sí deseaba que fueran a verme, pero a la otra le tentaba la idea de combatir sin ninguna clase de presión social, sabiendo que solo estaría pendiente de mí la junta directiva.

Pero pensar de ese modo era erróneo. Cuando me encontrara en la arena, en la auténtica, frente a un contrincante humano, los espectadores serían muchos: los que me observarían por una pantalla de televisión y los que lo harían desde las gradas.

Saqué la consola de mi riñonera y acaricié sus teclas con incertidumbre. Una idea descabellada bailaba en mi mente y aún no sabía si llevarla a cabo o no.

Finalmente, me decidí.

Escribí un mensaje hablando de mi prueba final y de la hora a la que sería, explicando que podía acudir quien quisiera, que lo consideraría un apoyo. Cuando terminé, lo envié a mis amigos y a otras cien consolas aleatorias.

Lo de considerarlo un apoyo no era del todo cierto. La asistencia de mis compañeros no afectaría para nada mi efectividad en la arena. Lo que hiciera en la lucha dependía exclusivamente de mí. Pero creí conveniente explicar algo más acerca de ese mensaje para no parecerles una vanidosa dispuesta a proclamar de antemano su victoria. Sencillamente, cuanto más público hubiera, más real parecería el combate.

Aún faltaba una hora y media y yo no tenía intención de moverme de mi celda. Pasé varios minutos pensando en los momentos vividos en Capua, en todo lo que había aprendido y en lo mucho que había cambiado.

Súbitamente, una voz electrónica me indicó por el altavoz de mi habitación que había alguien fuera solicitando la entrada. Pulsé el botón de apertura y me topé cara a cara con Cliff. Su ropa y pelo revueltos denotaban que estaba alterado.

—¿Te han llamado para la prueba? —exclamó nada más verme—. ¿Por qué no me lo dijiste al enterarte?

Me encogí de hombros.

—¿Qué hubiera cambiado si lo hubieses sabido? Te lo he dicho ahora. ¿Irás a verme?

—No quiero que te vayas —farfulló.

—¿Y desde cuándo importa lo que nosotros queramos?

—Pero solo llevas tres años de entrenamiento... No creo que estés preparada.

Debo admitir que sus palabras me dolieron más de lo que esperaba que pudiera afectarme la opinión de alguien a quien probablemente perdería de vista en unos días.

Me sentí arder de rabia.

—Pero ¡qué sabrás tú de mi preparación! —mascullé, furiosa—. Creo que te supero en casi todos los ámbitos.

Él parpadeó, perplejo. No esperaba una reacción tan ofendida por mi parte.

—Eres buena, pero yo tampoco es que me esté esforzando al máximo. No creas conocerme.

—En ese caso, eres más idiota de lo que pensaba. Uno debe esforzarse cuanto pueda.

—Algunos no queremos abandonar Capua tan rápido.

—¿Tienes miedo?

Él apretó la mandíbula.

—Echaría de menos todo esto. Te añoraría a ti.

—No me digas que has bajado tu rendimiento por estar más tiempo a mi lado. —Reprimí una carcajada incrédula.

—Pues tal vez. Si hubiera competido con mi nivel real, ya hace tiempo que estaría federado. Pero no es necesario correr si sabes lo que nos espera fuera.

—No, no sé lo que nos espera. Puede que muchos años de lucha y lucha, tal vez la muerte... o la libertad. Eso nunca se sabe.

—¡La libertad! —Se rio—. Somos esclavos, Faith. La libertad no está a nuestro alcance.

—No voy a resignarme. Hoy pelearé, venceré y saldré de aquí. Estaré un paso más cerca de ser libre.

—No es cierto.

—Lo es.

Observé el brillo intenso de sus ojos azules. No me creía lo que acababa de oír. Conocía bien sus limitaciones. Era bueno, pero no mejor que yo. Poseía la ventaja de la experiencia; llevaba más tiempo adiestrándose, pero no se había esforzado ni la mitad.

Yo tenía un propósito y para cumplirlo era primordial superar todos los combates, sobrevivir hasta que consiguiera obtener mi libertad. Por eso había trabajado tanto.

—Tengo que irme —anuncié, y le aparté con el hombro.

Me retuvo agarrándome la muñeca.

—Ten cuidado.

—¿Vendrás a verme? —insistí incisivamente.

El asomo de una alicaída sonrisa curvó sus labios.

—Claro.

En cuanto me dejé caer por las salas comunes, todo el mundo me acribilló a preguntas. A casi todos mis compañeros les sorprendía que me hubieran convocado para la prueba final a tan temprana edad. Ciertamente que no era la primera en federarme con quince años, pero era insólito que lo hiciera con tan solo tres años de preparación a mis espaldas. La mayoría de las personas llegaban a Capua a los diez años, más o menos, y se enfrentaban a la prueba final a los dieciséis. Los que llegaban a edades más tempranas solían hacer la prueba con catorce años.

Pero yo había roto esos esquemas.

Debo reconocer que me perturbó bastante que se asombraran. ¿Tan extraña les resultaba la idea de que me federase? ¿No me creían capaz de ello? Me agotaba oír todas sus opiniones. Elka me deseó mucha suerte, aunque añadió que no la necesitaba, y ese fue el mejor comentario que recibí ese día. Me hubiera gustado ver a Randy; él siempre se mostraba entusiasta ante cualquier situación. Seguro que me hubiera hecho toda clase de preguntas acerca de mis expectativas sobre el futuro, asumiendo que derrotaría a *Roger* sin apenas esforzarme. Pero no lo vi y no quise arriesgarme a buscarlo por toda la escuela, exponiéndome a más preguntas y comentarios.

Cuando llegó la hora, bajé las escaleras subterráneas y me metí en el vagón hacia el Complejo 55. Afortunadamente, dentro no había nadie.

Dejé que pasaran los minutos con la mente absorta en el pasado. Recordé lo emocionada que estaba Kendal cuando le anunciaron que por fin se presentaría. También evoqué la primera prueba que vi: John contra *Roger*.

Elka había superado esa pérdida; ya no se mostraba triste o ido con tanta frecuencia, aunque tenía la impresión de que la muerte de su compañero había trastocado algo en su interior, haciéndolo irreparable.

El metro se detuvo con un chirrido. Me apeé y subí las escaleras que daban a los corredores internos del estadio, donde me dirigí a la sección restringida al público. Las pruebas finales seguían una dinámica tan distinta a la de las evaluaciones semestrales que ni siquiera las salas de preparación eran las mismas.

Abrí la puerta y me vi en una sala cuadrangular, sin ventanas, pero con algunos asientos. Un comunicado auditivo se activó nada más entrar y me instó a avanzar por la puerta de la izquierda y subir las escaleras hasta el palco de los directivos.

¿Ya estaban allí? Su prontitud me contrarió, pero obedecí.

En el palco se hallaba Asma Bij Alar. Había seis sillas y un cristal negro que, imaginaba, se tornaría transparente en cuanto diera comienzo la prueba. Ella estaba revisando unos documentos en una pantalla holográfica proyectada en la pared. La apagó en cuanto se percató de mi presencia.

—Faith —dijo con una sonrisa leve—, qué pronto has llegado. Aún faltan tres cuartos de hora para que dé comienzo el combate.

—Pero se recomienda venir media hora antes. Así que solo me he pasado de quince minutos.

—Tienes razón —asintió, aún sonriendo tibiamente—. Bien, cuéntame cómo te sientes. —Fruncí el ceño y la miré, indecisa—. Sí, dime si tienes miedo, si estás segura de ti misma...

—No sé. No siento nada destacable.

—¿Ni siquiera impaciencia?

Impaciencia... Sí, quizá hubiera algo de impaciencia. Sabía que la oportunidad llegaría tarde o temprano y que pensar en ello haría que tuviese la sensación de que las cosas transcurrían a un ritmo más lento, así que había preferido recrearme en todos los momentos de esa mañana y distraerme con cualquier cosa. Pero en el fondo tenía ganas de estar en la arena frente a *Roger*.

—Un poco —admití al final.

—¿Te apetece pasar a la siguiente fase?

—¿A la de... combatir de verdad?

—Sí.

Permanecí callada unos instantes.

—Sé que voy a tener que hacerlo, pero no lo deseo como lo hacen algunos de mis compañeros.

—Para muchos, ser gladiador es un honor. Supongo que sabes que no todos los combatientes son esclavos ni mucho menos. Hay personas que luchan impelidas por una pasión y un ansia de gloria que no tienen cabida en lugares como Hong Kong.

—Sí, lo sé. Soy consciente de que algunas personas se sienten afortunadas por estar en esta escuela y recibir el mejor adiestramiento... Pero ese no es mi caso. Y aunque esté dispuesta a matar, jamás respetaré a quienes apoyan la lucha clásica. Obligar a dos personas a herirse es demencial. —Me crucé de brazos—. Sí, el declive de Occidente se caracteriza por consecuencias como esta: televisar una pelea a muerte y usar el morbo para publicitar a las mismas empresas que nos obligan a combatir. No es muy ético, ¿verdad?

—La ética solo existe en los lugares donde nadie debe luchar por sobrevivir cada día.

Fruncí los labios.

—Eso no debería ser así.

—¿Y no quieres hacer nada por cambiarlo? ¿Te resignas a hacer lo que te mandan solo porque te sientes amenazada?

No me gustó su tono de voz y tampoco lo que estaba insinuando.

—Me temo que solo tengo quince años y, además, hay un asunto personal que deseo llevar a cabo y para el que necesito estar viva. Se trata de algo que me importa más que el rescate de Occidente y sus gentes.

—Oh, comprendo.

Su tono condescendiente me enervaba. Por supuesto que me disgustaba la situación que se vivía en la vieja Europa y en el continente americano, pero ya tenía bastante con mi propio sufrimiento y no contaba con tiempo ni con ganas de pensar en cómo solucionar las injusticias del mundo.

—¿A qué viene todo esto? —espeté.

Me sentí absurdamente complacida cuando su sonrisa flaqueó.

—A que creo que tienes potencial para muchas cosas, Faith. Te lo digo de verdad.

—Solo soy una huérfana que ha acabado siendo esclava. —Mis palabras sonaban amargas, pero no podía contenerlas.

—Sabes que eso no es cierto. Conozco bien tu mente; en el departamento de psicología, invertimos años en el estudio de todos los aspirantes de la escuela. Y tú no has sido una excepción.

Entendía a lo que se refería. Al margen de los entrenamientos físicos habituales, la escuela también nos sometía a diversas pruebas mentales. Eran evaluaciones que se celebraban un par de veces al año.

—Tus resultados nos demuestran muchas cosas —prosiguió la señorita Bij Alar—; por ejemplo, que tienes una memoria excelente, predisposición para aprender, arrojo, cierta naturaleza violenta, empatía con lo que te rodea, constancia... Todo eso te ayudará en las batallas, pero no son tus únicas virtudes. También sé que eres justa, benévola.

Lo último me produjo rechazo.

—Dudo mucho que eso pueda saberse mediante pruebas mentales.

—¿Tanto te sorprendería? Se aprende mucho de una persona por su forma de reaccionar en diversas situaciones.

No supe qué responder, si bien algo en mi interior se rebelaba contra lo que decía.

—En cualquier caso, creo que no puedo permitirme ser buena.

—Ah, pero lo eres —objetó.

No era cierto. En mí solo había resentimiento, añoranza y pena. En mis sueños, venganza. Yo no era mala, pero tampoco buena.

—¿Es necesario hablar de esto? —pregunté, con la esperanza de zanjar el tema.

Justo en ese instante, se abrió una puerta de un lateral y entraron cinco instructores, entre ellos el director McBride y Keron, que me echó un vistazo con expresión seria.

—Oh —murmuró el director al verme—, una aspirante puntual, ¡menuda sorpresa!

—Acaba de entrar —dijo Asma. Yo ya llevaba varios minutos allí, pero no hice nada por exponer su mentira.

—¿Estás preparada, muchacha? —me preguntó Keron.

—Sí.

—Bueno, ya sabes cómo va esto, pero tenemos la obligación de decírtelo de todos modos: lucharás contra un androide creado con el único fin de combatir contra los alumnos. El robot, comúnmente conocido como *Roger*, está programado para actuar como un gladiador humano cualquiera. ¿Lo has entendido?

—Sí.

—Bien —intervino el director—. En cuanto al material que usarás para enfrentarte a él, se compondrá de armas escogidas libremente por ti de nuestro arsenal colocado junto al vestuario. La pelea es a muerte. Si vences a *Roger*,

sabrás que lo has hecho porque ya no se moverá y habrá simulado su muerte. Además, sus ojos se apagarán.

—Nosotros te evaluaremos desde aquí —apuntó entonces Asma—. ¿Alguna pregunta?

—¿Para qué necesito una evaluación? Si gano, ya está, ¿no? No se me puede denegar la federación.

—Correcto —coincidió McBride—, pero las cosas no son tan sencillas. Es un último estudio que te hacemos antes de decidir qué clase de carrera seguirás una vez que pelees como profesional. —Carraspeó con cierta impaciencia, como si quisiera zanjar ya la cuestión—. Tu lanista elegirá tus combates basándose en los informes que haremos de ti. A su vez, estos se nutrirán de todas las evaluaciones que has superado en la escuela.

Hydrus lo tenía todo controlado. Se movía por la estadística, por la matemática. No arriesgaba. Al menos, no demasiado. Los lanistas conocían a sus gladiadores al milímetro y tenían claro el alcance de sus limitaciones y habilidades. Con frecuencia, las ligas de lucha clásica contactaban con los lanistas para arreglar combates en sus estadios, pero ellos podían rechazar esas ofertas. Aun así, si los combatientes tenían un palmarés semejante, negar un combate se consideraba de muy mal gusto. La afición no lo aceptaba de buena gana.

—Ahora ve al arsenal, junto al vestuario, y espera órdenes —concluyó McBride.

Asentí y me perdí escaleras abajo.

El arsenal era muy espacioso y había toda clase de armas: espadas, sables curvos, dagas, cuchillos largos, navajas, arcos, hachas, látigos, ballestas, mazas, manguales, redes, lanzas... Yo las dominaba todas, pero obviamente con algunas no me sentía tan cómoda. También había un armario con ropa para luchar. La que llevaba era cómoda, pero quizá fuera conveniente optar por alguna prenda para protegerme. Me puse una armadura de pecho que me cubría la piel desde las costillas hasta la clavícula. Aquello me restaba mucha movilidad, pero creí prudente emplearla.

Ahora debía escoger las armas. Los cuchillos eran una buena alternativa, ya que los lanzaba con bastante precisión, así que me los coloqué en las piernas, sujetos con sus respectivas fundas y cintas. Luego me envainé dos espadas a ambos lados de la cadera y me colgué la ballesta a la espalda, cargada con un virote. No me iba a poner un carcaj porque mi movilidad ya era demasiado limitada para mi gusto.

Moví las articulaciones varias veces para asegurarme de que nada me rozaba e hice prácticas con los cuchillos para calcular lo rápido que era capaz de extraerlos de sus fundas. Luego, tras hacer algunos ajustes para mejorar mi atuendo y mi efectividad en combate, cerré los ojos y respiré hondo. Estaba lista.

Me senté en un banquillo del vestuario y esperé. De repente, se proyectó una imagen en 3D en toda la estancia. Se trataba de una imagen de la arena y de las gradas, donde la gente empezaba a amontonarse. No creo que hubiera más de ciento cincuenta personas, pero a mí me parecieron muchísimas. Jamás había visto que el Complejo 55 estuviera tan repleto de gente.

—El combate dará comienzo en cinco minutos. Por favor, que la aspirante seleccionada para combatir se prepare —anunció una voz.

Y entonces unas flechas verdes iluminaron el suelo y parpadearon con insistencia para que las siguiera. A continuación, formaron un círculo en el suelo, que se abrió como si fuera una espiral. No me había percatado de que ahí hubiese una puerta, pero ahora tenía que cruzarla.

Me sorprendió toparme con Keron esperándome en un túnel metalizado con luces blancas sobre nuestras cabezas. Al verme, enarcó las cejas.

—Desde luego, si fallas, no será por falta de armas —comentó con tono seco.

—No pienso fallar —repliqué mientras echábamos a andar.

—Creí que tendrías mucha más confianza en ti misma.

—Y la tengo.

—No has querido dejar nada al azar —observó, mirándome de reojo—. Apenas te veo entre tanta hoja afilada.

—Es mi vida lo que está en juego.

—Peleas contra un androide. —Se detuvo frente a una enorme puerta automática situada en uno de los laterales de la arena—. Estás lista. De lo contrario, no te habríamos convocado hoy. —¿Era amabilidad lo que teñía su expresión?

Suspiré.

—Lo sé.

—En ese caso, solo te resta esperar a que se abran estas puertas. Una vez que las cruces, haz lo que mejor sabes hacer. —Me dio la espalda y se adentró en la oscuridad del pasillo.

Aguardé. Fueron unos segundos que se me hicieron eternos.

Entonces, la puerta se abrió y un destello me cegó momentáneamente. En cuanto me acostumbré a la luminosidad del escenario, salí de allí. No veía

nada, salvo la superficie de arena, los focos que nos alumbraban desde lo alto y a mi oponente, *Roger*.

Lo demás estaba sumido en la más absoluta negrura. Si no fuera porque sabía que había gradas a nuestro alrededor, jamás hubiera dicho que estaban ahí.

En ese momento, la voz del director llegó a mis oídos y retumbó por todo el estadio:

—Faith Gómez, la junta directiva de la Escuela de Gladiadores de Hydrus quiere desearte buena suerte.

En la arena se proyectó la cuenta atrás. Cada vez que el número cambiaba, oía un pitido agudo y cortante.

5...

4...

3...

2...

1.

Y comenzamos.

Avancé unos cuantos pasos mientras hacía un recuento rápido de las armas con las que contaba *Roger*, y me dio la sensación de que él hacía lo mismo. Llevaba un látigo, una espada común y una ballesta.

Con sumo cuidado y sin dejar de mirarle a las dos luces titilantes que tenía por ojos, extraje un cuchillo que tenía colocado en la funda del muslo y lo empuñé a conciencia. Me percaté de que él hacía lo propio con su látigo.

Eso me activó.

A toda velocidad, lo alcé apuntándole a la frente; sin embargo, un segundo antes de que la daga saliese despedida de mi mano, su látigo se desplegó y se aferró alrededor de mi muñeca, por lo que el cuchillo no fue catapultado con la potencia que pretendía y cayó al suelo, a medio metro de mi oponente.

Estiré la mano que tenía apresada y tensé el látigo, con la izquierda extraje otro cuchillo y corté la cuerda de un solo golpe. Todo sucedió tan deprisa que quien hubiera pestañeado se lo habría perdido.

Enfundé la daga de nuevo. Al mismo tiempo, desenvainé las espadas con la mano contraria. Muchos allí éramos ambidiestros en lo que a espadas se refería y, aunque me sentía más segura con la mano derecha, manejar un acero con la izquierda era algo que no me suponía demasiados problemas.

Me lancé hacia *Roger*, que extrajo su propio filo, y le asesté una estocada. Él me detuvo con la suya y aprovechó para intentar clavarme un codo en el

vientre, pero logré apartarme a tiempo. El veloz movimiento me hizo trastabillar, pero conseguí recuperar el equilibrio y sortear un mandoble.

Era sorprendente lo bien que podía manejar la situación. Es decir, no era la primera vez que esgrimía una espada y combatía contra alguien, pero sí era la primera que lo hacía totalmente en serio, consciente de que el peligro era real. Era capaz de reaccionar a sus movimientos, de evitar que me hiriese. La adrenalina recorría mi cuerpo y, por un instante, sentí que disfrutaba.

Al principio, no me pareció que contar con una espada de más me confiriera ventaja alguna, pero tras un minuto de lucha constaté que así era: le estaba forzando a retroceder, a estar más pendiente de mis movimientos que de los suyos; llegaría un momento en que perdiera terreno.

Y ese momento llegó.

En un arrebato de fiereza, corté la trayectoria de su acero con mi espada y con la que asía en la mano izquierda le ataqué el pecho, que había dejado desprotegido. La hoja se hundió en su piel artificial y las luces de sus ojos se apagaron. Cayó al suelo con estrépito.

Solo entonces me di cuenta de lo acelerada que tenía la respiración. Dejé caer los brazos y relajé los músculos de la espalda y los hombros.

Había vencido.

Había pasado la prueba final.

Oí los aplausos y, luego, el fondo negro que había estado limitando la arena se tornó claro y vi las gradas al otro lado del cristal, con mis compañeros vitoreándome.

—Faith Gómez —dijo el director a través del altavoz—, has superado la prueba final. Así pues, esta tarde se efectuará tu nombramiento como gladiadora federada y se te darán instrucciones sobre cómo iniciar tu carrera profesional. La Escuela de Gladiadores de Hydrus te da la enhorabuena.

Tragué saliva y sonreí, sintiendo alegría; alegría de verdad.

Una sensación que casi había olvidado.

Por la tarde, tras recibir elogios y felicitaciones de mis compañeros y pasar unas horas comentando el combate con algunos de ellos, me reuní con el director en su despacho:

—Como ya sabes, debemos asignarte un lanista —dijo—. Y, desde luego, los gladiadores de Hydrus viajan por equipos. Es decir, compartirás a tu lanista con otros dos o tres compañeros, ¿entiendes?

—Sí.

—Nunca combatirás contra ellos, viajaréis juntos, os entrenaréis juntos... Porque tu periodo de adiestramiento no ha terminado. Un gladiador jamás deja de entrenarse. En fin, ya sé que te haces una idea de cómo funciona todo y, en cuanto a las cosas que no tienes muy claras, irás viéndolas poco a poco.

—¿Quién será mi lanista?

—Keron.

Aquello sí que no me lo esperaba.

—¿Mi instructor?

—Así es. Keron ya fue lanista hace unos años, y ahora deseamos que lo sea de nuevo. Cuando ya no quede nadie de su equipo, regresará a la escuela y se dedicará a la enseñanza hasta que se le vuelva a convocar o lo solicite él mismo.

No me gustó ni un pelo eso de «cuando ya no quede nadie de su equipo», pero luego me reprimí por ser tan sensible. Debía tener muy claro cuál era la realidad. Sabía que casi todos los aspirantes a gladiadores que había en Capua morirían en los próximos diez años, siendo optimistas, y los comentarios referentes a eso no debían llamarme la atención ni perturbarme.

—¿Cuándo partiremos?

—El próximo viernes, si tu compañero Elka Ainsworth supera la prueba a la que se someterá en una hora.

—¿Cómo? ¿Elka combate hoy para la prueba final?

—Así es. Aunque, si él no os lo ha contado, me figuro que no querría que lo supierais.

—Supongo.

Aquello no me hizo ninguna gracia. Había llegado a apreciar mucho a Elka y, teniendo en cuenta el trauma que le provocó presenciar la muerte de su amigo, no debía de resultarle sencillo adentrarse en la arena y esforzarse por mantener la sangre fría. Por eso decidí que tenía que ir a verle sin informarle de que estaría allí. Al salir del despacho de McBride, cogí el metro y regresé al Complejo 55. Había procurado que nadie me siguiera o me prestara atención —cosa que no fue nada fácil, dado el revuelo que mi prueba había causado y lo impacientes que estaban algunos por hablar conmigo—, así que, cuando me senté en una de las sillas de las gradas, supe que estaría sola. Y en ese momento me acordé de que había quedado con Cliff en mi celda, pero me dio igual faltar a la cita. Aquello no era tan importante. Además, él se había mostrado alegre por mi victoria, pero no tanto como cabría esperar, y eso me molestó. A pesar de los momentos compartidos, sabía que no le añoraría más que a cualquier otro.

Llegué a las gradas y aguardé, entreteniéndome con mi consola hasta que se apagaron las luces.

El combate empezó del mismo modo que el mío y que todos: la entrada de los combatientes, la charla de McBride, la cuenta atrás... Me resultaba extraño pensar que apenas unas horas atrás había sido yo la protagonista de semejante espectáculo. Ahora veía el combate con otros ojos, desde la perspectiva de la experiencia.

Elka se manejó muy bien, mucho mejor de lo que me esperaba, y no requirió de demasiado tiempo para derrotar al androide. Su victoria significaba algo más: a partir de ahora, éramos compañeros de equipo.

Al terminar, paseó la vista por las gradas distraídamente y la detuvo en mí. Pareció confuso, pero luego esbozó una sonrisa que de inmediato le devolví.

Me sentí arropada y reconfortada al saber que habría alguien de confianza con quien poder compartir todas las cosas terribles que íbamos a vivir.

Nuestros amigos nos felicitaron cuando les contamos que llevaríamos nuestra carrera de gladiadores en conjunto. Los dos nos sentíamos cómodos con la idea, y durante esos cinco días previos al viaje que haríamos a Roma, donde tendría lugar un torneo de lucha clásica al que asistiríamos como espectadores, nos acercamos más. Aunque ambos habíamos oído rumores en boca de otros, preferimos confiarnos nuestras historias.

Elka se crio en un orfanato texano hasta los nueve años, cuando un trabajador de Hydrus efectuó su adopción para enviarlo a Capua; es decir, que su supuesto padre adoptivo no era más que un intermediario de la poderosa compañía asiática.

A mí me pareció curioso, pero no me extrañé tanto como él cuando le hablé de mi pasado. Me preguntó toda clase de cosas acerca de cómo se vivía en Oriente y hasta qué punto la lucha clásica allí era ilegal. Yo resolví encantada sus dudas sobre el estilo de vida de las personas pudientes, pero no pude reprimir una punzada de nostalgia en el pecho cada vez que rememoraba algo.

El jueves nos tocó despedirnos de todo el mundo. No fue demasiado duro porque ya estábamos acostumbrados a las separaciones, pero sentí cierta tristeza al ver qué pocos amigos se quedarían en Capua, en comparación con los que éramos cuando llegué.

El viernes, nos subimos a un barco en dirección a Roma junto con otro compañero, Alpha Heinemann, que era el mayor de los tres, pues tenía diecisiete años. Durante nuestro periodo en la escuela, no habíamos intimado demasiado con él, así que pasamos los tres juntos el día y medio de trayecto charlando, estudiando combates, viendo la televisión de abordo...

Alpha nos contó que había entrado en Capua a los trece años, que provenía de Polonia y que Hydrus se había hecho con él como pago por las deudas que sus padres tenían con la compañía.

—¿Y no sientes rencor?

Movió la mano en señal de indiferencia.

—No hacia Hydrus, sino hacia mis padres. No entiendo cómo permitieron que nos separasen... ni cómo pudieron llegar a ese extremo sabiendo de lo que Hydrus era capaz.

Su respuesta me extrañó. Yo sería incapaz de odiar a mi madre por haber indagado en los asuntos de Canavan, que al final era lo que me había llevado a esa situación. Sé que, si no lo hubiera hecho, las dos seguiríamos aún en Goldenpark y las cosas serían diferentes, pero actuó como mejor supo.

Aunque, claro, la habían asesinado. Si siguiera viva y permaneciese en Hong Kong sin hacer nada para sacarme de Capua, quizá sí que hubiera experimentado alguna clase de resentimiento.

Sin embargo, esas situaciones hipotéticas eran irrelevantes. Lo importante era que ella estaba muerta y yo, viva y un paso más cerca de la venganza.

Una vez en Roma, nos alojamos en un hotel céntrico llamado El Morgana, con una placa que rezaba orgullosa que se había inaugurado hacía casi doscientos años. No era de siete estrellas, pero a mí me pareció bonito. Tenía una habitación para mí sola, mientras que Elka y Alpha la compartían. Ventajas de ser mujer en un mundo de hombres... o más bien consuelos.

Cualquiera de mis conocidas de Goldenpark se hubiera quejado por esa habitación estrecha y sin la avanzada tecnología doméstica con la que nos habíamos criado, pero, después de tres años viviendo en una mísera y pobre celda, aquello me pareció todo un lujo. Tenía una cama de matrimonio, mesillas auxiliares, una televisión con Internet y aseo propio donde podría darme un buen baño caliente. La última vez que disfruté de uno también fue en un hotel de la vieja Europa. Allí, conecté el televisor y vi una película romanticona, pero con pinceladas cómicas que se ambientaba en el París de finales del siglo XIX.

Una eternidad parecía haber transcurrido desde aquella sosegada tarde en Suiza.

Keron nos dio el resto del día libre para que hiciéramos lo que quisiéramos, siempre y cuando estuviéramos en nuestras habitaciones a la mañana siguiente.

—Recordad —nos dijo seriamente—, si tardáis más de lo necesario, me veré obligado a comunicárselo a la central y ellos verán qué hacer... —Alargó la última palabra y le sucedió un silencio muy expresivo que nos recordó el chip que llevábamos y lo fácil que sería detonarlo si la situación lo requiriese.

Asentimos. A esas alturas, la existencia del chip no era ningún secreto y éramos plenamente conscientes de lo útiles que podían ser para nuestros dueños. Aparte de para localizarnos, claro. Para Hydrus solo éramos números, cifras que nosotros ignorábamos. Los propios trabajadores de la compañía no tenían ningún reparo en recordárnoslo cuando lo creían conveniente.

Así que ahora me encontraba en mi habitación con un dilema martilleándome la cabeza: podía quedarme en el hotel y relajarme o salir a inspeccionar la ciudad.

Al final, opté por relajarme. Al fin y al cabo, íbamos a pasar unos cuantos días en la capital italiana y ahora mismo me tentaba más descansar. Me di un largo baño caliente, pedí la cena por teléfono y la engullí con avidez, envuelta entre las sábanas y sin saber muy bien qué hacer. Me entretuve observando los objetos que me rodeaban. El viejo continente no gozaba de la sofisticada tecnología de Asia u Oceanía y, cada vez que lo constataba, me producía un efecto extraño, pues daba la impresión de que aquellos países hubieran retrocedido en el tiempo o, simplemente, no hubieran avanzado jamás. Las casas, los coches e incluso la moda eran totalmente distintos a lo que podía encontrarse en el primer mundo. Ese aspecto me recordaba a las corrientes culturales que azotaron Occidente durante la primera mitad del siglo **XXI**, y probablemente se nutrieran de ellas, dado que fue entonces cuando aparecieron los primeros síntomas del declive. Aquellos tiempos se congelaron para siempre en la memoria colectiva de la sociedad europea.

Y algunas costumbres permanecían, referencias a aquellos tiempos en los que todo empezó a ir tan deprisa. En algún documental había visto, por ejemplo, los teléfonos que se usaban en 1970. Eran grandes, aparatosos, con un cable y un sistema de rotación manual para marcar los números. Los de mi tiempo, en cambio, eran pantallas holográficas o de cristal táctil que contaban con diversas funciones, tanto auditivas como visuales. Al compararlos físicamente, no se descubriría ninguna semejanza y para una persona no familiarizada con ellos sería casi absurdo pensar que se trataba de lo mismo. Pero lo eran, pues su función era idéntica. Por eso seguíamos llamándolo «teléfono». E igual con casi todos los objetos de la vida cotidiana, como los coches; en Asia ya no precisaban de ruedas para moverse, sino que se valían de un sofisticado sistema de propulsión. Pero comúnmente seguíamos llamándolos «coches».

Mi madre solía hablarme de esas cuestiones a menudo y a mí siempre me habían interesado. Ahora, con todo lo que me estaba pasando, apenas tenía tiempo para reflexionar al respecto. Es más, con cierta tristeza, reparé en que ahora me parecían triviales. ¿Qué importaba el resto de la sociedad? ¿Qué importaba cómo hubieran sido antes las cosas? ¿Hasta qué punto era necesario indagar en el mundo y su funcionamiento? La vida era fugaz y precaria. Al menos, la mía.

Y, sin embargo, no podía dejar de sentir interés por la historia. Conocer el pasado te ayudaba a comprender el presente. Veías mucho más que lo que la vida te mostraba.

Me deshice de todos esos pensamientos y encendí el televisor.

Hice *zapping* con la esperanza de encontrar algún programa medianamente interesante... Estaban emitiendo una película de época, ambientada en la ya desaparecida Venecia. Hacía ya varias décadas que aquella ciudad había sido engullida por el mar, cuyo nivel había aumentado considerablemente en los últimos tiempos, como si la naturaleza se hubiera rebelado contra el ser humano. Cuando aún no había revisado ni una cuarta parte de los canales que había, me topé con un programa infantil que veía de pequeña. Fue una tentación demasiado grande. Mis conocimientos de italiano eran más que nulos, así que quité el doblaje y lo dejé en versión original, en chino cantonés. Aquella lengua me hizo evocar viejos tiempos.

En ocasiones me costaba creer que aquella época hubiera pasado. Saber que jamás volvería era insoportable, pero al mismo tiempo me decía que algunas cosas habían sido para bien. De pequeña, era una niña irritable, fácil de provocar... Muy pasional. Tendía a exagerar todo lo que sentía. Ahora no me gustaba exteriorizar mis emociones, había pocas cosas que me molestaran de verdad y, cuando me veía forzada a rebatir a alguien, lo hacía con cautela... o eso intentaba. Y ¿cómo se podía querer volver al pasado de una persona que ya no existía?

Cuando empezaba a cabecear a causa del sueño, apagué la tele y me acosté. Estar allí era como reposar entre nubes, sin preocupaciones, algo ya ajeno a mí.

Fue la luz del sol lo que me hizo abrir los ojos y despertarme del todo con cierta pereza. Ya eran las once.

En una hora, Keron estaría reclamando mi presencia y debía estar lista. Me puse unos pantalones negros, una camisa vaquera y me dejé el pelo suelto. Hacía tanto que no vestía de una manera informal que me resultó extraño.

A las doce y cuarto, ya íbamos en metro al estadio donde tendría lugar un combate. Las calles de Roma me habían sorprendido mucho. El contraste entre modernos rascacielos y viejas construcciones resultaba curioso, y varios dispositivos y naves teledirigidas surcaban el cielo incesantemente. Algunos debían de ser cámaras de seguridad pertenecientes a alguna comisaría cercana. Las naves probablemente fueran del departamento de Correos que se

encargaba de las compras por Internet, y también había otras con logotipos de grandes empresas que transportaban mercancía.

Muchas casas estaban derruidas o abandonadas y las aceras, sucias. La mayoría de la gente vestía de un modo desfasado, pero algunos ofrecían una apariencia tan llamativa que generaba una pintoresca mezcolanza de vestimentas. Me sorprendió ver la cantidad de niños pobres que pedían limosna en las esquinas. Aquello era algo insólito en Asia, y mucho más en Hong Kong, por lo que recordaba de la única vez que salí y de los vídeos que veía en casa.

No obstante, había algo en lo que Asia no podía competir: la belleza y el arte. Las calles romanas estaban plagadas de esculturas de lo más hermosas. Algunas presentaban un estado deplorable, pero la mayor parte se hallaba en buenas condiciones. La historia que se palpaba en la ciudad era abrumadora. Casi podía ver y sentir el paso milenario de la humanidad en aquellos rincones.

Por fortuna, mi madre fue una gran lectora de novelas y libros históricos sobre la vieja Europa, así que en más de una ocasión me habló de los sucesos más inverosímiles y decisivos. Además, ella sentía cierta debilidad por Roma, concretamente por el Vaticano, que antaño fue un país independiente, pero que dejó de serlo tras el declive del cristianismo. No se esmeró en hacerme comprender su historia ni su papel religioso, sino que se centró más en la cantidad de tesoros que guardaba. Obras de un valor incalculable, literalmente.

Llegamos al estadio y nos colamos en su interior sin necesidad de entradas; a Keron le bastó con mostrar una tarjeta de identificación de Hydrus. La influencia que aquella compañía tenía en Asia era notable, pero nada que ver con el poderío que ostentaba en Occidente.

Nos sentamos en la parte sur de las gradas, en una de las últimas filas del estadio. Se trataba de un recinto circular cubierto, con focos, un cristal curvo e imperceptible que separaba la arena de los espectadores y dos palcos principales donde se acomodarían las personalidades más influyentes de Roma. Podría parecer raro que semejante espectáculo tuviera lugar a la hora de la comida, pero en algunos países ya se había arraigado la costumbre de comer viendo un combate de lucha clásica.

Cada asiento de las gradas fue ocupado por alguien. No había restricción de edad; entre el público se aceptaba tanto a los niños como a los ancianos.

—Uno de los participantes es la Bestia —me susurró Keron al oído—. Tiene dieciocho años y lleva en esto desde los catorce.

—¿Cuántos combates ha librado?

—Casi cincuenta.

—Y su oponente no tiene tanta experiencia —intervino entonces Elka—. Solo lleva ganados once.

—Está acabado —sentenció Alpha.

—No lo sabemos —objeté—, quizá sea un prodigio de la lucha clásica. ¿Cuántos años tiene?

—Dieciséis.

—Acaba de empezar, es normal que lleve pocos combates —dije con convencimiento—. Eso no demuestra nada.

—La Bestia le vencerá —afirmó Alpha con tranquilidad—. Ya lo veréis.

—A lo mejor te equivocas.

Pero resultó que no se equivocaba. Una vez que los vimos el uno frente al otro, supimos que la Bestia contaba con una gran ventaja física: una musculatura demoledora. Todos los gladiadores tenían una fuerza envidiable y una figura fibrosa, pero lo de ese no parecía normal. Miré a Keron, que estaba hablando con un individuo sentado a su derecha y al que ninguno conocíamos.

—¿Creéis que toma anabolizantes? —preguntó Alpha sin apartar los ojos de la arena.

—No. La federación ya se habría enterado —declaro Elka.

—La federación jamás se ha tomado demasiado en serio el dopaje.

—Pero ahora empiezan a hacerlo. ¿Tú qué crees, Faith?

Observé la pantalla que se había desplegado frente a mí.

—Opino que de niño su juguete favorito eran unas mancuernas.

Ambos soltaron una breve risa.

El combate no duró demasiado, por más que el terreno se onduló para hacer caer a la Bestia y que el encuentro estuviera más reñido. Eso daba juego y, así, los espectadores disfrutaban más. En dos ocasiones, mientras los gladiadores luchaban por sobrevivir en el raso de la arena, una proyección holográfica apareció a unos cuantos metros de sus cabezas, frente a todos nosotros. El primero fue un anuncio de Coca-Cola y el segundo, de una cadena de comida basura llamada Rapid Sate.

Un minuto después, la Bestia, que había empleado como arma un hacha, aprovechó un descuido de su enemigo y le cortó la cabeza. La gente estalló en vítores. Un nuevo anuncio se proyectó en el aire, esta vez de una marca de coches que aseguraba haber «patrocinado este espacio».

Mientras esperábamos a que Keron terminara de hablar, las gradas fueron quedándose vacías, con restos de comida y refrescos tirados de cualquier manera entre los asientos. En un rato comenzaría otro combate, pero ese no íbamos a verlo. Por fin, cuando ya nos íbamos, Keron se detuvo a saludar a otro hombre en el corredor que había entre la salida y la tribuna. Vestía elegantemente, con una americana y una camisa sin corbata, y las marcas de expresión de sus labios le dotaban de un aire perpetuamente jocoso.

—Chicos, acercaos —nos dijo Keron, y obedecimos mientras nos señalaba al hombre—. Este es Leonid Primakov, el delegado de Asuntos Paralelos de Hydrus en Roma.

—Encantado. Esperamos que hagáis un buen trabajo. —Esbozó una sonrisa socarrona, y sus palabras salieron en tropel como si las hubiera pronunciado muy a menudo. Luego me miró—. Oh, ¿tú eres la señorita Gómez?

Me sorprendió que me conociera. Iba a responder, pero Keron se me adelantó:

—Sí; una de las mejores adquisiciones de la compañía, sin duda.

—Está claro. También nos reportaría beneficios si fuera una de las chicas de Casanova. —Me hizo alzar el rostro, colocándome el dedo índice en el mentón—. Fíjate qué rasgos. Su tasa hubiera sido alta.

—Pero ya sabes que eso no fue lo que se decidió para ella —repuso Keron en un tono mordaz, y tuve la desconocida pero reconfortante sensación de que estaba protegiéndome.

—Lo sé, lo sé —dijo el señor Primakov, riéndose—. Estaba en el comité que lo discutió. Por cierto, esta noche hay una fiesta que organiza Hydrus en las afueras, en el Club Luna. Convendría que vinieses con tus chicos, Keron.

Él reflexionó unos instantes.

—Supongo que no puedo negarme.

—No, me temo que eso sería muy descortés, y ya sabes cuál es nuestra política...

—Sí, ya, pero como ya sabes que esos protocolos no van conmigo...

Primakov se encogió de hombros con una sonrisa jovial, se despidió y se marchó.

Nos quedamos callados e inmóviles por unos instantes. Cuando nos pusimos en marcha de nuevo, me aproximé a Keron.

—¿Vamos a ir a esa fiesta? —le pregunté en tono confidencial.

—Eso parece.

—¿Por qué? —solté impacientemente—. ¿Por la política de la empresa?

—Me alegra comprobar que no estás sorda —replicó él con sarcasmo.

—¿Qué políticas tiene Hydrus con respecto a las fiestas?

Keron negó con la cabeza e hizo una mueca.

—El señor Malinov adora la amabilidad, el fingido respeto, las sonrisas artificiales y todas esas cosas. Le da igual si el jefe del departamento de Asuntos Paralelos se lleva a matar con el de Asuntos Centrales, lo que no va a consentir es que haya enfrentamientos entre sus empleados... No de cara a personas ajenas a la compañía, al menos. La cortesía entre nosotros es un requisito. Las fiestas que organiza Hydrus son legendarias: aparecen en los medios de comunicación, en las revistas de cotilleos y todas esas porquerías... De vez en cuando, hasta ponen alfombras rojas porque entre sus invitados suele haber personalidades muy distinguidas.

—¿Y cuál es el objetivo de esas fiestas? —inquirió Alpha, que había estado escuchando con atención, igual que Elka.

—Transmitir prosperidad y solidez. De cara a la competencia, es muy importante parecer una empresa superior y despreocupada. Invencible.

—¿Y no lo es? —pregunté yo.

Keron me dio una palmada en la espalda y en sus ojos destelló un brillo de astucia.

—Me temo que ni yo conozco la respuesta, Faith. Y créeme, muchos han tratado de averiguarlo.

Miré al frente mientras nos metíamos en el coche que ahora nos llevaría de vuelta al hotel. ¿Que a quién pertenecía ese coche y por qué estaba allí? Lo desconozco. Un esclavo sencillamente se deja llevar, asume que sus propietarios saben lo que hacen. Esa falta de libertad me resultaba asfixiante. En ocasiones, sentía la tentación de correr y huir a cualquier lugar donde nadie pudiera encontrarme..., pero era eso, una mera tentación.

Al pensar en eso, reflexioné sobre las políticas de la compañía. El tal Malinov era un tipo muy inteligente que sabía cómo pensaba la gente y la manipulaba. Las fiestas no le reportaban más que prestigio y repercusión mediática, igual que los premios. Sí, Hydrus, junto con otras empresas y la Federación de Lucha Clásica, financiaba unos premios que se otorgaban a los mejores gladiadores, los Gladius de Bronce. Tenían forma de espada con la empuñadura hacia arriba y la punta hundida en la base que servía para que pudiera mantenerse en pie. Se concedían cada año a los gladiadores más sobresalientes, más allá de la multinacional a la que pertenecieran.

Para las compañías, era otra forma de aparecer en los medios, de estar siempre en mente de todos. Malinov creía que ese era el verdadero poder: ser

conocido, no tener que presentarte allí adonde vas, ser un pilar de la sociedad porque, en un mundo globalizado donde la gente se comporta como un rebaño de ovejas, lo crucial es tener influencia y estar precedido por una reputación.

Pero lo más curioso era que el padre y jefe de ese imperio que era Hydrus, el señor Malinov, era como una sombra. Nadie sabía nada de él, nadie conocía su nombre de pila. Los más descabellados aseguraban que ni siquiera existía. Otros, que no había un señor Malinov, sino varios, un conjunto de magnates viejos y ricos que se dedicaban a dirigir la empresa desde un despacho en la cúspide.

Aquella teoría era la que más sentido tenía para mí. No creía que una sola persona fuera capaz de dirigir una compañía como aquella, presente en casi todos los países. Pero eso solo era una hipótesis. Antes tampoco creía en la esclavitud, de modo que bien podía tratarse de un solo hombre...

Me pregunté si sería él quien decidía cuándo liberar a un esclavo y cuándo no.

Durante todo el trayecto, había estado observando con un vago interés las calles de Roma. Me costaba asumir que allí, hacía miles de años, hubieran tenido lugar los primeros enfrentamientos de gladiadores. Alguien los inventó, alguien los puso de moda y ya entonces, cuando la vida era tan distinta, había un público ansioso por ver cómo peleaban hasta la muerte. Había una afición que exigía espectáculo y calidad, así como también hombres que procuraban que los juegos siguieran triunfando porque a ellos les reportaban beneficios. Según había leído en mis largas noches de soledad en Capua, los combates de gladiadores eran un reclamo del pueblo romano y una herramienta de los gobernadores para obtener popularidad y ganarse el afecto de su gente. Eran un mero instrumento de la política imperial romana.

Habían pasado dos mil años, pero el panorama actual no era demasiado distinto. Era como si el mundo hubiese retrocedido.

En el siglo XXI era impensable que sucediera algo así. Por aquel entonces, Asia era el continente *desdichado*, donde ocurrían cosas horribles e inhumanas que las gentes del primer mundo rechazaban. Luego, la balanza cambió, y esto era lo que había dejado: horror y crueldad en el viejo continente, riqueza y prosperidad en Asia.

«Tal vez de aquí doscientos años Occidente vuelva a estar a la cabeza del mundo», me dije. Obviamente, la vida no seguía un rumbo fijo ni unas directrices.

En el hotel, Keron nos indicó que aguardáramos en las habitaciones a que llegase un estilista al que iba a llamar para que nos preparase de cara a la fiesta.

En el pasillo, antes de entrar en mi habitación, comentamos el combate:

—Yo creo que lo ha hecho bastante bien —decía Alpha—. Aunque haya perdido.

—Pues yo creo que no —declaré—. No lo ha hecho bastante bien. No lo ha hecho ni medianamente bien porque ha muerto. En este deporte no se admiten medias tintas, Alpha: o eres el mejor o no eres nada.

—A excepción de los combates a primera sangre, que, al fin y al cabo, son los que más nos tocarán —terció, tratando de dar por concluido el debate.

—Son importantes a su manera —repliqué, cruzándome de brazos— porque nos ayudarán a crearnos un nombre. De todas formas, los que cuentan son los mortales. Son los únicos que importan de verdad. En fin, en un combate a primera sangre solo te arriesgas a un rasguño. En Capua nos han herido muchas veces.

—Faith tiene razón —coincidió Elka—. Soy consciente del esfuerzo que ha hecho ese chico, pero no ha sido suficiente.

—Pero tampoco era un combate muy justo. Si hubiera combatido contra alguno de nosotros, habría tenido más de una oportunidad de vencer, seguro.

—No contra mí —me apresuré a contestar—. Me he entrenado mucho para ser capaz de enfrentarme a cualquiera y ganar.

—Es un gran pensamiento, Faith, pero no te engañes: hay gladiadores por ahí que te superan y, si la suerte no desea favorecerte un día, te tocará enfrentarte a alguno de ellos. Y probablemente pierdas.

—Pero no nos pongamos a pensar en posibles —pidió Elka, alzando las manos para calmarnos—. Vivamos el presente y ya está. Pensar más allá de eso no nos hará ningún bien.

Nos sumimos en un silencio incómodo. Las insinuaciones de Alpha me nervaban lo indecible. Odiaba que la gente tratara de determinar mi futuro. Mi futuro era mío y solo dependía de mi voluntad y de mis habilidades.

—¿Os apetece ir a esa fiesta? —preguntó Elka para romper la tensión.

—Tengo curiosidad —admitió Alpha con un encogimiento de hombros.

—¿Y tú, Faith?

Exhalé un suspiro aburrido.

—Las fiestas no me interesan.

—Claro, tú ya debes de haber ido a muchas... —observó Alpha.

Era cierto, había asistido a varios cócteles y demás organizados en Goldenpark, pero no era ese el motivo de que no quisiera ir. Sencillamente, después de todo lo que había vivido y lo que estaba descubriendo, la idea de una fiesta me parecía estúpida.

—Bueno, me voy a mi cuarto.

—Adiós —me despidió Elka con una especie de sonrisa compasiva, como si lamentara mi descortesía y mi falta de entusiasmo. No me gustaban esa clase de gestos, los que trataban de transmitirme fuerzas o ánimos. Me hacían sentir más débil.

En mi habitación, me dejé caer sobre la cama, cerré los ojos y me dispuse a pensar en lo que diría cuando me reencontrara con Canavan.

Percival Canavan..., sí, el hombre que había asesinado a mi madre.

Bueno, técnicamente no era el único responsable de su muerte. Donagan Cox también estaba involucrado. Ninguno de ellos disparó la pistola, pero sí ejecutaron la orden que obligó a hacerlo a un subordinado. Curiosamente, no albergaba rencor hacia el tipo que había apretado el gatillo. Si no lo hubiera hecho él, lo habría hecho otro.

No, los responsables eran Canavan y Cox. Así que acabaría con ambos. ¿A la vez o por separado? Aún no lo había decidido. Me quedé traspuesta pensando en eso.

Alguien llamó a la puerta. Cuando la abrí, me topé con un hombre joven de rasgos afilados que me miraba con una sonrisa de dientes exageradamente blancos. Llevaba una camisa resplandeciente, un chaleco púrpura y unos pantalones ajustados cuya tela cambiaba de tonalidad según el ángulo desde el que se la mirase.

—¿Faith? Soy Mattie Cacciatore, he venido por encargo de tu lanista.

Aún me sorprendía cómo los términos esclavistas y relacionados con la lucha clásica estaban tan incorporados en el vocabulario cotidiano de las gentes de Occidente, que los empleaban con absoluta naturalidad.

—Sí, hola... —murmuré.

—Bien, bien. —Se asomó al pasillo e hizo unas señas—. Adelante, adelante, dejadlo todo por aquí.

Tres mujeres entraron en mi habitación con dos maletas y varias bolsas de plástico que, por su tamaño, supuse que contenían los vestidos. Mattie les hizo una seña y ellas se colocaron rápidamente junto a la pared en fila india, a la espera de nuevas órdenes. Me sentó frente a un espejo que desplegaron y empezó a manosearme el pelo mientras contemplaba mi reflejo.

—Eres una delicia —comentó—. Tu pelo es de lo mejor que he tocado en meses. ¡Así da gusto! De no ser porque eres una propiedad privada, te pediría una cita.

—Aunque fuera libre, no te la concedería —respondí de mal humor.

—Tienes genio —dijo asombrado, y soltó una carcajada—. No creo que eso te convenga, teniendo en cuenta que eres una esclava...

Estaba claro que a ese tipejo le alegraba restregarme su libertad por la cara. Tuve que hacer un esfuerzo por no pegarle un puñetazo en su bonita y maquillada tez. Lo hubiera hecho con gusto, pero Keron se habría enfadado y prefería no lidiar con más situaciones injustas.

—¿Cuántos años tienes, chica?

—Quince —respondí.

—Ah, aún estás floreciendo. ¡Qué hermosa etapa de la vida! Bueno, no para ti, claro... ¿Sabes?, me sorprende que seas gladiadora y no meretriz.

Meretriz. Mujeres que entregaban su cuerpo a los hombres a cambio de dinero... ¿Igual que mi madre con su asesino? Me estremecí y conté hasta diez mentalmente para tragarme de nuevo las ganas de golpearle.

—Resulta que valgo para algo más que para entretener a un gordo magnate asiático.

Él volvió a reírse.

—¡Me gustas, oye! Creo que seguiré tus combates con frecuencia.

—Qué honor —respondí secamente.

Durante la siguiente hora, trabajó con entusiasmo. Primero se dedicó a probar un peinado tras otro hasta que me onduló la melena. Después me dio un vestido índigo con escote en forma de corazón, escogió los zapatos y pasó un buen rato maquillándose.

—*Voilà* —exclamó, plantándose delante del espejo, y observé con extrañeza a la que me devolvía la mirada. Parecía tener unos años más y un aspecto elegante. Enseguida me sentí estúpida por asombrarme. Solo eran telas bonitas, zapatos caros y maquillaje... Irrelevante—. Vamos, tu lanista estará esperándote en la recepción.

—¿Y mis compañeros? —le pregunté de camino al ascensor.

—A ellos los han preparado otras personas. Las mujeres soléis dar más trabajo, así que es posible que ellos lleven varios minutos listos.

Y, efectivamente, cuando entramos en la recepción, mi equipo ya estaba en los sofás, ambos trajeados. En cuanto alzaron la vista, Alpha abrió los ojos como si fuera un sapo y Elka entreabrió la boca, mirándome de arriba abajo. Keron, por su parte, ni se inmutó. Más bien, me miró como un tigre que

observa a un gatito y que sabe que ambos son felinos, pero felinos muy diferentes. Él iba con una americana y unos vaqueros.

—Bien —dijo—, pues ya estamos todos. Andando.

Salimos a la calle y lo que allí nos esperaba dejó boquiabiertos a mis compañeros. Frente a nosotros había una limusina negra con una luz blanca y titilante en el centro de las llantas. Hasta Keron parecía entusiasmado con la idea de pavonearse en ella.

—Pues sí que el señor Primakov está siendo generoso... Subid.

El interior me asombró más: había una televisión, bar y un sistema de masajes incorporado en los asientos; además, como enseguida comprobamos, el techo se volvía transparente con un botón del panel de control y la música sonaba como si los cantantes estuvieran tocando en el interior. Con el dispositivo que se encargaba del funcionamiento interno del coche, tintamos las ventanas para que la luz anaranjada del exterior no nos molestase, encendimos la tele —que era tan plana como una hoja— y sintonizamos GladiatorOne.

Estábamos ansiosos por ver la final del Campeonato Vero Prisco, un certamen menor que consistía en enfrentarse por parejas. El más importante en esa modalidad era el Torneo Géminis. Había una chica que participaba en esa final; había debutado ahí y era la primera gladiadora en conseguir llegar hasta ese puesto del torneo. Se llamaba Raisa Red y era bastante joven, de unos dieciséis años. Pelirroja, un poco corpulenta... Había leído sobre ella en una de las tardes que pasé en el barco de camino a Italia: su lanista era su propio padre, que solo engendraba hijos para obtener esclavos y, así, venderlos. Raisa mostró aptitudes para el combate ya de jovencita y él mismo la entrenó.

¿Cómo se sentiría su compañero con respecto a ella? ¿Creería estar en desventaja por tener que luchar con una mujer? Al fin y al cabo, para combatir por parejas era necesaria cierta compenetración. Él no parecía tener tanto arrojo como Raisa, aunque su mirada era muy inteligente.

Nos dio tiempo a ver todo el combate y lo cierto es que ambos lo hicieron bien.

Pero no ganaron.

El Club Luna se encontraba en la costa romana, de modo que contaba con unas espléndidas vistas al mar. Al entrar, advertí la presencia de una decena de fotografías pendientes de cada recién llegado.

El sitio era muy sofisticado; tenía hermosos jardines, un bar atendido por un camarero robot y decorado con hologramas que se proyectaban aleatoriamente con dibujos abstractos y psicodélicos, una pista de baile, una sala con infinitud de sofás blancos... Me costó asimilar que en la ciudad hubiera un lugar así, dada la miseria que había presenciado esa mañana.

En un rincón vi a algunos asistentes que no vestían de noche, pero tampoco iban desarreglados. En el cuello llevaban ceñido un extraño collar. Miraban constantemente al suelo y no se despegaban de su sitio.

—Keron —lo llamé mientras paseábamos por el espectacular recinto.

Mi lanista me miró con expresión inquisitiva.

—Esos de ahí —empecé, señalándolos con la cabeza— ¿son esclavos?

—Sí, esclavos de magnates ajenos a Hydrus o de otras multinacionales como Callianz o GHC.

—Pero esas son empresas rivales —terció Elka—. ¿Qué hacen en una fiesta de Hydrus?

—Sí, son rivales. La directiva suele invitarles para hacer gala de su poderío. Y ellos no pueden rechazar la invitación porque sería una manera de reconocer públicamente su enfrentamiento.

—¿Por qué no los traen de etiqueta? —preguntó Alpha sin quitar el ojo de los esclavos.

Solo se me ocurría un motivo:

—Es su forma de marcar las diferencias, ¿no?

—Exacto —corroboró Keron—. Pero en Hydrus nos gusta la clase. Cuidamos muy bien de nuestras pertenencias, por eso mostráis un aspecto tan sensacional. A simple vista, vosotros parecéis estar por encima de los otros esclavos. ¿Qué creéis que dice eso de vuestros dueños?

—Si los esclavos de Hydrus son superiores a los demás, sus directivos también lo son.

—En efecto. En el fondo, sois unos afortunados —añadió con una pizca de... ¿ironía? Me pareció captar un timbre desdeñoso en su voz.

—Sí, qué suerte tenemos —murmuró Alpha con sarcasmo, y Keron lo ignoró.

—Bien —dijo—, podéis deambular por aquí cuanto queráis; permitid que la gente se os acerque, haced contactos. A Hydrus le gusta hacerse notar, así que no os cortéis. Eso sí, ni se os ocurra hacer cosas que llamen demasiado la atención o que puedan dejarnos en mal lugar y mostrad siempre una actitud sumisa frente a todo aquel que tenga un rango superior, ¿entendido?

Asentimos y, con un leve gesto de despedida, echó a andar.

A mis compañeros no se los veía muy cómodos enfundados en sus trajes, pero tampoco es que yo estuviera a gusto con ese vestido ajustado. Me sentía guapa, pero me incomodaba no poder moverme a mis anchas, tener que sentarme con las piernas juntas, caminar con esos zapatos de tacón... Además, ¿cómo iba la gente a tomarme en serio vestida así?

De pronto, ocurrió algo. Tuve la sensación de que una aguja se me clavaba en la nuca. Pero no, no era una aguja, sino una mirada. Movida por la intuición, me volví para descubrir a mi observador y me topé con unos ojos verdes que no había olvidado.

Mis labios susurraron su nombre.

Tragué saliva y me acerqué a Teseo cuando vi que él interrumpía la conversación con un tipo trajeado, como él. Cuando estuvimos el uno frente al otro, unos instantes de silencio se interpusieron entre nosotros.

Fue él quien habló primero:

—Faith —dijo suavemente.

—Teseo —murmuré, y él sonrió con incredulidad.

—Vaya, has... crecido. —Él también lo había hecho. Ahora tenía veinte años. Ya no quedaba en su rostro ninguna huella de la adolescencia. Se le habían ensanchado los hombros y sus rasgos eran más duros—. No sabía que ibas a venir. Ven, vayamos al jardín a hablar más tranquilamente.

Y eso hicimos. Me apoyó la mano en la espalda, apenas rozándola, y me condujo al exterior, a una gran terraza frente al mar, con fuentes, palmeras iluminadas y música pausada de fondo. Mis compañeros no me habían seguido, aunque a lo mejor no habían notado mi ausencia. Yo estaba más pendiente de la tensión que me producía la cercanía de Teseo, el roce de su mano. Entre ambos se cernía una incomodidad inexplicable. No dejaba de pensar que él había participado en mi compra y él tampoco parecía haberlo olvidado.

Nos apoyamos en la barandilla que daba al mar.

—Enhorabuena por tu prueba final. Me dijeron que lo hiciste estupendamente.

—Quizá... Pero espero que eso no cambie cuando me enfrente a personas reales.

Enarcó una ceja mientras una media sonrisa partía su rostro. De inmediato, esperé no haberme ruborizado. Me parecía atractivo, pero la mera idea me hacía sentir estúpida.

—Solo has necesitado tres años de adiestramiento. Eso es porque eres buena. Hay gente que nace con un don.

Aquellas palabras me molestaron; en cierto sentido, intensificaron el recuerdo de que él había colaborado para convertirme en lo que ahora era. Me habían privado de mi libertad y él se permitía el lujo de quedarse ahí, mirándome sonriente. Me enervaba..., al igual que constatar que algo en mi interior empequeñecía bajo su mirada.

Desvié la vista hacia el mar y tragué saliva para disolver el nudo que se me había formado en la garganta.

—¿Estás bien? —me preguntó, y casi me creí su preocupación.

—No —mascullé—, no estoy bien. Estaría mejor si tuviera la libertad de decidir qué hacer con mi vida, de no tolerar que alguien escoja por mí.

Su semblante se ensombreció.

—Lamento lo que te pasó, Faith. Te lo dije y te lo repito: lo siento.

—Mi vida no cambiará porque tú lo sientas —contesté mordazmente.

Un silencio se impuso entre ambos. Aquella situación me estaba incomodando tanto que me sentí ridícula. ¿Cómo era posible que me pusiera más nerviosa ahora que cuando me enfrenté al androide en la arena del Complejo 55? Aquello era frustrante. Una brisa me agitó el pelo y me despejó un poco, aunque noté que cada vello de mi cuerpo se erizaba. Hice amago de irme, pero él me retuvo por el brazo.

—No me gusta que pases por esto, Faith —dijo en voz queda—, créeme. Pero los dos estamos atrapados en Hydrus... de un modo u otro. —Me soltó.

—¿Y cómo es eso posible? —espeté—. Tú no eres un esclavo. Podrías irte si quisieras.

—No es tan sencillo. —Desvió la mirada—. No lo entiendes.

—Eso es cierto, no lo entiendo. Si quieres que lo haga, deberías...

—Faith, no voy a darte explicaciones. —Su tono era inflexible—. Tú y yo apenas nos conocemos. —Hizo una pausa—. Aunque supongo que a partir de ahora vamos a vernos mucho...

—¿Cómo? ¿A qué te refieres? —Me crucé de brazos, entre molesta y confundida.

Él entornó los ojos.

—¿No os lo ha dicho?

—¿Decirnos qué?

—Nada —respondió, y apretó la mandíbula—. Ya os informará él.

—No, dímelo. Ahora.

Abrió la boca, pero la cerró en cuanto vio que alguien se nos acercaba. Era un hombre algo mayor, con entradas en el cabello y tez rosada.

—¡Morton! —saludó a Teseo—. Estaba deseando verte; me han contado tantas veces lo del excelente trato que cerraste con los canadienses que ya no sé si creérmelo.

—No lo hice solo, Carl —replicó Teseo con una sonrisa tensa.

—Ahórrate tanta modestia. —El otro soltó una risita y le dio un trago a su copa de vino. Luego posó la vista en mí—. ¡Vaya con Morton! No sabes nada tú, ¿eh? ¿Es una de las chicas de Casanova?

—No, ella...

—¿No? Si yo tuviera acceso a cualquier concubina de Hydrus... Bueno, supongo que por esta puede valer la pena pagar lo que...

—Carl —lo interrumpió Teseo con frialdad—, es una gladiadora. Faith Gómez. Apuesto a que te suena.

El tal Carl parpadeó y me miró como si me viera por primera vez. Yo hervía de rabia por el tono y las palabras que había empleado conmigo; había necesitado recordarme mi situación varias veces para no soltarle algo de lo que luego pudiera arrepentirme. El comportamiento que debíamos adoptar en función de con quién estuviéramos era algo que nos habían inculcado a conciencia en Capua.

—¿Gladiadora? —exclamó—. ¿De veras? ¡Ah!, así que esta es la hija de Percival Canavan...

—Ya me imaginaba que conocías su historia —dijo Teseo. Estaba muy serio.

—Sí, pero me la imaginaba más fea; supuse que por eso la habíais mandado a Capua.

—El físico no influye en las habilidades que una gladiadora pueda desarrollar —solté de pronto, ya incapaz de contenerme.

Él se volvió hacia Teseo, ignorándome.

—Es un poco impertinente, ¿no?

Me mordí la lengua y desvié la vista.

—Hemos de irnos, Carl —anunció Teseo—. Tenemos cosas que discutir con su lanista.

Intercambiaron unas palabras de despedida y le dimos la espalda. A continuación, caminamos tranquilamente hacia el interior del club. Notaba la mirada ácida del tipo a nuestras espaldas mientras Teseo avanzaba sin titubear. Me pregunté qué estaría pasando por su mente... A pesar de que hacía años que lo conocía, no sabía nada de él; ni de dónde venía, ni a qué aspiraba, ni cómo había llegado a convertirse en uno de los altos cargos de Hydrus siendo tan joven.

El hecho de que su hermana residiera en Goldenpark me daba algunas pistas sobre su familia; por ejemplo, que su estrato social era bajo. Creía recordar que Petra, la hermana mayor de Teseo, era la amante de un diplomático japonés. Si había acabado en Goldenpark, era porque a él le convenía ocultarla... y uno no puede obligar a una persona a vivir en una urbanización donde está todo controlado a menos que ostente más poder que ella. También había mujeres de clase alta que se quedaban embarazadas del hombre indebido, pero ellas solían recurrir a prácticas ilegales para deshacerse del bebé antes de que naciera. Mi madre se quejaba a menudo de esa clase de decisiones. No entendía, aseguraba, cómo era posible que una mujer sacrificara la existencia de su propio hijo para protegerse y eludir su responsabilidad. A mí siempre me pareció que una cuestión tan personal no se podía juzgar tan a la ligera, pero ahora que conocía su pasado comprendía más su postura, por más que siguiera sin estar convencida.

La cuestión era que la familia de Teseo tenía raíces más bien humildes, de eso estaba segura. Entonces, ¿cómo había llegado a trabajar en una de las compañías más poderosas del mundo y ostentar un cargo importante en la misma?

Había tantas incógnitas por resolver que no creía que algún día pudiera despejarlas todas.

Nos adentramos en el interior del club y fuimos en busca de Alpha y Elka. Teseo se presentó rápidamente antes de decir que quería hablar con Keron, a quien logramos encontrar tras un rato, bebiendo con expresión hosca al final de la barra. Luego, los cuatro nos retiramos a un rincón, donde nos acomodamos en unos sillones. Dos camareros acudieron de inmediato a ofrecernos vino y unos canapés en sus respectivas bandejas.

—¿No les has hablado de mí? —preguntó Teseo en cuanto se marcharon, y Keron tragó un canapé sin prestarle mucha atención.

—Quería que lo hicieras tú —respondió sin más.

Teseo suspiró y nos miró.

—Como ya sabéis —comenzó—, Hydrus mueve a sus gladiadores por equipos porque nos resulta más cómodo y fácil de controlar. Estos equipos no están solos, sino que cuentan con un lanista, responsable de los entrenamientos diarios, de acordar combates e inscribirlos en torneos... Pero algunos equipos cuentan con otra figura: un mánager. Los mánager se encargan de la publicidad, de los contratos y de negociar acuerdos respecto a los combates. Es una manera más eficiente de dividirse las tareas.

»La junta de Asuntos Paralelos decidió que vosotros cumplís con los requisitos adecuados para tener un mánager. Y ese seré yo.

No supe qué decir. Me fijé en Keron, que no parecía muy entusiasmado con la incorporación de Teseo. De hecho, tenía toda la pinta de ir a levantarse en cualquier momento y a largarse de allí, dejándonos a todos atrás.

—¿Y qué requisitos son esos? —quiso saber Elka.

—Vuestra evolución en Capua fue muy buena —afirmó Teseo—. Los resultados de las pruebas superaban la media. Los tres tenéis lo que hay que tener para destacar en este deporte; además, contáis con una mujer en el circuito, y eso os convierte en un equipo aún más peculiar. Esperamos mucho de vosotros. Si todo va bien, en cuanto hayáis ganado siete u ocho combates, los medios querrán entrevistaros, nos llegarán peticiones para usar vuestra imagen con fines publicitarios... De todo. En fin, ya sabéis cómo funciona esto. Es lucha, pero sobre todo es espectáculo.

—¿Y si resulta que no somos tan buenos cómo creéis? —preguntó Alpha, dubitativo.

—En tal caso, me asignarán otro equipo mejor y dejaréis de tener un mánager —respondió él, y hubo un incómodo silencio—. ¿Alguna pregunta más?

—Sí —dije. Todos me miraron—. ¿Por qué no se nos informó antes de esto?

—Porque se decidió ayer.

—Tengo otra pregunta —añadí con voz desafiante.

Teseo tomó aire.

—Adelante.

—Sé que, cuando se asigna un mánager a un grupo primerizo, no suele ocuparse solo de ese equipo, sino que tiene un par más a su cargo. ¿Eso es aplicable aquí?

Él hizo un gesto de asentimiento.

—Es cierto. Aparte de vosotros, tengo otro equipo del que ocuparme. ¿Algo más?

—No —musité. Los demás negaron con la cabeza.

—Bien. Pues iréis recibiendo noticias mías —concluyó él, poniéndose en pie.

Asentimos y nos dispersamos, perdiéndonos en la fiesta.

El resto de la noche me pareció que transcurría con lentitud. Me entretuve un rato tratando de adivinar de dónde era cada invitado a juzgar por su aspecto y acento. Sin embargo, pronto me aburrí de aquel juego y empecé a pasear por todo el club hasta que los tacones me dejaron los pies doloridos y me harté de eludir los vistazos de algunos hombres. Al reparar en que las miradas más descaradas provenían de dos magnates de la India, ambos de edades que podían triplicar la mía, tuve que reprimir un escalofrío. Sus esposas, ajenas a lo que sucedía a su alrededor, vestían unos diseños modernos del sari tradicional, con colores y brillantes vistosos.

Necesitaba salir de aquel espacio de aire viciado y suave música electrónica, así que me adentré en los jardines. Allí no había tanta gente, la música se amortiguaba y soplaban un aire fresco desde la orilla. Me quedé quieta frente a la barandilla, contemplando la inmensidad del mar.

Casi se percibía el sonido de las olas acariciando la arena y las rocas, lo que me hizo añorar Capua. Justo cuando había empezado a habituarme a la escuela, a apreciarla, la había abandonado. Era como si una y otra vez me sucediera lo mismo con los lugares a los que empezaba a considerar mi hogar. O con las personas que me importaban.

Me descorazonaba pensar en las discusiones que habíamos tenido mi madre y yo, las cosas que había pensado de ella cuando nos enfadábamos. No alcanzaba a comprender por qué uno se empeñaba en pelear con sus seres queridos; por qué se impacientaba más con ellos que con los que no le importaban.

«Quizá discutir sea una consecuencia del afecto», me dije.

Me desperté tarde y con la cara llena del maquillaje corrido que debería haberme limpiado la noche anterior. Supuse que teníamos el día libre, porque eran más de las doce y nadie me había llamado... De pronto, como si hubiera oído mis pensamientos, el teléfono dio un timbrazo. Pulsé el botón de responder y la voz de Keron inundó la estancia:

—¿Faith?

—¿Sí?

—En cinco minutos te quiero en la recepción.

Bostecé, adormilada.

—¿Vamos a alguna parte?

—No. El combate de hoy empieza a las nueve, así que hasta las ocho podéis hacer lo que queráis. Pero antes quiero daros algo.

Colgué y me las apañé para vestirme a la par que me cepillaba los dientes a toda prisa. Luego me lavé la cara y salí de la habitación. En el ascensor coincidí con Alpha, que enseguida me contó que ya había cotilleado alguna que otra revista digital donde salían fotos de la fiesta.

—Sobre todo, hablaban de la ropa de los invitados —afirmó como si aquello se tratara de una gran noticia.

—Qué rollo —contesté—. ¿Qué crees que querrá Keron?

Él se encogió de hombros.

—Ni idea.

Pero enseguida nos enteraríamos, porque nada más entrar en la recepción lo vimos sentado con Elka y nos hizo un gesto para que los acompañáramos.

—Vale, veamos: en Capua teníais una consola para estar al tanto de las cosas que debíais saber. Ahora que estáis fuera, seguís necesitando estar comunicados... —Mientras hablaba, nos entregó un dispositivo electrónico a cada uno. Era una pantalla de cristal con un único y diminuto botón en el lateral. Lo presioné y automáticamente la pantalla se iluminó—. Un móvil de última generación, el XN300. Ya están configurados, así que no os preocupéis. Os he registrado algunos contactos.

—¿Nuestro acceso a Internet es libre o está limitado? —inquirió Elka con recelo.

—¿Tú qué crees? Por supuesto que hay sitios a los que no tenéis acceso.

Empezamos a trastear con el XN300 y comprobamos que podíamos usar las aplicaciones o bien en la pantalla, o bien proyectando un holograma justo encima. Ambas opciones eran táctiles.

—Qué pasada —murmuró Elka sin disimular su admiración y deleite. Siempre disfrutaba con esas cosas e indagaba en cómo funcionaba su mecanismo—. Hace poco leí que Buzz Stephen quiere rodar su próxima película con uno de estos.

Buzz Stephen, sí, uno de los directores de cine más reputados del momento... Había hecho toda clase de películas y tenía una forma de rodar que hipnotizaba al espectador. Había visto un par de películas suyas y entendía la admiración que suscitaba. Pero ahora mismo sus planes de rodaje eran la menor de mis preocupaciones.

—¿Podemos irnos?

—Sí. Tenéis vía libre para hacer lo que queráis siempre y cuando volváis a las ocho. Contáis con créditos en vuestra tarjeta del hotel por si queréis comer algo, así que no os la dejéis por ahí.

Le dimos las gracias y nos separamos. Tenía muchas ganas de recorrer Roma y descubrir sus secretos. En Asia era uno de los destinos turísticos de moda y se lo consideraba tan hermoso como exótico. El paisaje era muy singular: viejas edificaciones por un lado, modernos rascacielos por otro... Algunas zonas estaban coronadas por autopistas elevadas; desde la lejanía, parecían caminos suspendidos en el aire.

Mientras me dirigía al metro, el XN300 vibró. Miré la pantalla con el ceño fruncido y advertí que tenía un mensaje de un contacto ya registrado: «Mánager». Fruncí el ceño y lo abrí:

A las 14:00 h en el Os Club.

Utilicé el móvil para saber dónde estaba aquello y descubrí que no quedaba muy lejos de mi hotel. Faltaban cuarenta minutos para las dos, así que seguí las indicaciones que me mostraba el mapa de mi pantalla. ¿Por qué querría verme Teseo? Me pregunté si podría negarme a ir la cita, pero él era algo así como mi jefe y no creía prudente hacerle un desplante.

Disfruté de los minutos que pasé caminando sin compañía. Aquella ciudad era una auténtica maravilla. Crucé por Via Napoleone III y después enfilé por Via Merulana. Tras meterme por un grupo de callejuelas más apartadas, di

con otra vía principal donde estaba el local, uno lujoso erigido frente a un gran parque, con altas colinas, árboles de copas estrechas y hierba de un verde intenso. En Hong Kong también había mucho verde y, como estaba comprobando que sucedía en Roma, espacios reservados para la naturaleza, pero me impresionó ver algo así en el centro de la capital italiana.

Una figura en la acera de enfrente atrajo mi atención. Teseo. En cuanto me vio, se acercó.

—Has venido —dijo, como si no hubiera tenido claro que fuera a obedecerle. Llevaba una elegante chaqueta *beige*. El día había ido nublándose poco a poco y el ambiente no era precisamente cálido. Alzó una ceja al verme en manga corta—. ¿No tienes frío?

—No mucho.

—Tendrás frío cuando acabemos de comer.

—¿Qué? —Me pareció haber oído mal.

—Que te invito a comer. Vamos.

Y entramos. El local era bastante discreto y no se veía atestado, cosa que agradecí tras la noche pasada. Nos sentamos a una mesa junto a una ventana que daba a un patio interior.

—Quiero explicarte algo, Faith —empezó con aire grave—. Vamos a trabajar juntos y no quiero que tengas una idea equivocada de mí.

—Ayer me dijiste que no tenías por qué contarme nada.

—Y así es.

—¿Entonces? —insistí, pero él permaneció en silencio—. ¿Qué pasa?

—Tengo dos hermanas —anunció de pronto, lo que me desconcertó—. A Petra ya la conoces; es la que vive en Goldenpark. La otra se llama Morgan y es más joven que tú. Tiene doce años y, como nuestros padres nos dejaron hace ya mucho tiempo, siempre he tratado de no fallarle porque me siento responsable de ella... Su tutor.

Una pequeña parte de mí se conmovió, pero no quise dejar que su historia me ablandara. Lo que me estaba contando no era más dramático que mi propio pasado.

—Dijiste que siempre habías estado vinculado a Hydrus. ¿Por qué?

—Porque mi madre conocía a uno de los altos ejecutivos y, cuando nos vimos en apuros económicos, recurrimos a él. Nos ayudó y aún sigue haciéndolo.

—¿Y por eso apruebas lo que hace? ¿A lo que contribuye?

—Sé que es horrible —me interrumpió, intuyendo mi enfado creciente—, pero no lo inventamos nosotros. Hydrus es la empresa que mejor cuida a

sus...

—Esclavos.

Endureció la expresión y sostuvo mi mirada sin pestañear.

—No fuimos nosotros quienes restauramos la esclavitud, Faith. Hydrus quiere ejercer una fuerte influencia en todo el mundo, y en Europa los reclamos sociales son otros; Malinov se limita a cumplirlos. Las empresas líderes de Europa y América lo hacen; no puede quedarse atrás en ese sentido.

—Alto, alto... Has mencionado a Malinov. Le conoces, ¿no?

—Te estoy hablando de él.

Apreté la mandíbula.

—¿Él es el alto ejecutivo al que pedisteis ayuda?

Teseo asintió.

—Pero el caso es que debes entender que...

No, no quería excusas.

—No vas a convencerme, Teseo —corté yo, tajante.

—Está bien —dijo—. Cambiaremos de tema, pero antes de eso quiero que tengas algo claro: en la vida no hay ni buenos ni malos, solo circunstancias.

Y esa frase me hizo pensar en los matices. Sí, todos teníamos nuestros motivos, nuestras preocupaciones... Era cierto que las cosas no eran tan sencillas. Pero también creía que existían las personas malas, las que hacían las cosas por egoísmo o mezquindad sin tener en cuenta a los demás. Percival Canavan era un buen ejemplo de ello. Pero Teseo no era así, por enfadada que estuviera con él; siempre había sido amable conmigo, también cuando no era más que una mocosa impaciente.

Pero ese tema me ponía de muy mal humor y no quise ahondar más en él, por mucho que me corroyera la curiosidad.

—¿Cuándo naciste? —le pregunté súbitamente, y él pareció sorprenderse. Sí, el cambio de tema era algo abrupto, pero era una buena forma de empezar a conocerse.

—El 7 de octubre de 2175. ¿Y tú?

—El 24 de julio del 80.

—Trataré de acordarme para felicitarte, aunque no te prometo nada —bromeó.

Sonreí con desgana.

—Así que aún no tienes los veinte.

—No. Pero me falta poco más de una semana.

Entonces se me ocurrió una pregunta que me creó un nudo en la garganta. Mientras me debatía sobre si planteársela, llegó el camarero para tomarnos

nota y pedimos *pizza*. Pero ¿de verdad quería saber la respuesta?, me dije entretanto.

Cuando el camarero se marchó, Teseo me escrutó, como analizando mis pensamientos, y por fin me atreví a soltar lo que me rondaba por la mente:

—¿Has estado recientemente en Goldenpark?

Se puso serio, preocupado. Obviamente, lo de disimular mi inquietud no se me daba tan bien como me creía.

—Sí —casi susurró.

—¿Y...?

—Las cosas están como siempre —explicó, y se llevó la mano a la nuca con aire incómodo—. Traté de indagar en lo que te pasó para ver qué sabía la gente. —Calló un instante—. Se sabe que tu madre murió asesinada y que tú llegaste cuando ya estaba muerta, pero cuando los agresores aún no se habían marchado.

Me eché a reír, pero fue una risa seca y amarga.

—No ocurrió así. Estuve con ella todo el tiempo. Lo vi todo.

—Lo siento —respondió en voz queda.

Miré a otra mesa donde estaban colocando un jarrón estrecho con una flor amarilla.

—Ya.

—Nadie hizo preguntas acerca de tu paradero o de las causas del asesinato. Las residentes de Goldenpark saben que el asunto fue turbio y no quieren problemas. Además, también murió otra mujer, ¿verdad? La madre de Kristalis DeFlang.

—La recuerdas —advertí asombrada—. ¿Y qué piensa la gente que sucedió?

—Que fue una venganza personal contra el señor Canavan y que la señora DeFlang estaba en el lugar equivocado en el momento equivocado.

Una venganza personal. Eso era lo que pensaban. Creían que la muerte de mi madre y mi desaparición habían servido al propósito de herir a Canavan. ¡Qué ilusos!

—¿Y qué piensas tú?

—Yo sé que fue Canavan quien te vendió a Hydrus, así que me figuro que hubo un conflicto entre tu madre y él y... No lo sé, la verdad. ¿Lo sabes tú? Recuerdo que me dijiste algo en Suiza, pero no parecías tener toda la información.

—La tengo a medias. No quiero hablar de ello.

—No tienes que hacerlo.

Nos trajeron los platos con la comida. El aroma que desprendía la *pizza* hizo que me diera cuenta de lo hambrienta que estaba. Esa era otra de las ventajas de haber salido de Capua: tendría acceso a comida mucho más variada y apetecible.

—¿Y tú... qué sabes de Malinov? Si tu madre era su amiga, debes de conocerle en persona.

—Sí, pero no creas que sé demasiado de él. Es un tipo misterioso. —Calló un momento, pensativo—. Da la impresión de carecer de pasado.

—Así que solo es uno —reflexioné en voz alta.

—¿Cómo?

—Hay quien afirma que Malinov ni siquiera existe. Y otros dicen que son varios mandatarios los que cortan el bacalao.

Teseo soltó una carcajada.

—La historia que le rodea es bastante peculiar y muy poca gente tiene acceso a él. Tu falso padre, por ejemplo, coincidió con él en varias ocasiones y mantuvieron más de una conversación.

—¿De veras?

—Sí. Y, para serte sincero, tengo entendido que a Malinov no le caía nada bien.

Sonreí con sarcasmo.

—Eso no me hace simpatizar más con tu jefe, pero ha sido un buen intento.

—Y más que eso, es la verdad. Detesta tanto a Canavan como a Cox.

—¿En serio? —pregunté, esta vez más interesada.

—Sí. Pero no lo pregones a los cuatro vientos, no sería bueno para mí. No estoy autorizado a hablar de Malinov.

—No le gusta que sus empleados lo perciban como alguien cercano —deduje. Hice una pausa y me relamí los labios—. Ayer, en la fiesta, oí fragmentos de diversas conversaciones en las que se referían ti como al niño mimado de Malinov. ¿Es por lo que me has contado sobre que os ayudó a ti y a tu familia?

Puso los ojos en blanco. Evidentemente, no era la primera vez que oía ese tipo de comentarios y no parecía agraderle.

—Más o menos. Malinov no tiene hijos y, por tanto, no tiene a nadie a quien dejar todo su imperio, así que algunos han llegado a la brillante conclusión de que me ha escogido a mí para continuar con su legado.

—¿Y es cierto?

—Lo desconozco. —Se encogió de hombros. El rictus de su rostro indicaba que aquel tema le inquietaba más de lo que quería demostrar, como si no estuviera seguro de qué hacer al respecto, como si tuviera una sospecha y no quisiera creerla.

Supuse que era un buen momento para desviar la conversación hacia un terreno menos pedregoso:

—Esta ciudad es preciosa. Me está gustando muchísimo y aún no he visto ni la mitad de la mitad.

—Un cuarto —puntualizó él con un tono jocoso mientras se limpiaba con la servilleta—. O sea, que te gusta Roma.

—Gracias por la aclaración, señor matemático. Y sí, es preciosa. Sé que no es muy rica y la mayoría de la gente malvive, pero aun así...

—Las condiciones no son muy buenas, pero es un sitio agradable para crecer —murmuró Teseo con aire distante—. Hay arte por todas partes. E historia. Puedes sentirla en el aire. Eso despertaba mucho mi interés.

—¿A qué te refieres? —pregunté, dubitativa.

Me regaló una media sonrisa.

—Yo soy romano. Nací y me crié aquí.

Abrí mucho los ojos.

—¿De verdad? No tenía ni idea. No tienes acento italiano, tu inglés es perfecto.

—Mi padre era inglés. Morton, ¿recuerdas?

—Ah, sí. De manera que hablas inglés, italiano... ¿y qué más?

—Mandarín y... me defiendo en ruso. —Yo también hablaba aquella lengua china, por lo que ese idioma no me llamó tanto la atención como el segundo. Teseo captó mi extrañeza—: El ruso es la lengua materna de Malinov y empecé a estudiarla hace unos cuantos años... Aunque no la domino del todo. ¿Y qué hay de ti?

—Mi lengua materna es el castellano, aunque el inglés lo controlo igual de bien porque es el idioma que hablábamos en Goldenpark.

—¿Y aparte de esos dos?

—Chino cantonés y algo de mandarín, que es la lengua que enseñaban las institutrices de Goldenpark.

—Todo el mundo la estudia en primaria, creo.

Y seguimos hablando durante un rato sobre las asignaturas que más nos gustaban y las que menos, nuestras aficiones, películas que ambos habíamos visto, música, viajes... Me dijo que una de las mejores cosas que tenía ser gladiadora —quizá la única— era lo mucho que iba a viajar. Prácticamente

recorrería todas las partes del mundo, a excepción de Oriente. Pero Asia era demasiado familiar para mí y no me atraía tanto como, por ejemplo, América del Sur.

Cuando terminamos, salimos y nos recibió un viento frío. Al ver cómo me estremecía, Teseo me ofreció esperar allí porque creía tener una prenda de abrigo en el coche. Al cabo de algunos minutos, volvió con una sudadera con capucha que me quedaba varias tallas grande. Supuse que no sería muy favorecedora, pero en los últimos años casi había perdido la noción de qué era femenino y qué, masculino.

—Mejor esto que nada, ¿no? —comentó él con mueca, y yo me reí.

Echamos a andar y me percaté de que olía mucho a él, una mezcla del aroma mentolado de la crema de afeitar y del detergente. Me mordí el labio y me esforcé porque no se notara mi turbación. Al ver que se metía en el parque frente al restaurante, fruncí el ceño.

—¿Vamos a ir ahí?

—Sí —respondió.

—Pero en las calles hay mucho más que ver...

—Oye, ¿quién es el nativo de esta ciudad? ¿Tú o yo? —replicó, y alcé las manos en señal de resignación—. Pues fíate de mí. Vamos.

Anduvimos durante un rato por la hierba y los caminos que se perdían en el conjunto de árboles y estatuas. El barullo de la ciudad fue menguando a medida que ascendíamos por la colina. Entretanto, le detallaba lo que había aprendido en Capua. Le interesó particularmente mi disciplina a la hora de entrenar.

—¿Catorce horas diarias? ¡Qué locura!

—Pero tenía que hacerlo. Quería ser la mejor.

—La mayoría de los aspirantes de Capua pretende salir lo más tarde posible.

—Pero eso es estúpido —declaré, apartándome de la cara el pelo que el viento me estaba alborotando—. Antes o después, todos saldrán y no estarán preparados por haber estado retrasando lo inevitable.

—Te entiendo, pero esa mentalidad requiere un temple que no todo el mundo tiene.

—¿Tú lo tienes?

Me escudriñó el rostro. A la luz del día y bajo los árboles, sus ojos me parecieron aún más verdes.

—No lo sé. Espero que sí.

Quizás uno no llegara a conocer los aspectos más especiales de su personalidad hasta que no se veía envuelto en una situación extrema. Tal vez él no hubiera tenido esa oportunidad, pero había algo en su forma de hablar, en su mirada, que me revelaba valentía. Me daba la sensación de que Teseo era exageradamente prudente y eso empañaba su valor. Pero lo tenía. Lo notaba.

Se detuvo y le dediqué una expresión interrogativa.

—¿Qué pasa?

—Ya hemos llegado.

Y allí, en lo alto de esa colina, bajo las nubes plomizas y sobre la hierba húmeda, atisbé la misteriosa y decadente perspectiva de Roma. Pero lo que me dejó sin aliento fue que frente a mí, casi a la misma altura que nosotros, sobresalía el anfiteatro más famoso de todos los tiempos.

Ahogué una exclamación y avancé unos pasos, sin concebir todavía que lo tuviera delante. Verlo me emocionó. Había leído tanto sobre él, estudiado tantos sucesos que habían acaecido en su interior, que parecía irreal, producto de otra época o de otra vida. Y es que lo era, con la suerte de que había perdurado hasta nuestros días.

El Coliseo encerraba muchas historias, todas ellas cargadas de sangre y sufrimiento... Y su belleza era tan abrumadora como emocionante.

—Es increíble.

—Sí que lo es —respondió Teseo a mi espalda—. Estoy seguro de que a ti te impresiona más que al resto.

—He leído tantas cosas sobre lo que pasó en este lugar... Casi puedo oír los gritos de la gente, los aplausos, los choques del acero, todo.

—Pareces contenta —observó.

Sus palabras me desconcertaron y guardé silencio. Al ver el anfiteatro, había sentido algo inesperado e incomprensible, una especie de expectación y orgullo. ¿Orgullo por qué? No sabría explicarlo, pero sentía que yo misma formaba parte de aquel gran y hermoso monumento. Su mera imagen representaba algo familiar para mí.

—Cuando vivía aquí —continuó, distante—, pasaba muy a menudo junto al Coliseo. Me quedaba un buen rato mirándolo, sintiéndome más pequeño de lo que ya era.

Me lo imaginé con seis o siete años: un crío de pelo revuelto y una mirada bastante más expresiva que la actual, fija en algo tan magnífico como aquello. Si conocías su historia, si comprendías su legado, te dejaba sin palabras.

—A mí me hace sentir pequeña ahora —respondí.

Clavó la vista en mí y me esforcé por aguantar el ardor que sus pupilas causaban en mi piel. Era una mirada tan intensa... ¿Estaba molesto? No, no era eso. Más bien, reflejaba... extrañeza. Como si hubiera tenido un reencuentro sin estar buscando nada. Como si se sintiera identificado con lo que acababa de decir. Tal vez esa antigua edificación nos inspirase a ambos un sentimiento común.

—Podemos entrar y verlo por dentro —sugirió, de nuevo sereno, y esta vez no disimulé mi entusiasmo.

Salimos del parque y nos dirigimos calle abajo, en dirección al Coliseo. A medida que nos acercábamos, cobraba más y más tamaño y yo no podía apartar la vista. Me tenía totalmente hechizada.

Nos pusimos a hacer cola, aunque no había tanta como me esperaba. Mi faceta más impaciente decidió tomar el control en aquel instante: la perspectiva de tener que esperar no me agradaba. Estaba segura de que un miembro importante de Hydrus no tenía por qué hacerlo.

—¿No crees que nos dejarían pasar si enseñásemos alguna identificación?

—Claro —respondió Teseo—. Pero no recorro a Hydrus a menos que sea imprescindible. No me gusta abusar.

De inmediato, me sentí mal por haber querido sacar provecho de las ventajas que ofrecía la misma entidad de la que me había estado quejando. Sacudí la cabeza y me resigné. Entretanto, reparé en que la fachada del monumento presentaba orificios por todas partes, repartidos de una forma que a simple vista podía parecer irregular, pero que luego resultaba obvio no lo era.

—¿Qué es eso? —pregunté, señalándolos.

—Ah, eso. Antaño, los bloques con los que se construyó el Coliseo estaban unidos por piezas de metal, pero los saqueadores los robaron tras el declive del Imperio Romano... Ahí estaban colocadas.

Poco después, llegó nuestro turno y Teseo compró las entradas. Una vez dentro, nos movimos a nuestras anchas, contemplando la estructura interior y atravesando los pasadizos hacia el centro, donde se veían las gradas y donde había estado la arena, ahora parcialmente reconstruida, pues habían dejado un hueco descubierto para que los visitantes pudieran ver lo que antaño fue el hipogeo: una estructura subterránea de túneles, galerías y trampillas.

Al salir, la luz me cegó momentáneamente y, cuando me acostumbré, lo vi: el Coliseo desde dentro. Teseo y yo nos encontrábamos sobre una tarima de madera que cubría la mitad de la arena. No estábamos solos, pero para mí fue como si lo estuviéramos. Lo miré sin poder reprimir una sonrisa. Aquello

era espectacular. Me imaginé a los senadores, a los esclavistas y a todos los hombres libres sentados allí, esperando presenciar algo que valiese la pena, una lucha memorable.

¿Cuánta sangre se habría derramado entre aquellos muros? Al pensarlo, aquel escenario me pareció una cámara de tortura que solo encerraba dolor e injusticias. Miles de hombres murieron allí obligados por sus amos, viéndose forzados a combatir contra algún animal salvaje u otro hombre. Y no solo sufrían ellos: las mujeres también ofrecían un espectáculo propio bastante más denigrante y desagradable. Sufrían un destino tan repulsivo y deshonesto que hasta me da reparo mencionarlo.

No podía ignorar que, aunque habían pasado más de dos milenios, las cosas no eran muy distintas ahora. Yo misma era víctima de aquel sistema de entretenimiento y crueldad. Mi corazón se veía azotado por una vorágine de sentimientos opuestos que chocaban continuamente: asombro, admiración, ira, miedo, pena y nuevamente asombro. Tragué saliva y salí de allí, dando la espalda al maravilloso Anfiteatro Flavio.

Enseguida noté que Teseo me seguía. Me cogió de la mano en el túnel que nos llevaba a la salida y me obligó a detenerme.

—¿Estás bien? —dijo con suavidad.

—Sí —mentí—. Es solo que quiero aprovechar el día. Hay mucho que ver.

Teseo no hizo ningún comentario y, en su lugar, me siguió el juego:

—Es verdad. Y no las veríamos todas ni aunque dedicásemos toda la semana a ello, así que dime: ¿qué te apetece visitar? Podemos ver un par de cosas hoy y otras, mañana.

Me lo quedé mirando un momento en la penumbra del pasillo.

—No hace falta que vengas conmigo, Teseo. No quiero molestarte.

—No me molestas. Hace mucho tiempo que no dedico unas horas a recorrer mi ciudad natal.

Fue un buen argumento, así que me centré en lo que quería visitar. El Vaticano me atraía mucho, pero me recordaba a mi madre y prefería ir sola.

—¿Qué tal la Fontana di Trevi? La he visto en cientos de películas.

—De acuerdo, aunque no está muy cerca. Deberíamos ir en coche.

Desanduvimos nuestros pasos y luego fuimos a la calle donde Teseo había aparcado su coche, la última versión de un Bentley Hunaudieres de color negro. Yo no entendía de coches, pero no me cupo duda de que, si Alpha o Elka tuvieran la oportunidad de verlo, y más aún de conducirlo, alucinarían.

—¿Es tuyo? —le pregunté.

—No, es demasiado caro y llamativo para mi gusto. Es de la empresa.

Abrí la puerta y me acomodé en el asiento del copiloto mientras él hacía lo propio frente al volante. En cuanto puso el contacto, varias luces de los controles se iluminaron con un azul eléctrico y una voz femenina y sugerente nos dio la bienvenida.

—Desactivar piloto automático —ordenó Teseo.

—Control automático desactivado. Conducción libre en funcionamiento —dijo la voz.

No era habitual que no se usara el piloto automático, pero supuse le gustaría conducir.

—Así que no te va lo caro, ¿eh? Pues se te ve muy cómodo en este cochazo.

Él se rio.

—Sí, bueno, aprovecho las oportunidades que me brinda la vida... Pero es cierto lo que te he dicho. Cuando nací, mi familia contaba con recursos muy limitados, ¿sabes? Soy europeo, al fin y al cabo, y ni en mis mejores sueños pensé que algún día podría conducir un coche como este. Desde pequeño, me enseñaron a valorar el trabajo y el dinero porque ninguna de las dos cosas abundaba en Italia.

Sentí algo de vergüenza; yo me había criado entre algodones. Con ocho años, tenía un portátil propio, decenas de videojuegos, libros electrónicos, patinetes, muñecas interactivas y toda clase de juguetes de los que apenas conocían su existencia en Europa o América. A lo largo del día, ya había visto a varios niños jugando con un balón deshilachado o con bicicletas oxidadas que no contaban con turbopropulsores ni nada por el estilo. Y lo más curioso era que, a pesar de sus sencillas y limitadas vidas, muchos parecían felices. Tenían lo justo para vivir y eso era suficiente.

No obstante, a pesar de esa idea, yo sabía perfectamente que, si tuviera la oportunidad de elegir dónde vivir, escogería cualquier población de Asia antes que alguna ciudad del viejo continente. Su belleza era conmovedora, pero también su pobreza.

Una melodía de piano nos acompañó durante el viaje, que transcurrió en silencio por nuestra parte. Examinaba las calles con interés y me fijé en algo que se repetía, unas siglas grabadas en las paredes, las columnas y los rincones más inhóspitos de la ciudad: SPQR.

Senatus Populusque Romanus. El Senado y el Pueblo Romano. Ya había leído sobre aquello durante alguna de las tediosas noches que pasé en Capua. Noches en que, por el motivo que fuera, no podía dormir y recurría a mi

consola para entretenerme. Ver esas siglas tantas veces y en sitios tan dispares me hizo sentir lo presente que estaba la historia y el peso de la misma. Lo reales que habían sido tanto la república como el imperio de Roma y lo mucho que distaban ahora de nuestro tiempo.

«Algún día —pensé—, mi época también resultará lejana; la gente leerá sobre ella y la interpretará como algo irreal y extraño».

—Así que te gusta el arte —comenté, recordando algo que había dicho en la comida.

Él hizo un gesto de asentimiento sin apartar la vista del frente.

—Sí. Mi madre me inculcó cierta... —dudó un momento, como si estuviera buscando la palabra adecuada— admiración por el arte.

—¿Alguna disciplina en particular?

—La pintura. A ella le gustaba pintar.

—¿El qué?

—De todo... Pero sobre todo disfrutaba pintando patos.

—¿Patos? —Le eché un vistazo, pero no parecía estar bromeando.

—Sí, y cisnes. —Se encogió de hombros—. Se le daba bien dibujarlos.

Me quedé callada un momento y pensé en mi madre. De las seis artes clásicas, sin duda la música y la literatura eran con las que más disfrutaba. A mí me gustaban, pero últimamente me interesaban más la pintura y la escultura.

Teseo aparcó el coche y miré alrededor, pero no vi la fuente por ninguna parte.

—Está cerca —me explicó—, pero no confío en encontrar aparcamiento más adelante...

Asentí y, al bajarme del coche, me percaté de un dibujo muy particular junto a la matrícula: una ese adornada. El mismo logo que tenía yo tatuado en la espalda. Aquello dictaminaba que era propiedad de Hydrus, y solo por eso nadie se atrevería a robarlo o dañarlo.

—Teseo, ¿qué simboliza la ese de Hydrus?

—¿No lo sabes? ¿En Capua no hablabais de ello?

—No. A nadie le gustaba recordar su condición de esclavo y los tatuajes apenas se mencionaban.

—Comprendo —asintió mientras empezábamos a encaminarnos a la fuente—. ¿Recuerdas cuál es el logo de Hydrus en Asia?

—Una hache mayúscula.

—Que es la primera letra del nombre de la empresa. Y la ese, la última. La hache es lo que se muestra en Asia porque es lo que está al principio, igual

que Oriente. La ese es lo que se muestra aquí porque está al final, igual que Occidente. Es una metáfora.

Enfilamos por unas cuantas calles donde había artistas callejeros dibujando y entonando canciones y, por fin, desembocamos en una pequeña placeta donde, ahora sí, vi la Fontana di Trevi.

Tardé unos instantes en reaccionar; me había quedado boquiabierto. Había mucha gente delante, pero me abrí paso para contemplar aquella maravilla desde la primera fila. ¡Era enorme! Con razón la plaza parecía tan pequeña, ¡si la fuente ocupaba la mitad! Las esculturas eran extraordinarias. ¿Cómo era posible que algo así se hubiera creado en una época en la que apenas disponían de medios? Casi todo se elaboraba a mano, paso a paso, y se tardaban años y años en erigir algo así. Pese a no contar con máquinas de ninguna clase, habían creado cosas de un valor incalculable. Casi sería más creíble tomarla como obra del dios mitológico que representaba que de una simple mano humana.

Teseo suspiró.

—Le hace sentir a uno tan...

—Diminuto —concluí, y la palabra sonó al unísono en nuestros labios.

Le sonreí, divertida por la coincidencia, y él pareció sorprendido. A lo mejor nuestra concepción del arte era similar.

Bajo el agua, en el suelo de la fuente, un montón de monedas resplandecían. A mi lado, una joven que iba con su novio arrojó una y cerró los ojos mientras caía. Seguí la trayectoria con sorpresa. Aquello era dinero en metálico y, hasta ese momento, solo lo había visto en películas. En Hong Kong, casi todo se pagaba con créditos almacenados en tarjetas de ciudadanía.

—¿Por qué tiran monedas al agua? —le pregunté a Teseo cuando se acercó—. No es que les sobren las riquezas.

—Son solo céntimos de lira italiana. La tradición dice que, si tiras una moneda en la fuente y pides un deseo, se cumple.

—Qué tontería —repliqué, cruzándome de brazos. Era absurdo arrojar algo de lo que se carecía.

—Las tradiciones son así.

—¿Alguna vez has pedido un deseo aquí?

Esbozó una media sonrisa casi imperceptible.

—Una vez.

—¿Y? ¿Se cumplió o no?

—¿De verdad quieres saberlo? —inquirió con una carcajada, y yo asentí —. De momento se está cumpliendo, pero eso puede cambiar.

—Oh, vaya, quizás debería probar suerte —dije con sarcasmo—. Lástima que no tengamos monedas. —Hice amago de ir a apartarme, pero él me detuvo con una mano.

—¿Quién ha dicho eso? —Y sacó una. Era plateada con los bordes dorados—. Un euro.

—¿Euro? Creía que esas monedas ya no existían.

—Claro que existen. Cien años de historia de la Unión Europea no se borran así como así. Aunque ya no las aceptan en casi ningún sitio.

La miré con curiosidad. Databa del año 2004.

—¡Tiene casi doscientos años! Seguro que vale un montón.

—Para nada, quedan muchísimas monedas de estas. Cuando, poco a poco, los países fueron abandonando la Unión Europea en beneficio de su economía y acuñaron sus monedas originales, se conservaron muchos euros. Ah, y este en concreto tiene algo especial: mira el reverso.

Le di la vuelta a la moneda y estudié la imagen que había grabada sobre la superficie. Un hombre mayor con americana y corbata. Su mirada era solemne y lejana. Junto a él, unas letras curvadas rezaban: «España».

—Juan Carlos I de España —musité, recordando las lecciones de historia que mi madre se había empeñado en que aprendiese.

—Cuando todavía existía la monarquía en el país —añadió él, y asentí distraída.

—Entonces, ¿crees que debería pedir un deseo?

—Por supuesto. Que sea un euro español quizá sea una señal de que te corresponde a ti, ¿no crees?

—Quizá —acepté con una sonrisa. Me puse de espaldas a la fuente, cerré los ojos y la lancé hacia atrás. Cuando oí el chapoteo, me giré.

Luego seguimos caminando por la ciudad eterna, ya ataviada con los colores del atardecer.

De vuelta al hotel, antes de salir del coche, miré a Teseo.

—¿Estarás en el combate de hoy?

—No. Tengo un compromiso.

Me encogí de hombros y le devolví la sudadera. Después, salí del coche y él me imitó.

—Faith —me llamó. Yo me giré, expectante, pero se quedó callado, como si hubiera cambiado de idea y ya no quisiera decir nada. Tras un silencio tenso, soltó el aire que había estado reteniendo—. Hasta luego.

Sin saber qué deducir de su reacción, me limité a observar cómo volvía a meterse en el coche y luego me di la vuelta hacia el hotel.

Dentro, esperé a que bajasen los demás mientras trasteaba con el móvil. Por descontado, no teníamos acceso a redes sociales, aunque tampoco las iba a necesitar. Preferí comprobar que tenía una de esas baterías que se retroalimentaban hasta los seis u ocho meses, cuando ya tocaba cambiarlas. ¡Eso sí que era útil!

El ascensor se abrió y, al ver que eran mis dos compañeros, guardé el teléfono.

—¿Dónde te habías metido? —se interesó Elka, viniendo a mi encuentro seguido de Alpha.

—He estado por ahí... —respondí vagamente—, dando una vuelta. ¿Y vosotros?

—Entrenando —explicó Alpha.

Intenté no mostrarme contrariada.

—¿Y eso? ¿Podíamos entrenar hoy?

—Sí, hay unas instalaciones privadas para los gladiadores de la zona. Hemos ido a ver qué tal y nos hemos quedado un rato. —Elka hablaba con tanto entusiasmo que me arrepentí aún más de haber estado haciendo turismo mientras ellos entrenaban—. Son una pasada.

Respiré hondo para calmar la ansiedad. Luego, cuando subimos al coche de Hydrus, permanecí en silencio mientras Elka y Alpha debatían sobre los gladiadores a los que íbamos a ver esa noche. Aparentemente, eran contrincantes muy afines: tipos de la misma edad, un número similar de victorias, complexión parecida... No había un favorito, y precisamente era eso lo que generaba interés; se ganaría mucho dinero en las apuestas y el resultado sería interesante, fuera cual fuera. La modalidad inicial era un combate por aguante y sustitución. Varios candidatos se retaban entre ellos para mantener un sitio en la arena. El encuentro era a primera sangre, así que aquel no era el principal reclamo. El plato fuerte era un combate a muerte que dictaminaría el vencedor del Circuito Italiae, una liga exclusiva de gladiadores nacidos en Italia.

En el estadio, el bullicio era considerable: estaba rodeado de puestos de comida ante los que los asistentes se agolpaban para comprar ahí y no dentro, donde los precios eran astronómicos. De nuevo, vi intercambios de billetes y monedas. El dinero en metálico me llamaba mucho la atención; era como si proviniera de otra época.

Un hombre se nos acercó para tratar de revendernos unas entradas, pero Keron lo despachó rápidamente y nos abrimos paso hasta el acceso. Mientras recorríamos los corredores que desembocaban en las gradas, Elka me contó

que, muchos años atrás, el estadio había sido un campo de fútbol. ¿Cómo podía enterarse siempre de esas cosas?, me pregunté, y luego me quedé en blanco al toparme con la infinidad de asientos que había sembrados en los alrededores de la arena, todos en sentido ascendente para que cada espectador tuviera una buena visión del centro. Además, todos contaban con una pantalla desplegable para ver los lances plano por plano.

En Capua también nos habían grabado en la prueba final, pero no fui consciente de ello durante el combate. Cuando luchas, solo hay lugar para un pensamiento: sobrevivir. Vencer. Cuando la alternativa es morir, no tienes en cuenta la gloria, solo tu instinto de supervivencia.

El Circuito Italiae tenía un corte de marcado patriotismo, de ahí que siempre se dedicara la final a alguna personalidad italiana. El afortunado de esa noche era un ministro romano que, en cuanto las gradas se abarrotaron, ocupó el palco presidencial —o imperial— y pronunció un discurso acerca de lo honrado que se sentía y lo mucho que esperaba que los combatientes se esmerasen al máximo.

—Sea cual sea el resultado —concluyó—, ambos tendréis mi reconocimiento.

No me lo tragaba. Los caídos en combate no solo perdían la vida, sino también el respeto. Los aficionados a la lucha clásica eran muy duros y únicamente tenían en cuenta a los vencedores. Nadie se acordaba de Kendal, por ejemplo. Durante una época, fue alguien de quien se habló en los medios y a quien algunos seguían. Ahora era un dato más en los anales de la historia de la lucha clásica.

Para que te recordasen después de fracasar, se necesitaba haber sido excepcionalmente bueno o mediático. Aunque la vida misma era así. Uno se disolvía en el tiempo a no ser que hubiera hecho algo memorable. Pero ¿qué más daba lo que pensarán de uno cuando hubiese muerto?, me dije. Para entonces, ya daría igual. Lo importante era aprovechar la vida mientras la tuviera.

La súbita oscuridad que se produjo cuando los focos se apagaron me distrajo de mis pensamientos sombríos. Solo la arena quedó iluminada por dos potentes luces blancas cuya procedencia no logré ubicar. Las pantallas se desplegaron y palpé el holograma de la arena con una mezcla de escepticismo y asombro. Llevaba tanto tiempo sin ver proyecciones de esa calidad que me sentí desconcertada.

No tardó en entrar un gladiador de constitución fornida que pronto consiguió hacer sangrar a su oponente y se mantuvo en la arena dos asaltos

más hasta que llegó un joven, más delgado pero muy ágil, que le hizo un profundo tajo en el muslo izquierdo. El primer vencedor casi pareció aliviado de poder descansar y, como todos, abandonó la arena por la libitinensis, la puerta de los perdedores, situada en un lateral. La gente gritaba enloquecida. El clamor del público era una canción sin melodía, el bramido de un único espíritu. Solo en los combates menores se permitía aquel ambiente desatado.

El segundo vencedor aguantó seis minutos, uno menos que el tercero, y el cuarto resistió hasta concluir su turno. Entonces, tras un breve descanso que muchos aprovecharon para comprar más bebidas, comenzó el combate principal.

Me recosté en el respaldo del asiento mientras la pantalla holográfica y horizontal se extendía de nuevo frente a mí. Parecía tan real, tan sólida y nítida... Por segunda vez, la atravesé con la mano para asegurarme de que era un holograma. Ciertamente, los dos gladiadores que ahí salían no podían ser más parecidos e incluso las armas que llevaban eran las mismas: un cuchillo largo sujeto al cinto, una maza y un escudo circular.

Uno de ellos arremetió contra el otro con fiereza, pero su adversario logró parar el movimiento de su maza con el escudo. Pese a la distancia, el golpe fue tan fuerte que oí con claridad el impacto del metal contra el metal. Su salvajismo atrajo mucho mi interés y no pude apartar la vista durante un buen rato. Sin embargo, cuando llevaban ya siete minutos y supuse que habían llegado a un punto muerto, me distraje mirando las expresiones de la gente que había a mi alrededor. Solo distinguí el rictus de cinco o seis, dada la oscuridad, pero todos sus semblantes reflejaban lo mismo: tensión. Y satisfacción.

Volví a fijarme en la arena. Los contrincantes contaban con unas condiciones muy igualadas y el desarrollo del combate se había ralentizado. No parecía conducir a ninguna parte. Eso no era bueno.

El summa rudis entró en acción.

Las luces se apagaron y todo quedó a oscuras. En nuestras pantallas, cuyo brillo moría en el cristal que nos separaba de la arena, distinguíamos el contorno azulado de ambas figuras, propiciado por un efecto óptico de las cámaras que estaban grabando.

Los dos combatientes se hallaban muy alterados y no bajaban la guardia. Desde su posición no debían de ver nada. Sus posturas eran defensivas y caminaban con mucha cautela, girando sobre sí mismos, procurando oír hasta el más mínimo sonido.

Un profundo rugido rasgó el aire.

Las luces regresaron y todos parpadeamos para acostumbrarnos al resplandor de nuevo. Desvié la mirada a la arena y lo que divisé me dejó sin aliento.

Tres tigres daban vueltas de un lado a otro en el escenario, observando con fijeza a los combatientes.

De inmediato, ambos se olvidaron el uno del otro para centrarse en los animales. Uno de ellos dio una dentellada tan rápida que el combatiente más próximo lo esquivó por los pelos, echándose al suelo y rodando. Su oponente no perdió el tiempo: aprovechando la distracción del enorme felino, lanzó una estocada hacia él y le atravesó el vientre con su acero.

Literalmente.

Entonces lo comprendí. Aquel no era un tigre de verdad, sino una simulación, un holograma tan perfecto que podía confundir a cualquiera.

¿Qué había de los otros dos animales? ¿Eran también simulaciones o serían auténticos? Sin duda, el summa rudis había hecho muy bien su trabajo. No siempre intervenía en los combates, pero, cuando lo hacía, el rumbo del encuentro podía virar por completo.

El gladiador que había rodado por el suelo se levantó de un salto y lanzó un cuchillo contra el segundo tigre, traspasándole la frente. Sí, otra simulación. Y en ese momento, el tercer felino rugió y le dio un zarpazo en el hombro. No, ese no era un holograma; la sangre que le caía ahora por el brazo lo probaba.

A toda velocidad, el aspirante logró estrellarle la maza en una de las patas y su oponente se valió de ese instante, mientras el animal rugía enfurecido, para hundirle la espada en el lomo.

Lo habían matado entre los dos, algo que el público no tradujo en vítores. La gente no quería complicidad, sino conflicto.

Cuando el tigre cayó pesadamente sobre el suelo, ellos se miraron, jadeantes, y empuñaron con más fuerza sus armas. Ya habían pasado casi quince minutos. Los combates no solían durar tanto, pero este estaba a punto de acabar. Ambos respiraban exhaustos y sus heridas pronosticaban el desenlace.

Finalmente, el que no había padecido las garras del tigre le estampó la maza al otro en la cara y este se desplomó de espaldas. Durante unos segundos, se convulsionó en la arena... hasta que dejó de respirar.

Los asistentes prorrumpieron en aplausos y por los altavoces se dieron las estadísticas del combate: duración, quién había sido el perdedor, quién el vencedor...

Una proyección en tres dimensiones invadió la arena con el anuncio publicitario de un coche y, luego, pasó a recrear los mejores momentos. Aprovechando esa distracción, un asistente entró para retirar el cuerpo del caído y llevarlo al spoliarium o espoliario, un cuartucho donde guardaban los cadáveres de los gladiadores hasta que alguien iba a reclamarlos. A veces nadie iba a por ellos, ni siquiera sus lanistas. Muerto el esclavo, ¿para qué iban a molestarse en recogerlo? En tal caso, los responsables de mantenimiento lo incineraban rápidamente, como si nunca hubiera existido.

Las armas sí que se recuperaban.

Salimos de las gradas y regresamos al coche, donde pasamos todo el trayecto comentando lo que nos había parecido el combate y lo que habríamos hecho nosotros de haber estado en su lugar..., la típica conversación que uno solo mantenía con sus compañeros de equipo por no ir a enfrentarse nunca a ellos.

Cuando estábamos a punto de llegar al hotel, mi móvil vibró con un nuevo mensaje. Elka me miró con extrañeza.

—¿Y eso? —inquirió.

Alpha también parecía confuso. Si a mí me había llegado un mensaje, ¿por qué a ellos no? Si era algo relativo al equipo, nos concernía a los tres; y si no..., ¿qué asuntos podía tener yo más allá del equipo?

Pero esa era la cuestión: no tenía ni idea de en cuál de las dos categorías podía meter a Teseo y, por algún motivo que no acababa de discernir, me incomodaba lo que pudieran pensar de enterarse. También me desconcertaba esa confianza con Teseo... A una parte de mí le irritaba pensar que podía llevarme bien con él.

—He... puesto una alarma —mentí.

—¿Para qué? —preguntó Elka, contrariado.

—Quería ponérmela para mañana por la mañana, pero está claro que me he equivocado —espeté más secamente de lo que pretendía.

No volvieron a dirigirme la palabra. Solo cuando sacaron sus teléfonos y empezaron a distraerse con ellos me atreví a leer el mensaje de Teseo, que aún no había abierto:

Mañana podemos ir al Foro Romano... si quieres.

No lograba entender por qué se comportaba así conmigo. Era hasta caballeroso y eso no le pegaba nada... Bueno, sí que le pegaba, pero no con una esclava. No conmigo.

De acuerdo. Nos vemos a la misma hora.

Y envié el mensaje sin vacilar. A medio día me reuniría con él, y para entonces ya habría entrenado varias horas. Me apetecía ver el Foro Romano. ¿Por qué no habíamos ido ese día? Según el mapa que estudiaba ahora en mi móvil, la Fontana di Trevi estaba bastante más lejos del Coliseo que el Foro, como era lógico.

Cuando aquella noche me dormí, lo hice pensando en el deseo que había pedido en la fuente más bella de Europa:

«No perecer en la arena».

El estridente sonido de mi móvil me despertó de madrugada. Al principio, mi mente adormilada asumió que ya debía ir a entrenar y salté de la cama a toda prisa, creída de que pronto empezarían las clases. Luego me percaté de mi error y respondí.

—¿Faith? —Era la voz de Teseo.

—¿Qué pasa? —exclamé con voz ronca.

—Siento despertarte, pero necesito contarte algo.

Por unos segundos, dudé sobre si no seguiría soñando. Aquello era absurdo.

—Son las dos de la mañana.

—Ya, pero... Mira, mañana me costará mucho decírtelo cara a cara. Aunque, si no quieres oírlo, te dejo seguir durmiendo.

Maldije para mis adentros.

—Está bien. ¿De qué se trata?

—Voy a contarte por qué estoy con Hydrus.

Eso despertó mi interés. Me senté y luego, por los nervios, volví a levantarme.

—No deberías hacerlo si no estás seguro —afirmé—. Sé lo que es tener un pasado del que no quieres hablar. Aunque no negaré que me debes esa explicación... Así que mejor omite lo que he dicho.

Soltó una risa amarga.

—Te respeto, Faith, y eso me obliga a ser franco contigo. Ya te habrás dado cuenta de que por mi parte recibes un trato especial. Me importa más lo que te pase a ti que lo que les pase a tus compañeros, y eso no debería ser así —se lamentó—. He meditado mucho sobre ello... Al principio no lo entendía, pero luego, repasando todos nuestros encuentros, todas las conversaciones que hemos mantenido, me he dado cuenta de que intento redimirme porque me siento culpable. En cierto modo, me siento responsable de todo lo que te ha pasado, de cuánto ha cambiado tu vida... —Hizo una pausa—. Cuando yo

era pequeño, mi vida también se vio alterada brutalmente. No fue tan repentino como en tu caso ni la mitad de cruel... Pero fue un gran cambio.

»Empecé a apreciar la vida que tenía cuando fui consciente de que jamás volvería a disfrutar de ella. Me vi arrastrado a algo que nunca deseé. —Volvió a guardar silencio, como arrastrado por una marea de recuerdos—. Quiero que sepas que no me gusta lo que te ha pasado. Ojalá pudiera ayudarte.

—¿Y no puedes?

—No. —Casi pude imaginármelo al otro lado de la línea, con un rictus de amargura en los labios—. Trabajar en Hydrus es como chapotear en un lago lleno de pirañas. Siempre muerden y, si chapoteas más de la cuenta, acaban devorándote.

—De modo que no te gusta.

—No me gusta —confirmó—. Pero Hydrus es lo único que tengo... y lo necesito.

—No tienes que contarme nada si no quieres —insistí, aunque en mi interior volví a maldecir lo contradictorios que eran mis pensamientos. Obviamente, deseaba que lo hiciera.

—Pero quiero. Debo hacerlo. Hace ya un rato que intento dormir y no lo consigo... Creo que esto me ayudará.

Permanecí callada. Yo mejor que nadie comprendía lo difícil que podía ser compartir los entresijos de tu pasado con otra persona. A lo mejor ya se estaba arrepintiendo y optaba por disculparse y dejarme solo acompañada de mi curiosidad.

Pero entonces empezó a hablar.

Teseo nació en Roma en el otoño de 2175.

Vivió en la ciudad eterna hasta los siete años, cuando Adele, su madre, perdió el trabajo que los había mantenido durante mucho tiempo, cosa de la que no podía presumir su marido, cuya voluntad y sentido del sacrificio eran quebradizos. Su única salida, dijo entonces ella, era gastarse los ahorros que les quedaban en viajar a Asia porque allí tenía un amigo que podría ayudarles.

Después de tomar varios trenes, un avión y un barco, llegaron a Singapur, donde residía el misterioso amigo de Adele Santelli. Ese amigo resultó ser nada más y nada menos que el señor Malinov, un tipo que, en los últimos años, había cosechado una fortuna considerable y empezaba a tener mucha influencia, pues su empresa crecía incesantemente. Adele y él habían sido amigos de pequeños y siguieron siéndolo hasta que él se marchó a Oriente a los dieciocho para, como hacían todos, probar suerte.

Y él había sido uno de los pocos que lo había conseguido: había levantado una gran empresa de la nada. Si Hydrus era conocida por algo, era por lo rápido que había escalado a la cumbre de las corporaciones más importantes.

Cuando llegaron allí y Adele dio su nombre, Malinov tardó más bien poco en recibirles y en proporcionar a ambos padres una vivienda y un empleo en unas oficinas. Ningún miembro de la familia sabía exactamente cuál era la relación entre Adele y Malinov, pero era increíble que, tras una larga temporada sin apenas contacto, él los hubiera acogido así.

La primera vez que Teseo lo vio, fue en una sala oscura con columnas jónicas a los lados y una silla giratoria al final de unos escalones. Era como un escenario de película, algo sumamente teatral.

—Estos son Petra y Teseo —le indicó Adele, mostrándole a sus dos hijos.

—Y tú estás encinta —observó él.

—Así es.

Malinov suspiró y se acercó a ellos.

—Me alegra conocerlos.

Teseo era muy pequeño y Malinov le causó una fuerte impresión. Le pareció el hombre más imponente y peligroso con el que había tratado nunca, pero eso no le infundió miedo, sino interés. Después, su madre les contó que se habían conocido cuando ella vivía en el norte de Italia, cerca de la frontera, y que habían sido amigos casi desde el primer momento.

—Pero ha cambiado mucho —añadió lacónicamente.

Y pasó el tiempo. Adele veía mucho a Malinov, pero los demás solo coincidían con él unas pocas ocasiones al año. Teseo y Petra iban a muy buenas escuelas, la pequeña Morgan pronto empezaría a estudiar en un colegio fantástico... Todo iba de maravilla hasta que Petra anunció que estaba embarazada de un diplomático. Solo tenía quince años.

Su padre prácticamente la repudió y Adele, aunque escandalizada, le propuso alternativas para criarlo juntas, pero el padre del niño decidió que lo más conveniente era que Petra y el bebé fuesen a una urbanización privada y prácticamente clandestina al sur de China, a las afueras de Hong Kong, donde viviría con todas las comodidades.

Adele se opuso y, al final, tras comprobar que era imposible hacerle cambiar de idea, pidió ayuda a Malinov y la familia obtuvo un permiso especial para visitarla unos días al año.

Esa nueva circunstancia, así como la intervención de Malinov, contribuyó a que el matrimonio de Adele terminara por desmoronarse. Su marido recelaba de ella por la extraña relación que mantenía con su jefe, si bien no se decidía a dejarla porque ello supondría renunciar a todo. A pesar de que ella le insistió en que solo los unía la amistad, él jamás la creyó. Y paulatinamente se resignaron a convivir sin hacer vida común, distanciándose poco a poco.

Teseo tenía cerca de diez años cuando llamaron al timbre de su casa y se topó cara a cara con el señor Malinov. Llevaba un pulcro traje oscuro y unas gafas de sol que se quitó cuando entró.

—¿Y tu padre, chico? —preguntó.

—No está.

—Bien —murmuró—. ¿Hay algún lugar donde podamos sentarnos a hablar tranquilamente?

Él, algo dubitativo, asintió y lo condujo a la pequeña sala de estar donde ahora solo se hallaba Morgan. Malinov miró a la niña, que iba gateando por el suelo, con una mezcla de condescendencia y escepticismo. Luego se acomodó en el sofá y Teseo tomó asiento frente a él.

—Teseo —empezó—, ha ocurrido algo que deberías saber. No sé dónde estará tu padre, pero, ya que no lo encuentro, serás tú quien se entere

primero.

El niño se removi6 inc6modo en su asiento. Aquello no le gustaba nada.

—Al salir del trabajo, tu madre ha sido v6ctima de un accidente de tr6fico.
—Hizo una pausa, una pausa tan larga que a Teseo se le antoj6 interminable
—. Estaba en la calle porque se supon6a que tu padre iba a ir a buscarla, pero no fue. Cruz6 en direcci6n al metro y... Bueno. —Sus ojos azules, que generalmente destellaban con intensidad, presentaban ahora un aspecto apagado—. Ha muerto —concluy6.

Teseo no supo c6mo reaccionar y se qued6 callado, con la mirada perdida. Cansado de esperar una contestaci6n, Malinov se puso en pie y se march6.

As6, de un d6a para otro, Teseo se qued6 sin madre y su familia se desmoron6. Su p6rdida dej6 un vac6o insalvable. Cuando su padre lleg6 a casa de dondequiera que hubiese estado, las autoridades ya le hab6an informado de lo sucedido.

Teseo volvi6 a ver a Malinov, esta vez en el funeral, y el peque6o no pudo evitar preguntarse qu6 iba a pasar ahora que su madre ya no estaba. ¿Conservar6an aquella vida despreocupada que la amistad entre Adele y 6l hab6a forjado?

No tardaron en obtener una respuesta: s6. En honor a la memoria de Adele, Malinov se har6a cargo de Teseo y Morgan. Petra ya no era cosa suya, pero la vigilar6 desde la distancia. Se llev6 consigo a los dos ni6os y les dio unas enormes habitaciones en la mansi6n donde 6l resid6a. Su padre no los acompa6o. Una noche, antes de que Malinov los acogiera, cuando se supon6a que Teseo llevaba un par de horas dormido, lo despertaron de su enso6aci6n unas voces graves. Proven6an del sal6n principal y el joven no pudo evitar abrir la puerta y permanecer quieto en una esquina para escuchar la conversaci6n entre su padre y, como enseguida reconoci6, el se6or Malinov.

—No eres m6s que un borracho —estaba diciendo este—. Adele nunca deb6 casarse contigo. Merec6a algo mejor que un hombre que la olvidaba al salir del trabajo, que cambiaba su compa6a por un par de pintas. Jam6s la valoraste como se merec6a.

—Por favor, Malinov, ya me siento demasiado culpable...

Pero el aludido solt6 una burda risotada.

—¿Demasiado culpable? ¿*Demasiado* culpable? Eso ha dicho mucho m6s de ti que cualquier dato que pudiera encontrar en tu pobre curr6culum. Lo que le pas6 fue culpa tuya, necio. Ella est6 muerta y t6 est6s aqu6. ¿C6mo es posible que sientas *demasiada* culpa? Ni siquiera toda la culpa del mundo ser6a suficiente, Morton.

—No te pertenecía. ¡Era mi mujer, no la tuya! Sé que eráis amigos, pero su muerte no te duele a ti más que a mí, eso te lo aseguro. La amaba.

—No te consiento hacer afirmaciones sobre mis sentimientos y mucho menos sobre Adele. Yo ya cuidaba de ella cuando tú ni siquiera habías aparecido en su vida. ¿Amor? No me hagas reír —espetó con la voz teñida de desprecio.

—Es cierto que durante los últimos meses las cosas no iban tan bien como me hubiera gustado, pero...

—Cállate.

Jay obedeció, cabizbajo, y al cabo de unos segundos dijo con un sollozo:

—Lo único que quiero saber es si voy haciendo las maletas o si conservaré mi puesto de trabajo.

—Te irás. No volveré a verte la cara en lo que me queda de existencia. Eso sí, tus hijos se quedan conmigo.

—¿Cómo?

—No estás capacitado para cuidar de ellos. Y Adele me nombró su tutor legal en su testamento en caso de que os sucediera algo.

—¡Soy su padre! —susurró entonces él, iracundo—. ¡Y a mí no me ha pasado nada!

—Y no te pasará nada. Pero quiero que por una vez en tu vida seas razonable y contestes a una pregunta con franqueza: ¿qué crees que les conviene más a tus hijos? ¿Irse contigo o quedarse conmigo? Piensa en ellos antes de responder, no en ti ni en mí. Ah, y recuerda que a partir de ahora no tienes trabajo y estás empezando a tener una interesante reputación de alcohólico. —Se cruzó de brazos y clavó la vista en él, rebosante de desdén—. Vamos, contesta.

Pero la respuesta no llegó.

—Si das con la solución adecuada, quizá pueda encontrar algo para ti en las fábricas que Hydrus tiene en Europa del Este. Un puesto fijo.

Y, al día siguiente, su padre se marchó y Teseo no volvió a verlo.

Lo cierto es que no lamentó su marcha. Durante las últimas semanas había estado imaginándose con frecuencia una escena: la de su madre sola en la acera, empapada por la lluvia, resfriada, mirando el reloj repetidamente, llamando a un número que no daba señal. Y entretanto, él disfrutando de la calidez de unas cervezas en un bar.

Desde entonces, él y su hermana vivieron con el dueño y presidente de Hydrus. Cuando el joven cumplió catorce, Malinov lo llamó y le dijo que lo necesitaba, que sabía que era un muchacho inteligente y que se esperaba

mucho de él, por lo que iba a recibir una educación especial. Teseo empezó a aprender todo lo que había que saber sobre Hydrus y cómo desenvolverse en el mundo empresarial... En definitiva, la formación para un perfecto sucesor.

Aunque el nombre de Malinov a muchos les inspiraba temor, él jamás se portó mal ni con Teseo ni con Morgan, más bien al contrario: los crio como si fueran sus propios hijos. Rara vez les regaló muestras de afecto, pero nunca los desatendió. A su vez, Teseo valoraba que se interesara tanto por ellos y por su educación.

En una ocasión, sin embargo, cuando tenía quince años, se coló en la central de Hydrus para cotillear y acabó accediendo a todo tipo de archivos cuya existencia en teoría ni siquiera debería conocer. Ahondó en aspectos de la compañía que hasta el momento solo había intuido, como todo lo relacionado con los Asuntos Paralelos.

Ese era el nombre que recibía el departamento que se encargaba de dirigir y trabajar en todo lo relativo a Europa y América: prostitución, esclavismo, lucha clásica, tráfico de armas... Un auténtico cúmulo de ilegalidades. A esas alturas, Teseo ya había oído rumores y leído artículos sobre los asuntos turbios que tenían lugar en Occidente, pero comprobar tan indudablemente el papel de Hydrus le estremeció. Las cifras de esclavos obtenidos eran escalofriantes, al igual que los beneficios del tráfico de armas.

Cuando aún no había salido del cuarto, la puerta se abrió. Teseo no hizo nada por esconderse, pues era inútil: ya lo habían visto. Frente a él, seis ojos clavaban la vista en su rostro como si fueran dagas: eran los de Malinov y sus jefes de seguridad.

Malinov no apartó su gélida mirada de Teseo.

—¿Qué haces aquí? —le preguntó.

—Quería conocer mejor la empresa —respondió él con un intento de aplomo.

—Dejadnos —dijo entonces Malinov a los otros dos. Estos cruzaron una mirada y se marcharon, cerrando la puerta tras de sí. A continuación, él se acercó a Teseo mientras observaba distraídamente las estanterías y los archivadores—. Sabes que no puedes estar aquí. —No era una pregunta.

—Pero tarde o temprano tenía que saberlo.

—¿Qué has descubierto?

—Cifras.

Malinov alzó el mentón, como alentándole a seguir hablando, pero Teseo no lo hizo.

—No pareces muy contento.

—No lo estoy —confirmó Teseo—. Entiendo que recurrir a según qué cosas para mantener la empresa a flote fuera necesario en un principio, pero no puedo creer que no intentes cambiar eso ahora. Las multinacionales como Hydrus causan todo el mal que aqueja Europa.

—No todo. Pero sí una gran parte.

—¿Y te da igual? Yo vengo de Italia y sé muy bien las miserias que hay allí, y también sé que muchas no existirían de no ser por vosotros y por todas las empresas que solo piensan en el dinero. ¿Es que no te das cuenta? Las personas como tú son las culpables de que se produzcan tantas injusticias.

Malinov no contestó enseguida. Exhaló un suspiro y se apoyó en un estante, con las manos metidas en los bolsillos en una calculada postura serena.

—Teseo, no cometes el error de asumir que conoces el funcionamiento de las cosas mejor que yo. El mundo está en decadencia y no podemos permitirnos el lujo de luchar por los demás. Todo lo que tengo lo he obtenido con esfuerzo y sacrificios. —A Teseo su forma tranquila y pausada de hablar le resultó escalofriante—. No lo olvides: somos víctimas de la vida y hacemos lo necesario por salir adelante.

—¡Pero eso es egoísta!

—El ser humano es egoísta por naturaleza. Créeme, Teseo, me gustaría cambiar las cosas, pero no es tan sencillo. Para triunfar tuve que meterme en un bucle del que ahora es muy complicado salir. Hago lo que está en mi mano, pero no soy un dios.

—Aun así, eres el presidente de Hydrus —objetó el chico, cruzándose de brazos. Se resistía a creer en esa supuesta impotencia.

Malinov esbozó una sonrisa torcida.

—Hay cosas que eres demasiado joven para comprender, pero pronto comprobarás que no todo es lo que parece.

Y Teseo no volvió a cuestionarle porque, efectivamente, a medida que pasaron los meses, comprendió que el omnipotente presidente de Hydrus no era tan poderoso como parecía y empezó a discernir en su mirada las sombras de sus propios demonios: culpabilidad, una conciencia escandalizada y, sobre todo, el anhelo de quien se siente solo.

Las instalaciones de las que me habían hablado Elka y Alpha eran realmente grandes y provechosas. Funcionaban como un gimnasio y era una suerte de servicio público para todos los gladiadores federados o aspirantes que contasen con un buen lanista. Tan pronto como enseñé mi identificación de Hydrus, pude pasar sin problemas, aunque los recepcionistas me dedicaron una mirada curiosa. De no ser porque al introducir la identificación en su ordenador había aparecido una imagen mía con todos mis datos, seguro que hubieran pensado que la había robado.

En el fondo, no era malo que la gente me subestimara. No me gustaba, pero sabía que eso me conferiría cierta ventaja sobre mis oponentes.

Me interné en una de las salas de entrenamiento. Gran parte de las instalaciones albergaba un gimnasio corriente, pero más allá había aulas con equipos y máquinas específicas para gladiadores. Hallé un escenario amplio cuya forma ovalada simulaba la arena de cualquier estadio de lucha clásica. A su alrededor se había congregado un grupo que seguía con interés el enfrentamiento de dos jóvenes con espadas de madera.

Me puse de puntillas para ver bien la escena e hice lo posible por concentrarme en el combate. Aquella mañana me había levantado distraída, dando vueltas a lo que Teseo me había contado; su relato me ayudaba a comprender mejor su comportamiento, pero eso no me hacía olvidar que fue él quien gestionó mi compra y quien me tatuó la marca que declaraba que era una esclava. Entendía que no había tenido elección, pero... ¿y qué? Eso no le exculpaba, ¿verdad? No sabía qué pensar. Y no podía debatirlo con ninguno de mis compañeros, pues sin duda se trataba de un asunto privado.

De improviso, un gladiador se volvió hacia mí y me estudió con recelo. Tenía la nariz algo torcida y con cicatrices, como si se la hubieran roto en una lucha pasada.

—¿Qué quieres? —me preguntó, taladrándome con su incisiva mirada ambarina.

Varios más se fijaron en mí. Todos eran más altos que yo.

—Ver el combate —respondí sin apartar la vista.

El que me había hablado avanzó un paso.

—¿Eres gladiadora?

—Sí.

Percibí su extrañeza mal disimulada. Les costaba creer que yo fuera de los suyos, pero eran conscientes de que tampoco era imposible.

—Bien —asintió el de la nariz rota—. Me llamo Alian.

—Faith —respondí tras vacilar unos segundos.

—¿Eres independiente? —me preguntó otro, y yo apreté los dientes.

—No —respondí—, pertenezco a Hydrus.

Nada más oír eso, su manera de mirarme cambió: ahora lo hacían con renovado interés. Hydrus tenía la reputación de preparar muy bien a sus gladiadores y darles un trato muy peculiar. Un esclavo de Hydrus veía en un par de años más lujo y riqueza que cualquier lanista o gladiador independiente en toda su vida.

—¿Cuántos años tienes? —preguntó Alian.

—Quince.

—Eres muy joven —comentó, y yo me encogí de hombros—. Bien —añadió entonces—, a ver qué sabes hacer.

Querían verme pelear y eso me provocó un rechazo inmediato. No me gustaba que los demás supieran cómo me movía en combate, y mucho menos si eran gladiadores con los que podría llegar a enfrentarme algún día. Pero tampoco podía negarme. Mi orgullo me lo impedía.

Dejé mi mochila en el suelo y entré en la arena ficticia. Los luchadores salieron y uno de ellos me pasó su espada al tiempo que me echaba un vistazo de incredulidad. El otro le dio su arma a Alian.

—Vale, empecemos —dijo él.

Cuando nuestras espadas se encontraron, contrarresté su ataque sin apenas esforzarme. Ninguno nos habíamos puesto en serio todavía, solo era una toma de contacto, pero ya anticipaba su estilo: preciso, aunque algo impaciente para mi gusto, además de lento. Tuve una oportunidad de victoria cuando repitió una estocada que acababa de pararle, como si su abanico de movimientos no fuera muy amplio, pero no quise aprovecharla. No sabía qué hacer, si ganar o perder.

Aquello no era un combate real; si perdía, no pasaba nada. En cambio, si vencía estaría echando por la borda el factor sorpresa. No quería que los demás supieran que tenían que ir con cuidado conmigo. Prefería que se confiaran para que me resultase más fácil ganar en mis primeros combates.

En un arrebato de ira, Alian le dio una estocada tan fuerte a mi arma que esta tembló y la solté disimuladamente, dejándola caer a un par de metros. Acto seguido, colocó la punta de su espada en mi garganta. Él había ganado.

Los demás vitorearon a su compañero. No obstante, Alian me miraba con los ojos entornados, como si no acabara de creerse su buena suerte.

—Bien hecho —le dije, y me apresuré a salir de la tarima. En ese momento distinguí dos caras conocidas: Elka y Alpha—. ¿Hace mucho que estáis aquí? —les pregunté mientras nos apartábamos del gentío.

—Un rato —respondió Alpha—. Hemos visto lo que has hecho, Faith. No digo que hubieras ganado, pero estoy seguro de que eres capaz de aguantar más que eso.

—Opino lo mismo —dijo Elka.

Yo me detuve e hice una mueca de disgusto.

—A veces me hacéis dudar de vuestra inteligencia; sobre todo tú, Elka. ¿De verdad creéis que nos conviene ir demostrando por ahí lo que somos capaces de hacer?

Alpha frunció el entrecejo, pero Elka hizo un gesto de asentimiento.

—Sé de lo que hablas. Pero eso te será útil durante tres o cuatro combates, no más.

—Mejor que nada, ¿no?

—De todas formas, no sabes si te tocará enfrentarte a esos tipos en alguna ocasión —observó Alpha.

—Pues por eso mismo, porque no lo sé —repliqué—. ¿Qué vais a hacer hoy?

—Nada en particular —respondió Elka—. Practicar un poco hasta que venga Keron y patearnos Roma después, supongo. ¿Y tú?

—Lo mismo.

—Aunque tú ya has visto la ciudad, ¿no? —comentó Alpha.

Estudié su expresión. ¿Sabría que había pasado la tarde anterior con nuestro mánager? Su rostro no me daba ninguna pista.

—Sí, algo he visto...

Hablamos de los sitios que había visitado y luego subimos a la segunda planta, donde practiqué con un saco de boxeo. Keron llegó más tarde y nos instruyó durante un par de horas hasta que mis compañeros, a mediodía, decidieron marcharse. Yo opté por seguir entrenando un poco más; aún me remordía la conciencia por no haber hecho nada el día anterior.

Estaba saltando a la comba cuando mi móvil vibró desde el suelo, donde lo había dejado. Me detuve y leí el mensaje de Teseo:

Lo siento, me ha surgido algo y no nos veremos.

Lo releí tres veces hasta que me convencí de haberlo entendido bien. Después, respiré hondo y dejé el teléfono en su sitio antes de retomar el ejercicio. Sí, había sentido una punzada de decepción, lo que generó una ola de ira conmigo misma que me ascendió desde el estómago hasta la garganta. Mi deber no era recorrer las ciudades que fuera a visitar ni pensar en nada que no fuera trabajar por conseguir mi libertad, por superar esa etapa en la que la supervivencia era mi única meta. Teseo debía ser mi mánager, no una distracción.

Seguí entrenándome hasta que Keron me recordó que esa noche había otro combate y debía esperarlo en el hotel a las siete, pues teníamos entradas para una sesión cuádruple y duraría más tiempo del habitual. Lo cierto es que tenía ganas de ir... No es que disfrutase viendo a la gente morir, pero la lucha clásica era ahora mi mundo. Era natural que despertara cierta pasión en mí, ¿no? La lógica me contestaba que sí, pero una parte de mí cuestionaba mi ética. Yo quería ser una buena persona, pero no lo era. La sociedad, los libros y las religiones decían que la venganza no era el tipo de sentimiento propio de una buena persona, y yo sentía unos deseos irrefrenables de vengar a mi madre. Había llegado a creer que, con el tiempo, aquella necesidad iría evaporándose hasta dejar una huella de tristeza y, como mucho, de resentimiento... Pero no.

Pensar en ella me recordó a Kristalis. ¿Cómo le iría la vida ahora? Las dos éramos esclavas de Hydrus y aún cabía la posibilidad de que volviésemos a encontrarnos...

Mientras salía de la ducha y me secaba el pelo con una toalla, decidí que aprovecharía el día para ir al Vaticano. Tenía entendido que era necesario pagar para visitarlo. Seguía siendo la sede del cristianismo, pero había sufrido un revés al lidiar con la pérdida del apoyo de los ciudadanos europeos y, luego, con la proliferación del islam... En las últimas décadas, había tenido un nuevo despunte, si bien no era nada comparable al poderío que había ostentado en el pasado. Y lo que más me interesaba era ver sus obras de arte.

¿Podría entrar con mi identificación de Hydrus?, me pregunté al entrar en la boca de metro. Ese era uno de los escasos aspectos positivos de ser esclava de Hydrus. El otro era que nadie podía hacerte daño. Las calles de Roma eran más seguras para mí que para cualquier ciudadano corriente: si alguien se atrevía a ponerme una mano encima, me bastaba con demostrar que era una propiedad privada para espantar a cualquier agresor. Para eso tenía el tatuaje

de la espalda, claro; para que nadie pudiera ignorar lo que era. Denigrante, pero efectivo.

Las salvajes calles del tercer mundo siempre me habían dado miedo de pequeña. A Hong Kong nos llegaban noticias de terribles sucesos ocurridos en el viejo continente. Gracias a Hydrus, yo era intocable la mayor parte del tiempo... Excepto en la arena, claro, donde mi vida dependería del contrato que firmaran Keron o Teseo.

En cuanto salí del metro, me vi rodeada de turistas asiáticos. Saltaba a la vista que vivían fuera de la realidad. Cuando regresaran a China o a Corea o al país al que pertenecieran, solo el lado bueno de Italia perduraría en su mente. ¿Cuántos de ellos irían esa noche al espectáculo cuádruple? Aunque en Asia repudiaran aquellas actividades, seguro que en el fondo todos se morían de ganas por presenciar alguna en vivo. El Torneo Crush se emitía allí gracias al dineral que pagaban las multinacionales para que su publicidad se viera globalmente. Así que, en realidad, lo que marcaba la diferencia entre un país *civilizado* y otro más bárbaro era el dinero. Solo los que vivían desahogadamente podían permitirse el lujo de mantener sus principios. Y, aun así, no siempre lo hacían.

El viento me azotó cuando salí de la boca de metro. Era la primera vez que estaba en aquella zona de Roma y me pareció muy distinta a lo que había visto hasta el momento, más pobre y desolada. Pronto divisé las columnas que delimitaban la plaza de San Pedro al final de la calle: presentaban un aspecto negruzco e irregular, pues diversas tonalidades de gris cubrían la superficie; aun así, era increíble el buen estado que presentaban.

Bordeé la plaza hasta llegar al edificio central. Dentro, por todos los rincones de la inmensa recepción, los turistas se intercambiaban datos de horarios en mandarín. Oír ese idioma oriental fue como un soplo de aire fresco proveniente de un recuerdo. Un recuerdo empañado por la nostalgia.

En cuanto mostré mi identificación de Hydrus, los guardias me concedieron acceso. Para entonces ya había resuelto que, si se iba a sacar provecho de mí, yo haría otro tanto siempre que pudiera.

Dentro, ignoré a las personas que me rodeaban y me dejé atrapar por la belleza de los cuadros, las esculturas, los tapices... No solo me impactaba su belleza, sino también su antigüedad. Me producía cierta inquietud y una pizca de tristeza saber que esas obras eran atemporales, pertenecientes a una época que ya no existía, que jamás regresaría. Ellas seguían por más que sus creadores no fueran más que sombras de la historia.

Mi madre siempre me habló con devoción de la Capilla Sixtina. Me contaba una y otra vez que aquella era la pintura más impresionante que había contemplado jamás; me hablaba sobre el genio de Miguel Ángel. Cuando la tuve ante mis ojos, quedé fascinada y no pude evitar acordarme de ella. La Capilla Sixtina había sido elaborada a principios del siglo XVI, un periodo de la historia decisivo. ¿Qué aspecto habría presentado durante sus primeros años de vida? Habían pasado varios siglos desde que se pintó y suponía que los colores habían perdido intensidad y brillo, a pesar de que la hubieran restaurado en alguna ocasión.

Sin embargo, no fue la Capilla Sixtina lo que me dejó sin aliento. Hubo algo que me resultó más revelador. La vi al entrar en la Basílica de San Pedro, donde apenas había visitantes. Cuando no llevaba ni un minuto allí, mis ojos repararon en ella. Mi madre me había enseñado una foto suya de pequeña, pero en su momento no me fijé tanto. Así que ahora que estaba allí, que la tenía a escasos metros de distancia, fue como si la viera por primera vez: *La Piedad*, la escultura que representaba a la Virgen María sosteniendo a Jesucristo recién bajado de la cruz, con el cuerpo demacrado y el rostro contraído en una mueca de sufrimiento. El semblante de su madre, en cambio, presentaba una expresión de resignación, orgullo, pena y dulzura, todo al mismo tiempo. Me llevé una mano a los labios, incapaz de ocultar mi asombro. ¿Cómo podía haberse creado eso a partir de un bloque de mármol? De haber vivido en 1500, yo personalmente le hubiera acusado de brujería o algo así. Aun en ese instante, a punto de entrar en el siglo XXIII y con todos los conocimientos científicos que la humanidad había adquirido, me resultaba increíble comprender cómo era posible que Miguel Ángel, un mero hombre que no tenía ni treinta años cuando lo hizo, hubiera sido capaz de crear semejante obra maestra.

No se trataba solo de la estética perfecta e inquietantemente simétrica que presentaba, sino de lo que transmitía. Yo no tenía demasiados conocimientos sobre la religión cristiana, pero esa escultura hizo que me replanteara todas mis creencias. Me pregunté si Miguel Ángel habría encontrado inspiración en su fe y me dije que, si sus creencias le habían ayudado a elaborar no solo esa, sino todas las obras de arte que había llevado a cabo, era imposible que se hubiera basado en algo irreal..., ¿no?

Enseguida me di cuenta de lo estúpida que era esa idea. Tal vez sí se hubiera basado en algo irreal: irreal para mí, aunque no para él.

Sacudí la cabeza y volví a contemplar la escultura, fascinada.

Cuando ya nos hallábamos en el coche de camino al combate, Alpha y Elka me detallaron su visita al Coliseo y al Foro Romano. Elka hablaba del Coliseo con especial emoción.

—Jamás pensé que tu primer amor sería un montón de rocas viejas, Elka —se mofó Alpha.

—¡Lo raro sería que no lo fuera! —se escandalizó Elka—. Era impresionante. La estructura circular supuso todo un reto para la época, porque los arquitectos...

Y prosiguió con su diatriba, porque Elka aprovechaba cualquier ocasión para hacer gala de sus conocimientos sobre lo que fuera que nos ocupase en el momento. Distráida, dejé vagar la mirada por la ventana, recorriendo la profundidad de las calles, las luces, los neones publicitarios, los niños que correteaban descalzos... Había algunos carteles escritos en italiano, en inglés y en chino, una señal de la enorme influencia que el primer mundo ejercía en Europa. Todos miraban hacia Oriente como si fuera una meta inalcanzable.

El coche se detuvo frente a un edificio alto e imponente y Keron se giró hacia nosotros.

—Esperadme aquí un momento —dijo, y se bajó sin más explicaciones.

Una S como la que tenía tatuada en mi espalda adornaba la fachada. Era una sucursal de Hydrus. Me entretuve mirando a las personas que entraban y salían, tratando de imaginar qué clase de vida llevarían o a qué se dedicarían.

Súbitamente, el corazón me dio un vuelco. Por la acera de mi ventanilla se acercaba Teseo, acompañado por una chica de unos veintipocos años que iba riéndose. Ambos entraron en la sucursal. ¿Trabajarían juntos?

No me importaba.

Aparté la vista de allí. Alpha y Elka seguían discutiendo sobre el Coliseo, pero al volver la cara hacia su lado me miraron.

—Faith —dijo Alpha—, ¿qué te pasa? Estás blanca.

—Sí, estás muy pálida...

—Un pequeño mareo. —Me encogí de hombros—. Hoy no he comido.

La expresión de Elka se tornó incrédula.

—¿Después de entrenar no has comido nada? —exclamó con tono reprobatorio.

—Me he tomado una cápsula sobre las tres. —En realidad, me había acostumbrado a no comer. Las pastillas energéticas eran un gran invento, como constaté en Capua: no invertías tiempo en hacer la digestión antes de entrenar.

Keron llegó al cabo de un par de minutos y, sin dirigirnos la palabra, le indicó al conductor que retomara la ruta original. Llevaba así varios días, como ausente. Solía mostrarse antipático, algo mordaz, pero últimamente me transmitía puro desánimo... Mi instinto me aseguraba que la llegada de Teseo había tenido algo que ver. Entre ellos había una tensión que no sabría describir.

Aquella noche, a la vuelta del estadio, soñé con mi primer combate. Y soñé que lo perdía.

Unos golpes contra la puerta me despertaron de la siesta al día siguiente. Me incorporé, primero aturdida y luego con un creciente mal humor, y fui a abrir. Notaba los párpados pegados, soñolientos.

Los ojos verdes de Teseo me miraron con sorpresa.

—¿Dormías? —preguntó mientras pasaba, como si le pareciera insólito.

—¿Tú qué crees? —le espeté. Su presencia, cuando lo único que quería era seguir durmiendo, no contribuía precisamente a mejorar mi ánimo.

—Siento lo de ayer. Tenía trabajo —dijo, y lo miré con frialdad—. ¿No te fías de lo que te digo?

—Te vi.

—Me viste —repitió con aire meditabundo—. ¿Te molesta que no te avisara con tiempo?

—No. A mí no me molesta nada y, aunque así fuera, no podría quejarme. No tengo derecho a ello.

Noté cómo Teseo exhalaba un suspiro casi imperceptible.

—Sí lo tienes, Faith —replicó—, aunque no se te permite apelar a él. Pero a mí no me importaría que lo hicieras.

No quise ahondar en lo que quería decir. Me alteraba que me diera un trato especial y no sabía si eso me agradaba o si me enfurecía. Parecía descabellado que ambos fuéramos los mismos jóvenes que habían estado disfrutando de las maravillas de Roma apenas dos días atrás... De pronto, fui consciente de que era la primera vez que hablábamos desde que me contó su pasado.

Alcé la barbilla.

—¿Puedo preguntar, en ese caso, a qué has venido?

Él ladeó la cabeza y se demoró unos segundos en responder:

—Acompáñame a pasear.

Caminamos prácticamente en silencio hasta la plaza Vittorio Emanuele, próxima al hotel, y allí nos sentamos en un banco. Al otro lado de la acera vi una CIAP, una Cabina de Inhalación de Aire Puro. Hacía mucho que no veía una de esas; ni siquiera sabía que en Europa hubiera. Ciertamente que la polución había hecho que la gente quisiera pagar para respirar oxígeno limpio de vez en cuando, pero ¿cuántos estarían dispuestos allí a costeárselo? Además, en el viejo continente al menos tenían árboles de verdad. En China, Japón, Corea y Malasia se habían visto obligados a poner árboles artificiales con un complejo diseño de filtración molecular del gas, de modo que limpiaban el aire de dióxido de carbono.

Mi madre solía decir que el ser humano estaba abocado a la extinción por sus propios excesos, pero yo pensaba que siempre se las ingeniaba para salir adelante y esa era una de sus características más loables.

Miré de reojo a Teseo y me pregunté qué estaría pensando. Sus ojos solían mostrarse apagados, impenetrables, pero a veces captaba en ellos un matiz vulnerable tan sutil que me costaba convencerme de que no había sido una ilusión.

—En unos días partiréis hacia Londres —anunció tras un largo silencio—. Allí tendrán lugar vuestros primeros enfrentamientos. Ya está todo pactado. Serán a muerte, como manda la tradición.

La tradición... Sí, era costumbre que los debuts fueran a muerte para representar fielmente el espíritu de la lucha clásica y mostrar de lo que éramos capaces. La noticia me generó más curiosidad que inquietud.

—Serán combates independientes, imagino... ¿Quién será mi contrincante?

—Se llama Darío Delevaugh —respondió Teseo, entrelazando los dedos—, pero se lo conoce como la Boa de Salís.

—Ah, sí. —Me mordí el pulgar, pensativa, e hice memoria—. Se federó hace tres o cuatro meses y ha disputado dos combates. Lo apodan *la Boa* por un tatuaje escamado que le cubre el brazo izquierdo. Se entrenó en Carnuntum, la escuela de Los Ángeles.

—Supongo que no debería sorprenderme que sepas todo eso...

—Me gusta leer y en Internet me topé con su palmarés. —Y era cierto. Había una web sobre gladiadores que nos tenía a todos fichados y cualquiera podía meterse a curiosear los datos generales. Alguna vez yo me había puesto a leer fichas y la de la Boa de Salís había sido una de ellas por ser de los participantes más recientes—. Me gusta conocer a todos los gladiadores en

activo, pero como hay tantos me concentro en los que se han federado hace poco.

Teseo se apretó el puente de la nariz con los dedos. Parecía cansado.

—En fin, os iréis en cuatro días. Yo me reuniré con vosotros allí... Esta noche informaré a los demás.

No dije nada. Un holograma publicitario se proyectó ante nosotros cuando el semáforo se puso en rojo y los pocos vehículos que circulaban tuvieron que pararse. Sus tres dimensiones anunciaban una exposición itinerante de arte antiguo cuyo paso por la capital italiana finalizaría en unos días, justo cuando empezaba la temporada baja. Claro, esa actividad no podía permitírsela la gente común; estaba dirigida a los turistas.

—¿Quieres que vayamos? —preguntó Teseo de pronto, y no pude contener mi sorpresa.

—¿Ahora?

—Si quieres... No sé si habrá otra oportunidad.

Asentí en silencio y cogimos un taxi en dirección al museo. Allí habían habilitado una planta dedicada a la exposición y, nada más llegar, Teseo compró dos entradas. Los establecimientos culturales y de ocio solían ofrecer dos tipos diferentes de pases: uno para clientes normales y otro, más barato, para esclavos. Así contribuían al factor diferencial. Ese era el caso de aquella exposición, tal y como anunciaba una pantalla situada en la pared de la taquilla. Pero Teseo compró dos entradas normales.

En la primera sala vi mosaicos griegos y vasijas de cerámica pintada. Mientras nos recreábamos en sus dibujos, comentamos qué simbolizaban. A continuación, pasamos a otra sala repleta de papiros egipcios y hasta frascos de perfume que recreaban los que había usado Cleopatra VII.

—¿Has estado en Egipto? —le pregunté.

—No, pero me gustaría ir algún día. Hay mucho que ver, a pesar de que las revueltas y el terrorismo acabaran con gran parte de su legado.

—Los europeos, especialmente los británicos, también contribuyeron a eso —rebatí, recordando alguno de los documentales que veía de pequeña mientras cenaba—. Se apropiaron de muchas de sus reliquias.

—Y ahora esas reliquias son las que están mejor conservadas. Los británicos siempre han tenido un gran sentido de la responsabilidad con el arte.

Lo miré de reojo y me hizo gracia ver su seriedad.

—¿Lo crees de verdad o lo dices para defender tus raíces?

—Lo creo de verdad —insistió, frunciendo el ceño—. En el pasado, fueron los europeos los primeros en considerar el arte algopreciado, de un valor incalculable. Los egipcios del siglo xix no sentían por las pirámides la misma devoción que un aristócrata francés o inglés. Si ahora nosotros podemos disfrutar de todo esto —dijo, y señaló con la mano la sala entera—, es porque alguien lo rescató y consideró que merecía la pena cuidarlo y compartirlo.

—Bueno, me has medio convencido, pero ¿no crees que pierden su encanto al no estar en su entorno real?

Siempre había pensado que tenía que ser mucho más impresionante ver el sarcófago de Tutankamón en el Valle de los Reyes que en el Museo Británico.

—Sí, pero los museos no solo se encargan de restaurar y conservar las piezas, sino de reunir las para que la gente pueda disfrutarlas. ¿Sabes lo que hemos hecho ahora mismo? —Me dedicó una media sonrisa—. Hace unos segundos estábamos en la Grecia de Aristóteles y ahora estamos en el Egipto de Cleopatra. Y, cuando crucemos esa puerta, estaremos en la Roma del emperador Claudio. Eso solo ocurre en los museos, Faith.

Yo me lo quedé mirando con el principio de una sonrisa en los labios.

—Vale, no tengo ningún argumento contra eso.

Él se echó a reír y pasamos a la tercera sala. Era singular la manera en que cada uno percibía el arte, pensé al ver otro mosaico. Uno podía entender más del paso del tiempo por el arte de cada época que por lo que veía en su día a día.

—Cuando la raza humana se extinga, ¿te imaginas cómo será el mundo? —pregunté, imaginándome una Tierra poblada únicamente por edificios y monumentos semiderruidos.

A él no pareció sorprenderle mi súbita pregunta.

—Me lo imagino tranquilo, pero también triste. Creo que el arte es lo que nos queda de las sociedades antiguas y es lo único que quedará de la nuestra. A lo mejor solo se demuestra que hemos estado aquí por unos restos... Las pirámides, la torre Eiffel, el Coliseo, la Muralla China, la Estatua de la Libertad... e incluso el Aaminah Al-Hayek. —El edificio más alto del mundo en los últimos años, de diseño arquitectónico bastante polémico.

—Es triste pensarlo, pero eso explicaría por qué a veces me siento insignificante cuando observo una obra especial.

—¿Como cuando vimos el Coliseo o la Fontana de Trevi?

Justo, entendía perfectamente a qué me refería. Lo miré con suspicacia. Así era estar con Teseo: una agradable familiaridad y, al minuto siguiente,

desconfianza por la cercanía que me inspiraba.

—No me mires así. —Puso los ojos en blanco—. Lo intuía por lo que dijiste allí. Supongo que nuestros razonamientos son similares... Y aparte de eso, ¿qué más te llama la atención del arte?

—Nada especial. —Desvié la vista nuevamente al mosaico: representaba a un tigre desgarrando el lomo de una vaca—. Supongo que me resulta curioso ver las cosas que las personas somos capaces de hacer cuando tenemos pasión por algo. Y talento, claro. Es como el reflejo de una parte íntima y personal del autor... Aunque no es aplicable a todos los casos. Hay muchas maravillas anónimas.

—El autor no siempre fue algo importante.

—Ya. Es una pena, ¿no crees? Si yo algún día hiciera algo tan impresionante como la Esfinge de Guiza, me gustaría que los demás lo supieran.

—A mí me molestaría más que la hiciera algún ser querido mío y no obtuviera reconocimiento.

—Eso indica que eres poco vanidoso, no como yo —apunté, echándome a reír.

—Si tuviera talento para algo que mereciera la pena, probablemente cambiaría de parecer —replicó, divertido—. Mi hermana toca el piano y el violín. Adora la música... Pero mis talentos al respecto son nulos, me temo.

Volví a reírme y señalé un busto blanco que representaba el rostro de una aristócrata romana. Al instante, nos pusimos a divagar sobre quién podría haber sido y qué clase de vida habría tenido.

Los días restantes pasaron a una velocidad vertiginosa. No volví a hablar con Teseo y solo lo vi en un par de ocasiones, reunido en el hotel con Keron.

Pensé en él menos de lo que esperaba. Pronto tendría lugar mi primer combate y quería estar preparada, así que dediqué muchas horas a entrenar y buscar información con el móvil sobre la Boa de Salís, desde los datos más útiles hasta las curiosidades más anodinas, como que había sido el gladiador que más rápido había obtenido un nombre artístico. Vi los enfrentamientos que había librado, estudié sus movimientos, su mano torpe, su tendencia a atacar más por un lado que por otro. Memorice sus decisiones, leí lo que decían los comentaristas, sus estadísticas... Y volví a ver los combates, pausando y rebobinando. Quise entender su lógica, meterme en su cabeza. Estaba segura de que eso me ayudaría en la arena. Ahora, Delevaugh era mi

enemigo y necesitaba estudiarlo como a una rata de laboratorio. No quería sorpresas. Ansiaba el control.

«Conocer al enemigo es la clave».

Pronto llegó el día del viaje a Inglaterra. Lo hicimos en avión, en un *jet* privado con algunos trabajadores de Hydrus y más esclavos que efectuaban otras tareas y nos plantearon toda clase de dudas acerca de Capua y lo que habíamos aprendido.

—¿Estáis nerviosos? —pregunté luego a mis compañeros.

—¿Por los combates? —Alpha bostezó audiblemente—. No, yo estoy impaciente. Por fin podremos hacer lo que llevamos tantos años esperando.

—Entiendo tu motivación, Alpha —intervino Elka—, pero yo no las tengo todas conmigo, la verdad.

—He leído algo acerca de vuestros contrincantes —dije yo—. Lo haréis bien. Ambos tenéis altas posibilidades de ganar.

—También tú, Faith —contestó Elka—. Me preocuparé mucho más cuando nos toque pelear en algún torneo.

Aún faltaba para que pudiéramos participar en algún campeonato, pero, cuando lográramos una buena tanda de victorias, acabaríamos haciéndolo. Los torneos eran muy distintos a los combates independientes; la gran diferencia radicaba en la desigualdad entre participantes, que eran de lo más variopintos: en la arena podían coincidir profesionales de veintitantos años y novatos de catorce. La federación se encargaba de que los combates independientes estuvieran lo más igualados posible porque eso alimentaba el juego y la expectación. Pero en los torneos... Ahí se mezclaba toda clase de luchadores.

—De todas formas —dijo Alpha, ahogando otro bostezo—, Keron y Morton no nos apuntarían a un torneo si no tuviéramos altas probabilidades de ganar. Recordad que les hemos costado dinero. —Dicho eso, cerró los ojos en señal de que nos calláramos ya y no tardó mucho en empezar a roncar.

Aterrizamos en Londres por la tarde. Esta vez nos quedaríamos allí quince días y luego viajaríamos a algún otro país. Al salir del aeropuerto, un coche de cristales tintados vino a recogernos y nos dejó en la puerta de un hotel céntrico llamado Stonehill. Su fachada manifestaba antigüedad y elegancia. Dado lo mucho que mi madre disfrutaba con la literatura británica, estaba convencida de que a ella le hubiera encantado ese lugar. Keron nos entregó las tarjetas de nuestras habitaciones.

—Iréis recibiendo información sobre lo que debéis hacer en vuestros móviles, ¿de acuerdo? —nos dijo—. Mañana os espero aquí a las diez.

Me despedí de él y salí a recorrer la ciudad para despejarme. La capital inglesa presentaba un aspecto más gris que Roma, pero eso le favorecía. Le confería un toque muy especial. Durante la larga caminata por el centro, advertí muchos árboles y un par de parques muy grandes. El Big Ben me impresionó, pero lo que me quitó el aliento fue la abadía de Westminster. Mi institutriz de Goldenpark era inglesa y en sus lecciones siempre hacía hincapié en los sucesos históricos más interesantes de su patria, que no eran pocos. Traté de recordar algunas de sus palabras en lo referente a la iglesia, pero solo me vinieron a la cabeza bodas y entierros de reyes.

La pobreza que había en la calle no era comparable a la de Roma. Reino Unido era el país que mejor se había conservado de toda Europa. El turismo probablemente ayudaba bastante, aunque eso me hizo preguntarme por qué Roma no había corrido la misma suerte si debía de recibir el mismo número de turistas que Londres o incluso más.

Las palabras «mafias» y «corrupción» fueron lo primero que acudió a mi mente.

A la mañana siguiente, Keron nos llevó a un pabellón privado para entrenar. Lo había alquilado Hydrus para la temporada de otoño, cuando Londres acogía una estimable cantidad de combates y torneos de lucha clásica. Además, en la capital inglesa se tomaban muy en serio el beneficio que ese mundo reportaba. Añadía atractivo a la ciudad y la convertía en un destino turístico para todos los gustos. Había una zona de la ciudad, conocida como el barrio Flamma, donde todo giraba en torno a la lucha clásica.

Se decía que la fama de un gladiador empezaba en Londres o en Roma.

Estuvimos entrenando con Keron toda la mañana y, por un momento, tuve la sensación de que nada había cambiado, de que seguía en la escuela y Kendal aún no se había marchado. Al principio no creí que su muerte fuera a afectarme tanto, pero seguía pensando en ella. Nunca le intimidó el pronóstico de ser gladiadora, no reveló cobardía ni por asomo, pero ese valor no la salvó. Tampoco su destreza.

En el mundo de la lucha clásica, todos nos convertíamos en seres frágiles que dependían de la fortuna.

Esa idea me estremecía. No. Yo quería, *necesitaba* tener el control de la situación. El hecho de que mi vida dependiera del azar me perturbaba.

No iba a permitir que las cosas fueran tan impredecibles. Yo era el azar, yo era la buena y la mala suerte, y solo yo podía cambiar el rumbo de la

misma.

Estaba pensando en eso mientras practicaba con Alpha cuando descuidé un flanco y dejé el abdomen a merced de su filo. Fue más rápido de lo que pude prever.

Sentí una absoluta cólera. Estaba furiosa conmigo misma.

—¡Quiero la revancha! —exigí de inmediato.

—Esto no es el patio del recreo, Faith —me amonestó Keron—. Aquí o se gana o se pierde, y tú has perdido.

Apreté los puños con fuerza y luego relajé las manos.

—¿Quieres saber en qué has fallado? —inquirió, y asentí débilmente—. Elka, ¿qué crees tú que debería corregir Faith?

—Descuida la defensa porque se centra demasiado en el ataque —respondió él enseguida.

Keron chasqueó los dedos.

—Bingo. Faith, un buen gladiador sabe que el éxito radica en atacar en el momento justo. Si los dos contrincantes saben eso y pelean a partir de esa premisa, el combate dura mucho y es entonces cuando da comienzo esa guerra psicológica sobre la que la señorita Asma Bij Alar os insistía cuando aún erais aspirantes. La mente —dijo, dándose unos suaves golpecitos en la sien— es un arma tan poderosa como la espada. Con ella podéis salvaros, lo que es igual de importante o más que matar al enemigo.

Alpha lo miraba escéptico, como si no acabara de tragarse sus palabras. Lo cierto es que a ellos dos, lanista y gladiador, siempre les había gustado más la acción.

—Bien, hemos acabado por hoy. Podéis ir a las duchas.

Inclinamos la cabeza simultáneamente en señal de respeto y despedida. Yo eso siempre lo hacía más por inercia que por otra cosa. La lucha clásica era un mundo lleno de tradiciones estúpidas y banales, pero al final uno sucumbía a ellas.

Una vez en los pasillos, Alpha me puso la mano en el hombro.

—No lo has hecho nada mal, Faith.

—Pero tú lo has hecho mejor —musité.

Luego giré sobre mis talones hacia la puerta del vestuario femenino.

Según el itinerario que nos habían dado, el primero en combatir sería Alpha, y lo haría al día siguiente, por la noche. Tal vez fuera bueno que me hubiese

ganado en el entrenamiento. Para él, claro. Mantendría su moral intacta, no se achantaría una vez pisara la arena.

Yo, en cambio..., empezaba a tener muchas dudas.

Por fortuna, debutaríamos en combates patrocinados por empresas muy pequeñas, por lo que nuestros adversarios serían escogidos con cuidado para que hubiera un mínimo de justicia en la arena. Es decir, tenía la certeza de que mi primer oponente no sería un hombre de veinticinco años que me doblara en altura y triplicara en anchura. Sería alguien de condiciones similares a las mías: Delevaugh. A mis compañeros les sucedería igual.

Alguien llamó a mi habitación y, cuando la abrí, me encontré con un rostro amigo.

—Elka —murmuré.

—Hola, Faith, ¿puedo pasar?

—Claro. —Abrí más la puerta. En cuanto entró y cerré, Elka examinó todos los rincones de la estancia con curiosidad mal disimulada—. ¿Y bien?

—Sé cómo te has sentido hoy —respondió mirándome con... ¿afecto?

Ignoré ese detalle.

—No me he sentido de ningún modo especial —repuse.

—*Faith*.

—¡Está bien, está bien! No me ha gustado perder —admití, exasperada—. ¿Te parece mal?

—No. Pero, desde que te conozco, siempre me ha dado la sensación de que eres demasiado... competitiva.

—¿Demasiado competitiva?! —Aquello era una auténtica estupidez—. Elka, en la lucha clásica no se puede ser demasiado competitivo. ¡Nuestras vidas están en juego!

—Quizá me he expresado mal; lo que quería decir es que uno no debe exigirse más de lo que puede dar.

Entreabrí los labios, entre indignada y decepcionada.

—¿Eso es lo que piensas de mí? ¿Que lo que he hecho esta mañana es todo lo que puedo ofrecer?

—Faith, trabajaste más que nadie en Capua. Prácticamente batiste el récord de tiempo de adiestramiento... Pero jamás te he visto relajarte. Y uno no puede vivir en la tensión constante a la que te has sometido tú.

Me mordí la lengua. En eso no se equivocaba: llevaba años sin hacer algo por el mero hecho de relajarme. Y, cuando me tomaba un momento, generalmente luego me entraban remordimientos.

—Es mi forma de vivir, Elka. No me puedo permitir tomarme un respiro. Ya has visto lo que he hecho esta mañana: he fallado.

—¡A eso me refiero! No te exijas más, presionarte hará que rindas menos. Ha sido un simple error que has cometido en un entrenamiento y no en un combate real. No lo veas como algo negativo; no es el fin del mundo, y no creas que tu carrera como aspirante se ha ido al garete por esa falta porque no es así.

—Mi carrera como aspirante no, pero es mi carrera como profesional lo que ahora está en juego —repliqué, ceñuda.

—Hoy hemos descubierto que puedes mejorar, ¿no es así? —dijo mientras se sentaba en la cama y yo lo imitaba—. ¿Hubieras preferido descubrirlo en la arena?

—No. —Lo que decía tenía más sentido del que me dignaba a reconocer.

Él se limitó a sonreír y entonces reparó en el itinerario de los combates, las fichas técnicas de los posibles contrincantes, las estadísticas y los panfletos publicitarios de las patrocinadoras que había en mi mesilla de noche.

—¿Por qué no vemos algunos de los últimos combates de nuestros compañeros? —me propuso.

—¿De Tram?

—Y..., ¿por qué no?, de Kamensky.

De pronto, la perspectiva no me pareció una mala idea en absoluto. Elka tenía la sorprendente habilidad de interpretar las inquietudes de la gente (las mías) y aplacarlas. Nos tumbamos en la cama con la cara vuelta al techo, donde proyectamos desde su móvil los últimos dos combates de Tram y Kamensky. Ambos eran buenos y, cada vez que el símbolo de Hydrus se lucía frente a todos gracias a sus victorias, yo no podía evitar sentir una punzada de orgullo de la que me arrepentía al instante.

Porque Hydrus era la empresa que me había comprado, dictado el rumbo de mi vida y, quizá, de mi muerte; pero también era mi refugio, la casa de mis amigos y, sí, mi hogar.

Esa noche, Alpha se dirigió al estadio, cerca de Piccadilly Circus, en un coche distinto y acompañado por Keron y Teseo, que se había reunido con nosotros en el hotel. Habíamos cruzado una mirada significativa, pero sin decirnos nada.

A Elka y a mí nos llevó un conductor de Hydrus. En la zona, el aire estaba viciado y repleto de gente con tatuajes fluorescentes, *piercings* en los lugares más insospechados y peinados extravagantes que iba de bar en bar buscando el modo de mantenerse borracha. Cada dos por tres, el brillo de un neón o la súbita proyección de un holograma publicitario en medio de la calle me nublaba la vista.

Todas esas personas eran tan diferentes a mí... Representaban algo tan distante que verlas tan de cerca fue una bofetada en la cara. Sabía muy poco del mundo. Me interesaba el sinfín de diferencias que había entre Oriente y Occidente, pero en el fondo seguía sin tener ni idea de las vidas ajenas. Lo veía, sí. Pero no lo vivía.

A veces sentía que el mundo era indescifrable y yo me movía a ciegas por él.

—Es curioso, ¿no? —murmuró Elka, leyéndome los pensamientos—. Toda esa gente... ¿Nunca te has preguntado qué es lo que marca nuestras diferencias? ¿Qué condicionantes son los que definen a alguien hasta ese punto?

—Ni idea —musité vagamente. Y era cierto: tenía muchas preguntas, sí, pero a menudo ninguna respuesta.

—Ya veo que estás cansada.

—Estoy pensando en el combate.

—Le irá bien. Tengo una corazonada.

Una corazonada. No me fiaba de esas cosas, pero supongo que desde fuera era lo único con lo que uno podía contar. Si Alpha fallaba, no solo perdería la vida: tanto el ánimo de Elka como el mío decaerían sin remedio y tendríamos más posibilidades de fallar.

Al llegar, bajamos del coche y oteamos los alrededores, aunque no vimos a nuestros compañeros y optamos por entrar. Como de costumbre, el pasillo circular que bordeaba el complejo estaba abarrotado de gente caminando o haciendo cola en los puestos de comida rápida. Por megafonía anunciaron los tres combates que habría esa noche y, al oír el nombre de Alpha Heinemann, el corazón se me aceleró con ansiedad.

Ese estadio tenía una estética particular, observé mientras nos sentábamos. Era arquitectónicamente más complejo, con detalles que iban más allá de lo exclusivamente práctico, y su decoración aludía a la cultura grecolatina, con mosaicos y esculturas.

Las luces se apagaron y solo la arena quedó iluminada. El primer combate lo efectuarían dos principiantes de los que yo solo sabía lo básico: su edad, sus victorias y su origen. Uno de ellos pertenecía a una compañía rival de Hydrus y el otro se movía por libre con un lanista. Justo cuando estaba teniendo lugar la cuenta atrás precedente al comienzo, Teseo vino y tomó asiento a mi lado tras saludarnos brevemente. Iba trajeado, como de costumbre.

—¿Cómo estás, Faith? —me susurró sin apartar la vista de la arena. Su expresión imperturbable no revelaba nada especial.

—Bien —respondí escuetamente justo antes de que el combate empezara.

Uno de los gladiadores flanqueó al otro y arremetió contra él. No dio tiempo ni a que actuara el *summa rudis*: en unos instantes, se las apañó para derribarlo y clavarle una hoja en el empeine. Luego, mientras el otro aullaba de dolor, lo remató.

Vaya, eso sí que era rapidez.

Las luces se encendieron y Elka aprovechó para ir al lavabo.

—Pasado mañana te tocará a ti —comentó Teseo, esta vez mirándome. Pero ahora yo seguí con los ojos fijos en la arena y la sangre que había quedado—. ¿Te sientes preparada?

Me volví hacia él.

—Debo estarlo.

—No te he preguntado si debes estarlo, sino si lo estás.

A unos pocos centímetros de mí, su mirada me estudió: quemaba como el hielo. ¿En qué momento nos habíamos acercado tanto? Prácticamente, oía su respiración pausada. Tragué saliva y me separé con disimulo.

—Estoy preparada —declaré.

Él pareció demorarse unos segundos para calibrar mi respuesta. Luego hizo un gesto de asentimiento y centró su atención en el público de los

alrededores.

Yo apreté los dientes mientras un escalofrío me recorría la espalda y me erizaba el vello de los brazos. Me clavé las uñas en las palmas de las manos y traté de pensar con claridad.

El siguiente combate era el de Alpha. Me hubiera gustado poder verlo antes de que saliera a la arena para desearle suerte... Era muy orgulloso, confiaba mucho en sus habilidades y probablemente no necesitara el apoyo de una compañera, pero aun así...

—Teseo, ¿cómo está Alpha? —le pregunté.

—Tranquilo —respondió, todavía distraído con la gente que nos rodeaba—. Tiene ganas de demostrar lo que vale.

—¿Crees que tiene posibilidades?

—Mientras la elección de vuestros contrincantes dependa de mí, siempre tendréis probabilidades. —Guardó silencio unos segundos y me miró—. Estás preocupada.

—Claro que lo estoy —repuse, y me disgustó percibir la inseguridad que mi voz dejó entrever.

—Faith, eres buena. Te irá bien.

No respondí; apreté los puños y fingí calma. Casi al instante llegó Elka y los altavoces anunciaron a Alpha. Lo presentaron como una joven promesa de la Escuela de Gladiadores de Hydrus y el público prorrumpió en aplausos a la par que él entraba. Dentro no se oían las reacciones de las gradas por el cristal aislante que las separaba de la arena.

Como aquel era su primer combate, el protocolo exigía que dijera las palabras que todo gladiador debía pronunciar antes de que diera comienzo su primer enfrentamiento. El *summa rudis* hizo que un micrófono teledirigido se aproximara a sus labios.

—Soportaré ser quemado, herido, golpeado y asesinado por la espada —declaró sin vacilar.

Todos conocíamos aquel juramento: era viejo, nacido en los anfiteatros de la Antigua Roma, recitado por los gladiadores originales. Nosotros lo habíamos recuperado, desenterrado del pasado para popularizarlo de nuevo en unas condiciones muy distintas y, al mismo tiempo, extrañamente evocadoras. El público adoraba el drama.

Su oponente se llamaba Ronin Kael, tenía tres victorias tras de sí y provenía de Carnuntum, una escuela norteamericana. La misma que la del chico al que yo me iba a enfrentar.

Los dispositivos holográficos que se habían desplegado frente a nosotros nos presentaban los primeros planos de la situación en la arena. Alpha portaba una espada común, un escudo de bordes afilados y dos cuchillos que llevaba enfundados en las pantorrillas. Su contrincante esgrimía dos sables curvos y un látigo. Su aspecto intimidaba por su musculosa complexión... Aunque la de Alpha también lo era. Es curioso: no me había fijado hasta el momento. Sí, había entrenado muchas horas con él, pero solo ahora fui consciente de ello. Miré a Elka de reojo. Él también presentaba una figura fornida, aunque menos exagerada que la de Alpha.

Yo... tenía una figura atlética, si bien no parecía demasiado fuerte. ¿Lo era?

Dejé de pensar en mí y me concentré en Alpha, que ya había empezado a moverse. Sus andares calculados aparentaban formar parte de una coreografía. Alzaba el escudo más como un arma que como lo que le separaba de su oponente.

De pronto, el chico de Carnuntum alzó el látigo y, a toda velocidad, logró enroscárselo en el tobillo y arrastrarlo con fuerza hacia él. Alpha se cayó de espaldas y soltó el escudo. Yo me mordí la uña del pulgar con tanta ansiedad que ni me fijé en el dolor.

Afortunadamente, nuestro compañero aún conservaba la espada. Cuando el chico se tiró sobre él, Alpha rodó sobre sí mismo y se puso de pie de un salto.

En ese momento, su adversario volvió a agitar el látigo y esta vez se lo estrelló en los dedos que asían la espada. Alpha sacudió la mano con un gesto de dolor y la espada se le escapó.

Cerré la boca contra el puño, ahogando una exclamación.

Alpha se precipitó al suelo y logró recuperar el escudo, que lanzó de inmediato, como si fuera un disco, contra su oponente. Este no tuvo tiempo de apartarse: le impactó contra el pecho y, con un jadeo de sorpresa, perdió el sable curvo que había empezado a agarrar. El arma no había hecho más que caer al suelo cuando Alpha le arrojó uno de los cuchillos que llevaba sujetos en las piernas.

La hoja se clavó tan profundamente que los espectadores solo atinamos a ver la empuñadura. El chico profirió un grito y cayó de rodillas. La mano le temblaba y una lágrima le cayó por la mejilla mientras intentaba sacárselo.

Inmediatamente, otro se le hundió en el pecho.

Escupió sangre y se desplomó como un castillo de arena.

Elka se puso en pie para aplaudir junto con el resto del público. Algunos —los que habían apostado a favor de Ronin— permanecieron serios en sus asientos. Igual que yo.

Mis ojos seguían fijos en el cuerpo inerte del adolescente. Debía de tener unos dieciséis o diecisiete años. Me pregunté qué fue lo último que cruzó por su mente antes de que esta se sumiera en las tinieblas.

—¿No te alegras por tu compañero? —quiso saber Teseo con voz anómalamente suave.

No fui capaz de mirarlo.

—Claro que me alegro —respondí.

Durante el tercer combate, permanecí ausente.

Cuando Alpha regresó al hotel, acababa de conceder una entrevista a un medio local especializado en los combates de Inglaterra. Estaba radiante.

—Enhorabuena, tío —lo felicitó Elka, palmeándole la espalda.

—Lo has hecho bien —le aseguré—. ¿Qué has sentido al matar a ese chico?

Quizá mi pregunta sonó mordaz, porque su expresión cambió de inmediato. Se tornó sombría.

—Me lo dices como si me acusaras de algo.

—¡No! —me retracté—. Disculpa, no era mi intención. Solo quiero saber cómo te...

—No he sentido nada particular hasta que he pensado en ello después —me cortó, cruzándose de brazos—. Lo único que pensaba era que o lo mataba o me mataba él a mí. Así de simple.

—¿Crees que salimos de Capua preparados para superar los combates? Mentalmente, me refiero.

Aquella pregunta pareció pillarle desprevenido y frunció el ceño como si él mismo sintiera curiosidad por la respuesta.

—No lo he meditado mucho. No creo haber usado demasiado la mente esta noche.

Asentí y tanto Elka como yo volvimos a felicitarle. Luego, cada uno se retiró a su cuarto.

Cuando ya estaba en mi habitación, dispuesta a acostarme, alguien llamó a puerta.

—Mierda —mascullé. No me apetecía lidiar con nadie en esos instantes.

Abrí y nuevamente me topé con los ojos de Teseo. A este paso, cualquier día iba a experimentar un *déjà vu*. Se había quitado la corbata y abierto un botón de la camisa, lo que le daba un aspecto más informal.

—¿Qué pasa? —inquirí, despacio.

—Buenas noches, Faith. ¿Puedo pasar?

—Sí —respondí tras vacilar un momento.

Luego lo seguí hasta el centro de la estancia, donde se quedó de pie con las manos enterradas en los bolsillos. Me senté en la cama.

—¿Confías en mí, Faith?

Parpadeé, confusa. Después me dije que lo mejor que podía hacer era contestar con honestidad:

—No lo sé.

Él suspiró como si mis palabras le hubieran dolido. Sin embargo, si analizaba fríamente la situación, no me tragaba que le importase en absoluto lo que fuera a pasarme, por más que se esforzara por convencerme de lo contrario.

Aun así, a veces lo descubría mirándome con tristeza y veía calidez. Como ahora. Eran esas cosas las que me impedían tener una respuesta clara a su pregunta.

—Deberías confiar en mí —dijo seca y duramente. Tenía la costumbre de hacer eso: mirar con una emoción, hablar con otra... Y eso me crispaba—. Sabes más de mí que la mayoría de la gente. ¿Acaso eso no te demostró que te hablo sin tapujos, que puede haber sinceridad entre nosotros?

Rememoré su historia. No dudaba de su palabra, pero lo que me había contado ahora parecía lejano y frágil, como si estuviera hecho de papel.

—Lamento mucho lo que te pasó, Teseo. De veras, pero yo también tengo mis problemas, ¿sabes? Además, ¿dónde se demuestra que seas de fiar en ese testimonio? Explícame por qué debería confiar en ti.

Al instante, se envaró y su semblante se volvió pétreo, como una máscara.

—Te lo conté para que entendieses más mi postura. Jamás me he comportado con nadie como lo he hecho contigo. ¿A cuántas esclavas de Hydrus crees que he visitado de noche en su habitación? —espetó, molesto.

A mí se me escapó una risa cínica.

—A muchas, seguro —repliqué, y su expresión se tornó gélida—. Eres... eres... ¡No sé lo que eres! —exclamé, frustrada—. No sé qué quieres, no sé qué buscas ni qué pretendes yendo de simpático conmigo, viniendo aquí a hablarme como si fuéramos amigos de toda la vida.

Estar con Teseo era una balanza en la que a veces pesaban más los momentos en que sentía que valoraba una faceta mía desconocida para los demás; otras, el peso se inclinaba por algo que me impedía sentirme a gusto. ¿Cómo era posible algo tan contradictorio?

—Faith, basta ya de tonterías —dijo entonces, frío como un témpano de hielo—. Voy a explicártelo: soy tu *mánager* y tú, una inversión de Hydrus. Mi deber es hablar contigo sobre tu predisposición a pelear porque no nos interesa perder dinero en caso de que mueras. —Su voz agria me descolocó—. Debes ser capaz de sincerarte conmigo sin que tu animadversión hacia mí te impida informarnos de tu estado.

Creo que sus palabras me dolieron más que cualquier acero que pudiera atravesarme en la arena.

—Eres un idiota. Lárgate de mi habitación.

—He dicho que ese era mi deber —prosiguió con un tono que no admitía réplica alguna—. Pero ¿sabes cuál es mi deseo? Al margen de Hydrus, al margen de mis responsabilidades..., lo único que quiero es que no tengas que poner un pie en la arena, que jamás tengas que verte en la situación de matar o morir. Quiero..., *necesito* saber a qué atenerme. No pienso presenciar tu muerte.

Los ojos me ardían y una presión muy molesta me embargaba el pecho. Quería llorar... Pero no lo hice.

No comprendía por qué Teseo me hacía sentir tan vulnerable... Él era la única conexión que quedaba entre mi actual vida y la anterior a la muerte de mi madre. El único que la había llegado a conocer. Y su presencia me generaba inestabilidad.

—Lamento haberte molestado —dijo de improviso, con franqueza pero sin el menor asomo de arrepentimiento.

Vaciló antes de salir. Y yo, sencillamente, lo dejé marchar.

El debut de Elka llegó pronto. Se pasó el día en su habitación, meditando. Fui a verlo por la mañana por si quería hablar, pero me pidió que lo dejara solo.

No estaba asustado ni nervioso, aunque sí abrumado. Abrumado porque en unas horas daría comienzo la última etapa de su vida. Aunque casi todos los gladiadores tenían más que asumido que morirían en la arena y, desde el instante en que blandieran la espada en un estadio, su vida se reduciría solo a la lucha, el momento en que uno se veía a solas con esa realidad era muy distinto.

Y pronto sería mi turno.

No sabía muy bien qué sentir al respecto. Prefería agotar las horas entrenando y estudiando a mi adversario en lugar de planteármelo. Si bien ya había memorizado sus características con precisión milimétrica, no dejaba de repetirme que, tal y como se explicaba en *El arte de la guerra*, conocer al enemigo era la clave.

La noche en la que Elka nos mostraría qué clase de gladiador iba a ser, el estadio estaba lleno. El público había pagado una entrada para disfrutar de cuatro combates, uno de ellos contra fieras, no contra otros gladiadores. Esos enfrentamientos suscitaban mucha expectación, pero su repercusión mediática no era tan relevante como la de los combates tradicionales. Según se anunciaba en el panfleto, combatirían seis contra un rinoceronte, dos tigres y un león. Al igual que lo que sucedía en la Antigua Roma, ninguna de esas bestias había comido apropiadamente en los últimos tres o cuatro días. Estarían hambrientas y furiosas.

El espectáculo dio comienzo. El primer combate no fue nada del otro mundo: dos muchachos de entre catorce y dieciséis años sin experiencia y con presteza un tanto cuestionable. Lo único interesante fue lo igualada que estaba la lucha, que se alargó hasta que uno le desgarró el vientre al otro.

El segundo fue el que protagonizó Elka. Su adversario era un chaval de su edad, de complexión levemente más musculosa. Peleaba con una red, por lo que algunos lo llamaban «Retiario», en referencia a los gladiadores originales que luchaban con un equipamiento similar. Sin embargo, carecía de tridente; el apodo no era demasiado fiel a la realidad histórica.

Ambos empezaron a pelear. Lo hacían muy bien; no obstante, me pareció que Elka era claramente superior a su oponente. Sin demasiado esfuerzo, ya desde el principio estaba derrotándole. El protocolo de los gladiadores —sí, había un protocolo— decía que no era recomendable vencer durante los primeros dos minutos. Por respeto al público, había que hacer un tanteo al principio, generar expectación, ofrecer espectáculo... No era obligatorio cumplirlo, pero era lo adecuado. Y Elka lo estaba haciendo. Creo que tuvo un par de oportunidades de ganar antes de que hubieran pasado los dos minutos de rigor. Incluso mantuvo esta actitud cuando llevaban casi cinco de combate.

Pero eso no podía durar siempre: por fin, apretó la empuñadura de su cimitarra y la alzó, dispuesto a combatir en serio.

Entonces, el suelo de la arena comenzó a temblar y Elka perdió el equilibrio.

Desde la cabina habían optado por alterar el terreno para dotar de emoción al encuentro. Obviamente, el suelo jugaría a favor del oponente más desventajado. Cuando intervenía el *summa rudis*, generalmente se debía a que el encuentro no estaba siendo tan reñido como se esperaban los patrocinadores y la dirección.

Me cubrí los labios con la mano y me recosté en el asiento, esperando que Elka saliera victorioso.

Y lo hizo: el desnivel que los hacía trastabillar, aunque más por su lado que por el del otro chico, no impidió que se precipitara hacia este y le rebanara la garganta.

La grada entera se levantó con una ovación. Teseo, que estaba sentado un par de asientos a mi derecha, aplaudía con desgana. Yo me debatía entre la euforia de que hubiera ganado mi compañero y la repugnancia que me producía celebrar la muerte del otro chico.

Poco después llegó el combate contra las fieras y los presentes recibieron a los seis gladiadores con fuertes vítores. Entre ellos había una chica, lo que al instante captó mi interés. Se llamaba Melissa Meyer y había debutado hacía apenas unos meses. Tenía un año más que yo y un aspecto perturbador: facciones inquietantemente aniñadas, cabellos de un rubio platino, labios finos y un cuerpo ágil como una cuchilla.

Con toda seguridad, era más fuerte que yo. Los músculos se le marcaban bajo la piel y sus curvas eran férreas. En comparación, me sentí como una bailarina de *ballet* ante un boxeador: cuerpo fibroso, sí, pero insuficiente.

El espectáculo comenzó: las cadenas que contenían a las bestias se abrieron y estas no esperaron ni un segundo para atacar. La adrenalina me agitó cuando el rinoceronte embistió y se llevó por delante, ensartado en el cuerno, a un gladiador. Solo se detuvo para pisotearlo y espantar al león, que ya se estaba aproximando a su presa. Fue horrible, pero tuve que respirar hondo para sosegar la exaltación. Era entretenido... y ese pensamiento me espantó nada más surcar mi mente.

Aquello me recordó a algo. Cuando tenía ocho años, un terremoto y un posterior maremoto sacudieron una región de Sudamérica. Murieron miles de personas. Esa misma semana, unos científicos coreanos convocaron una rueda de prensa para anunciar el desarrollo de un dispositivo cerebral que ayudaría a prevenir los ictus, por lo que pronto todo el mundo podría evitarlos. De hecho, ya habían salvado la vida de casi una veintena de personas. En la sala de espera del médico de Goldenpark, una mujer estaba contemplando una pantalla portátil mientras aguardaba su turno. Se la veía muy absorta en las

noticias de la localidad afectada por el terremoto, pero luego el telediario empezó a hablar de aquel dispositivo capaz de prevenir los infartos cerebrales. Ella hizo una mueca y cambió de canal, en busca de más imágenes de la tragedia.

Dada la naturaleza humana, no era extraño el éxito que acuñaban los combates de gladiadores.

El enfrentamiento tocó a su fin y me sorprendí aplaudiendo por la osadía que Melissa Meyer, una de los dos supervivientes, había mostrado en la arena. La gente a mi alrededor también parecía emocionada por su destreza. Sin duda, se merecía nuestro reconocimiento.

A continuación, vimos el último combate de la noche.

Bajo el sol matutino, anduve por las anchas calles de Londres hacia un complejo de entrenamiento para gladiadores. Llevaba una identificación de Hydrus que me daba derecho a una sesión de masaje o piscina, una perspectiva perfecta para relajarme. No iba a entrenar mucho para no agotarme antes de la noche... Antes de mi primer combate.

Entré en una sala bastante amplia, con claraboyas rectangulares, un saco de boxeo, un monigote de madera y un *ring* en el centro. En una esquina había un estante repleto de armas. Durante un rato, practiqué el manejo de la daga con la mano izquierda, asegurándome de usarla con facilidad. Había necesitado muchos años de trabajo para llegar a sentirme cómoda con mi mano torpe y, aunque no era igual que con la diestra, me apañaba bastante bien. La luz dorada irradiaba calidez y evidenciaba las motas de polvo que flotaban en el aire. Tuve la sensación de que en el mundo no existía nada más allá de esas cuatro paredes.

Y entonces, al realizar una secuencia para asestar una cuchillada al monigote, giré sobre mis talones y vi a Teseo apoyado en la pared, observándome de brazos cruzados.

Me detuve, jadeante. Por un breve instante, me alegré de verlo... y luego eso dio paso al enfado. Su presencia empañaba mi concentración.

—Hola —dijo con voz queda, y yo lo saludé con un gesto—. Tenemos que hablar sobre ti.

—¿Sobre mí? —repetí, volviéndome de nuevo al monigote de madera y empezando a golpearlo—. No hay nada que puedas decirme sobre mí que ignore y nada que yo quiera revelarte a ti, así que esta conversación es fútil de por sí.

Dios, ¿podía sonar más borde?

—Eres lista, Faith. Y sabes que si estoy aquí no es por capricho.

Me detuve y me giré para encararle.

—Perdona —murmuré antes de chasquear la lengua—. Hoy es un día importante y no puedo permitirme distracciones.

—Keron vendrá en unos minutos para ayudarte con tu entrenamiento. Está en el arsenal buscando algún material con el que trabajar.

—Muy bien. ¿Algo más?

Él enarcó las cejas e ignoró mi pregunta.

—¿Tienes ganas de pelear?

Suspiré.

—Estoy en una sala de combate, empuñando una espada y molesta porque me han interrumpido... ¿Tú qué crees? —Pero no vi que se inmutara. Obviamente, no pensaba marcharse hasta que no le diera la respuesta auténtica que me había pedido en el hotel. Dejé la espada en el suelo y me senté en un banquillo de madera. Me apoyé en la pared y alcé la vista hacia las claraboyas—. No. No quiero pelear, pero sé que no tengo alternativa.

Lentamente, Teseo se sentó a mi lado.

—¿Tienes miedo?

—No —respondí. El cristal de la claraboya estaba impoluto y las nubes nos sobrevolaban con claridad.

—¿No te asusta morir?

—No. Pero que no me dé miedo no significa que me dé igual. Deseo vivir... Hay cosas que debo hacer.

—¿Como qué?

—Cosas más. ¿Mi condición de esclava me obliga a compartirlas contigo?

Esbozó una media sonrisa afligida y ambos nos quedamos callados. Era extraño que, pese a la tensión que me inspiraba su cercanía, el silencio no me resultara incómodo... Pero yo era muy impaciente:

—¿A qué has venido?

Entonces respondió algo que todavía hoy, cuando lo pienso, sigue sorprendiéndome:

—No tienes que luchar esta noche si no quieres.

Aparté la vista del cielo y la clavé en él.

—¿Cómo?

—Puedes caminar a tus anchas por la ciudad. Coge un tren al sur, sube a un barco, lárgate.

—¿Qué estás diciendo? ¿Y el chip?

—No hay ningún chip —declaró—. Tú no lo tienes.

De golpe, como si un botón hubiera accionado mi memoria, recordé que Teseo terminó de hacerme el tatuaje el día en que Hydrus me compró.

—No me lo pusiste —deduje en un susurro. Respiré hondo, confusa—. ¿Por qué?

—Porque no pude hacerlo —admitió casi en un murmullo—. No me atreví, y tampoco quise. Fue la culpa lo que me impulsó a comportarme así, pero no es eso lo que me ha hecho decírtelo ahora, Faith.

La cabeza me daba vueltas. La oportunidad de escapar siempre había estado en mi mano. El futuro empezaba a clarear para mí... o eso creí por unos segundos.

Hydrus mataba a todo esclavo que intentara marcharse y burlar su autoridad. O bien con un chip, o bien con una pistola, se los cargaba. No podía permitirse el lujo de dejar sin castigo a los que ponían en jaque su sistema. De alentar a los demás esclavos.

—O estás con Hydrus o estás muerto —recordé en voz alta.

—¿Cómo dices?

—Es algo que me dijeron en Capua. Si me escapara ahora, Hydrus me buscaría por todas partes hasta dar con mi paradero y matarme, ¿verdad? O me castigaría y luego volvería a convertirme en su esclava, quizá sometiéndome a tareas peores.

Teseo negó rápidamente con la cabeza.

—Es cierto, pero no tienen por qué encontrarte. Puedes cambiarte de nombre, teñirte el pelo, someterte a cirugía estética...

—Pero no dejaría de huir. Estaría intentando escapar toda la vida.

—Yo te ayudaría —dijo, y frunció el ceño—. Podría borrar todos los datos que tienen sobre ti en los archivos centrales. Eliminaría los archivos visuales, el ADN..., todo. Solo quedaría la foto que sale en las páginas web de gladiadores, e incluso eso podría intentar que lo retirasen. —Hablaban con énfasis, atropelladamente. Me dio la impresión de que trataba de convencernos a ambos más que a mí sola—. Si dejases pasar unos años, acabarían por desistir, mentirían y les dirían a los demás esclavos que finalmente te dieron caza.

Eso no podía creérmelo. Hydrus no era la clase de entidad que se rinde y permite que se burlen de ella. Me puse de pie, incapaz de seguir sentada, y empecé a dar vueltas como un animal enfurecido.

—¿Te arriesgarías tanto por mí?

—Sí.

Solté un bufido de incredulidad. Tras la muerte de mi madre, él fue el primero que de verdad se preocupó por mí, pero después... Había pasado mucho tiempo. Después, me habían tratado como a un objeto, me habían arrebatado todos mis derechos y libertades, me habían recordado días tras día que mi único valor residía en mis habilidades como gladiadora.

—¿Por qué haces esto? —le pregunté, apretándome las sienes para reprimir las súbitas ganas de echarme a llorar.

Por primera vez, tuve la certeza de que a Teseo le incomodaba lo que iba a decir porque no sabía cómo expresarse.

—No... no estoy seguro. Pero no me gusta la idea de que te hagan daño. Y esto ocurre desde antes de que te convirtieras en gladiadora. —Hizo una pausa y, cuando me volví hacia él, vi que se apretaba el puente de la nariz con los dedos—. Aquella tarde, en Goldenpark, cuando te metiste en una pelea entre cuatro chicos y vi que uno estaba casi ahogándote, no pude contener el impulso de ir a ayudarte. Ni siquiera me paré a pensar en lo que hacía. Y volvería a hacerlo... Pero, cuando entres en la arena, no habrá nada que pueda hacer.

—Me hablas como si aún tuvieras el poder de protegerme —refunfuñé entre dientes—. Ya no soy esa niña de Goldenpark. ¿Eres consciente de que, si ahorauviéramos que pegarnos con alguien, nuestro adversario debería preocuparse más por mí que por ti?

El amago de una sonrisa triste surcó sus labios fugazmente.

—Lo sé.

—Entonces, ¿por qué quieres protegerme?

Teseo bajó la vista al suelo.

—Porque me importas —declaró.

Mi subconsciente captó el mensaje esencial, pero el resto de mi mente lo bloqueó y se concentró en lo que había dicho antes sobre las posibilidades que tenía de escapar. Di vueltas a esa perspectiva y, cuando él hizo ademán de levantarse, lo detuve con mi voz:

—No voy a huir.

Si mis palabras le habían supuesto una decepción, no llegué a saberlo. Sus facciones parecían esculpidas en piedra. Era impresionante el dominio que Teseo tenía de sí mismo.

—¿Por qué? —inquirió en tono monocorde.

—Porque he estudiado a fondo el funcionamiento de Hydrus y sé que, si volviera a Asia, ellos se enterarían. Aunque no sé cómo.

—No tienes que volver a Asia.

—¡Claro que sí! —exclamé, perdiendo los nervios—. La posibilidad de regresar es lo único que me impulsa a levantarme por las mañanas. Como ya he dicho, hay cosas que debo hacer allí.

Sus ojos verdosos me escrutaron con un brillo de inteligencia.

—¿Tiene algo que ver con lo que pasó en...?

—Eso no importa —lo interrumpí, sin ganas de hablar del tema—. Solo quiero que me respondas a una cosa: si aceptara tu oferta y escapara con la intención de ir a Hong Kong dentro de unos años, ¿cómo podrían interceptarme?

—Lo harían... De eso no te quepa duda.

—Ya, pero ¿cómo?

Teseo suspiró, visiblemente irritado.

—Hydrus cerraría un acuerdo con el departamento de inmigración chino para tener acceso a la información de las aduanas. Si entrases, lo confirmaría un registro.

—Pero, al ser una bastarda clandestina, yo no tenía ningún tipo de carné —objeté—. Si nuestros padres se encargan de que nuestra existencia pase desapercibida, ¿cómo puede el gobierno chino identificarnos?

—Hay un registro ocular de todos los niños nacidos en China, aunque sean bastardos de Goldenpark —me explicó a regañadientes—. Lo que pasa es que el gobierno chino está comprado y, si alguna vez sucede algo con alguno de vosotros, hacen la vista gorda. Como tu desaparición, por ejemplo. De haberse tratado de cualquier otra niña china, las autoridades habrían iniciado una investigación. Pero eso no te hace invisible. ¿Lo entiendes?

—Sí... Y por eso no puedo irme. No quiero tener que huir, y no merece la pena si encima eso me arrebatara la oportunidad de hacer lo que llevo años planeando.

Teseo entrelazó las manos sobre su regazo con aire meditabundo.

—Quieres vengarte de Percival Canavan —dedujo.

—Chico listo.

—No te tenía por una persona vengativa.

—Lo soy —afirmé con convicción—. La venganza es la justicia del corazón.

—Bonita forma de describirlo.

—Es lo que siento. Y además...

Mi madre murió por tratar de impedir algo, por involucrarse en un asunto que iba más allá de mí, de ella o de Canavan. Tenía que averiguar de qué se

trataba y hacer lo que ella hubiera hecho. Se lo debía.

Y había otro motivo por el que la idea de escapar se me antojaba inviable: Teseo. No quería involucrarle. No quería deberle nada y, sobre todo, no quería que se arriesgase por mí.

—¿Además? —insistió él.

—Nada. La cuestión es que necesito poder regresar a China sin que nadie lo note, sin incordios.

Lo tenía claro: prefería arriesgar mi vida por perseguir un objetivo que condenarme a una huida eterna sin atreverme a intentar nada. Si tenía que morir, moriría. Tarde o temprano, todos lo haríamos, pero rendirme ahora sería el mayor fracaso de todos.

—Lamento que tomes esa decisión.

—No lo lamente tanto. ¿Crees que voy a morir esta noche? No lo haré. Soy buena. Puedo ganar. —Esas dos palabras no me sonaron bien. Destilaban incertidumbre y eso no iba acorde con mis sentimientos, así que rectifiqué—: Ganaré.

Había vuelto a repasar varias veces los combates de la Boa de Salís y ya creía saber sus puntos débiles.

Ahora me hallaba en el vestuario con otro gladiador. La sesión de aquella noche ofrecería tres combates y el mío estaba en tercer lugar. Los vestuarios femeninos estaban en obras, así que compartí la espera con el otro chico, un muchacho de piel oscura como el ébano que combatiría en segundo lugar.

El silencio estaba empezando a parecerme insoportable cuando resolví hablar:

—¿Estás nervioso? —le pregunté.

—Seguro que no más que tú —me respondió sonriente y con un extraño acento.

—Me menosprecias porque soy chica.

—Las de tu sexo no se han esforzado mucho para que no piense así, ¿sabes? Al menos, en el mundo de la lucha clásica.

Su afirmación me desarmó por un momento.

—Tampoco hay el número adecuado de gladiadoras como para poder demostrar nada. Somos muy pocas.

—Eso es cierto —aceptó, y se produjo otro silencio.

—¿Cómo te llamas?

—Klarkon... Bueno, en los medios a veces me apodan *Juba* por uno de los personajes de *Gladiator*, la película.

—*Gladiator*... —Hice memoria—. Una muy antigua, ¿no?

—Tiene casi doscientos años, pero está bien. Creo que es casi mejor que *El ardiente Flamma*.

La mencionada era el largometraje de gladiadores más célebre de la historia del cine. Había muchos, pero ese gozaba de gran prestigio. En cuanto a *Gladiator*, era un clásico, aunque yo nunca había querido verla porque no me entusiasmaban las películas de esa temática. Un rasgo común entre los gladiadores.

—¿Me la recomiendas?

—No. No creo que aprendas nada de esas películas que no pueda enseñarte ya nuestro día a día.

Solté una carcajada amarga. Entonces se puso en pie y decidió cambiarse la camiseta. Había traído una de repuesto en la bolsa.

—¿Qué te pasa? —pregunté, arqueando una ceja.

—No estoy a gusto. Pero no es el síndrome del condenado, ¿eh? —se apresuró a decir—. No vayas a pensar lo que no es. Sencillamente, mi lanista se ha empeñado en darme prendas nuevas y no me habitué a esta tela sintética.

—Claro —asentí.

El síndrome del condenado era algo común entre gladiadores. Cuando uno tenía la sensación de que iba a morir por no dar la talla en la arena, los momentos previos al combate se volvían tan angustiosos que se sentía incómodo hiciera lo que hiciera. Creía que era la ropa lo que le provocaba picores, el calor del vestuario lo que le sofocaba, la sed lo que le daba dolor de cabeza..., pero en realidad era su subconsciente. Los nervios hacían que su propia piel le resultara insoportable.

Se giró un momento y pude ver que su ancha espalda estaba llena de cicatrices, marcas con un relieve curvo muy particular. Enseguida supe que se las habían hecho con electrofustas, y solo había un colectivo que empleara esa arma.

—¿Intentaste escapar?

Él me miró de reojo y se dio cuenta de que me había fijado en sus cicatrices.

—No. Me negué a luchar en un combate.

—¿Y por qué lo hiciste? —solté, sorprendida.

—Porque estaba cansado. —Y ahora, mientras lo decía, parecía agotado. Exhausto—. No quería una vida de peleas constantes. Creí que sería mejor que terminaran conmigo, que quizás así lograría estar en paz. Pero, evidentemente, no me mataron. Puedes hacerte una idea de qué me hicieron en su lugar.

Sí, me la hacía. Las electrofustas eran varas de aluminio con una alta carga eléctrica. Si te tocaban con una de ellas activada, la descarga era considerable. Si no solo te tocaban con ella, sino que te atizaban, el dolor era algo tan traumático que no lo olvidabas jamás... Al menos, eso me habían contado. Por norma general, todos los lanistas contaban con una electrofusta, aunque yo nunca había visto a Keron con una.

—Así que querías paz —comenté, obviando el asunto del escarmiento. Odiaba pensar en qué era lo que nos esperaba si no nos comportábamos como buenos esclavos.

—¿Acaso no es lo que todos queremos?

Oh, sí, paz. Pero ¿morir nos traería paz? Cómo saberlo...

—Alguien cercano a mí solía decirme que la paz solo la garantiza una cosa, pero nunca sugirió que fuera la muerte —comenté, abstraída.

—¿Y qué te dijo que era?

Justo entonces llegó su lanista. Le dio algunos consejos y lo acompañó por el pasillo que conducía hasta la *Porta Pompae*. Antes de marcharse, intercambiamos una fugaz mirada que podría haberse traducido en una despedida.

Y me quedé sola, esperando.

Pasaron varios minutos, y aquella espera fue terrible. Como un preludio a la muerte; como estar en el purgatorio esperando a ser juzgada; como tener el cañón frío de una pistola contra la sien, sin saber cuándo apretarían el gatillo.

—Basta de pensar en muerte —dije en voz alta—. Lo harás bien, Faith.

Una puerta se abrió. El corazón se me detuvo porque creía que sería Keron, que venía a llevarme a la arena. Pero era Teseo.

—Te veo pálida —observó—. Eres muy buena, Faith. Lo lograrás.

El hecho de que repitiera tanto esa frase me hizo pensar que a lo mejor era mentira.

—¿Tú crees?

—No lo creo, lo sé. Es una certeza.

Sonreí débilmente.

—La última vez que hablamos parecías más reacio a creer en mis habilidades.

—Rechazaste la oferta y lo acepto —replicó—. Ahora centrémonos en la realidad: saldrás ahí y vencerás. No tengas dudas a la hora de matarle; piensa que se trata de una cuestión de vida o muerte. Él no dudará, y tú tampoco debes hacerlo.

No sé por qué diablos ocurrió, pero algo en sus palabras me provocó tristeza. Tuve que respirar hondo y contener una lágrima que amenazaba por escaparse de mis ojos. Debió de darse cuenta, pues se acercó y me cogió la mano, vacilante. La apretó con firmeza, como si de ese modo me infundiese valor. En sus ojos leí un anhelo que no creí que pudiera estar dirigido a mí. Acto seguido, se apartó y dijo:

—Estamos contigo, ¿de acuerdo?

Asentí, y entonces me distrajo un clamor proveniente del exterior. Aplausos. El combate había concluido y era mi turno.

Keron abrió la puerta de golpe.

—¿Lista?

—Sí. —Respiré hondo—. Vamos allá.

Y nos internamos en el pasillo que conducía hasta la *Porta Pompae*.

Cuando me detuve frente al enorme portón, me hallaba a solas con mi lanista. Teseo había desaparecido.

—Faith, eres una de las mejores promesas de Hydrus —me dijo Keron, aferrándome por los hombros—. Hemos apostado por ti y sabemos que lo harás bien. Tu desarrollo en Capua fue sorprendente. Sal ahí y demuestra que no nos hemos equivocado contigo.

Tragué saliva y asentí, y a continuación me entregó las armas que entre los dos habíamos escogido para que combatiera: una espada estándar y un escudo circular ligeramente abombado. En el vestuario ya me había preocupado de sujetarme varios cuchillos por las botas y el cinturón, así que estaría bien equipada.

Él me ajustó bien la hombrera de cuero que me protegería la parte superior del brazo derecho y yo re coloqué el brazal que cubría la zona de la muñeca. Era importante proteger bien esa parte del cuerpo, pues de ella dependía mi destreza con la espada.

—Adelante —animó Keron.

Y me quedé sola, acompañada de la oscuridad y el sonido de mi respiración.

Los engranajes de la *Porta Pompae* empezaron a chirriar y, cuando se separaron, la luz me cegó momentáneamente.

Parpadeé y aguardé a que la rendija de las puertas aumentara de tamaño. Luego di un paso hacia el centro.

—Y aquí, con quince años de edad y cincuenta y siete kilos de peso, Faith Gómez, gladiadora de Hydrus que debuta esta noche tras lograr unos excelentes resultados en la escuela donde ha sido entrenada...

Cuando me acostumbré a la claridad, contemplé lo que me rodeaba y sentí la grandeza de lo que estaba viviendo. La gente armaba barullo desde las gradas, puesto que aún no habían activado el cristal aislante. El techo era increíblemente alto, con un cristal en el centro del que se desprendía una potente luz. El corredor superior, el que estaba a más altura, se conformaba por arcos románicos desde los que se asomaban algunos miembros del personal. La decoración de los laterales de la arena homenajeaba el arte clásico, con columnas jónicas apostadas simétricamente junto a la pared. Unas líneas azules y vibrantes recorrían la superficie del complejo como si dibujaran un mapa de caminos paralelos.

Frente a mí se hallaba Darío Delevaugh, la Boa de Salís. A él ya lo habían presentado. Su mirada transmitía fuerza y seguridad, como si supiera de antemano que iba a ganar. Pelearía con una espada y una maza, tal y como había hecho en su primer combate. Quizá siguiera una técnica similar a la que empleó entonces... Me aferré a esa idea.

Vi el micrófono teledirigido frente a mí, un dispositivo circular con una luz azul titilante. El público aguardaba.

Tomé aire.

—Soportaré ser quemada, herida, golpeada y asesinada por la espada — dije, sin creer en mis palabras.

La cuenta atrás resonó por todos los rincones del estadio.

3...

El cristal que nos separaba del público se tornó opaco.

2...

Apreté la empuñadura de mi espada.

1.

Y, de inmediato, se lanzó hacia mí.

Yo hice lo mismo. El encuentro de nuestras armas fue brutal y la vibrante colisión del acero, abrumadora. En cuanto nos separamos unos centímetros, él se me adelantó: bajó a toda velocidad su espada hacia mi cabeza y en el último segundo logré detenerla con el escudo. Me estremecí cuando trató de atacarme por el costado. Estaba peleando de una forma muy parecida a su primer combate; su estrategia era asestar una sucesión de golpes veloces y

muy fuertes por arriba y los flancos para debilitar pronto a su adversario. Al apartarme, estuve a punto de hundir mi hoja en su brazo, pero fue rápido y al final solo le hice un tajo.

Nos separamos momentáneamente para recobrar el aliento y me lanzó dos cuchillos. Esquivé ambos, aunque oí el silbido que uno provocó al pasar junto a mi cuello. Había estado cerca.

Rápidamente solté el escudo, cogí una de mis dagas y se la lancé hacia su rodilla izquierda, pero se apartó sin aparente dificultad y se precipitó hacia mi posición. Me tiré al suelo, rodé y aproveché para coger el escudo antes de ponerme de pie de un salto.

Su espalda volvió a golpear la mía, esta vez con más ferocidad. Me estaba ganando terreno y parecía estar muy seguro de sus posibilidades. Yo era vagamente consciente de que estaba siendo superior a mí, pero esa idea solo me generó más adrenalina. Sentía mis extremidades flaquear un poco y me vibró todo el brazo cuando la interpuse entre mis costillas y su acero. Si volvía a asestarme otra estocada, mi cuerpo no lo resistiría y acabaría por soltar el mandoble.

Pero entonces ocurrió algo, algo que percibí en sus ojos: un pestañeo lento, aturdido, como si estuviera mareado.

¿Le habría agotado?

Sí, era eso. Yo había estado resistiéndome mucho rato y la herida que le había infligido en el brazo aún sangraba. Por la piel le caían surcos de sangre hasta la mano... Quizás eso tuviera algo que ver.

Arremetí contra él con todas mis fuerzas y sin la menor duda, pensando solo en acabar ya. Me pareció que perdía levemente el equilibrio, aunque yo estaba ocupada en buscar algún hueco por el que clavar la espada... Y lo hallé. El muslo.

Pasó tan deprisa que ni siquiera me fijé en su reacción: solté el escudo y hundí mi espada en su muslo izquierdo, cerca de la cadera. Oí su grito y, justo en ese instante, extraje con la otra mano un puñal que llevaba sujeto en la bota y le perforé el cuello.

El mundo pareció detenerse y con él, Darío.

Dejó caer la espada y se desplomó de rodillas. Yo aún sostenía el cuchillo clavado en su cuello, lo que me obligó a agacharme también. Entonces lo retiré, y la sangre surgió a borbotones. Seguía vivo, pero sus ojos no parecían mirar a ninguna parte.

Mi subconsciente me alertó de mi victoria y eso me hizo perder toda la fuerza que había tenido hasta el momento. Dejé caer el puñal... y fue como si

los músculos que habían sostenido hasta ahora a mi oponente lo abandonaran: se desmoronó de lado, su pecho paró de agitarse y sus ojos se apagaron como los de un robot al que hubieran desconectado.

Me incorporé y, aturdida, caí en la cuenta de que el moño que me sujetaba el pelo se me estaba cayendo, así que lo deshice con movimientos mecánicos. Sacudí la cabeza y volví a mirar a la Boa de Salís. Era un muñeco roto.

Solo en ese momento fui consciente de que estaba frente al cadáver de un chico no mucho mayor que yo. Alguien que ya no existía, porque sus pensamientos, ideales, sueños y miedos no tenían cabida en ninguna parte. Yo se los había arrebatado.

Eso me contrarió. No me arrepentía de lo que había hecho, pero me sentí mal. Y me sentí peor cuando llegaron los vítores y los aplausos. Las gradas, que habían permanecido oscuras para nosotros y aisladas por el cristal que ahora se desvanecía, se iluminaron. Vi a la gente de pie, aplaudiendo con fervor... Y ese estruendo solo me inspiraba soledad.

Me aliviaba haber sobrevivido, haber añadido una victoria a mi palmarés, pero la adrenalina que me recorría el cuerpo competía con la amargura que me inundaba la boca.

Recogí mi escudo, eché un último vistazo atrás y me encaminé hacia la *Porta Triumphalis*.

Días después de mi victoria, Alpha debía combatir de nuevo esa tarde, alrededor de las ocho. Faltaban unas horas y yo deambulaba distraídamente por los corredores del hotel. Había estado entrenando todo el día. Apenas había comido, pero ahora empezaba a tener hambre y me sentía inquieta.

Aún vestida con el atuendo del entrenamiento, me dirigí de nuevo a mi habitación. Doblé la esquina previa a la llegada y entonces vi a una chica de exuberante cabello rubio y rizado detenida frente a mi puerta. Llevaba un vestido rojo que acentuaba sus atributos: era alta, con el busto firme, una cintura de avispa, unas piernas torneadas y una pose confiada que en cualquier otra persona podría haber quedado artificial.

Me pareció una completa desconocida, pero en cuanto se giró reconocí en sus ojos maquillados a alguien a quien pensé que había perdido de vista para siempre.

Kristalis palideció, aunque su escasa sorpresa me indicó que había estado buscándome. Entreabrí los labios y me acerqué con paso vacilante.

—No puede ser —susurré cuando la tuve a menos de un metro.

—¡Faith! —exclamó ella.

Y no sé qué demonios me sucedió entonces, pero dejé que me abrazara. Y lo más sorprendente fue que yo le correspondí de buena gana.

—Creí que no volveríamos a vernos —farfullé, todavía abrumada por su presencia—. Dios, no pareces tú.

Ella se separó ligeramente de mí y enrojeció. Entonces comprendí que, al contrario de lo que parecía, frente a mí solo había una chica de dieciséis años. Su aspecto sugería más edad de la que en realidad tenía. Estaba muy guapa, con un maquillaje perfecto que resaltaba sus facciones y un perfume embriagador.

Era extraño: lo único que en el pasado nos unía eran nuestras vidas en Goldenpark. Y ahora, en el presente, lo hacían nuestras no-vidas en Hydrus.

—Tú también has cambiado mucho.

—Ven —le pedí mientras abría la puerta—. Hablemos.

Ella obedeció y se internó en la estancia dubitativamente. Cerré, cogí dos botellas de agua del minibar, le ofrecí una y nos sentamos en la cama, cara a cara. Su postura era rígida. La mía, desenfadada.

—¿Cómo estás?

Kristalis sonrió con tristeza. Algo en sus movimientos cautelosos me indicó que era una chica mucho más dócil que la que yo recordaba.

—Voy tirando... Ahora he venido porque quería verte. —Estudió mi rostro, como si le desconcertara tenerme delante—. Te vi hace unos días por la tele, combatiendo. ¡Fue increíble, Faith! Te lo juro: estaba eufórica, orgullosa de ti. Eres buena.

Jamás me hubiera imaginado a Kristalis diciéndome algo así. Nunca antes habíamos intercambiado unas palabras amables...

La piel me ardía de vergüenza y de impotencia, y al mismo tiempo me conmovía la nota de admiración que advertía en su voz... En especial porque no había olvidado para qué la compraron.

—No es tan bonito como parece —murmuré—. Desde ese día, me siento una miserable. Es como si estuviera sucia.

Su semblante se ensombreció.

—Seguro que no te sientes peor que yo.

No supe qué decir. La gravedad de su situación me pesaba... Su panorama no era mucho mejor que el mío.

—¿Cuánto llevas... trabajando? —le pregunté por curiosidad.

—Unos diez meses —dijo, y solté un bufido de incredulidad. ¡Era muy joven!—. Bueno, creo que llevaría peor ser gladiadora. Ya sabes, te la juegas cada vez que sales a pelear. Yo prefiero la seguridad... Me siento cobarde, pero es así. No sé si podría vivir como vosotros. —Hizo una pausa y se retorció los dedos, con la vista perdida entre las manos. Luego la alzó, y su expresión era resuelta—. Lo cierto es que ahora estoy empezando a superarlo, a asumir mi vida y a no odiarla tanto como al principio. Cuando te ves atrapada en una situación difícil, la actitud lo es todo.

—Es bueno que no te hayan superado las circunstancias —respondí, sonriéndole.

—Dentro de lo que cabe, he tenido suerte. En lo que a esclavitud se refiere, Hydrus es garantía de buenas condiciones... o de condiciones menos malas de lo habitual, si lo prefieres.

Aquello era lo mismo que tanto me habían asegurado desde que llegué a Capua. Y sí, tenía algo de verdadero: otras compañías no eran tan indulgentes con sus esclavos.

—Lo sé.

—En fin, ¡tienes mucho que contarme, Faith! Cuéntame cómo es eso de ser gladiadora. Luchas de una forma tan... espectacular... Pareces una mujer muy fuerte.

Su halago me emocionó. Me esforcé por disimularlo.

—Solo hago lo que me han enseñado.

—¡Y lo haces muy bien! Pero ¿no te molesta llevar el pelo largo? — Parecía perpleja por ese detalle—. Es decir, no lo tienes muy largo, pero no será cómodo tener que estar recogíéndotelo... Quizá deberías cortártelo.

—Como si eso fuera decisión mía —repliqué.

—¿También eligen sobre vuestra imagen? Pensaba que los gladiadores erais algo más... independientes.

—Quizá los chicos lo sean, pero yo no. El contraste de mujer y lucha es algo muy mediático, así que me hacen cuidar mucho la apariencia. Supongo que no quieren restarme feminidad.

En Capua, la señorita Asma Bij Alar me explicó que las gladiadoras teníamos un impacto distinto entre la afición. Había un factor de erotismo que ya era evidente en la Antigua Roma, cuando las escasas guerreras luchaban en los anfiteatros. Al fin y al cabo, todo se reducía al espectáculo.

—Oh, entiendo —murmuró, pensativa.

—¿Y tú? ¿Cómo lo llevas? Aparte de la actitud positiva, claro.

Entonces, bajó los párpados y forzó una sonrisa. Supe leer aquella reacción y entendí que se engañaba, que fingía que no era para tanto porque eso le reconfortaba. Se comportaba como si su situación no fuera tan terrible porque tenía la esperanza de llegar a creerlo.

—Bueno, contamos con mucha seguridad y hay clientes que son muy atentos y cariñosos. Tengo compañeras que incluso disfrutan... a veces. Quizá todas podamos hacerlo si hay una predisposición real.

No trataba de convencerme a mí, sino a sí misma. Quise contestarle que, mientras fuera una esclava, jamás tendría esa predisposición real de la que hablaba. Pero no dije nada porque se me ocurrió que tal vez a ella le funcionara. A lo mejor es nuestra manera de afrontar los problemas lo que los hace más o menos graves.

Y aun así...

«Si tus actos no son acordes a tu voluntad y lo que haces no tiene ningún valor para ti..., entonces te están privando de lo más importante que posees», pensé.

—Pero, bueno —añadió con voz desenfadada—, cuéntame cosas interesantes de tu escuela. Tenemos media hora, más o menos.

Rehuía hablar de sí misma. Y yo también.

—¿Qué tienes que hacer luego? ¿No estás en tu día libre o algo así?

—No. Ayer, *Madame* Brigitte nos comunicó que un gladiador llamado Alpha Heinemann reclamaba nuestros servicios. Yo me presenté voluntaria porque sabía que erais compañeros y no podía desaprovechar la oportunidad de verte.

Tardé unos segundos en reaccionar. Luego cerré la boca, que no me había dado cuenta de que tenía abierta, y volví a abrirla para farfullar:

—¿Vas a acostarte con Alpha?

—Sí, claro. —Enarcó las cejas—. Es mi trabajo.

—Qué fuerte. No tenía ni idea de que él... Ya sabes, recurriera a...

—Es un hombre, Faith. Es normal que quiera compañía femenina. —Esbozó una leve sonrisa—. Al ser un gladiador, apenas se relaciona con mujeres que sean de su agrado.

—Vaya, ¡gracias!

—Ya sabes a lo que me refiero. No te imaginas la cantidad de gladiadores con los que he estado... Uno de ellos te conocía. Fue de los primeros con los que estuve y, como sabía que era gladiador, le tanteé para saber si había oído algo de ti, ¡y resultó que sí! La verdad es que fue muy amable, pero apenas tuvimos tiempo de hablar.

«Vaya, pues sí que esto es frecuente», me dije.

—¿Quién era?

—Se llamaba... Macian no-sé-qué.

—¡Ah, Macian! Murió hace poco. —Elka y yo nos habíamos enterado hacía escasos días.

—¿De veras? —En su reacción me pareció adivinar cierta tristeza—. ¿Erais muy amigos?

—Llevaba mucho tiempo sin verlo.

Su muerte me había apenado, sí, pero uno acaba acostumbrándose y al final solo cabe esperar que no sean, al menos, sus íntimos amigos.

—Oh, bueno... El caso es que me dijo que estabas en una escuela de gladiadores y que lo llevabas bien. No le dio tiempo a informarme de más. ¿Cómo es esa escuela? ¿Qué hacéis allí?

—Nada del otro mundo... Practicar con toda clase de armas, ya sabes. Te machacan y te machacan hasta que estás preparado para salir y vértelas con el

verdadero peligro. Allí haces una prueba final contra un androide. Si lo vences, significa que estás preparado.

—¿Y si no?

—Nada. Si vence él, estás muerto.

—¡Hala! —Abrió mucho los ojos—. ¿Y fue difícil todo eso?

—Practiqué muchas horas, recibí muchas palizas... Pura rutina. —Ambas nos echamos a reír, aunque con cierta amargura—. ¿Y tú?

—También practiqué y aprendí mucho en una escuela. Hacíamos gimnasia rítmica para desarrollar elasticidad y resistencia, aunque no demasiada para no inhibir el desarrollo del pecho y la cadera. Aprendíamos a maquillarnos, a caminar de forma atrevida, sensual, elegante... ¡Ah!, y estudié tres idiomas más. Ahora hablo seis.

—Me estás vacilando —exclamé.

—No. Aparte del inglés, el francés y el chino, ahora me defiendo en italiano, árabe y español... Como lo oyes.

—¿Español? —le pregunté en la lengua nombrada.

—Sí, español. Creo que aún tengo que mejorar un poco mi acento —me respondió en el mismo idioma. Mi idioma. El de mi madre.

Solté una carcajada y retomamos el inglés.

—A mí me gustaría poder hablarlo más a menudo.

—¿No puedes hacerlo con nadie?

—Creo que con mi lanista, pero nunca lo he probado.

Nos sumimos en un breve silencio en el que me dio tiempo a apreciar lo mucho que había cambiado su carácter. Ya no era arisca y engreída, sino dulce y comprensiva. No la reconocía. ¿Sería su nueva personalidad fruto del adiestramiento que había recibido en esa escuela suya? Lo desconocía.

—Oye —le pregunté, tratando de desterrar el silencio que imperaba—, ¿cómo saben en tu escuela cuándo estáis preparadas?

Kristalis enredó su dedo índice en un mechón de su reluciente cabello.

—Lo cierto es que no hay ninguna prueba..., ya sabes, física. Nuestra virtud es muy importante. La primera cita es la que se cobra más cara.

—Ah, ya entiendo. —Sentí un regusto agrio en el paladar.

—Pero digamos que hay algo que determina que ya estás lista.

—¿El qué?

—Una operación.

Fruncí el ceño.

—¿De qué tipo?

—Anulan el funcionamiento de tus órganos reproductores. Es mucho más cómodo para el cliente y menos arriesgado para nosotras.

Me quedé sin habla. Lo que me estaba diciendo me pareció algo atroz, pero ella lo contaba con tanta tranquilidad que sentí perturbación.

—¿No bromeas?

—Para nada.

—¿Y estás bien?

—Me recuperaré rápido durante el posoperatorio. La única pega es que sigo teniendo la regla; ya me dirás tú para qué, con lo cómodo que sería...

—No te hagas la tonta —la interrumpí—. No podrás tener hijos nunca; ¿eso no te afecta?

Kristalis suspiró con expresión de apuro.

—Tal y como están las cosas en estos momentos, lo último que entra en mis planes es ser madre. Supongo que a ti te pasa igual.

—No me lo he planteado...

—Ya lo harás.

Nos quedamos calladas un momento, pero entonces recordé algo que había dicho:

—¿De verdad has accedido a trabajar hoy solo para llegar a mí?

Eso me tenía descolocada. La última vez que nos vimos, prácticamente nos odiábamos, pero todo ese rencor se había evaporado. En el fondo, la había echado de menos. Ahora éramos capaces de hablarnos sin el antiguo desdén con el que siempre lo habíamos hecho. Kristalis parecía mucho mayor que la muchacha que dejé en Suiza; más madura, más templada. Me pregunté si yo le causaría la misma impresión.

—Lo cierto es que sí, Faith. Es decir, no tuve la necesidad de hacerlo hasta que no te vi por televisión. Cuando apareciste en la pantalla, cuando pronunciaron tu nombre..., el corazón me dio un vuelco. Fue como regresar a Goldenpark. Suena absurdo, pero es lo que sentí. Como si aún hubiera una posibilidad de dejar todo esto atrás y regresar a casa.

Sus palabras me suscitaron una profunda pena. Le cogí una mano y la miré a los ojos con seriedad.

—Kris, nosotras ya no tenemos casa.

—Lo sé —musitó.

La alarma de su móvil nos extrajo del sueño del pasado en el que habíamos empezado a sumirnos y nos separamos de golpe, sobresaltadas. Miró la pantalla y se puso en pie.

—En cinco minutos tengo que presentarme ante el señor Heinemann. Me marcho.

Esa forma de referirse a Alpha tenía cierta gracia, pero la situación requería algo más que humor. Me levanté.

—Voy contigo.

—¿Qué?

—Que te acompaño.

—No es necesario —se apresuró a decir.

—Sí, quiero decirle a Alpha unas cosas antes de dejarte con él.

—Bueno... —Titubeó—. Como quieras.

Salimos de mi habitación y los pasillos correspondientes hasta llegar a la de mi compañero. Tocamos a la puerta y nos abrió con el torso desnudo y una toalla envuelta en sus caderas.

—Ah, así que ya estás aquí —manifestó, mirando a Kristalis con evidente satisfacción. Luego reparó en mí—. Faith, ¿quieres unirme? Si es así, me has leído el pensamiento.

—Escúchame, te diré lo que vas a hacer ahora —le solté con toda la frialdad que pude reunir—: vas a entrar ahí dentro, te vas a sentar con Kristalis, vas a hablar con ella como lo harías si fuera yo, no le tocarás un pelo, le pagarás lo acordado y luego la dejarás ir. Cuando te pidan una valoración del servicio, dirás que estás plenamente satisfecho.

—Me gusta cuando me das órdenes —fanfarroneó él.

—Faith, esto no es... —empezó Kristalis.

Lancé una mirada cortante.

—Tú déjame a mí. ¿Y bien, Alpha?

—Venga ya, es una broma, ¿no? ¿Te crees que la he llamado para charlar?

No podía dejar que Kristalis se acostara con Alpha como precio por haberme visto esa tarde. No me parecía bien; la mera idea me repugnaba. Alpha era un buen tipo, pero ella no se merecía eso y, si yo podía ahorrárselo, lo haría.

—Mira, es mi amiga y no voy a dejar que la uses como un trapo y te despidas como si nada, ¿queda claro?

Él me echó una mirada de fastidio. Después se cruzó de brazos.

—Está bien, pero a cambio de algo. —«Ya empezamos», pensé mientras ponía los ojos en blanco—. Luego te diré qué.

A continuación, se fijó en Kristalis y la invitó a pasar, asegurándome que cumpliría su parte del trato, pero que yo debía comprometerme con la mía.

Me despedí de ambos y, antes de que Alpha cerrara la puerta en mis narices, ella me dio las gracias con una sonrisa.

Regresé a mi habitación y me duché, me puse el pijama y me cepillé el cabello húmedo mientras pensaba en la conversación que habíamos mantenido. ¿Albergaría también Kristalis deseos de venganza contra Canavan y Cox? Era poco probable. A pesar de la experiencia que había ganado al tratar con tantos hombres, ella era más inocente que yo. Su naturaleza era inofensiva y pacífica, como el agua. La mía abrasaba por la ira, como el fuego. Bajé unos centímetros el cuello de mi camisa para poder observar mi clavícula y la marca de nacimiento que la surcaba... La misma que una vez me unió al que creí que era mi padre.

Después me miré el antebrazo, allí donde mi madre había tenido su propia marca, las pequeñas manchas oscuras que tan singulares me habían parecido siempre. Lamentaba no haberlas heredado y que ella se hubiera visto obligada a contratar cirugía prenatal para salir del paso.

Mi odio no ardía con tanta fuerza como lo hizo una vez, pero seguía ansiando una venganza. Bueno, no exactamente: lo que anhelaba era justicia. ¿Cómo podía permitir que Canavan siguiera viviendo tan tranquilo cuando yo estaba pasando por aquel infierno por su culpa? Mi madre estaba muerta y su ausencia aún me quemaba.

No, Canavan no merecía seguir viviendo... Y tampoco Cox.

Llamé a Keron para decirle que prefería no ir al combate porque no me encontraba bien. Él protestó, aunque terminó por acceder, consciente de lo importante que era cuidar de sus gladiadores. No obstante, lo último que hablamos me inquietó:

—¿Seguro que no quieres venir? Nos acompañará un nuevo equipo de gladiadores.

—¿Qué? ¿Quiénes?

—Algunos de Capua: Ben Kamensky, Ailor McLIne, Cliff Herranz... Tú los conoces.

«Sí, a algunos más que a otros».

—¿Qué hacen aquí? —quise saber.

—Lo que se hace cuando sales de Capua: aprender, ganar experiencia.

—¿Como nosotros en Roma?

—Ajá. Entonces, ¿qué? ¿Vienes?

—¿Te crees que el dolor de cabeza me lo he inventado? No podía antes y sigo sin poder ahora.

—Vale, vale, como quieras —respondió, y nos despedimos.

Lo cierto es que volver a ver a Cliff no me apetecía en absoluto, así que estaba muy satisfecha de no ir. No me encontraba mal físicamente, pero tenía una apatía que me impedía presenciar otro combate. Desde mi último enfrentamiento, no había vuelto a posar la vista en ninguna arena. Estaba afectada. Iba a superarlo, de eso no me cabía duda, pero había matado a una persona y ese no era un pensamiento soportable. Me había convertido en gladiadora... Algo así merecía una mínima reflexión.

Encendí la televisión e hice *zapping*. Entretanto, mi cerebro comenzó a divagar y recordé mi debut paso a paso. Me vino a la mente la charla que tuve con... ¿Cómo se llamaba? No me acordaba. Solo fui capaz de recordar su apodo no oficial: Juba. Me dijo que era un guiño a una película clásica: *Gladiator*. Sentí curiosidad, y eso, sumado al aburrimiento, me incitó a verla. Indagué en la filmoteca que la televisión llevaba incorporada y lo hallé en la sección de cine histórico postclásico. *Gladiator*, de Ridley Scott, protagonizado por un actor llamado Russell Crowe.

Lo que en un principio me llamó la atención fue que el personaje que interpretaba fuera hispano. Como no podía ser de otra forma, pensé en mi madre y en su tierra. Creí que la película me decepcionaría emocionalmente, pero no fue así. Más bien, tuve la certeza de que transmitía todo lo que sentía por ser gladiadora y mis ansias de venganza.

Fue la primera vez que lloré viendo una película; nunca me había sucedido, pero no pude evitarlo. La primera ola de emoción llegó con la escena en la que el protagonista se las veía cara a cara con su enemigo por primera vez y hablaba de obtener su venganza, ya fuera vivo o muerto. La segunda, con los últimos minutos, en especial con el plano que empezaba en el Coliseo y ascendía para mostrar la Antigua Roma bajo el crepúsculo. Permanecí en silencio mientras aparecían los créditos, con los ojos aún húmedos.

Si la película hubiera mostrado la realidad de un gladiador de mi época, no me hubiera impactado tanto, pero al ver su retrato de los primeros gladiadores había sentido algo distinto... Un profundo respeto por los tiempos pasados.

En ese momento, llamaron a la puerta y no me quedó más remedio que ir a abrir; entretanto, me iba frotando las mejillas. Dudaba que eso pudiera ocultar mi angustia, pero no me apetecía dar explicaciones.

—Me han dicho que no... —dijo Teseo a toda prisa en cuanto abrí, pero enmudeció al ver mis ojos vidriosos—. ¿Qué te pasa?

—Nada —murmuré—. Es que acabo de ver una película que me ha gustado mucho.

Parpadeó, incrédulo, y al ver que no bromeaba contuvo a duras penas una sonrisa.

—No creí que fueras de las que lloran con las películas... Al final resultará que eres sensible y todo —comentó mientras lo fulminaba con la mirada—. ¿Cuál era?

—*Gladiator*.

—¿La del 2000?

—Sí. Bueno —me impacienté—, ¿a qué has venido?

—A comprobar si te encontrabas bien; como Keron me ha contado lo de tu malestar... Bueno, malestar entre comillas, porque se te ve muy sana —rectificó con sarcasmo.

—Me duele el corazón —declaré dramáticamente, llevándome una mano al pecho con aire teatral—. Es una gran película.

Él puso los ojos en blanco y se apoyó en el marco de la puerta. Luego esbozó una sonrisa... Una sonrisa sincera.

—Creo que esta es la conversación más relajada que hemos tenido en mucho tiempo.

—Probablemente.

—Me agrada verte así.

En realidad, sí que estaba de buen humor. Mis lágrimas no eran tanto de tristeza como de emoción y la visita de Kristalis me había alegrado la tarde. De todas formas, me avergonzaba que él me viera en ese estado... Desde mi debut, no habíamos hablado demasiado; él se había limitado a darme las fechas para otros dos combates, esta vez a primera sangre. Los últimos antes de abandonar Londres. Me sentí vulnerable y creí necesario recuperar mi brusquedad habitual.

—¿No tendrías que estar de camino al estadio?

—Alpha combate en tercer lugar. Puedo permitirme llegar algo más tarde.

—Ah, vale. ¿Algo más?

—No —repuso mirándome con los ojos entrecerrados, como si tratase de leer mi mente—. Que tengas una buena noche, Faith.

Tragué saliva.

—Gracias, Teseo.

Cuando se marchó, me metí en la cama de nuevo, dispuesta a ver *Gladiator* por segunda vez.

Envuelta por la serenidad de mi sueño, no me hizo ninguna gracia que alguien me despertara llamando a mi puerta insistentemente. Oí cómo murmuraba mi nombre desde el pasillo, pero estaba tan adormilada que no reconocía la voz.

Miré el reloj digital y solté un bufido. Llevaba cerca de dos horas durmiendo, y había estado soñando con algo cálido y reconfortante, pero que se desvaneció en cuanto me hube despejado. Me levanté y, enfurecida, abrí la puerta de un tirón.

En el umbral, Cliff me miraba con los labios entreabiertos. Su pelo estaba aún más claro, como bañado por el sol. Hacía muchas semanas que no lo veía... Ni siquiera me despedí de él en Capua. ¿Estaría enfadado?

—¿Qué haces...? —empecé, pero no me dio tiempo a acabar porque de pronto sus labios sellaron los míos con impaciencia.

Retrocedí un par de pasos y él avanzó hacia el interior, cerrando la puerta de un empujón con el hombro. Su brazo derecho me rodeaba la cintura, apretándome.

—Te he echado mucho de menos —susurraba entre beso y beso. Un tenue aroma a alcohol me inundó las fosas nasales. Obviamente, Alpha había vencido y habían salido a celebrarlo. Cliff estaba lo bastante bebido como para tener el valor de presentarse en mi habitación, pero no tanto como para no ser consciente de lo que hacía—. No podía esperar para verte otra vez.

Quise replicar, pero no pude. Lo cierto es que, si de verdad hubiera querido que parase, ya le habría golpeado en la mandíbula; sin embargo, el contacto con sus labios húmedos y la urgencia de sus movimientos me reconfortaron. Me sentí deseada, arropada; ante su anhelo, me vi más como una persona que como la herramienta que temía ser.

Acabamos tumbados sobre las sábanas arrugadas de mi cama, con su cuerpo sobre el mío, presionándolo e infundiéndome calor. De alguna manera, terminé con la camisa desabrochada, dejando mi vientre al descubierto, y me alegré de no haberme quitado el sujetador esa noche porque la idea de quedarme desnuda frente a Cliff me incomodaba. Ese pensamiento me hizo sentir una vulnerabilidad inesperada.

Él hizo rodar su boca por mi barbilla; después, por mi cuello y, luego, por la clavícula...

—Cliff —jadeé yo. Él me ignoró—. ¡Cliff!

Entonces, sí se detuvo.

—¿Qué pasa?

—¿Qué estás haciendo?

—¿Tú qué crees? Celebrar nuestro reencuentro.

—¿No prefieres que hablemos? —farfullé, aturdida.

—No ha sido tanto tiempo. Me urge más besarte.

—No has venido aquí solo para besarme —repliqué.

—Bueno, ¿qué pasa? ¿No querías verme? Pues ya está.

Y me besó de nuevo.

Me molestaba que eso fuera lo único que quisiera de mí. Nuestra relación nunca había ido más allá de lo superficial, pero tras tanto tiempo veía más lógico discutirlo antes, asegurarse de que el otro seguía queriendo eso. Pero a él no parecía importarle nada de lo que yo pudiera decirle.

Sus manos me acariciaban con rudeza, explorando mi cuerpo, tratando de estimularlo, y cuando empezó a conseguirlo me rebelé contra la idea de pasar la noche de esa forma. Me zafé de él, empujándolo a un lado e incorporándome.

—Pero ¿qué te pasa? —vociferó él, visiblemente molesto.

—No quiero estar contigo ahora. No me apetece hacer esto.

—¿Y por qué hay que hacer lo que tú quieras? Siempre me he comportado contigo de la mejor manera posible, pero nunca me lo has agradecido.

—¿Y cómo se supone que te lo tengo que agradecer? ¿Dejando que me manosees como quieras?

—¿No es ese el objetivo de todo esto? Desde el primer momento aclaraste que no podías entretenerte con *noviazgos infantiles*, esas fueron tus palabras. ¿Y ahora me vienes con esto? Nos veíamos cuando tú querías, donde tú querías y como tú querías, y esta relación, aunque no sea seria, es de dos, ¿sabes? Pero tú pasas de todo, para variar. Ni siquiera te despediste de mí —repuso, acercándose—. Me lo debes.

Su rostro estaba tan próximo al mío que no supe cómo reaccionar. Permanecí quieta e impasible, sin amedrentarme. No le faltaba razón, y eso me hacía sentir culpable.

Pero no lo suficiente como para rendirme a él. Su actitud me inspiraba rechazo.

—Ahora quiero dormir —dije con frialdad.

Una vena se hinchó en su cuello, tanto que casi la pude sentir palpar. Luego me agarró por las muñecas y me plantó un beso de nuevo. Trate de darle un puntapié en la entrepierna, pero me esquivó a tiempo. Me aparté de sus labios casi con repugnancia y me revolví con tanto ímpetu que tuvo que separarse un poco, lo que me permitió darle un fuerte cabezazo. Él soltó un quejido, se llevó una mano a la frente y yo me alejé unos pasos.

—No creas que por insistir voy a ceder, Cliff.

Percibí lo frustrado que estaba en el rictus de su rostro. Se acercó a mí con la intención de besarme de nuevo. Retrocedí todo lo que pude hasta que choqué contra la pared y cogió mi rostro entre las manos.

—Faith... —empezó.

—Si te vas ahora, te perdonaré lo que has hecho —le corté.

—¿Y qué es lo que he hecho? Nada que tú no me alentaras a hacer, lo sabes de sobra. No soy un juguete al que puedas recurrir cada vez que te aburres, no quiero permitirlo más. Te has comportado como una...

—¿Hay algún problema?

La voz de Teseo llegó a mis oídos con fuerza. Vi su silueta en el umbral de la puerta. Cliff se separó lentamente de mí, liberando mis muñecas.

—Teníamos cosas que hablar —repuso él, tratando de dotar de seguridad a su voz, que salió algo temblorosa.

Teseo encendió la luz. Ahora que lo veía con claridad, pude apreciar que estaba algo tenso. Apretaba la mandíbula con fuerza y un velo de indiferencia le cubría calculadamente la cara. Había algo inquietante en su calma que nos puso nervioso a ambos, no solo a Cliff.

—No me parecía que estuvierais hablando —repuso Teseo mientras observaba fríamente mi vientre descubierto y el movimiento ascendente y descendente de mi pecho.

Me dieron ganas de esfumarme en el aire.

—Era una conversación acalorada —puntualizó Cliff, algo ronco.

Teseo avanzó unos pasos muy despacio y se detuvo frente a él con los puños apretados. Por un momento, pareció ir a golpearle, pero no lo hizo.

—Sal de aquí.

Su modo de hablar era tan templado que daba miedo. Había una amenaza implícita en su tono. Cliff hizo amago de protestar, pero se abstuvo. Hubiera sido una estupidez desafiar a alguien de Hydrus.

Así que se fue a regañadientes, cerrando de un portazo.

Luego, Teseo me miró. Fue una mirada pétrea, de las que te hacen sentir mucho más pequeño de lo que en realidad eres. Hice ademán de abrocharme los botones de la camisa, pero él me detuvo posando su mano en la mía.

—Quizá quieras darte una ducha —sugirió, y yo inspiré hondo.

—Solo nos hemos besado.

Él apoyó la espalda contra la pared y metió los puños, aún crispados, en los bolsillos.

—Avísame si vuelve a acercársete.

—Puedo ocuparme de él yo sola.

—Sé que puedes —replicó con tono neutro—; por eso me pregunto por qué no lo has hecho. ¿Las relaciones amorosas te superan?

—Eso son deducciones erróneas. Estaba a punto de golpearle por segunda vez. Y no —añadí con énfasis—, no hay nada de esa índole entre Cliff y yo.

—Tal vez haya sido otra emoción la que ha nublado tu juicio. En otras circunstancias, te hubieras deshecho de él en menos de un minuto.

Tenía algo de razón. Cliff era un gladiador, pero no uno tan bueno como para que yo no supiera manejar una situación en la que él se pusiera violento. Entonces, ¿por qué mi comportamiento había sido tan pasivo?

—Cuando Cliff vuelva a hacer algo que no me guste, le partiré la cara y luego te llamaré para que busques a alguien que pueda arreglársela —dije—. Esta noche me ha pillado desprevenida y ya está... No hay por qué darle más vueltas al asunto.

Se sentó en mi cama y me miró. Yo aún estaba apoyada en la pared, inmóvil, notando calor en mi piel expuesta. Sus ojos no se habían apartado de los míos ni un segundo.

—¿Qué relación tenías con él en Capua?

—Ninguna... Pasábamos el rato. Creo que él empezó estando enamorado de mí, pero luego se contentó con besos y esas cosas. —Me ruboricé, incómoda—. Bueno, eso creía. Era una distracción... Me ayudaba a desconectar.

Teseo exhaló un suspiro.

—Cuando inicies una relación así, quiero que me lo digas. Sea con quien sea, dímelo.

—¿Por qué das por sentado que volverá a ocurrir? —Me mordí la lengua, con la vista fija en el suelo—. Lo de Cliff fue una chiquillada; ahora soy gladiadora y no voy a permitir que esas tonterías me desconcentren. Eso fue algo esporádico e irrelevante. Ya sabes, ¡las hormonas! Los dos le estáis dando más importancia de la que en realidad merece.

—Faith, eres una chica atractiva, eso lo sabes. Habrá más de un tío que intentará algo contigo, seguro, y deberás mantenerme informado sea cual sea tu respuesta.

—Mi vida privada...

—No tienes vida privada, Faith —me interrumpió Teseo, cortante—. Eres propiedad de Hydrus y yo represento a Hydrus. La estabilidad emocional de nuestros luchadores puede ser determinante y debemos estar al tanto.

Apreté los dientes y desvié la mirada.

—Procuras hacer bien tu trabajo, ¿no?

Pareció darse cuenta de la dureza de sus palabras y se puso en pie, acercándose a mí con cautela. Me retiró un mechón y me lo recolocó detrás de la oreja con un gesto insólitamente dulce.

—No es solo una cuestión profesional. —Parecía más cansado que yo.

—¿Qué puede importarte? —susurré, atreviéndome a mirarle directamente a los ojos.

Él exhaló aire por la nariz y lo noté tibio en mi rostro.

—Me importa —declaró. Luego se separó de mí y, esta vez sí, recorrió mi cuerpo con su mirada—. Nos veremos mañana.

Y se fue, dejándome sola con el corazón latíendome más alocadamente que nunca.

Mi segundo combate no fue tan duro como el anterior.

Mi contrincante era un chico un año menor que yo y que debutaba esa noche. Su rostro todavía era algo infantil, con cara redonda, salpicada de pecas, y mejillas regordetas en las que se marcaban hoyuelos. En mi opinión, se había federado demasiado pronto. Catorce años era la edad mínima para ser gladiador, algo que no dejaba de asombrarme y que me parecía un verdadero despropósito. El caso es que tenía potencial. Era rápido y observador, y en algún momento tuve la sensación de que se anticipaba a mis movimientos... O quizá se debiera a no haber podido estudiar su palmarés. Pelear a ciegas era mucho más inquietante. Sin embargo, no se produjo ningún momento crítico, y supuse que esa falta de temor caracterizaba los combates a primera sangre. No estaba ni la mitad de tensa que en mi debut; lo que más me preocupaba era el cansancio. En la arena, el tiempo no existe, las estocadas son los segundos y la sangre, la alarma. Pero nunca sabes cuándo va a llegar el final.

Le di el golpe de gracia cuando alzó el brazo para coger un arma que llevaba colgada a la espalda. No calculó bien la velocidad a la que me movía y conseguí hacerle un corte en el abdomen, que empezó a sangrar. No era mortal, pero sí muy doloroso y, si no lo atendían rápido, quizá se complicara la situación...

Sonaron los vítores y, por unos segundos, volví a experimentar cierta culpa porque, de no haberse tratado de un combate a primera sangre, el chico que ahora mismo estaba apretándose el abdomen se hallaría muerto. Y yo no hubiera dudado en matarlo.

Miré a las gradas de las primeras filas, donde sabía que estaban mis compañeros. Ben Kamensky aplaudía con sorprendente emoción. Recordé la

paliza que me dio en mi primera semana en la escuela y la que le di yo a él varios meses después... Siempre nos habíamos tenido un respeto especial. A su lado, dos personas permanecían inmóviles: Cliff, supongo que porque lo consideraba un halago y no quería ofrecirme ese reconocimiento; y Teseo, que sabía que me incomodaban los aplausos. No quería vanagloriarme por haber herido a otra persona... Él lo comprendía.

Ocurrió en ese preciso instante, cuando estaba en la arena iluminada por los focos y él se encontraba en las gradas próximo a la persona con la que había tenido lo más parecido a una relación: de golpe, sin previo aviso, supe que lo quería.

El peso de ese pensamiento me aplastó como si acabara de cubrirme con una manta mojada. ¿Cómo podía sentir afecto por quien contribuía a que mi vida no fuera mía?, ¿a carecer de libertad?, ¿a verme reducida a una práctica denigrante? Quizá fuera el síndrome de Estocolmo extrapolado a mi realidad...

No, *querer* era una palabra muy fuerte. Aquel sentimiento me había asaltado a traición, alentado por el cansancio y la adrenalina que recorría mis venas. No podía ser real.

Sentí angustia en el pecho. Por primera vez desde el asesinato de mi madre, noté una sensación de vacío abrumadora, de ausencia y... anhelo.

No. Era una estupidez.

Recluí esa emoción donde no pudiera molestarme, donde resultase más sencillo ignorarla. Sentía algo por Teseo, eso lo sabía, pero no iba a dejar que se convirtiera en un factor determinante. Aquello era una distracción, un pasatiempo erróneo. Tenía que centrarme.

Eché un último vistazo a mi oponente y salí de la arena mientras a él lo colocaban en una camilla.

Me desperté gritando con la cara mojada por las lágrimas.

Había estado atrapada en una pesadilla terrible de la que no recordaba nada y algo me sacó de ella sacudiéndome por los hombros. Alguien. Distinguí sus rasgos en la tenue luz que había ahora encendida.

—Ya está, Faith —estaba diciendo Teseo—. Solo ha sido un sueño. Un sueño. —Su voz transmitía afecto y serenidad, por lo que no tardé mucho en dejar de temblar. Estaba sentado junto a mí, en el borde de la cama. Me secó una lágrima con el pulgar y me acarició el pelo.

¡No, no, no! ¿Por qué hacía eso? Esa noche había pasado mucho tiempo tratando de erigir una muralla en torno a mi corazón... y ahora acababa de

derribarla con una caricia. Dios, qué estúpida era. Noté que las mejillas me ardían.

—¿Qué estás... haciendo aquí? —balbucí.

—El personal del hotel me llamó para informarme de que estabas gritando. Solemos pedir habitaciones cercanas a la recepción para que estén atentos por si sucede algo —explicó con serenidad, como si todo aquello fuera de lo más normal.

Claro que vigilarnos lo era, por otro lado. Fruncí el ceño.

—¿Y por qué no han venido ellos?

—Hay cosas que están obligados a comunicarnos antes de actuar. —Hubo unos segundos de silencio—. ¿Ha sido muy malo el sueño?

—No lo recuerdo. —Titubeé—. Me imagino que sí.

—¿Estás mejor?

—Sí. No lo sé... Supongo.

—No me lo has dejado muy claro —replicó con sorna.

—Es que no lo sé. Desde el combate de ayer, no me encuentro bien.

—Lo superarás, Faith. Sé que odias recibir elogios por derrotar a alguien, lo veo en tu cara... Pero haces lo que debes. Nadie te lo recrimina.

—Yo me lo recrimino. —Y era cierto: no me cabía duda de que merecía la pena ganar, sobrevivir, pero al mismo tiempo... ¿Qué derecho tenía yo a matar a otra persona?

—Pues no lo hagas. No debes hacerlo. Ahora descansa.

Asentí y aguardé a que se levantara para despedirme. Sin embargo, no pareció ir a moverse; permaneció ahí, quieto e impertérrito.

—Bueno..., gracias por venir y... adiós.

—No —dijo, enarcando las cejas como si eso fuera de lo más lógico—, me iré cuando te duermas.

—No tengo seis años.

—Eso es irrelevante. Quiero asegurarme de que estás bien y que descansas.

Me mordí la lengua.

—¿Y qué hay de tu descanso?

—No lo necesito ni lo merezco tanto —insistió—. Ahora calla y duerme.

Enmudecí y me hundí entre las sábanas de nuevo. Obviamente, la presencia de Teseo no me ayudó a conciliar el sueño, aunque él pensara lo contrario. En realidad, tuve que fingir que dormía para que se fuera. Pasó casi una hora hasta que decidió que ya podía marcharse. Antes de hacerlo, me acarició levemente la cara y noté que me estaba observando. Cogió mi mano

izquierda y la sostuvo entre las suyas. Acto seguido, la acercó a sus labios y depositó un beso pausado que convirtió mi aparente sueño en un reto todavía más difícil.

—Buenas noches, Faith —susurró.

Y entonces sí oí cómo se iba.

Por la mañana, Keron me hizo llamar alegando que debíamos hacer algo importante.

Yo me sentía apática y sin ganas de hablar con nadie, y mucho menos con mi lanista. Recorrí los pasillos del hotel con desgana hasta que llegué a la planta diecinueve, donde se alojaban tanto Teseo como él. Al pasar por la habitación de Teseo, me percaté de que la puerta estaba entreabierta y le oí hablar. Como nadie le respondía, supuse que estaba usando el móvil y no un intercomunicador. Curioso... Fuera quien fuera la persona al otro lado de la línea, no precisaban verse las caras.

—Sé que las tienes porque vi el comunicado que indicaba que debíamos hacernos con todo. Accedimos a sus ordenadores y recopilamos todos los datos, yo mismo sellé la orden... No. No. Solo las quiero para dárselas, es un detalle sin importancia... No, no es personal... Con todo el respeto, no creo que seas el más indicado para decirme eso, teniendo en cuenta que siempre has hecho gala de... Ya, mira, admito que siento curiosidad, pero es tu vida; tus motivos tendrás y no voy a intentar sonsacártelos, pero me gustaría que hicieras lo mismo conmigo... Vale... Sí, envíamelas... Muy bien... Esta noche iré a la central, sí. Gracias, adiós.

La conversación había terminado y mi interés, aumentado exponencialmente. Pero, en fin, aquello no era de mi incumbencia.

Me reuní con Keron en su *suite*, que era tres veces más grande que mi habitación.

—Hola, Faith. Has tardado.

—Lo siento, me he... perdido.

Keron alzó una ceja y me miró con escepticismo, pero no comentó nada. Debía de serle más práctico contentarse con la mentira que indagar en la verdad.

—Ayer combatiste bastante bien —dijo—. Teseo ha estado toda la tarde hablando con periodistas interesados en algunos de tus datos y sabemos que mañana saldrán varias críticas positivas en el periódico y algunas revistas deportivas. Lo que vamos a hacer ahora es repasar el vídeo de tu combate y analizar qué cosas debes potenciar y cuáles mantener.

La idea de revivir todo eso me asqueaba, pero era una parte primordial del entrenamiento. Lo habíamos hecho muchas veces en Capua: observarnos a nosotros mismos como si fuéramos espectadores nos daba una perspectiva muy amplia de nuestro perfil como gladiadores. Así que no me quedó más remedio que tragar y ver el maldito vídeo.

Fueron cuarenta largos minutos porque pausábamos, rebobinábamos... Me fijé en mi expresión cuando quebré la carne de ese chico con el filo de la espada y no distinguí ni un atisbo de piedad, solo un apremio salvaje, una necesidad impaciente de acabar con él. Cómo me odiaba en esas imágenes... Era como estar viendo a otra persona distinta y, al mismo tiempo, muy familiar; como cuando pasas horas delante de un espejo hasta que tu rostro se vuelve desconocido: sabes que eres tú, pero te resulta algo ajeno.

Al terminar, Keron me dio la enhorabuena y me dijo que me fuera a descansar, que mi próximo combate tendría lugar en unos días. Al poco de entrar en mi habitación, llamaron a la puerta y no me sorprendió ver a Teseo.

—¿Qué pasa? —le pregunté, cansada.

—Quiero darte algo —respondió con una sonrisa casi imperceptible.

Lo dejé pasar, y entonces sacó de una carpeta que llevaba bajo el brazo una caja fina. Era la película *Gladiator*, una edición para coleccionistas, diseñada con un estilo antiguo. Entreabrí los labios.

—¿Es para mí?

—Claro. —Su sonrisa se ensanchó—. Creo que mereces ser premiada: has ofrecido un espectáculo magnífico y nuestra gente está muy satisfecha. Tienes algo que gusta al público, Faith y eso es muy bueno.

—Pues gracias —respondí, sin saber si darle un abrazo. Hacía tanto que no recibía un regalo que ya no recordaba cómo se debía reaccionar—, me gusta mucho.

—Hay algo más.

Extrajo un dispositivo micro USB de su carpeta y me indicó que lo pusiera en el móvil en modo proyección holográfica. Dentro descubrí unos veinte archivos, algunos de fotografías y otros de vídeos. Los reproduje y se me paró el corazón al ver de lo que se trataba: frente a nosotros, proyectadas como una imagen en 3D en el aire, aparecieron fotografías mías y de mi madre: pasando las tardes en Forceland, aprendiendo a nadar en la piscina, leyendo juntas, jugando a videojuegos, vestidas de gala para alguna de las fiestas que tenían lugar en Goldenpark...

No tenía palabras. Mis labios trataban de emitir algún sonido, pero me resultaba imposible. La última imagen de mi madre que tenía en mi memoria

era la de su cuerpo desangrándose en el suelo del salón. Volver a verla sonriendo, bailando, hablando conmigo, abrazándome... Tuve que sentarme en el borde de la cama porque mis piernas me fallaron.

Apareció un vídeo en el que nos vi en la cocina, preparando galletas por mi cumpleaños. Aquello tuvo lugar unas semanas antes de que la asesinaran. Me pareció algo tan reciente que me dio la impresión de estar en casa de nuevo.

Al cabo de unos minutos, miré a Teseo. Quería darle las gracias y preguntarle por qué, pero estaba muda. Mis ojos hablaron en lugar de mis labios y él entendió lo que quería transmitirle. Se sentó a mi lado.

—Sabía que te gustaría. Yo también sé lo que es perder a una madre y creo que todo el mundo tiene derecho a conservar las cosas que puedan acercarles lo máximo posible a sus seres queridos.

—Gracias —conseguí musitar por fin.

—De nada —susurró él, y me besó en la sien.

Fue algo impulsivo y extraño, pero al mismo tiempo resultó tan natural que a ninguno de los dos nos incomodó. Al contrario: yo apoyé la cabeza en su hombro y él me rodeó con un brazo mientras mirábamos las fotos. Algunas eran tan absurdas que nos echamos a reír.

—¡Vaya, esta es la primera vez que oigo tu auténtica risa! —le dije de buen humor.

Él se limitó a sonreír. Nuestros rostros estaban muy cerca, tanto que podía sentir su respiración levemente acelerada, igual que la mía. Observé sus labios y, súbitamente, quise besarlos. Aquella necesidad no se asemejaba en nada a la que había sentido por Cliff. Era un anhelo de otro tipo..., más doloroso.

Nuestras narices estaban rozándose cuando él se apartó y bajó la vista al suelo.

—Me alegra haber pasado la tarde contigo, Faith —murmuró de pronto.

La forma en que pronunció mi nombre hizo que me estremeciera.

—A mí también —respondí, distraída.

Me sonrió con su habitual manera críptica, se puso en pie y salió por la puerta sin pronunciar ni una palabra más.

Días después, entré en la arena para afrontar mi último combate en Londres.

19

En esa ocasión combatía contra un joven bastante mayor que yo, de edad similar a la de Teseo, pero se dedicaba a esto desde hacía muy poco y no había recibido ninguna instrucción. Sencillamente, el destino se la había jugado: un comerciante marroquí lo había comprado y después le había cogido el gusto a participar en enfrentamientos de gladiadores con sus propios esclavos. En cuanto lo vi, percibí en sus ojos apagados que no deseaba seguir con aquella vida miserable; que lucharía por inercia, por instinto, pero poco más.

Sin embargo, no era la única consciente desde el inicio de que mis habilidades lo aventajaban: sin previo aviso, el *summa rudis* alteró la condición física del estadio. El suelo empezó a vibrar y, tras varios enigmáticos chasquidos metálicos, de las paredes brotaron infinidad de apliques con focos blancos orientados hacia mí. El súbito resplandor me cegó hasta el punto de que los ojos me lagrimearon. Tuve que parpadear varias veces y, cuando una grieta surcó el suelo a mi derecha, tropecé al precipitarme hacia la izquierda, aturdida.

Estaba claro que el *summa rudis* se iba a esforzar para que no viera nada.

Así que opté por cerrar los ojos.

Esperé inmóvil, clavando los pies en el suelo, a oír algo que me indicara un movimiento, una pista de la cercanía de mi oponente. Contuve el aliento y agucé el oído. Notaba un hormigueo en las manos por la adrenalina.

Un nuevo vaivén me hizo trastabillar y, de golpe, fui a caerme de bruces al suelo...

O lo hubiera hecho de no ser porque tropecé con algo que había aparecido frente a mí.

Nada más notar el contacto de su cuerpo, alcé a toda prisa la espada y la presioné contra algo. Abrí los ojos y, bajo los cegadores destellos, vi un color intenso.

Cuando los focos se apagaron, necesité pestañear un par de veces para constatar que había derramado la primera sangre. Pura suerte... Aunque me

costaba creer que no hubiera podido evitar el filo de mi acero. Tal y como sospechaba, no le interesaba ganar o perder; apenas se había esforzado. ¿Lo hubiera hecho de haber sido el combate a muerte? Jamás lo sabría.

Oí unos pocos aplausos, pero, antes de que el público tuviera ocasión de reaccionar, una voz radiofónica se expandió por el estadio. Provenía de la cabina del *summa rudis*:

—Se hace saber a todos los presentes —empezó— que ni la administración ni los patrocinadores aprueban el resultado.

Por un segundo, las piernas me flaquearon.

Disimulé mi desconcierto y aguardé, tensa, a que explicaran lo que aquello suponía. Mi oponente me miró con el ceño fruncido, seguramente convencido de que yo tenía la respuesta a la pregunta que había formulado en su mente... Pero los dos estábamos igual de confusos.

Sobre nosotros se proyectó un holograma en cuatro dimensiones. En él, los espectadores de la tribuna honoraria miraban de frente a la cámara. Eran cinco hombres de vestimenta y pose elegantes, pero solo uno de ellos intervino. Abajo apareció su identificación en un rótulo: se trataba del dueño del estadio.

—Hablo en nombre de mis compañeros y representantes de las marcas que han contribuido a este encuentro cuando digo que no estamos conformes con lo ocurrido. El gladiador Colin Assi no se ha esforzado y nos ha ofrecido un combate mediocre y sin gracia. Debido al insulto que ello supone al público, los promotores y su contrincante, deseamos que este último lo castigue.

Entonces, los cinco alzaron el pulgar y lo inclinaron hacia abajo. Hubo una breve pausa así, con ellos apuntando al suelo, y luego el holograma desapareció.

Se me heló la sangre. Era consciente de que, en ocasiones, el honorado podía intervenir para impedir una ejecución. Ocurría cuando era el favorito se había granjeado el cariño del público o de alguna personalidad influyente... Pero eso no era lo que me estaban pidiendo, sino todo lo contrario.

Eso no era un suceso aislado, pero... Bueno, jamás me imaginé en esa tesitura. Si los directivos se habían atrevido a realizar semejante exigencia, era porque no tenían presión por parte del amo de mi oponente. Había renunciado a él. No consideraba que su pérdida fuera relevante. Y, en términos de la lucha clásica, no lo era.

Sabía qué era lo que tenía que hacer. Pero no me moví, y mi indecisión fue obvia para todos.

—Si no lo haces tú —me apremió la voz envolvente del *summa rudis*—, será él quien te ejecute. No toleramos que se le falte el respeto a nuestro público.

La gente me observaba expectante. Colin también tenía la vista fija en mí, tembloroso. Dejó caer la espada e hincó las rodillas sobre la superficie de la arena.

Apreté los dientes.

Tal vez hubiera podido pedir otra oportunidad, quizá proponiéndoles un combate a muerte que contrarrestara el resquemor de aquel banal encuentro, pero me quedé paralizada... La idea de matar a un hombre a sangre fría, sin posibilitar que se defendiera, me turbaba profundamente. No era honrado.

Pero la arena no era digna, me dije. La lucha clásica no era digna. ¿Por qué debían mis movimientos serlo?

Ese chico no era más válido que yo, ni mucho menos. No merecía mi duda.

Me aposté tras él con la mente en blanco. Me sudaba la mano con la que empuñaba el arma. Podría haber sido peor, me dije; podrían haberme especificado el tipo de ejecución, haber exigido una muerte romana, infinitamente más dolorosa que la que iba a proporcionarle.

Pegué la hoja a su garganta y le rasgué la carne hasta la tráquea.

Tan pronto como su cuerpo, empapado en sangre, cayó a mis pies, salpicándome los zapatos, el presentador pronunció mi nombre y me proclamó vencedora. Miré entre las primeras gradas y vi un asiento vacío. El de Teseo. No estaba. Por absurdo que fuera, su ausencia me dolió.

Salí del estadio entre los aplausos del público y me reuní con Keron en el pasillo reservado.

—Faith, ¡has estado brillante! —gritó, eufórico. No sabía qué pensar de él: un día estaba así y al siguiente, huraño—. La gente se ha vuelto loca contigo. ¿Sabías que más de la mitad del público de hoy eran mujeres? Al parecer, cuentas con la admiración de muchas organizaciones feministas.

—Pero ¿eso aún existe? —me asombré.

—En Europa, sí. La cuestión es que te requieren en la sala de prensa: hay muchos periodistas interesados en ti. Creo que hasta hay una reportera de GladiatorOne.

—Qué ilusión —mascullé.

Keron soltó un bufido.

—¿Se puede saber qué diablos te pasa? —gruñó—. Ya sé que ha sido una forma poco ortodoxa de liquidar al contrario, pero tú eras claramente superior

y...

—¿Dónde está Teseo? —le corté, cansada de su perorata.

—Ah, Teseo... —soltó, retornando a sus muecas adustas—. Está discutiendo con los organizadores del combate. No ve bien que el moderador abusara tanto de su poder.

—¿Y tú sí?

—Pues claro —espetó con fastidio—. De no ser por eso, tu hazaña no habría sido ni la mitad de prodigiosa. Pero ese chaval se cree que lo sabe todo y luego es incapaz de darse cuenta de lo mucho que nos benefician esas pequeñas trabas.

Entendía su punto de vista más estratégico, pero desde luego que no pensaba darle la razón para que aceptase convertir lo que había pasado en algo normal.

—Yo creo que es un buen mánager —dije, cruzándome de brazos.

Keron se encogió de hombros.

—Es el único que has conocido, así que tu opinión carece de criterio, pequeña.

Puse los ojos en blanco y dejé que me guiara a un salón donde me esperaban dos mujeres rubias ante un tocador, una ducha y varias estanterías con productos de belleza. Todo era de un blanco inmaculado y las luces, tan potentes que casi veía todos los poros de mi piel en los espejos.

Al salir de la ducha no vi a dos estilistas, sino a tres: la nueva tenía un lunar muy característico en la comisura derecha y llevaba una falda de tubo negra. Una de las otras me puso un albornoz encima y empezó a cepillarme el pelo. Entretanto, la recién llegada se presentó y empezó a parlotear sobre el combate.

Justo entonces, Teseo apareció con traje de color oscuro. Su postura rígida denotaba que no estaba precisamente relajado... Me hubiera gustado presenciar su discusión con los organizadores.

—Señorita Delbecque —dijo Teseo formalmente, dirigiéndose a la del lunar—, he venido para hablar con Faith del combate y la rueda de prensa.

—Ni siquiera está vestida, *mon chéri*.

—Eso ya lo veo. Pero no voy a sacarla de aquí, sino que vosotras nos vais a dejar solos.

Ella torció el gesto, pero él no se inmutó y se limitó a esperar hasta que, por fin, la mujer cedió y las tres salieron a paso lento de la sala. Teseo no se fijó en ellas: tenía la vista clavada mi rostro. ¿Notaría lo incómoda que estaba, lo tensa que me ponía la idea de que solo una bata le ocultara mi desnudez?

—Lamento mucho cómo ha terminado todo —dijo—. ¿Cómo te encuentras?

—Bien. La lucha clásica es así —comenté como si eso lo justificara todo.

Tenía un eterno diálogo entre lo que pensaba y lo que pronunciaba en voz alta; con frecuencia, mis palabras seguían cursos desligados.

Él no quiso ahondar más y cambió de tema:

—Faith, tu carrera va a cambiar esta noche —anunció.

Al oír eso, no pude evitar sentir recelo.

—¿A qué te refieres?

—Ayer me reuní con el equipo de Hydrus para estudiar tu caso —explicó—. Aunque solo has combatido unas pocas veces, ya estás empezando a tener repercusión, especialmente en Internet. Ahora mismo eres el tema más comentado en Inglaterra y España.

No comprendía nada de lo que me estaba diciendo. No lograba discernir el sentido: estaba causando sensación en Internet, vale... ¿Y? ¿Qué era tan grave?

—Voy a explicarte cómo funciona esto, ¿vale? —continuó—. Verás, la lucha clásica es el deporte más retransmitido y que más espectadores consigue. Es algo que atrae la atención de todo el mundo... Sí, ya sé que en Asia está prohibida —expresó con impaciencia, atajando mi interrupción—, pero la ven en bares clandestinos, en páginas de Internet... Ya sabes. El caso es que atrae y los mejores gladiadores se vuelven estrellas. Eso lo sabes, ¿verdad?

—Sí, claro.

—Pues tú tienes ese perfil. Nuestro estudio indica que es por tu contraste.

—¿Qué contraste?

—Eres muy buena gladiadora, eso salta a la vista: eres fría, resistente, osada... —Mientras hablaba, gesticulaba confiadamente con las manos—. Pero tu físico indica lo contrario: feminidad, delicadeza... Ya sabes a lo que me refiero.

Claro que lo sabía. Mi cuerpo menudo y delgado, mi melena larga, mi voz no especialmente grave... Sí, lo que en un combate me generaba inseguridad era justo lo que, según Teseo, me fortalecía de cara al público. Curioso.

—Las mujeres gladiadoras siempre han cosechado fama con mucha más facilidad que los hombres —prosiguió—. El hecho de ser mujeres ya contribuye de por sí, pero tu juventud también y tus resultados en Capua también ayudan... Sin mencionar tus orígenes primermundistas, sobre los que ya hay rumores. Todas esas cosas gustan a la prensa porque tienen..., bueno,

gancho. —Pronunció la última palabra con cierto embarazo, como disculpándose—. Lo que vengo a decirte es que, poco a poco, moverás más dinero, por lo que Hydrus medirá más tus movimientos. —Titubeó—. Te cuidarán más, sí, pero tendrás que responder ante ellos con más frecuencia.

—¿Acaso no respondo siempre ante ti? —repliqué, y se quedó callado un instante.

—A mí me gusta hablarte como Teseo, no como trabajador de Hydrus, y eso es lo que he tratado de hacer siempre. —Me puso las manos sobre los hombros, sin darme tiempo a analizar sus palabras—. Ahora, atenta: ahí fuera van a hacerte varias preguntas y debes responder con franqueza, excepto en lo concerniente a tus orígenes y tu anterior vida en Hong Kong. No confirmes que vienes de Asia, pero tampoco lo niegues, ¿entendido? —Comprobó que asentía y añadió—: Yo estaré sentado a tu lado, así que tranquila. Lo harás bien.

En cuanto terminó, me hizo un gesto de despedida y echó a andar.

Se equivocaba: en aquella ocasión, había hablado con mi *mánager*, no con Teseo.

Las tres mujeres volvieron a entrar en fila india y, sin parar de parlotear, se dividieron: una me hizo un intrincado recogido sujeto por pequeñas trenzas que adornó con horquillas doradas y otros abalorios; otra me maquilló levemente, concentrándose en tonalidades oscuras que ensombrecieron mi rostro y le confirieron una imagen amenazante; por último, la tercera me vistió con una armadura femenina muy poco práctica, más bien destinada a acentuar mi figura y a evocar las de los héroes de los mitos grecorromanos. Como elemento decorativo, me pusieron unos brazaletes por encima del codo.

Era extraño llevar un atuendo que homenajeara la cultura que inventó los combates de gladiadores.

Cuando por fin terminaron de prepararme y transmitieron con entusiasmo su aprobación, conseguí escabullirme y descubrí a Teseo esperándome fuera. Me miró de arriba abajo.

—Bien —comentó mecánicamente—. Vamos.

Lo seguí por el pasillo hasta una sala cuadrada con una larga mesa rectangular junto a la pared. Varios focos la iluminaban con una luz blanquecina que me recordó el encuentro en la arena. Además, destellaban los reflejos de las cámaras y las tabletas electrónicas, y los periodistas ofrecían un aspecto pálido.

Para nosotros había tres asientos y Keron ya ocupaba uno de ellos. Yo me acomodé en el centro, tratando de captar alguno de los comentarios de los

reporteros, pero enmudecieron tan pronto como me senté. Teseo se situó a mi derecha.

—Con ustedes, la señorita Faith Gómez, propiedad de Hydrus y gladiadora en representación de la misma; a su izquierda, su lanista, Keron; y a su derecha, el mánager de su equipo, el señor Teseo Morton —dijo una joven que había en la esquina, junto a Keron—. La rueda de prensa puede comenzar.

Una mujer de nariz aguileña soltó la primera pregunta:

—¿Cómo llegó a convertirse en gladiadora?

—Mi tutor legal me vendió a Hydrus por asuntos privados de los que no voy a hablar.

—¿Puede darnos el nombre de ese tutor? —inquirió un chico.

—No.

—¿Por qué no?

En ese momento, Teseo alzó la voz:

—La señorita Gómez no está autorizada a proporcionar esa clase de datos, que Hydrus considera confidenciales.

—¿Podemos saber por qué? —insistió el joven.

—No. Les ruego que se centren en su perfil profesional.

Otro periodista pidió la palabra, este de más edad que el chico y con un temple algo más reflexivo:

—¿Cuál cree que es el factor que le ha ayudado a vencer en todos sus combates? —dijo con voz grave.

Sin duda, prefería esa clase de preguntas; era como estar en la escuela y volver analizar nuestros talentos y defectos.

—Mi destreza física y mental.

—¿No se le ha pasado por la cabeza que quizá sus oponentes se ven coaccionados o incomodados por su condición de mujer?

—Francamente, dudo que los reparos que un gladiador pueda tener con respecto a pegar a una mujer sean tan sólidos como para querer perder la vida por ello —respondí..., y oí con claridad el desdén que transmitía—. Si es así, es su problema.

—¿Cree de verdad que las mujeres están en igualdad de condiciones en lo que a combates físicos se refiere? —intervino la primera periodista.

—Yo solo creo en lo que veo, y hasta ahora lo que he visto es que he vencido a tres hombres que estaban en las mismas condiciones que yo.

—Tres no es un número tan elevado para poder afirmar la igualdad entre sexos en un deporte en el que se ha establecido una superioridad masculina —

objetó una periodista de la tercera fila, con piel lechosa y cejas extrañamente finas.

—Pues el día en que uno de ellos me mate, cambiaré de opinión.

Se oyeron algunas risas, entre ellas la de la reportera que me había hecho la pregunta.

—¿Qué técnicas sigue a la hora de luchar? ¿Hay algún truco que crea que puede ayudarle a vencer?

—No. Me limito a sacar el máximo partido a mis lecciones de Capua y a no desconcentrarme cuando estoy en la arena.

—La media de años de adiestramiento en Capua son más de cuatro —terció el chico insistente—. ¿Por qué usted fue diferente?

—Porque trabajé más que el resto.

—¿Siente placer al matar?

Esa pregunta fue muy difícil de oír y de responder. Exhalé un suspiro. Cuanto antes acabara, antes me iría.

—No.

—Ha dudado a la hora de ejecutar a su adversario —comentó entonces la chica de las cejas extrañas—. ¿Por qué?

Medité unos segundos.

—He sentido tristeza porque esa fuera mi única forma de vencer.

Y no me refería solo a ese combate.

—¿Hay algún gladiador al que admire?

—No.

—¿Y alguna persona que no sea gladiador? Cualquiera.

Vacilé.

—A mi madre —dije inconscientemente.

Aquello suscitó susurros y miradas repletas de interés.

—¿Y dónde está ella ahora? ¿Qué opina de que su hija se una gladiadora?

De inmediato, se me hizo un nudo en la garganta.

Está muerta, quise responder. Ser incapaz de afirmarlo ante todas esas preguntas, ante toda esa gente hurgando en mi vida como quien tantea una caja de bombones, me hirió. Me sentí exhausta. Por debajo de la mesa, Teseo entrelazó su mano con la mía y un cosquilleo me erizó el vello de los brazos.

—La señorita Gómez no va a hacer declaraciones sobre su vida privada —afirmó con voz inflexible.

La mujer que estaba en la esquina con el micrófono anunció que quedaban diez minutos para que acabara la rueda de prensa, y entonces las preguntas se centraron en Keron, que contestó con humor a la mayoría.

—¿Cuál es el futuro de Faith si sigue triunfando? —preguntaron a continuación a Teseo.

—Eso depende de muchos factores y le corresponderá al señor Malinov decidirlo —contestó él, inexpresivo.

—Se dice que la compra de Faith no iba destinada a su explotación como gladiadora, sino a formar parte de las chicas de Luisa Casanova —dijo el chico insistente—. ¿Es eso cierto?

Me mordí la lengua.

—No. Hydrus siempre tuvo como objeto adiestrarla como gladiadora. —Teseo estaba mintiendo, pero sonaba tan firme que nadie hubiera cuestionado su palabra.

—¿Y por qué gladiadora? ¿Acaso no les habría reportado más beneficios como prostituta?

En esta ocasión, lo miré sin molestarme en disimular mi desagrado. Teseo se envaró y crispó los dedos entre los míos.

—Eso fue una decisión personal del señor Malinov; si desean la respuesta, deberán hablar con él directamente.

Casi solté una carcajada. Era imposible hablar con Malinov directamente; todos los periodistas lo sabían.

Aquello puso punto final a la rueda de prensa.

De vuelta al hotel, Teseo y yo fuimos solos en el mismo coche. El chófer conducía en silencio, ajeno a nosotros debido al cristal que insonorizaba la parte de atrás. Con impaciencia, me deshice el peinado; me lo habían atado tan fuerte que me dolía el cuero cabelludo. Teseo estaba sentado en una postura relajada y se había quitado la corbata, aunque todavía conservaba la chaqueta.

Llevábamos callados todo el trayecto hasta que él decidió comunicarme algo:

—Voy a irme mañana por la noche, Faith.

—Todos nos vamos mañana por la noche —repuse yo sin despegar la vista de las calles londinenses. Me fascinaba su amplio abanico de estilos arquitectónicos, que se pudiera ver una casa georgiana entre una iglesia gótica y un centro comercial acristalado. Era una extraña mezcla que, sorprendentemente, funcionaba.

—No, me refiero a que ya no ejerceré como vuestro mánager. Al menos, no como hasta ahora.

Por un momento, creí haber oído mal. Me giré y lo miré, consciente de que una visible mueca de miedo me atravesaba la cara.

—¿Perdón?

—Me trasladan —dijo lacónicamente—. Malinov considera que debo centrarme en otros asuntos de Hydrus para comprender mejor el funcionamiento de la empresa. Ya sabes que no trabajo solo en un departamento.

Cerré los ojos y me volví hacia la ventana de nuevo.

—¿Y qué es lo que va a pasar? ¿Vendrá alguien a sustituirte?

—No... Oficialmente, continuaré siéndolo, pero ya no será mi prioridad. —Carraspeó—. Keron se ocupará de casi todas mis responsabilidades.

Así que Teseo se marchaba...

No sabía cómo sobrellevar aquello. Mi mente se indignaba y me decía que no era tan difícil, que seguiría haciendo lo de siempre: competir, ejercicio... Pero la perspectiva de hacer todo eso sola me dejó sin fuerzas, como si acabara de salir de una sesión de entrenamiento tan agotadora que ni me hubiera dejado la energía posterior al ejercicio físico; sencillamente, un pesado cansancio.

Él ya no estaría en las gradas para no aplaudirme... Sus no-aplausos me reconfortaban más que cualquier vitor.

—No tiene sentido —farfullé, y me mordí el labio al oír el pánico que transmitía—. Dices que mi carrera va a cambiar de forma drástica... ¿y ahora te vas?

—Seguiré estando pendiente de las cosas importantes —aseguró con una tranquilidad que me enfureció—. Examinaré previamente los contratos que te conciernan y os haré visitas de vez en cuando, como sucede con todos los equipos que tienen un mánager.

—Oh, ya veo —murmuré antes de tragar saliva. Empezaba a tener mucho calor y, de improviso, el espacio del coche se me antojó minúsculo—. Necesito bajar.

—Faith...

—Me estoy mareando —repliqué.

Teseo suspiró. Apretó el botón del comunicador que le permitía hablar con el chófer y le pidió que detuviera el automóvil. En cuanto pude, salí a toda prisa. Estábamos en Waterloo Bridge. El combate se había celebrado en una zona del sur de Londres llamada Elephant and Castle, pero nuestro hotel se encontraba al norte del Támesis. Desde el puente, veía el parlamento y el London Eye por un lado, y Blackfriars Bridge y la cúpula de St. Paul por el

otro. Las luces de la ciudad atravesaban la oscuridad de aquella noche de otoño. Un viento frío me revolvió el cabello y me erizó la piel.

Dejé vagar la mirada por la infinitud del río mientras Teseo se situaba a mi lado.

—Lo siento, Faith —le oí murmurar como en la distancia—. Sé que no te alegra...

—No te sorprende mi reacción... Mis compañeros se despedirán de ti educadamente; no les importará que te vayas. Yo he necesitado bajarme del coche, aunque tú te comportas como si nada. —Aspiré hondo—. No te sorprende mi reacción —repetí.

Me desconcertaba su perpetua calma. Nada le alteraba y mis reacciones parecían acordes a sus expectativas. Me sentía expuesta, predecible y simple; por el contrario, él representaba un enigma.

—Claro que no —contestó pacientemente—. No somos simples compañeros, ambos lo sabemos. Para mí no eres solo una gladiadora. Y para ti yo no soy solo tu mánager.

Apreté los dientes y traté de no temblar, pero costaba entre el frío y la sencilla camiseta de manga corta que me había puesto tras la entrevista. Él se dio cuenta.

—Te estás helando.

—Muy agudo —solté. Estaba de mal humor.

Entonces se quitó su americana y la puso sobre mis hombros. Me quedaba enorme, pero me dio calor. Y además..., sí, olía a él.

Es curioso cómo en ocasiones podemos reconocer a una persona solo por su olor y que este, a su vez, sea del todo inapreciable para otros.

—Tus contestaciones son muy mordaces, ¿lo sabías? —comentó sin atisbo de enfado, como una mera observación.

—Lo siento.

—No lo sientas... Es tu carácter. Al menos, así sé que algo no te gusta.

Me arriesgué a echarle un vistazo: tenía la mirada perdida en la lejanía. El verde de sus ojos resultaba casi imperceptible bajo la luz ambarina.

—En ese caso, ya sabes más de mí que yo misma —apunté, molesta por la amargura que desprendía.

—Pues creo que sé más cosas.

Entrelacé los dedos en torno a la barandilla del puente.

—¿Como qué?

Se me acercó unos pasos con las manos en los bolsillos y el mentón ligeramente alzado. La luz dorada se reflejaba en sus ojos y los asemejaba

más que nunca a los de un gato.

—Como que seguirás venciendo en todos los combates de lucha clásica, esté o no esté yo allí. —Permanecí en silencio, tragando saliva para deshacerme del nudo que me atenazaba la garganta—. Los veré todos; aunque tú no puedas verme, yo te veré a ti. En cierto modo, será como si estuviera, ¿no te parece?

—Supongo...

Me puso una mano en la barbilla y la levantó para que lo mirara directamente.

—Estaré allí, Faith, para lo que necesites. Sabes cómo contactar conmigo... Hazlo cuando quieras. —Su expresión era inexpugnable, como quien contempla algo familiar que empieza a dejar de serlo o se recrea por última vez en algo que va a perder de vista para siempre.

—Ven aquí —susurró al tiempo que me atraía hacia él.

Hundí la cara en su pecho y dejé que sus brazos me envolvieran. No sabría explicar el porqué, pero algo en ese gesto, en esa situación, hizo que los ojos se me humedecieran. La mayor parte del tiempo, no me paraba a pensar en las emociones que me oprimían el pecho, pero en momentos como aquel me era imposible ignorarlas. Había intentado convencerme de lo contrario, pero ahora resultaba inútil tratar de engañarme.

Teseo me acarició las mejillas con las yemas de los dedos y, al mirarlo, leí en su rostro mi propia desazón. También estaba sintiendo cosas. Mantenía la compostura mucho más que yo, pero eso no significaba que le fuera indiferente.

Quise besarlo, pero no me atreví y él tampoco hizo señal de ir a hacerlo. Al cabo de unos segundos, me separé un poco, mordiéndome el labio entre avergonzada e insegura.

—Deberíamos irnos —musité mientras le daba la espalda de camino al coche—. Van a empezar a preocuparse si no...

De pronto, su mano me aferró de la muñeca y tiró, haciéndome retroceder y volverme hacia él de nuevo. Y entonces, sin previo aviso, sus labios se posaron en los míos. Me estaba besando, y lo hacía con insistencia. Colocó una mano en mi nuca y yo apoyé la mía sobre su hombro.

Sus movimientos revelaban la urgencia y el alivio que se habían adueñado de mí. Hasta ese momento no fui consciente de cuánto había necesitado ese beso ni de cuánto lo estaba disfrutando ahora. Fue como la llegada de la primavera tras el invierno más largo.

No reparé en el viento frío que arrastraba el Támesis ni en los coches que pasaban a nuestro lado, iluminándonos intermitentemente con sus luces. Mi mundo se redujo al roce de sus labios, a los alocados latidos de mi corazón.

Cuando terminó, nuestras frentes permanecieron juntas. Él estaba inclinado hacia mí y yo me había puesto de puntillas sin darme cuenta. Oí su respiración, fuerte y constante. Entonces me atreví a mirarle a los ojos y vi que los tenía cerrados, pero, como si me hubiera leído la mente, los abrió. El intenso verde de sus iris me aturdió. No dijo nada; se limitó a contemplarme como si me viera por primera vez.

—Teseo —logré articular a duras penas.

—Faith...

Me estremecí al oír cómo pronunciaba mi nombre, de una manera tan anhelante y pausada como un suspiro.

—Volvamos —propuse, y él asintió, distraído.

Antes de dirigirme al coche, me relamí los labios en busca del sabor de un beso del que solo Londres había sido testigo.

Desperté cuando despuntaba el alba y no tardé ni una hora en estar lista y camino del centro de entrenamiento. Deseaba machacar mi cuerpo para sobreponerme al cansancio de mi mente. Me había pasado la noche dándole vueltas a todo: a ese beso y lo mucho que distaba de los que había compartido con Cliff, que ahora percibía vacíos y carentes de sentido; a mi posición de esclava y lo que ello suponía en mi trato con Teseo; a su próxima ausencia, en lo que realmente prefería no pensar; al chico de cuya ejecución iba a ser siempre responsable, el que ya conocía la muerte en vida...

Salté a la comba un rato y asesté bastantes puñetazos a un saco. Al cabo de un rato, vi entrar a Elka, que me saludó alegremente en cuanto me vio allí.

—Eh —dijo—, ayer casi no te vi el pelo. Enhorabuena.

—¿Por el combate? —inquirí sin resuello, y le di otro golpe al saco—. Ya me la diste anoche.

—No, por tus críticas. Han salido varias en periódicos y revistas digitales. Eso es genial. —Empezó a hacer estiramientos—. ¿No te parece muy raro que Teseo se marche ahora? —preguntó tras unos segundos. La noche anterior, nuestro mánager les comunicó su traslado en cuanto llegamos al hotel. Tal y como esperaba, todos le dedicaron palabras cordiales: puro protocolo. Yo era la única que de verdad notaría su ausencia—. Si todo sigue como hasta ahora,

ganarás fama... —añadió meditabundo—. Me sorprende que Teseo se vaya justo cuando más trabajo tendría contigo.

Fruncí el ceño y dejé de golpear el saco. Recordé la conversación telefónica que había mantenido Teseo unos días antes, la tarde en que me dio las fotografías. Obviamente, Hydrus almacenaba todos mis datos y archivos, aunque no entendía para qué. No había querido tantear a Teseo al respecto porque no quería enturbiar nuestra relación con la suspicacia que le produciría saber que lo había escuchado a escondidas... y porque sabía que no me diría nada que no me hubiera dicho ya. Pero me había llamado la atención que Teseo hubiera justificado su interés en mí, como si no quisiera que le culpasen de mantener una relación demasiado... íntima.

¿Se debería acaso a que no podía implicarse sentimentalmente con los esclavos? Tal vez por eso hubieran decidido trasladarlo.

—Tierra llamando a Faith —bromeó Elka.

—Perdona —farfullé—. Estaba recordando el... combate de ayer.

—Ya, seguro —replicó con escepticismo. Diablos, era imposible engañar a Elka; con Alpha era mucho más sencillo—. ¡Que nos conocemos, Faith! No voy a pedirte que me des explicaciones de algo privado, pero sí me gustaría que no me mintieses.

—De acuerdo, no te mentaré si tú me prometes no indagar, ¿hecho?

—Hecho.

—Pues bien, no pensaba en el combate de ayer —afirmé con solemnidad.

—Bien.

—Bien.

Nos sonreímos. Elka me caía bien. Estaba empezando a apreciarle en serio... Tenía sus cosas, claro: una cierta pedantería, el convencimiento de que sabía más de cualquier cosa que los demás, unas dotes de observación que podían ser francamente inoportunas... Pero era un buen tipo y, además, alguien que me devolvía a una época dura, pero de la que ambos teníamos buen recuerdo.

En ese momento llegó Alpha con sus andares rebosantes de confianza, como si fuera el dueño de todo lo que pisaba.

—Eh, Gómez, qué hay... No me lo digas: todo bien —soltó con sarcasmo—. Pues yo estoy estupendamente, he de informarte.

—El muy cabrón ha pasado toda la noche en compañía femenina —comentó Elka con una risa—. Normal que esté de buen humor.

—Pero tranquila, Faith —se apresuró a añadir al ver mi mueca—, me aseguré de que no me enviasen a ninguna chica llamada Kristalis. Por cierto,

¿no me debes un favor?

—Cierto... —Volví a golpear el saco—. ¿Qué quieres?

—Iba a pedirte que tú fueras mi próxima compañía nocturna, pero he cambiado de idea.

Hice una mueca de desilusión.

—Vaya, y yo que me moría de ganas de pasar una noche de pasión loca contigo... —me lamenté dramáticamente—. Me duele tu rechazo, Alpha.

—A todas os duele. —Se pasó la mano por el pelo, complacido—. Aunque, bueno, siempre puedes visitarme de noche sin que cuente como favor...

—Tíos, ahorradme oíros y aclarad eso del favor ya —intervino Elka con fastidio. Ante mi mirada interrogante, añadió—: Sí, Alpha me lo contó.

—¿Lo sabe toda Inglaterra o qué?

—No —respondió Alpha—. Solo tú, Elka, una camarera del hotel y yo.

Puse los ojos en blanco.

—Marujeas más que yo, ¿lo sabías?

—No estaba marujeando: le pedía opinión sobre algo y una cosa llevó a la otra... En fin, que lo que quiero pedirte es que respondas a una pregunta con sinceridad.

—¿Qué pregunta? —Lo miré con desconfianza.

—¿Responderás sinceramente?

—¡Que sí! —mascullé—. ¡Habla ya!

—Vale, allá va: ¿qué rollo te traes con Teseo?

Empalidecí y me detuve un momento, pero enseguida recuperé el ritmo de mis golpes contra el saco de boxeo para que no se percataran de mi turbación.

—Yo soy gladiadora y él, mi mánager —respondí—. Ese es nuestro rollo.

—¡Venga ya, Faith! —Alpha se impacientó, y ahora también Elka estaba muy pendiente de la conversación. Quizá fuera bueno que Teseo se marchara, pensé distraídamente—. Os miráis todo el rato, te habla de un modo distinto y se inquieta en tus combates. ¡Suéltalo y dinos qué pasa!

Me detuve para examinar su cara e hice acopio de toda la confianza y verosimilitud que fui capaz de reunir.

—Está bien, te lo diré. —Respiré hondo—: Me recuerda a mi pasado.

—¿A qué te refieres? —inquirió Elka.

—Tenía un familiar que vivía en mi vecindario y a veces nos veíamos por ahí.

—¿Erais amigos?

—Pero ¡cómo íbamos a ser amigos si me saca como cinco años! La última vez que nos vimos en Asia, yo tenía doce y él, casi diecisiete... Pero es extraño, porque él es lo único que me ata a mi casa... Y supongo que le doy pena y se siente culpable. —En la escuela lo había aprendido indirectamente: la mejor manera de mentir de forma convincente era incluir entremedias algunas verdades.

—Bueno, supongo que eso tiene lógica —comentó Alpha—. Pero ¡qué lástima! Yo que pensaba que tendríamos algún cotilleo jugoso...

Elka se echó a reír.

—Tío, sí que te gusta marujear...

—Bah, con vosotros dos es imposible; sois demasiado aburridos.

Solté una carcajada, aliviada por no haberle suscitado sospechas, y nos quedamos en silencio un rato. Por lo ensimismados que estábamos los tres, como inmersos en nuestros recuerdos, supe que evocábamos lo mismo: nuestra estancia en Capua. Por eso no me sorprendió en absoluto la pregunta de Elka:

—¿Os acordáis de Kendal?

—Claro —musité yo—. Me encantaría poder hablar con ella ahora y comentar nuestros combates.

—Tuve un rollo con ella —soltó Alpha.

Elka y yo lo miramos con incredulidad.

—Vale, ya sé que suena frívolo, pero es que llegó a gustarme mucho.

Bueno, eso sí que no me lo esperaba. Y Elka tampoco, a juzgar por su expresión.

—¿Alpha enamorado? No creí que eso fuera posible...

—Pues ya ves, tío, Kendal hizo posible lo imposible.

—Creo que la mitad de chicos de la escuela estaban enamorados de ella —comenté.

—Sí, y la otra mitad lo estaba de ti —replicó Elka.

—Yo lo estaba de las dos —dijo Alpha con un tono solemne que me hizo gracia—. No es que tuviéramos mucho donde elegir, pero nos conformábamos con las pocas chicas que había.

—Oh, ¡tu caballerosidad me abruma, Alpha!

—Y eso es porque aún no has conocido mi sensualidad. —Me guiñó un ojo.

—Uf, espero no tener que hacerlo nunca —solté, y los tres volvimos a reírnos.

Por la tarde, llegó el momento de la despedida: Teseo iba a volar a Singapur, donde se reuniría con los altos cargos de Hydrus. Cuando fui a su habitación a despedirme, vi que su puerta se hallaba abierta y estaba abotonándose una de las mangas de su americana frente al espejo que colgaba junto al armario. Me adentré en la estancia y reparé en un libro que había junto a su equipaje; un libro físico, con sus páginas y todo. Traté de leer el título.

—Es una biografía de Julio César —explicó él, percatándose de mi interés.

—Ah —murmuré—, es curioso ver un libro impreso...

—Me paso muchas horas ante la pantalla del ordenador y, en momentos de ocio, prefiero desconectar de todo eso.

—¿Tanto trabajo tienes? —pregunté, interesada.

Él me sonrió levemente.

—Entre los asuntos de Hydrus y la carrera, sí.

—¿Una carrera universitaria? —No tenía ni idea. ¿Cuántas cosas sobre él desconocía?

—Sí..., *online*, claro. Hace un año que empecé a estudiar Derecho y Empresariales.

—A ver si lo adivino: ¿sugerencia de Malinov?

—En efecto —dijo con tono neutro.

Ladeé la cabeza y entrecerré los ojos.

—¿Y qué es lo que te hubiera gustado estudiar de verdad?

—No tengo una preferencia clara. —Se llevó la mano a la nuca, súbitamente incómodo—. Pero no te he llamado para hablar de eso... Mira, ven.

Me acerqué más y él me tendió su tableta, donde había desplegado un artículo de un periódico digital. Vi un primer plano de mi rostro en la arena, con el ceño fruncido en señal de concentración. El titular era «La joya de la arena». Lo leí rápidamente y me quedé con una frase en particular: «Algunos aficionados la han apodado Ishtar en honor a la diosa babilónica de la guerra y el amor, deidad también asociada con la sexualidad...».

—Vaya —comenté, sin saber qué decir—. Al menos, también me asocian con la guerra...

—Sí. Tu belleza tampoco ha pasado desapercibida... —Volvió a pasarse la mano por la nuca. Era la primera vez que lo veía así, como nervioso, y supe que esa imagen iba a acompañarme cuando no estuviera—. Evidentemente, ese factor influye en la fama; a las personas nos gustan las cosas bonitas, eso no se puede negar.

—Supongo...

Rememoré el beso que habíamos compartido la noche anterior y me pregunté si debía mencionarlo o hacer como Teseo, que parecía preferir hablar de otras cosas. ¿Qué iba a decirle, al fin y al cabo? Acababa de hacer las maletas para irse a la otra punta del mundo y a saber cuándo volvería. Enredar las cosas no era prudente.

—Te voy a añorar, Faith —reconoció.

Bueno, ya lo enredaba él por los dos. Noté cómo me ardían las mejillas.

—Pero volveremos a vernos —musité. ¿Era una afirmación o una pregunta? Quizás ambas cosas.

—Sí, volveremos a vernos. —Sus ojos no transmitían nada, ni duda ni certidumbre. ¿Cómo podía creer así en lo que me decía? O recelar, porque sencillamente no sabía qué pensar—. Y recuerda que seguiré aprobando o denegando tus combates y no dejaré que te enfrentes a nadie a quien no puedas vencer —aseguró, y esboqué una sonrisa triste—. Vendrán en nada a por mis maletas...

«Deberíamos irnos ya», quería decir, y solo atiné a asentir.

Salimos al pasillo y nos metimos en el ascensor. Yo presioné el botón de mi planta y él, el del recibidor. Ninguno dijo nada.

Cuando el ascensor ya estaba reduciendo la velocidad para detenerse, me rodeó la cintura con más delicadeza que la noche pasada, me atrajo hacia sí y me besó en la frente. Yo tomé aire para hablar y, en ese instante, las puertas se abrieron.

—Hasta pronto —me dijo.

Tragué saliva antes de salir.

—Hasta pronto —respondí.

Y seguí caminando sin mirar atrás. No podría soportar ver cómo las puertas se cerraban, llevándoselo hasta quién sabía cuándo. Por eso no me volví, aunque notaba el ardor de sus pupilas abrasándome la nuca.

Pero entonces me arrepentí. Era absurdo acabar así, frustrada por algo que no se había llegado a producir...

Giré sobre mis talones y desanduve mis pasos a toda velocidad.

Sin embargo, cuando llegué, las puertas ya se habían cerrado.

Mi vida se redujo a un sinfín de combates, entrenamientos y actos promocionales hasta tal punto que perdí la noción del tiempo. Me concentraba con relativa facilidad y, al verme sola de nuevo, me resultó más sencillo repetirme todos los días, como un mantra, los motivos que me instaban a luchar: Canavan, Cox. Mi madre.

La rutina y la soledad, solo amortiguada de vez en cuando por la compañía principalmente de Elka, me había devuelto a ellos y acarreaba un recuerdo: el del sonido seco de la pistola contra el cráneo de mi madre, el de la sangre salpicando el suelo y el de una promesa: venganza.

Lo demás era secundario.

2 de abril de 2196, Fráncfort, Alemania

Ese era mi octavo combate, pero el primero contra una mujer. Se llamaba Kaia Scott y era una neozelandesa criada en Alaska hasta los nueve años, cuando se quedó huérfana y un lanista la reclutó. Le gustaba pelear con una espada y un hacha. Era zurda y tenía tendencia a cortar cabezas.

Al menos, eso había hecho en su debut, cuando se enfrentó a mi antiguo compañero, Macian.

Alpha lo había visto en directo y sí, yo tuve que rebobinar y pausar el vídeo en varias ocasiones para estudiar su técnica. Aquello no fue fácil; Macian y yo nunca habíamos sido amigos, pero ¿acaso la muerte de un conocido no impacta siempre más que la de cualquier otra persona? En ese momento, deja de ser un cuerpo y se convierte en alguien que antes compartía mesa contigo y prefería desayunar con té en vez de con café, o se sonaba ruidosamente la nariz, o tenía una voz ronca con un timbre algo rasposo, o cualquier otro detalle con el que lo asociaras cuando estaba vivo. No, no es un cuerpo más.

Ahora que tenía a Kaia delante, me di cuenta de que no sentía rencor. Si a mí me hubiera tocado pelear con Macian, hubiera tomado la misma decisión. Era una idea terrible, pero realista, y negarlo sería absurdo. Los gladiadores éramos expertos en despojarnos de los sentimientos en la arena. Ahora, yo también los había dejado fuera.

La situación del combate era peculiar. El acuerdo inicial había sido librar una lucha a primera sangre. Sin embargo, el ayuntamiento había cambiado de parecer porque un afamado actor local había muerto inesperadamente esa semana. Tanto el gobierno como la familia decretaron que un combate a muerte era una digna forma de honrarle. Y nos tocó a nosotras.

Por lo que me dio a entender Keron, Teseo estuvo a punto de romper el trato, alegando que no era profesional cambiar las condiciones de un combate dos días antes, pero el delegado de Asuntos Paralelos de Alemania no quiso que Hydrus quedase en mal lugar y se lo impidió. Él seguía siendo nuestro mánager, pero su poder de decisión había menguado mucho. Ahora lo era a tiempo parcial... y tan parcial que no lo veíamos nunca. Según me dijo por teléfono, estaba inmerso en un asunto que no tenía nada que ver con la esclavitud o los combates. Malinov requería su presencia continuamente, pero siempre se mantenía al tanto de lo que concernía al equipo.

Veía mis combates por Internet. Se me encogía el corazón al imaginármelo en una habitación, solo y centrándose únicamente en la pantalla. Me costaba admitirlo, pero le echaba un poco de menos...

A quién quería engañar: le echaba mucho de menos.

Así que ahora, en la arena, me lo imaginé viéndome disputar mi segundo combate a muerte. Y luego, cuando terminaron de presentarnos y empezó la cuenta atrás, eliminé su recuerdo y cualquier otra distracción de mi mente.

4...

3...

Kaia aferró el hacha con la mano izquierda.

2...

Flexioné ligeramente las rodillas para echar a correr en cuanto se me abalanzara.

1.

Y entonces una extraña fuerza proveniente de arriba nos detuvo.

Alcé la barbilla, pero no distinguí nada; solo la arena estaba iluminada. Y, sin embargo, unos hilos invisibles parecían tirar de mí. No lo hacían con demasiada fuerza, como si solo quisieran ponerme de puntillas.

Uno de mis cuchillos saltó y se lanzó hacia el techo.

Kaia me miró con el semblante contraído, como si lo hubiera lanzado yo. Pero no caía: siguió subiendo y subiendo, desafiando la gravedad. Unos segundos después, un segundo cuchillo se escapó de mi funda y salió tras él. La punta estaba vuelta hacia nosotras, lo que me indujo a cubrirme la cabeza y apartarme de su trayectoria. Quién sabía si no lo soltarían de golpe...

Pero ¿quién lo estaba sujetando, para empezar?

Lo siguiente que subió fue la espada de Kaia, con tanta velocidad que la hoja le arañó el hombro. Si esto hubiera sido un combate a primera sangre, el resultado habría sido decepcionante, me dije. Del sobresalto, Kaia dejó caer el hacha, que ascendió dando leves sacudidas hacia los lados. Sus filos metálicos despidieron destellos bajo la luz de la arena antes de que la oscuridad del techo se los tragara.

¿Metálicos?

Era un imán.

Hice fuerza para sujetar mis dos sables zurdos, pero fue inútil: la potencia era tan alta que había empezado a elevarme un par de centímetros del suelo. Por fin los solté, resuelta a no morir por caerme desde las alturas para conservar mis armas, y contemplé lo rápido que eran absorbidos hacia arriba, con una escena que parecía más propia de un cuadro surrealista.

Ahora ambas estábamos indefensas. Había oído hablar de combates de esa clase: en ocasiones, el homenajeado —o su representante, en este caso— solicitaba un enfrentamiento cuerpo a cuerpo. ¿Era eso lo que querían? Pues lo tendrían. No me preocupaba la posibilidad de recurrir a mis puños, aunque matar a alguien sin un arma era bastante más aparatoso.

Pero entonces el escenario cambió.

En el centro de la arena se abrió una trampilla de la que surgió una mesa de metal en forma de cilindro y con algo en el interior de la cúpula de cristal que la coronaba.

Una pistola.

Abrí mucho los ojos, incapaz de creer lo que eso significaba. A juzgar por su entrecejo fruncido, mi adversaria estaba aún más confusa que yo. No estaba permitido que lleváramos armas de fuego...

Pero podían usarse una vez dentro.

La vitrina se abrió, dejando la pistola al descubierto. Yo no dudé y eché a correr con todas mis fuerzas hacia ella.

Mi oponente tardó más en reaccionar, pero se encontraba a menos distancia del centro. Ambas estábamos extremadamente cerca, íbamos a llegar a la vez... Y eso fue lo que ocurrió: la agarramos al mismo tiempo y cada una

tiró con fuerza hacia su lado. Forcejamos y, al ver que no surtía efecto, la empujé sin soltar el arma.

Su espalda impactó contra el suelo y rodamos de un lado a otro. Notaba las perlas de sudor en la frente y sus uñas afiladas se hundieron dolorosamente en mi cintura. Grité, pero no aflojé el agarre.

En el último momento, cambié de plan. Ya no quería que ella la soltara, solo necesitaba que el cañón apuntase en la dirección correcta.

No logré apuntarle al pecho, pero cometió el error de colocar el codo a la misma altura que la boca del arma. Eso duró solo unos segundos, pero fueron suficientes; lo vi claro y disparé.

Un grito desgarrador retumbó en el estadio. Le había roto la articulación y su dolor debía de ser insoportable. Me zafé de ella y me puse en pie. Le apunté a la cabeza y vacilé un instante. En cualquier otro combate, quizás hubiera esperado a que sonase el timbre que indicara que el honorado no consideraba necesario que matase a mi oponente. Esa forma de reconocer el valor de ambas se daba en contadas situaciones, especialmente en las de este calibre.

Pero, en este caso, el honorado estaba muerto.

Presioné el gatillo. Una parte de mi cerebro me dijo que el juego había sido tan macabro que probablemente ya hubiera gastado la única bala que habían dispuesto, pero no fue así. Habían metido dos balas: una para cada una.

La segunda le perforó la frente y Kaia se desplomó de espaldas, vencida por el impacto. Hubo un par de segundos de silencio. Fue una quietud tan absoluta que, desde el estadio, oí el canto religioso procedente de una mezquita cercana.

Pero luego recibí la ovación. Algunos coreaban *Ishtar*.

Yo solté la pistola y no despegué la vista del cuerpo.

Del 27 al 30 de julio de 2196, Bogotá, Colombia

Tras la *Porta Pompae*, Elka y yo aguardábamos impacientes en medio de un denso silencio.

—Faith —dijo—, si algo sale mal... Ha sido un honor luchar a tu lado.

Nos habían inscrito juntos en el famoso Torneo Géminis, una competición que se libraba por parejas, y ya llevábamos unas cuantas victorias a nuestras espaldas. Nos compenetrábamos bien.

—Nada va a salir mal —repliqué yo—. En el futuro, quizá volvamos a combatir juntos y para mí seguirá suponiendo el mismo honor.

Se volvió hacia mí y vislumbré una sonrisa sincera en la penumbra del pasillo.

Las puertas se abrieron.

No estaba habituada a ese estadio. De hecho, ni siquiera podía llamársele estadio, ya que en el pasado había sido una plaza de toros. A mí me parecía un anfiteatro en toda regla, aunque no tan grande como los de la Antigua Roma. Su aforo era de unos catorce mil espectadores.

Había varias cosas desconcertantes: el aire caliente de la capital colombiana, la arena espesa bajo mis pies, el sol deslumbrante en el cielo, el clamor del público desde unas gradas visibles... En los últimos meses, había participado en muchos combates a primera sangre, todos diferentes. En algunos fracasé, en otros salí victoriosa... No siempre se aislaba el sonido de fuera, de manera que aquello no era una novedad... Pero los gritos de la multitud sonaban distintos cuando te animaban durante un combate a muerte. Concretamente, en una final como aquella. Mi primera final.

El público adoraba ese ambiente. Sus bramidos no suponían una absoluta distracción, pero tampoco me pasaban inadvertidos. Aquellas voces entremezclándose y perdiéndose en el aire, apoyando a uno u otro, me evocaron los combates de gladiadores originales. Sus vivencias no debieron de ser muy distintas a la que estaba teniendo ahora.

Sí, ese era el encuentro más tradicional en el que había participado.

Mi contrincante era un hombre bastante mayor que yo, pero que había sufrido graves heridas en su última lucha: había perdido movilidad en los brazos y resistencia en las piernas, y el nuestro no era un enfrentamiento que pudiera eludir. Elka había insistido en que me ocupara de él.

Nos situamos a la par y aguardamos a que concluyeran las presentaciones, que eran más extensas y entusiastas conforme nuestra experiencia aumentaba. Entretanto, aproveché para estudiar el aspecto de mi adversario: sin duda, su punto débil era la poca soltura de la que adolecía en las extremidades. Asestaría golpes más lentos y soportaría menos mis estocadas.

5...

Pan comido.

4...

3...

Él también estaba pendiente de mí... Debían de haber acordado lo mismo: la chica para el lesionado. Aquello me enervó.

2...

1.

Eché a correr en su dirección, decidida a humillarlos derribándolo pronto, y cuando estuve a su altura alcé el cuchillo. Sin embargo, él me agarró la muñeca con sorprendente fuerza y, de pronto, tenía su espada pegada al hombro izquierdo.

Me hizo un tajo que me arrancó una maldición.

Antes de la final, Elka y yo nos las habíamos visto con otros cinco oponentes en dos semanas... Una locura. Ese no era el primer torneo que disputaba; había ganado experiencia en el Circuito Vlad, aunque fracasé en la tercera ronda: fui la primera en sangrar y quedé descalificada. Pero ahora habíamos llegado muy lejos. Si vencíamos, nuestra reputación se incrementaría considerablemente.

Para eso, yo tenía que cumplir con mi parte. Debía matar a ese gladiador.

Apenas podía mover el brazo. Entrecerré los ojos y me aparté de la trayectoria de su acero. Después, le atacé con la espada que sostenía con la mano derecha. Él hubiera podido resistirlo de no ser porque, en ese instante, le aquejó un fuerte dolor en el brazo. Lo advertí por su expresión dolorida.

Entonces aproveché y sepulté la hoja en su vientre, pegándome tanto para hundirla que quedamos unidos en una especie de abrazo letal.

De reojo, miré a Elka, que aún seguía luchando contra el otro, y extraje el arma del estómago de mi adversario con desagrado. Él soltó un grito de dolor. La suya iba a ser una muerte lenta: sus órganos vitales seguían funcionando, por lo que aún tardaría unos minutos en desangrarse.

Decidí acelerar el proceso y le di un golpe con la empuñadura en la sien que le arrebató definitivamente la consciencia.

A continuación, me uní a Elka. Tan pronto como su oponente me vio, se giró para intentar hacerme frente y mi compañero rasgó su tórax. No tuvo tiempo de gritar, pues yo aproveché para rajarle la espalda.

Nada más empezar a surcársela un reguero de sangre, se cayó al suelo y Elka le hundió la espada en el pecho.

Tal y como dictaba el protocolo, nos volvimos hacia el público y agachamos la cabeza en señal de respeto mientras su clamor cobraba fuerza y los banderines apostados en los laterales del recinto se agitaban en el aire. Unos hombres recogieron los cadáveres y se los llevaron al *spoliarium* mientras la luz dorada del sol y los aplausos recaían sobre nosotros.

Fue glorioso. Y terrible.

Keron salió a la arena y se nos acercó, exultante. Como lanista, parte del mérito le correspondía. Nos tomó de la mano y las alzamos juntos: yo, desganada; ellos, pletóricos. Teseo llegaría en unas horas, me informó mientras, pero la noticia no me provocó la euforia habitual. Por lo visto, tenía algunas ofertas publicitarias de productos cosméticos e incluso una de un coche.

Apenas presté atención porque no me encontraba bien. Me pesaban todos los músculos.

En cuanto nos entregaron el trofeo del Torneo Géminis, me retiré antes de lo que algunos deseaban alegando que estaba herida. La cabeza me daba vueltas... ¿Qué me estaba pasando? Las piernas me flaquearon.

Alguien me cogió por la muñeca para darme la vuelta y vi, de manera borrosa, el rostro de mi lanista. Después, la imagen se transformó en negrura.

—Keron, no me siento...

Oía un grito lejano, como si me hallara bajo el agua.

Luego, me ahogué en el vacío.

Desperté por un pitido intermitente. Enseguida supe que estaba en un hospital: el sonido, el olor..., todo lo indicaba. Abrí los ojos y la blancura de los escasos muebles y las sábanas confirmó mi conjetura. Pero ¿por qué estaba allí?

—Faith —susurró una voz conocida a mi lado.

Me giré. Teseo estaba junto a mí, con mis dedos entrelazados con los suyos. En medio de una bruma confusa, percibí que tenía la corbata desanudada y estaba despeinado.

—¿Qué...? ¿Qué ha pasado?

Suspiró con alivio, se incorporó un poco y me besó en la frente.

—Dios, ¡cuánto me alegro de que estés bien! En tu último combate tu adversario te hirió en el hombro... y resulta que había embadurnado la hoja con veneno.

Se me erizó el vello de la nuca. ¿Cuál era la lógica de hacer algo así? En caso de derrotarme, no necesitaría un veneno que, además, tardaba en hacer efecto; y de perder... Bueno, había gladiadores que tenían una actitud extravagante. Solían pensar cosas como: «Si me matan, al menos trataré de llevarme a mi asesino por delante». Qué poco deportivo... Aunque tal vez lo hubiera hecho con la certeza de que moriría antes que su compañero para no

dejarle solo contra dos. A lo mejor pensó que la ponzoña surtiría efecto antes, de manera que no pudiera correr a ayudar a mi amigo.

¿Eso era legal? En cualquier caso, le había salido mal la jugada.

—¿Y por qué no estoy muerta?

—Porque los médicos te han hecho un lavado de estómago y te han dado unas pastillas que frenan un poco el efecto de la toxina, aunque no lo erradican. Aun así —se apresuró a añadir—, el antídoto está en camino, tranquila.

Me acarició el cabello suavemente. Solo entonces me di cuenta de lo muchísimo que había añorado todos esos gestos suyos, su presencia. Estaba a punto de decírselo cuando la puerta de la habitación se abrió.

—Estás despierta —observó un hombre de mediana edad—. Me llamo Stephen Perea y estás a mi cargo. Señor Morton, ¿cuándo dice que llegará el Prexnaicetal?

—En un par de horas.

—Un momento —intervine, helada—, ¡conozco ese nombre! Es un medicamento desarrollado por Laboratorios C&C. Sirve de antídoto para cualquier tipo de veneno.

—Veo que está al día, señorita Gómez —dijo el doctor Perea con una amplia sonrisa.

Las palabras surgieron de mis labios antes de que yo pudiera frenarlas:

—No lo quiero.

—¿Qué? —soltaron ellos dos al unísono, y Teseo retiró su mano de la mía como si se hubiera quemado.

—Que no lo quiero. Ese producto lo desarrollaron los asesinos de mi madre y son ellos quienes se lucran con su venta. No lo quiero.

—Faith, no seas estúpida. —Teseo resopló y me fulminó con la mirada, no sin antes intercambiar un vistazo con el doctor, que parecía confuso—. Eso es lo único que puede salvarte.

—No. Tiene que haber otra manera.

—No la hay, señorita Gómez —dijo el médico—. No sé qué relación tiene exactamente con los dueños de C&C, pero creo que debería dejarla a un lado y...

—Doctor Perea, ¿podría dejarnos a solas un momento? —lo interrumpió Teseo con un tono apremiante y tenso.

El médico pareció hastiado.

—Muy bien. Cinco minutos.

—Gracias. Y, antes de salir, recuerde que todo lo que se habla en esta habitación es confidencial. Tanto lo que tiene que ver con su estado como lo que no. —Aquello sonaba a advertencia, y el médico asintió sin rechistar antes de salir. Una vez a solas, los ojos verdes de Teseo se cubrieron con un velo de cólera—. ¿Estás loca o es que tu orgullo te importa más que tu salud? Beberás el maldito Prexnaicetal y no hay más que hablar.

—Pero ¡cómo puedes comprarlo y quedarte tan tranquilo sabiendo que el dinero va a ir a parar a sus bolsillos! —exclamé, furiosa pese a la debilidad—. Son escoria.

—Me quedo tan tranquilo porque eso va a salvarte y te lo tomarás —replicó con frialdad—. No te estoy pidiendo permiso, Faith, no quiero tu opinión. Lo harás porque es lo que necesitas. Y me decepciona mucho ver que te importa más el odio que sientes por tu antiguo padre que tu amor propio.

Respiré hondo. Tenía razón. Canavan ya me había arrebatado todo lo que apreciaba y no iba a dejar que mis reparos suscitados por él acabasen también con mi vida... Pero, por primera vez en mucho tiempo, me sentía enclenque. Quizás una parte de mi ser deseara dejarse matar por el veneno. Estaba cansada de luchar...

Sin embargo, esa era la versión más débil y cobarde de mí misma. Yo, la auténtica Faith, quería vivir. Aún tenía cosas que hacer.

—Vale, lo siento. Me he comportado como una estúpida.

Mi vergüenza pareció enternecerle.

—Tienes derecho a comportarte así de vez en cuando —dijo, volviendo a coger mi mano—. Uno no puede mantenerse firme siempre.

—Yo siempre te he visto firme.

Sus labios se curvaron en una débil sonrisa.

—Eso es porque estabas inconsciente cuando Keron me dijo que ibas camino al hospital con posibilidades de morir. —Hizo una pausa—. Creí que no volvería a verte... Que morirías.

—¿Y no es eso lo que piensas cada vez que entro en la arena?

—No —contestó—. Sé que vencerás.

Me dieron ganas de abrazarlo.

—Te he echado...

Pero no pude terminar porque un latigazo me golpeó el pecho. Ahogué un grito. Me llevé la mano al sitio donde me quemaba, presioné intentando mitigar el dolor y apreté los ojos con fuerza.

—¡Faith! —exclamó Teseo, y se puso en pie de golpe—. ¡Doctor!

Al segundo, entró el médico y empezó a dar órdenes a voces. La sala se llenó enseguida de más personas con batas y no tuve mucho tiempo para pensar.

Me ardían los pulmones y sentía los músculos tan rígidos que me dio miedo que se hicieran pedazos si me movía. Fueron unos minutos de intensa agonía, aunque a mí me parecieron eternos, pero pronto acabó. El dolor descendió hasta que solo sentí frío y empecé a temblar. Me notaba empapada en sudor.

—Faith —dijo una voz—, ¿puedes oírme? Asiente si es que sí.

Obedecí con las pocas fuerzas que me quedaban.

—Bien, está bajo control. Llamad al dueño.

No sabía qué era lo que me habían hecho, pero me había ayudado. Aun así, tenía la sensación de hallarme a kilómetros de allí, de que todo me llegaba con una absurda lentitud y atravesado por las interferencias.

—Todo en orden, aunque deberían controlar más su alimentación... —decía el médico—. En los análisis hemos notado que abusa de las cápsulas de proteínas comprimidas. No está bien sustituir una buena comida por cosas así.

Me recosté en la enorme almohada y traté de hablar:

—Lo hago para ahorrar tiempo —susurré—. Así tengo más tiempo para entrenar...

Teseo tomó aire y moduló su voz para que sonara calculadamente apacible.

—No lo hagas más. —Saltaba a la vista que estaba más que molesto.

Al mirarlo, el corazón me dio un vuelco y me asusté, segura de que iba a volver el dolor. ¿Por qué su presencia —su mera aparición en mis pensamientos, en realidad— causaba ese efecto en mí? ¿Por qué me gustaba..., necesitaba que estuviera cerca? Quizá fuese porque era la única persona de mi entorno que se alteraba de verdad cuando me pasaba algo. Mis compañeros también se preocupaban, pero era distinto. No me veía como la gladiadora en la que me había convertido o como la presa de un sistema esclavista. Él veía más allá de eso.

Pero no se trataba solo de su actitud... Él me gustaba. Me gustaba su habilidad para mantenerse sereno, la forma pausada y segura en que solucionaba los inconvenientes, cómo prestaba atención a todo sin que fuera evidente que lo hacía. Me gustaba su acento británico y que leyera sobre Julio César.

Ojalá que esos pensamientos tan absurdos se debieran a mi estado actual, refunfuñe en mi interior.

El personal médico despejó la habitación y, al cabo de unos segundos, Teseo se acercó, me tomó de la mano y me besó los nudillos.

—Ya ha pasado —dijo en voz queda—. No voy a dejar que te pase nada —declaró con expresión seria, casi melancólica.

Le sonreí febrilmente y murmuré unas palabras torpes de agradecimiento. Notaba la piel fría por el sudor, la mente somnolienta... No tardé más de unos segundos en quedarme dormida.

Reposé en el hospital un par de días, acompañada por Teseo, para que la herida del hombro sanara y mi cuerpo se recuperase casi por completo.

—¿Faith? —me dijo Teseo a la mañana siguiente de que tomara el antídoto, cuando ya estaba más despejada—. ¿Puedo preguntarte algo?

—Sí, claro —respondí, interesada en lo que fuera que quisiese averiguar.

—¿Qué es lo que pasó exactamente entre vosotros? Ya sabes, Cox, Canavan, Kristalis, tu madre... Sé lo esencial, pero creo que sería bueno que lo compartieras. Aunque no es necesario que me lo cuentes si no quieres.

Hasta entonces, solo le había dado migajas de la historia, piezas sueltas de un puzzle que no podría completar sin mí. Pero él había sido el primero en confiar su pasado y no sería justo que ahora yo me negase a hacerlo.

En cuanto abrí la boca, no pude parar: le relaté la conversación entre mi madre y la señora DeFlang sobre la Operación Asclepio, cómo me escondí en un arcón para poder espiarlas, cómo me descubrieron, la traición de la madre de Kristalis, las últimas palabras de mi madre, la bala incrustándosele en su cráneo...

Fue doloroso y agitó emociones de las que llevaba mucho tiempo tratando de deshacerme. Cuando acabé, me cogió la mano y la apretó con suavidad.

—Algún día me vengaré y les daré lo que se merecen —afirmé.

—Si alguien debe hacerlo, esa eres tú —contestó él, acariciándome el pelo.

Agradecí sus palabras, porque la idea de la venganza era en sí misma moralmente reprimible, pero eso no me había disuadido de lo que ansiaba. Teseo me comprendía.

Me alegraba tenerlo allí conmigo, no solo porque se aseguraba de que todo fuera bien y que no me faltase de nada, sino porque me entretenía y hacía que el tiempo pasara más deprisa. Charlamos, jugamos a videojuegos, vimos alguna película... Era extraño, como estar de vacaciones... Y él tampoco parecía agobiado por el trabajo.

A veces, cuando dormitaba en el sofá para acompañantes, no podía evitar estudiar sus rasgos, cada curva y pliegue de su rostro, los lunares, la tonalidad

de su piel, el movimiento de la nuez en su cuello cuando tragaba saliva, el rítmico ascenso y descenso de su pecho al respirar.

La tarde anterior a que me dieran el alta, decidí pedirle algo:

—Bésame.

Me miró sin alterar ni un solo músculo de la cara. Permaneció callado, con un interrogante en sus ojos. Entendí que tenía que decir algo más para que entendiera mi petición, algo que nunca hubiera planteado de no ser porque esos días, alejada del mundo, me recordaron que solo era una chica de dieciséis años con un corazón helado, buscando algo que le infundiera calor.

—No lo hacemos desde esa última y primera vez —añadí—, y sé que no hemos hablado de ello ni explicado lo que significó, como fingiendo que nada había pasado, pero no lo he olvidado. Ni quiero hacerlo. Me he acordado mucho de eso. —Hice una pausa en la que evoqué las noches de soledad en las que me lamía los labios con la vana esperanza de encontrar su sabor en ellos—. No sé hasta qué punto necesito otro beso tuyo... Pero lo quiero.

Teseo se levantó despacio y se aproximó a mí antes de acariciarme la mejilla con el dorso de la mano. El roce de su piel hizo que un estremecimiento eléctrico me recorriera la espalda.

—Tarde o temprano, te lo habría vuelto a dar —dijo suavemente.

Después, se agachó y me besó.

Creo que fue lo que encontré en ese beso lo que me hizo recuperarme de verdad.

10 de diciembre de 2196, Toronto, Canadá

Mi próximo combate iba a tener lugar en un estadio famoso por su extravagante estética y la enorme cantidad de luchas que acogía al año. Contaba con diez arenas diferentes, una zona de juegos para los más pequeños, varios restaurantes y algunas tiendas. Se llamaba Fighthell y, aparte de un lugar que acogía combates de gladiadores, era una gran atracción turística. Grabado en piedra brillante, un cartel rezaba: «FIGHTHELL, NO HAY REGLAS EN LA ARENA». Homenajeaba lo brutal que era la lucha clásica, la ferocidad que albergaban todos los gladiadores... Vamos, puro *marketing*.

Mi contrincante era un tipo mexicano fornido llamado Óscar Belmonte. Su palmarés era impresionante y yo me había pasado el día anterior estudiándolo con atención, buscando un patrón, puntos débiles o tics, pero todo en su comportamiento parecía aleatorio, como si fuera un animal sin

costumbres. No se detenía ante nada y, aunque no tenía precisión, la brutalidad y la fuerza de sus movimientos me asustaban.

Estábamos en clara desigualdad de condiciones... Pero, claro, se trataba de la final de un torneo. El Campeonato Calígula.

Los combates a primera sangre podían llegar a ser divertidos. Uno no tenía más preocupación que la certeza de que saldría de allí con cicatrices. Yo había librado muchos de esos y, por supuesto, no había ganado en todos. Pero ahora llevaba una buena racha. Algunos se dejaban ganar para evitar llegar a la final y correr peligro de muerte. Sin duda, a todos se nos había pasado por la cabeza hacer algo así de vez en cuando, pero no era conveniente: si un gladiador no progresaba, una comisión delegada podía hacer un informe para solicitar su expulsión de la Federación... y eso enfurecería a sus dueños.

Si eso ocurría, de ningún modo obtenías la libertad. Al contrario: te condenaban a toda una vida de trabajos forzosos que nadie quería hacer. Todos los países necesitaban mano de obra barata y las multinacionales ofrecían a sus esclavos menos productivos para ello.

Así que evitar combates a muerte arriesgando mi buena reputación no era algo que entrase en mis planes.

La libertad se obtenía después de muchas victorias, cuando te labrabas un nombre y conseguías el favor de la afición. Era entonces cuando las compañías empezaban a considerar que les habías servido bien y, por lo tanto, te recompensaban. El público les presionaba para que lo hicieran. Al menos, así había sido las veces que había ocurrido... Las pocas veces, claro.

No obstante, sí había querido perder en la semifinal, cuando quedó claro quién iba a ser el otro candidato; pero mi oponente se me adelantó, prácticamente arrojándose contra mi filo. Yo había querido hacer un poco de paripé, pero él no se arriesgó y buscó la derrota. Fue tan obvio que ahora le estaban investigando y quizá le suspendieran.

Pero eso ya no cambiaba nada. Estaba en la final.

Era imposible que saliese victoriosa de un enfrentamiento contra ese tipo. Imposible. No era una idea suscitada por el pesimismo, era la pura verdad. Mis compañeros también lo sabían, aunque albergaban más esperanzas que yo.

Mi móvil indicaba que Teseo me había llamado catorce veces esa mañana. No había querido contestar en ninguna ocasión. Ya sabía por qué me llamaba; era tan consciente como yo de la precariedad de la situación. No es que no quisiera hablar con él, pero temía que el sonido de su voz dispersara mis pensamientos y turbara mi mente... Y necesitaba pensar con frialdad.

Ahora mi móvil estaba en el vestuario y yo me hallaba en el pasillo subterráneo que iba a la arena.

—Que tengas mucha suerte, Faith —me deseó Keron cuando nos detuvimos frente a la *Porta Pompae*. Su semblante estaba contraído por la resignación y la inquietud.

—Está claro que voy a necesitarla.

—Oye, eres buena, no es imposible. Nos hemos pasado los dos últimos días entrenando para machacar a ese tío. Recuerda todo lo que te he enseñado, ¿vale?

Tomé aire y asentí. Luego le di la espalda y esperé a que se alejara.

Ahora todo dependía de mí.

Miré el portón y apreté los puños, tratando de mostrarme impávida y fingir que no notaba el dolor de estómago que me provocaban los nervios. Tenía muy claro lo que debía hacer. Había estado pensando en ello toda la noche y ya había tomado una decisión. Se trataba de algo que desataría mucha polémica, pero no me quedaba más alternativa. Respiré pausadamente, intentando relajar mis músculos. Notaba un sudor frío perlándome la frente.

Las puertas se abrieron y un haz de luz cegadora me obligó a bajar la vista. Cuando me acostumbré a la claridad, avancé hacia el centro y observé el escenario: el estadio circular, antorchas encendidas rodeando la arena, el logo del Campeonato Calígula por todas partes... Y, frente a mí, Óscar Belmonte. Medía casi el doble que yo y sus músculos parecían de piedra. Repasé mentalmente mis armas: varias dagas y dos sables curvos. Acaricié la empuñadura de un cuchillo atado a mi cintura y esperé, aislando mi mente de la descripción que hacía el presentador de nuestras respectivas carreras.

Solo presté atención cuando empezó la cuenta atrás.

5...

4...

3...

Y entonces extraje el cuchillo que llevaba sujeto a mi cintura y lo lancé en una perfecta línea recta hacia el pecho de mi oponente.

Fue todo tan rápido que, cuando la hoja se hundió sobre su corazón, a la cuenta atrás aún le faltaba un segundo para finalizar.

Noté el peso del silencio y de la expectación sobre mis hombros. Óscar se sacó el cuchillo como pudo y lo tiró al suelo con los dedos temblorosos. Su rostro estaba pálido. Lo único que pudo hacer antes de desplomarse fue mirarme con una pregunta impresa en los ojos.

Cuando cayó, se levantó algo de polvo de la arena a su alrededor.

No hubo aplausos, y ni siquiera el presentador supo cómo reaccionar. Había matado a mi contrincante antes de que terminara la cuenta atrás, esa cuenta atrás que servía para que ambos nos preparásemos y el combate empezara igualmente.

Me sentí rastrera de inmediato. Había actuado como una cobarde. No se abrieron las puertas de los lados para que pudiera salir, así que no me quedó más remedio que esperar a que alguien actuase, con la vista clavada en el suelo para ocultar mi vergüenza.

El comentarista informó de lo que había pasado y de que la comisión presidencial iba a reunirse conmigo en la arena. No presté demasiada atención porque estaba concentrada en ignorar la culpabilidad que se había impregnado en mi sangre.

¿Qué estaría pensando Teseo? Sabía que me había visto por la televisión. ¿Estaría decepcionado o aliviado? Casi podía oír el zumbido de las cámaras microscópicas danzando a mi alrededor.

La organización del campeonato —el presidente, sus secretarios y algunos patrocinadores— bajó a la arena. Llevaban micrófonos de corbata y me miraban con el ceño fruncido y una expresión reprobatoria. Sin embargo, no me afectaba lo que esa gente pudiera pensar de mí; me afectaba más el concepto que tenía ahora de mí misma.

—Ishtar, nos debes una explicación. A nosotros y toda la afición de la lucha clásica —exigió el presidente. Su voz resonó por todo el estadio y no percibí furia, sino curiosidad.

Alguien me acercó un micrófono a los labios.

—¿Y bien?

Solo había algo que yo pudiera decir:

—No hay reglas en la arena.

Esta vez sí, el público estalló en murmullos. Estaba usando en mi defensa el lema de aquel estadio tan antiguo y reputado, y sabía que eso no podían pasarlo por alto. Había dedicado buena parte de la mañana a estudiar las excepciones y los fundamentos de la lucha clásica.

Había sido fiel al espíritu del estadio y no podían castigarme por ello. No había nada que pudieran echarme en cara y yo lo sabía. Ellos también.

Una palmada resonó en la lejanía. Luego, otra, y otra a la que se le sumaron más. De repente, me encontré con que buena parte del público aplaudía; algunos incluso se habían levantado de sus asientos, conscientes de que lo que habían visto era un espectáculo que no se les había ofrecido jamás. A la gente le gustaba lo inesperado.

Sin embargo, otros permanecieron enfurruñados en sus asientos, descontentos e indignados porque había traicionado el espíritu del deporte. Seguro que muchos lo achacarían al hecho de que fuera una mujer y, por supuesto, las mujeres no estábamos hechas para participar en esas actividades.

Los líderes del torneo, confusos, se volvieron los unos hacia los otros y taparon sus micrófonos para que nadie pudiera oírles. No podían proclamarme ganadora y actuar como si nada. Apenas fueron un par de minutos, pero yo esperé en tensión a que acabasen. El presidente se volvió hacia mí e hizo una seña al público para pedir silencio.

—Consideramos que Ishtar no ha violado ninguna norma; sin embargo, ha faltado al respeto a toda la afición e ignorado el protocolo de cortesía de la lucha clásica. Creemos apropiado proclamarla vencedora y otorgarle el trofeo que le corresponde. No obstante, no obtendrá recompensa económica alguna. Así pues, os presento a la ganadora de la trigésimo novena edición del Campeonato Calígula.

Los aplausos aletearon de nuevo a mi alrededor. A cada segundo que pasaba, parecían resonar con más insistencia. La gente estaba emocionada, fascinada. Lo cierto es que yo no tenía constancia de ningún combate en el que se hubiera hecho lo que yo acababa de hacer, pero no podía ser la primera, ¿verdad? Tal vez sí en un campeonato, pero cada mes se celebraban varios combates independientes que, por petición de los honorados, se libraban a muerte. No podía ser la única que hubiera recurrido a ese truco tan rastrero. A ni siquiera dar a mi adversario la oportunidad de luchar...

Salí de allí por la *Porta Triumphalis*, preguntándome hasta qué punto podía llamar «triunfo» a lo que acababa de pasar.

11 de mayo de 2197, San Petersburgo, Rusia

Alpha acababa de morir en un combate independiente en Finlandia. Participaba en una modalidad en la que se enfrentaban tanto gladiadores como fieras. Primero, los combatientes se aliaban para hacer frente a las bestias. Luego, luchaban entre ellos. En eso se basaba la Ronda Pecus.

Lo mató una chica, una joven de facciones orientales llamada Akemi Karou, que usaba técnicas *ninjutsu*. La culpa no había sido de nadie, pero Hydrus reprendió a Keron. Cuestionaron sus métodos de enseñanza y le sancionaron, aunque nosotros desconocíamos en qué consistía aquella multa.

Tanto Elka como yo añorábamos su sentido del humor, su chulería absurda, sobre la que él mismo bromeaba. Éramos gladiadores y aquella era

nuestra vida, sí... Pero no por ello dejaba de afectarnos.

Recordaba el combate a la perfección. Las cosas se habían puesto feas cuando Akemi le clavó un *shuriken* en el brazo. Alpha había salido muy mal parado de su pelea con una pantera y, en ese momento, la balanza se desequilibró por completo. Al final, Akemi le introdujo rápidamente un *kunai* por la nuca que le provocó varios espasmos. Segundos después, Alpha había muerto.

Esa gladiadora era muy buena y me preocupaba enfrentarme a ella, aunque una parte de mí deseaba hacerlo solo para descargar la tristeza que me producía la muerte de Alpha. No era por venganza. Entre los de mi gremio no había cabida para ese sentimiento. No olvidaba a mis amigos, pero tampoco permitía que su recuerdo se convirtiera en un factor determinante en mi vida. Solo había una persona a la que ansiaba vengar.

A menudo pensaba en mi madre, en cuando la vi morir frente a mí, y eso me fortalecía. Tampoco había olvidado a mi hermano, su primer hijo. Me hubiera gustado buscarle, reunirme con él y poder tratarnos como familiares... Sé que eso hubiera hecho feliz a mi madre. Pero, de momento, eso ni siquiera figuraba en mi lista de prioridades.

Ese día, Keron nos convocó en el restaurante del hotel para presentarnos a un nuevo compañero de equipo. Solíamos ser tres y había que reemplazar a Alpha de algún modo. Bajé la última y, sentados a una mesa circular, me topé con Elka, Keron y... una chica. No parecía mucho mayor que yo, era de piel negra y sus ojos presentaban una tonalidad grisácea muy llamativa en contraste con su tez oscura. Su cabello, liso y muy corto, era rojizo.

—Faith, esta es Amber Carson, nuestra nueva incorporación.

—¡Hola! —me saludó ella con entusiasmo.

Murmuré un saludo desganado. Me incomodó la idea de que fuera a haber otra chica en el equipo. Me sentía... ¿amenazada? No, qué estupidez. Tendría que estar agradecida por ello... Quizá nos hiciéramos buenas amigas.

O quizá nos llevásemos fatal, claro.

Keron nos contó que había estado entrenando en la Escuela de Gladiadores de Callianz, una empresa rival de Hydrus, pero que la habían adquirido como parte de un trato de ambas entidades.

—Entonces, ¿no has combatido nunca? —se interesó Elka.

—Sí, pero en enfrentamientos menores, combates independientes y todo eso. He ganado en seis ocasiones.

—No está mal, ¿no? —comentó Keron, mirándonos.

—Faith —se apresuró a decir ella—, me alegra muchísimo conocerte, no sabes cuánto te admiro.

—Gracias. —Forcé una sonrisa.

—Sí, sí, todo muy bonito —cortó Keron con su delicadeza habitual—, pero ahora escuchad, tengo algo importante que deciros. Tiene que ver contigo, Faith. —Se rascó la barbilla, carraspeó e hizo una pausa dramática hasta que Elka y yo protestamos, impacientes—. Verás —prosiguió—, me han llegado noticias desde la central de Asuntos Paralelos. Parece que la Academia de Premios de Lucha Clásica te quiere nominar a una Gladius de Bronce.

Mis compañeros prorrumpieron en exclamaciones de sorpresa. Yo abrí mucho los ojos.

—¿Una Gladius de Bronce?

—Sí. Ya sabéis cómo funciona eso. En una semana se harán públicos los candidatos que optarán al premio en distintas categorías y, poco antes de la entrega, a qué premio optará cada uno específicamente. Eso es para generar expectación.

—Sí, lo sabemos. Creo que nos lo has explicado unas cien veces —comentó Elka con un tono divertido.

El año anterior, a finales de agosto, Elka había estado nominado en la categoría de Mejor Combate Por Parejas, gracias a un encuentro perteneciente a una modalidad de la lucha clásica que consistía en enfrentar a un puñado de gladiadores por parejas que estarían unidas por una cuerda atada a sus cinturas. Las parejas jamás pertenecían al mismo equipo. Se quedó a las puertas de la final, pero hasta que le descalificaron ofreció un espectáculo memorable. De hecho, fue justo después de aquello cuando nos llegó una oferta para participar en el Géminis.

Por desgracia, la Gladius se la habían concedido a otro.

—Nunca está de más recordarlo —insistió Keron, huraño—, sobre todo ahora. ¿Sabéis qué tiene lugar este verano?

—El Torneo Crush —respondimos todos al unísono.

—En efecto, el Torneo Crush, el campeonato más importante de la lucha clásica. Este año, las Gladius de Bronce tienen especial relevancia, porque los gladiadores que resulten premiados tendrán todos los puntos para que la junta del Crush los convoque como participantes.

—Eso se traduce en que si Faith gana... —empezó Elka.

—Probablemente pelee en el Crush —completó Amber con vehemencia.

—Bingo. La entrega de premios suele tener lugar en agosto, como ya sabéis, pero esta vez se adelantará para que no coincida con el Torneo. ¿Cómo lo ves, Faith?

Me había quedado en blanco. No sabía cómo reaccionar. ¿Era una buena o mala noticia? El Torneo Crush me daba algo de miedo... Se trataba de la única competición en la que todos los enfrentamientos eran a muerte, no solo el de la final. Participarían los mejores gladiadores del mundo... ¿Estaría yo entre ellos?

No. Ni siquiera había ganado la Gladius todavía, y era posible que no lo hiciera nunca. Y, en el caso de que obtuviera el premio, no era una garantía de que fueran a convocarme para el Torneo Crush. Pero la probabilidad de que así fuese era alta.

—Habrás que esperar para ver qué pasa —contesté—. Hasta entonces, ¿tengo que hacer algo especial?

—De momento, no. El señor Morton volverá con nosotros en cuanto la fecha clave esté un poco más cerca.

—¿El señor Morton? —repitió Amber.

—Nuestro antiguo mánager.

Y continuamos hablando durante un buen rato mientras yo me abstraía y daba vueltas a todo lo que me esperaba.

Al margen de lo que fuera a suceder con las Gladius de Bronce y las consecuencias de ganar una, había algo que tenía muy claro: aún quedaban combates por librar y personas a las que matar. No era un panorama muy halagüeño, pero ese era el único horizonte que vislumbraba. Sin embargo, sabía con certeza que un día todo acabaría y, si después me quedaban fuerzas para mantenerme en pie, tenía muy claro qué paso sería el siguiente.

No sabía cómo ni cuándo, pero regresaría a Hong Kong, donde todo había empezado y donde todo debía acabar.

FIN DEL PRIMER LIBRO

AGRADECIMIENTOS

Quiero empezar dándoles las gracias a mis padres: papá, gracias por estar siempre ahí, por apoyarme, por aconsejarme sabiamente y por luchar por mis sueños incluso cuando yo no sabía que los tenía. Mamá, gracias por el cariño, por la dedicación y, sobre todo, por no fallarme nunca.

Gracias, por supuesto, a Tano. El destino ha querido que no solo seamos hermanos, sino también grandes amigos y me siento muy afortunada por ello. Los demás miembros de mi familia tienen también mi gratitud, pero es necesario que haga una mención especial a dos personas: Manena, esta historia empecé a escribirla bajo tu techo y solo puedo darte las gracias porque durante esa temporada en que compartimos hogar fuiste amable y te preocupaste por nosotros. Abuela, si el gusto por la escritura es algo que se hereda, tú eres en parte responsable de esta historia y de todas las que he querido y quiero contar. Tienes mi gratitud, mi cariño y, ahora, mi añoranza.

Gracias, Lel, por iluminar los días más grises con tu sonrisa. Gracias a cuatro amigas muy especiales: Mary, Cris, vosotras hicisteis que dejar nuestra isla me resultara más difícil de lo esperado; Paula, Vir, vosotras hacéis que la península me parezca mucho más atractiva. Y gracias a Joaquín: tú has estado a mi lado desde que todo esto empezó; estabas ahí cuando descubrí que me gustaba escribir y sigues estando ahí ahora.

Gracias a Mari Blasco, quien para mí representa a todas esas personas que, sin conocerme, me dieron una oportunidad, leyeron mi primera novela y decidieron que querían una segunda: vuestro apoyo es el motor de mi ilusión. Gracias a Alba Méndez Milvaques, que también merece un hueco aquí por haber creído en mí, por animarme y apoyarme desde la distancia, y a Esmeralda Verdú, por el apoyo y la ilusión que demostró desde el principio. Gracias a Victoria Álvarez por haber prestado su voz para hablar a favor de esta historia, por todas las charlas de madrugada, por ser una maestra y una amiga.

Además, no sería justo que no mencionase a Maria de la Pau Janer, quien guio mis primeros pasos en este mundo y fue un ejemplo a seguir desde el

momento en que la conocí.

Y no puedo concluir sin expresar mi más sincera y profunda gratitud al equipo de Nocturna; por su trabajo, por su amabilidad, por su dedicación e implicación con esta novela. Quería que la historia de Faith acabara en buenas manos y creo que no las he podido encontrar mejores.

A todos, gracias.



GEMA BONNÍN nació en Valencia en 1994, pero se crio en Mallorca. En 2012 publicó su primera novela, *La dama y el dragón*, y unos meses después se fue a vivir a Qatar. Desde entonces, ha viajado por muchos países de Asia, entre ellos China, Sri Lanka, Singapur y Japón.

Actualmente compagina la escritura con traducciones de libros de Star Wars y de Marvel. Cuenta con estudios de filología inglesa por la Universidad Complutense de Madrid y formación complementaria tanto en historia como en literatura por las universidades británicas de Exeter y Oxford.